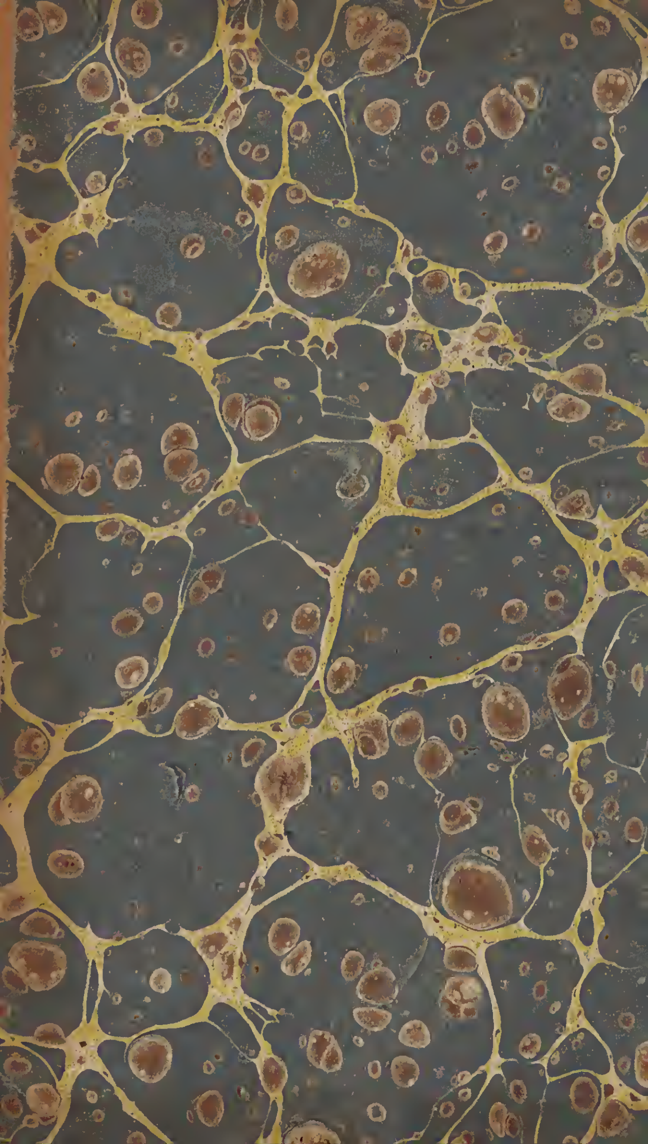
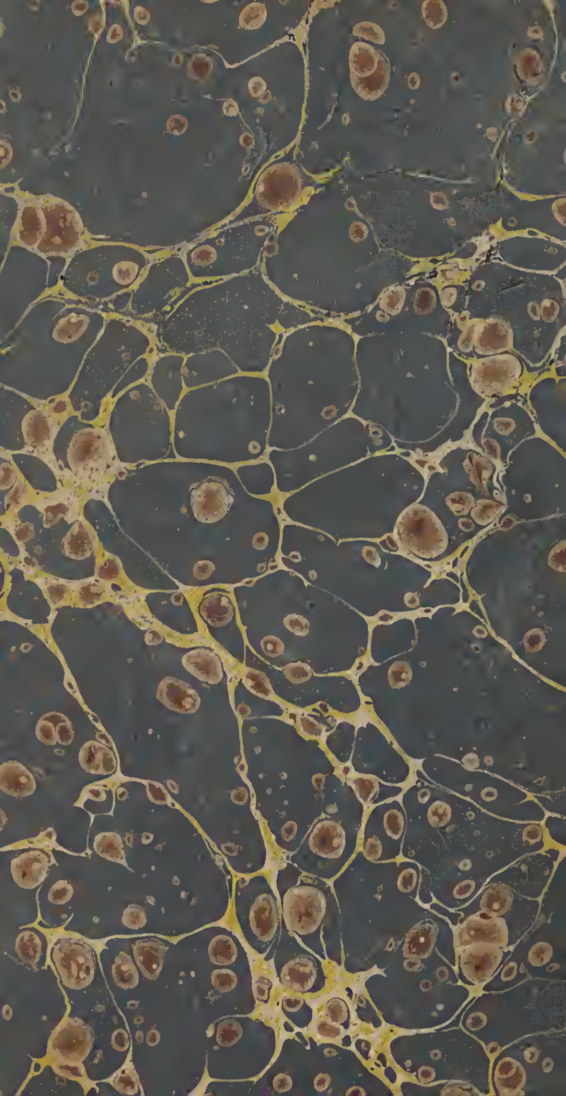
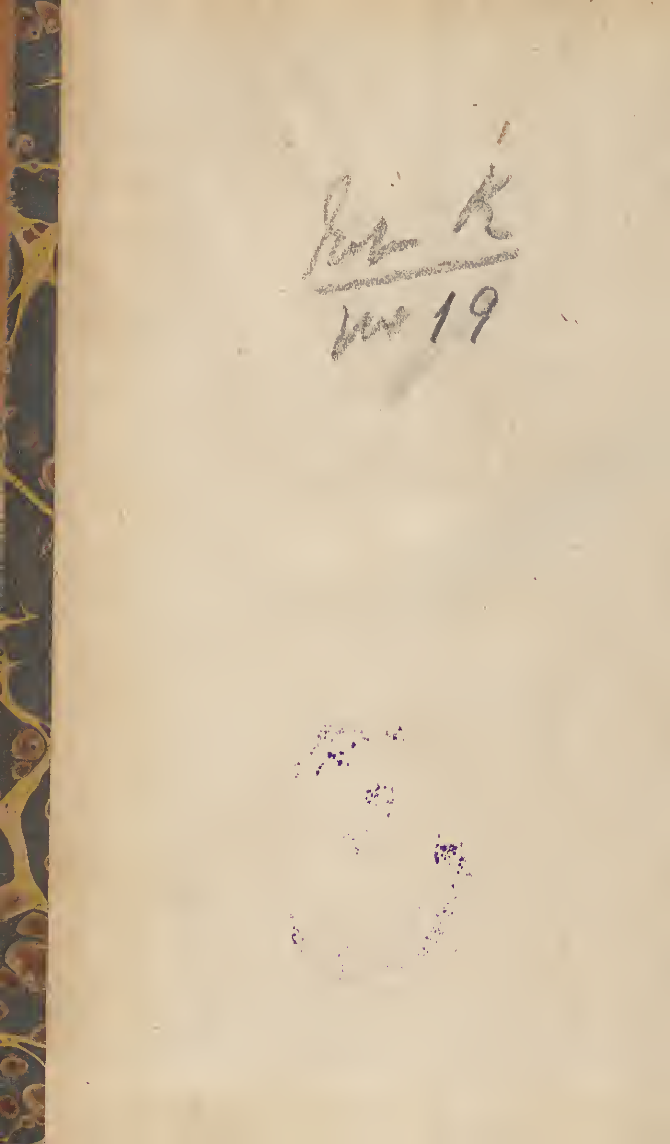






COLECCION

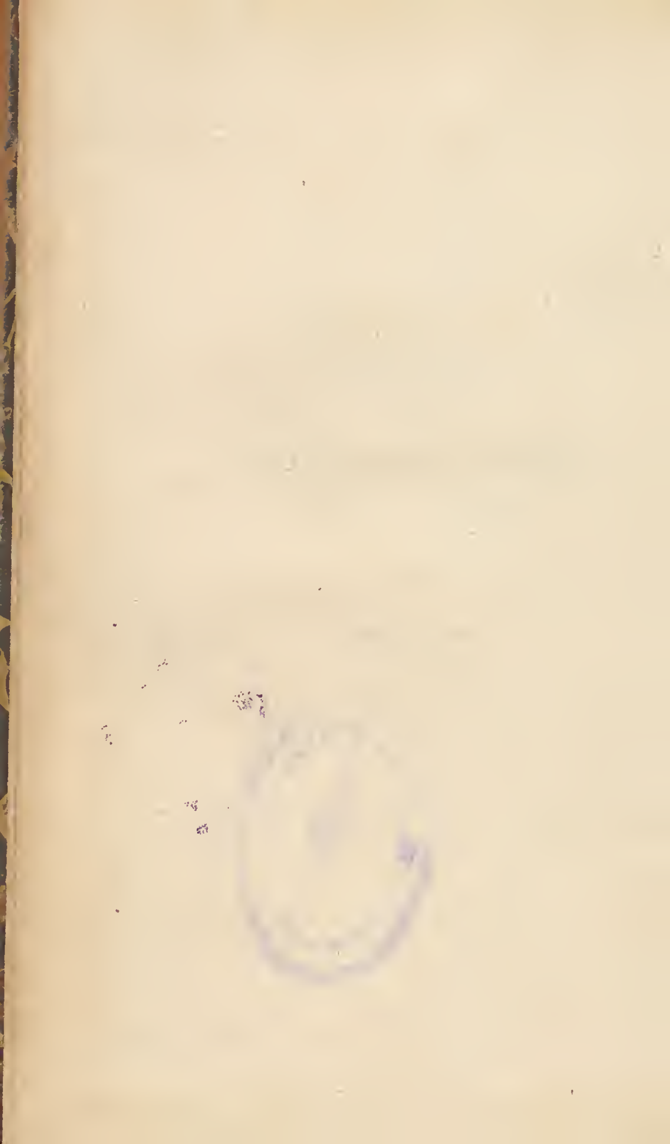
DE

LIBROS ESPAÑOLES,

RAROS Ó CURIOSOS.

TOMO NOVENO.





SEGUNDA COMEDIA

DE

CELESTINA

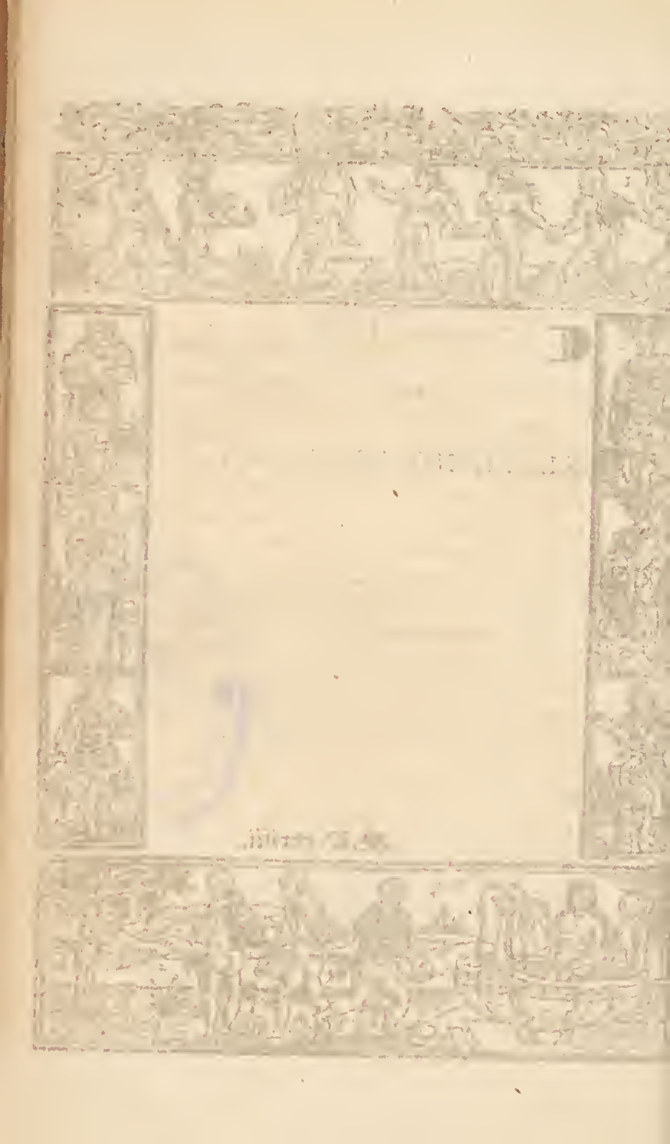
POR

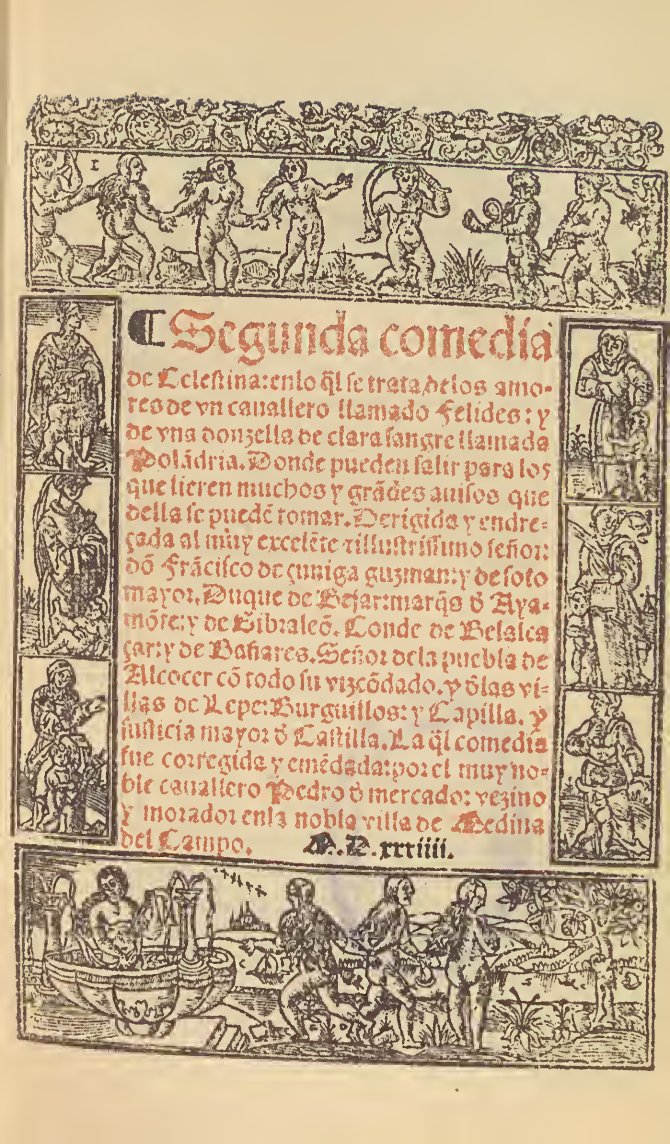
FELICIANO DE SILVA.



MADRID
IMPRENTA DE MIGUEL GINESTA
calle de Campomanes, núm. 8.

1874.





¶ Segunda comedia

de Celestina: enlo ql se trata delos amores de vn cauallero llamado Felides: y de vna donzella de clara sangre llamada Polādria. Donde pueden salir para los que lieren muchos y grādes auisos que della se puedē tomar. Derigida y endereçada al muy excelēte e illustrissimo señor: dō Frācisco de çuniga guzman: y de soto mayor. Duque de Bejar: marqs ð Ayamōte: y de Gibraleō. Conde de Belalcaçar: y de Bañares. Señor dela puebla de Alcocer cō todo su vizcōdado. y ðlas villas de Lepe: Burguillos: y Capilla. y justicia mayor ð Castilla. La ql comedia fue corregida y emēdada: por el muy noble cauallero Pedro ð mercado: vezino y morador enla noble villa de Medina del Campo. M.D.xxxiiii.



ADVERTENCIA.

Nuestro buen amigo el diligente bibliófilo Sr. D. José Antonio de Balenchana nos ha hecho el señalado favor de encargarse de la correccion de pruebas de la Segunda Celestina *de* Feliciano de Silva, *cuya reimpresion ve hoy la luz pública, y no contento con tan ímprobo trabajo, ha llevado su galantería hasta el punto de escribir la erudita introduccion que la precede. Sólo al público compete juzgar el trabajo del Sr. Balenchana; á nosotros darle aquí testimonio de nuestra gratitud, así como al Sr. D. Ricardo Heredia, quien, despues de impresa la obra, nos ha facilitado, con su acostumbrada generosidad, el ejemplar de la edicion de* 1534 *que posee, y de cuya portada damos un facsímile, además del de la de Venecia, que ya teníamos hecho.*

Bien hubiéramos querido hacer un cotejo minucioso de la edicion de 1534 con la que hoy damos á luz, indicando las variantes y aclarando, probablemente, algunos puntos oscuros; pero impreso ya el tomo y ocupados en el que ha de seguirle, no hemos podido tomarnos este trabajo.

F. DEL V. J. S. R.



El fabuloso éxito que obtuvo, desde su aparicion, la famosa *Celestina,* que compuso ó acabó, por lo ménos, el célebre bachiller Fernando de Rojas, las numerosas ediciones que de ella se hicieron, en breve tiempo, y los elogios entusiastas que mereció á los hombres más eminentes de aquella época, produjeron, como era natural, multitud de obras literarias, ya continuando el argumento de aquella, ya imitándole con más ó ménos ligeras variantes. Fué acaso la primera de sus continuaciones la *Segunda Celestina* de Feliciano de Silva que hoy viene á enriquecer esta escogida Coleccion. Y en verdad, que en ella concurren bien claras y distintas las dos circunstancias de rareza y curiosidad, cualidades que forman la base de dicha Coleccion, que con tanto acierto como aplauso de los aficionados á libros

antiguos, van eligiendo y publicando sus ilustrados editores.

No es posible, empero, desconocer la gran distancia que media entre el mérito literario de la primera y la *Segunda Celestina*. En la primera la originalidad, el lenguaje, los caractéres de los personajes, y hasta el desenlace de la accion, forman un conjunto tan acabado y tan perfecto que no son de extrañar, en modo alguno, los elogios y los panegíricos que de ella se hacen, y hasta el entusiasmo exagerado que produjo en hombres tan eminentes como D. Diego Hurtado de Mendoza, que en una ocasion célebre, (al marchar de Embajador á Roma) redujo toda su librería á la *Celestina* y el *Amadis de Gaula,* que llevaba en su porta-manteo. No menor aplauso mereció á Cervantes, pues en los versos del *Donoso*, que preceden á la primera parte de su *Ingenioso Hidalgo*, dice hablando de la *Celestina:*

Libro en mi opinion divi-
Si encubriera más lo huma-.

De la *Segunda Celestina*, no hemos

hallado en las varias obras literarias consultadas, juicio crítico ni exámen alguno, acaso porque citada siempre como continuacion de la primera y deslumbrados los encomiadores de esta, con los refulgentes resplandores de sus múltiples bellezas, no les quedó luz suficiente ó consideraron como trabajo harto secundario, ocuparse de la segunda. Pudieron quizá tambien, tener alguna influencia para ello, los rudos golpes que D. Diego Hurtado de Mendoza y el inmortal Cervantes descargaron sin piedad, sobre las obras de Feliciano de Silva: aquel en su carta del *Bachiller de Arcadia* y el segundo en varios capítulos de su *Ingenioso Hidalgo*, y especialmente en el primero, en el cual al indicar como causa de la locura de D. Quijote su desmedida aficion á los libros de Caballerías dice: «que de todos, ningunos le parecian tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva, porque la claridad de su prosa y aquellas intrincadas razones suyas le parecian de perlas, etc.» Más adelante en el capítulo VI, tambien de la primera parte, al referir el escrutinio

que el Cura y el Barbero hicieron en la librería de D, Quijote, lanza á los libros de Caballerías de Silva el siguiente anatema «Este que viene ahora, dijo el Barbero, es *Amadis de Grecia* y aun todos los de este lado, á lo que creo, son del mismo linaje de *Amadis.*—Pues vayan todos al corral, dijo el Cura, que á trueco de quemar á la reina Pitinquinestra y á sus églogas, y á las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemára con ellos al padre que me engendró si anduviera en figura de caballero andante.» Pero por más legítimas y justas que fueran estas censuras no se explica el silencio tan rígidamente observado respecto á la *Segunda Celestina,* si como queda dicho, no se considera causa eficiente de él, el parangon que necesariamente tenian que hacer con la obra inmortal de Rojas.

Que la de Feliciano de Silva no debe permanecer en la oscuridad, ni en el olvido, lo ha venido á declarar, hasta cierto punto, la Academia Española, colocándola en el Catálogo de Autoridades técnicas que ha publicado este mismo

año; y basta la mas ligera lectura de ella, para convencerse de su no escaso valer, sobre todo si se tiene en cuenta la época en que salió á luz.

Resalta desde luego, y en nuestra opinion es su principal mérito, lo bien sostenido que en toda la obra se halla el carácter de *Celestina*. Desde las primeras escenas hasta el fin, se ve en ella á la vieja entremetida y artera, solapada y codiciosa siempre, y pronta en todo momento á tramar enredos y artificios, para complacer á todos en el logro de sus impuros deseos, si con ello alcanza el precio de tan torpes tercerías. No menos bien sostenido se halla el carácter del rufian Pandulfo, bravo en el decir y cobarde hasta la exageracion, modelo exacto del maton perdona-vidas, que con tanta frecuencia se halla hoy todavía, en las ínfimas clases de nuestra sociedad. Los personajes de la novela Felides y Polandria, hacen recordar alguna vez, la dura calificacion que Cervantes aplicó á las obras de Silva, pues endiabladas y revueltas razones pueden llamarse muchos de los conceptos que pone

en boca de los dos, en varias ocasiones.

Pero dejando aparte este defecto, sobrado comun en las obras de aquella época, y prescindiendo de la tendencia demasiado frecuente á hacer alarde de desmedida erudicion, colocando en personas de baja estofa frases y conceptos completamente ajenos á su clase y estado, y que no siempre, áun esforzando la imaginacion, llegan á descifrarse enteramente; no es posible dejar de admirar la naturalidad y gracejo de muchas escenas, el chispeante diálogo de algunas de ellas y el buen desarrollo de toda la accion; circunstancias que le hubieran valido alto concepto literario, si el brillo de la *Primera Celestina* no hubiera eclipsado por completo á todos sus continuadores é imitadores.

El desenlace de la accion no queda, á la verdad, completamente acabado, y como la pluma de Feliciano de Silva no puede tacharse de infécunda, forzoso es atribuirlo á deliberada intencion de continuarla todavía, como lo hizo algunos años despues Gaspar Gomez, publicando la *Tercera Celestina*, no sabemos si

con la anuencia y beneplácito de Silva, por más que á él esté dedicada. Esto no obstante, la falta de un completo desenlace y la impunidad de los infames hechos de *Celestina* y sus criadas, vienen á dejar en claro y sin el paliativo del castigo los cuadros del vicio, que con excesiva transparencia presentan muchas escenas; y por más que se abrigue la íntima conviccion, de que son retrato fiel y exacto reflejo de las costumbres de la época, que en nada aventajaba á la nuestra en este punto, no puede ménos de censurarse duramente, que se deje triunfante el vicio y la inmoralidad, dando este ejemplo funesto y olvidando acaso la frecuencia, con que sin recurrir á imaginarios artificios, vemos palpable en el órden de la vida, que la miseria, las enfermedades y la muerte violenta, han sido y son en todo tiempo, por regla general, el fin de los personajes que tan perfectamente modelados se hallan en *Celestina*, sus criadas y amigos.

De todas suertes, y protestando nuestra falta de autoridad literaria, creemos, sinceramente que la reimpresion de esta

obra, hoy tan rara y de tan subido precio cuando se presenta algun ejemplar á la venta, ha de ser muy bien acogida y leida con afan por los estudiosos y aficionados á nuestra literatura. Estos, no verán en ella solamente la pintura de cuadros más ó ménos desenvueltos y procaces, como vulgarmente se cree ó se dice, por ciertos fingidos timoratos y aun por personas de cuya educacion y cultura debia esperarse penetráran más la esencia de las cosas, sino que la estudiaran, ya como tipo del desarrollo y rápida perfeccion de nuestra lengua, ya como retrato de los hábitos y costumbres de una época, que por ser tan distante de la nuestra ofrece tan vasto campo al filósofo y al historiador; ya finalmente como indicio ó preliminar de nuestro teatro, no obstante que la opinion general de los literatos se halle unánime, en considerar como novelas, estas llamadas comedias.

Escasas son las noticias biográficas, que sin embargo de nuestra no pequeña diligencia, hemos podido adquirir de Feliciano de Silva. Parece fuera de

duda, quo fué natural de Ciudad-Rodrigo é hijo de Tristan de Silva, Cronista del Emperador Carlos V. Nació á fines del siglo XV, ó en los primeros años del XVI, y debió alcanzar bastante edad, segun se desprende de la dedicatoria que hizo de su obra *Don Florisel de Niquea* á la Emperatriz doña María, hija de aquel monarca. Tuvo, segun añade el Sr. La Barrera, un hijo llamado Diego, que sirvió primero bajo las banderas del Emperador y se embarcó despues para tierra firme, donde murió en una batalla con los indios de aquella region.

El ilustrado autor de la crónica de la Casa de Niebla, Pedro Barrantes Maldonado, cuya importante obra publicó, no hace muchos años, la Academia de la Historia, en su Memorial histórico Español, refiere que Feliciano de Silva fué paje de D. Juan Alonso de Guzman el Bueno, séptimo Conde de Niebla, y que hallándose en Sevilla en 1540, salvó la vida á la esposa de éste, la Condesa doña Ana de Aragon, nieta del Rey D. Fernando el Católico, que viniendo desde Triana, al pasar el puente de barcas del

Guadalquivir, se hundió, y la Condesa cayó al rio en la mula que montaba, lo mismo que todas las personas que estaban á la redonda, y donde se hubiera ahogado como se ahogaron *catorce de sus doncellas é dueñas é algunos caballeros é pajes* sin el oportuno auxilio de Feliciano de Silva, que llegó nadando hasta ella y con la ayuda de un barquero la socorrió asiéndola de una manga, hasta que se acercaron otros barcos y pudieron sacarla á tierra.

Respecto de las obras literarias de Silva, bastará decir que uno de nuestros más distinguidos literatos y bibliófilos, el señor D. Pascual de Gayangos, le llama celebérrimo y nunca bien ponderado escritor de *Caballerías* y el más fecundo y prolífico de todos los de este género; y efectivamente además del *Lisuarte de Grecia* ó séptimo libro de Amadis, de que con muy sólido fundamento se le supone autor, aunque no lleva su nombre en la portada, son conocidamente obras suyas el *Amadis de Grecia,* que tituló libro noveno de Amadis, y las cuatro partes de *Don Florisel de Niquea.*

Es completamente ajeno á nuestro propósito, el exámen crítico de estas obras, que hizo ya de una manera tan perfecta y acabada, como todo lo que sale de su docta pluma, el mencionado Sr. de Gayangos en el *Discurso* que precede al tomo titulado *Libros de Caballerías*, que es el XL, en el órden de publicacion, de la Biblioteca de Autores Españoles. Pero no dejaremos de admirar la fecundidad de este escritor, en una época, en que eran muy pocos los autores que multiplicaban así sus producciones literarias, y aunque le censuraron tan agriamente como hemos dicho, Mendoza y Cervantes, es forzoso convenir en que esas censuras dirigidas principalmente contra los disparatados argumentos de sus libros de Caballerías y contra el lenguaje oscuro y afectado que en ellos empleó, no menoscaban ni pueden rebajar su ingenio, su incansable laboriosidad, y la erudicion que demuestra en sus voluminosos escritos; y por eso, sin duda, la Academia Española, juzgándolos con más detenimiento y ménos pasion, ha colocado tambien en el catálogo de Autoridades

técnicas el *Don Florisel de Niquea*.

No consta de una manera positiva el año en que salió á luz la *Segunda Celestina*, que seguramente no fué la primera produccion de Silva, si como creen los modernos bibliógrafos es autor del *Lisuarte de Grecia*, publicado en Sevilla en 1525, por los dos hermanos Cromberger. Ticknor dice, que aquella obra se publicó en 1530; el Sr. Gayangos al citarla en una nota de su mencionado *Discurso*, la refiere al año de 1535, y el Sr. La Barrera, en su Catálogo del Teatro Español, indica ambas ediciones como la primera y segunda, pero sin fijar respecto de la de 1530 su tamaño, nombre del impresor y lugar en que se hizo, y adoleciendo la indicacion de la segunda de las mismas faltas, escepto la del tamaño que expresa ser en 4.º

No negaremos, en absoluto, que haya realmente estas dos ediciones; pero nace una legítima duda de su existencia, al observar que la cita de Ticknor no vá acompañada como la generalidad de las obras que menciona, de la nota correspondiente, insertando el título íntegro de

ellas, su tamaño y el lugar y el nombre del impresor; y esa duda se robustece al ver que se guarda ese mismo silencio, en las notas con que tan profusa y acertadamente han ilustrado la edicion castellana de Ticknor, sus distinguidos traductores. Todo lo cual, tratándose de personas tan competentes en la materia como las citadas, da lugar á afirmar que, ó dichas ediciones no existen, ó es tal su rareza que ni han llegado á verlas, ni á adquirir los datos suficientes para describirlas cumplidamente.

La primera edicion conocida, es pues indudablemente, la que el erudito señor Salvá cita y describe en el número 1414, del catálogo de su libreria con el siguiente título: *Segunda comedia de Celestina, en la cual se trata de los amores de un caballero llamado Félides y de una doncella de clara sangre llamada Polandria. Donde pueden salir para los que lieren muchos y grandes avisos que della se pueden tomar. Dirigida y endreçada al muy excelente y ilustrísimo señor D. Francisco de Zúñiga Guzman y de Sotomayor, Du-*

que de Béjar, Marques de Ayamonte y de Gibraleon, Conde de Belalcáçar y de Bañares..... La cual comedia fué corregida y enmendada por el muy noble caballero Pedro de Mercado, vecino y morador en la noble villa de Medina del Campo. Acabóse en la muy noble villa de Medina del Campo en casa de Pedro Touans en el corral de Boeys. Año de MDXXXIIII á XXIX de Octobre. 4.° letra gótica. Sin foliacion, signaturas a—q, cada una de ocho hojas.

Hemos tenido ocasion de examinar este ejemplar, despues de estar impresa la presente obra, en la biblioteca del distinguido y opulento bibliófilo D. Ricardo de Heredia, poseedor hoy, de la rica y escogida librería que perteneció á D. Vicente Salvá y que recientemente ha comprado á sus herederos.

Esta misma edicion es la que cita tambien en primer lugar el eminente bibliógrafo Cárlos Brunet, advirtiendo que era tal su rareza que sólo habia logrado ver un ejemplar y ese falto de algunas hojas.

El mismo Brunet cita á continuacion otra edicion, que podrá ser la segunda, la cual asegura haber tenido á la vista, pero añadiendo, que es no menos rara que la precedente, impresa en Salamanca por Pedro de Castro. Año de MDXXXVI á doce dias del mes de Junio. En 4.°; letra gótica, signaturas a-o sin foliacion y con grabados en madera.

La tercera edicion, de las hoy conocidas, es la que ha servido de modelo para la presente, cuya portada se ha reproducido por la foto-litografía y el final se ha copiado á la letra, la cual fué corregida por Domingo de Gaztelu, secretario de D. Lope de Soria, embajador de Cárlos V. en Venecia.

La cuarta edicion conocida, se imprimió en Amberes, en 16.°, sin expresar el año, que fué hácia el de 1550, segun Brunet. Carece tambien de foliacion y lleva las signaturas A—F. de segundo abecedario, todas de ocho hojas menos la F que tiene cuatro y la última de estas es blanca. Se vendia, segun dice la portada, en Amberes á la enseña de la Polla grasa, y

en París á la enseña de la Samaritana, calle San Benito.

Feliciano de Silva, imitando á Rojas, ocultó su nombre en la portada de estas cuatro ediciones, pero lo declara el corrector Pedro de Mercado, en la última estancia de las coplas de arte mayor, que se hallan entre los preliminares de ellas.

Inútiles nuestros esfuerzos y los de los editores, para adquirir un ejemplar de las ediciones hechas en España, nos hemos valido para la correccion de pruebas de la presente, de uno de la de Venecia, que con exquisita espontánea generosidad, nos ha facilitado el Sr. D. Isidoro de Urzaiz y cuyo ejemplar por su limpieza, por su perfecto estado de conservacion y hasta por su encuadernacion en vitela, al estilo antiguo, es una joya bibliográfica. Hemos tenido tambien otro ejemplar, no ménos notable, de la edicion de Venecia, perteneciente al Sr. D. José Sancho Rayon; pero á pesar del gran mérito bibliográfico de uno y otro, se halla el texto de los dos plagado de errores materiales, como sucede generalmente, á todas las obras impresas por personas

que desconocen el idioma que estampan.

Nuestra diligencia, pues, se ha dirigido á purgar esta edicion de tales errores, confrontándola cuidadosamente con las dos citadas, adoptando algunas veces la leccion de la de Amberes, cuando conocidamente era más correcta, pero ateniéndonos, en todo caso, á la de Venecia por ser la más antigua.

Aún así, quedan frases y palabras que de muy buena gana hubiéramos redondeado ó corregido, pero que hemos tenido, sin embargo, que respetar ciegamente por hallarlas iguales en ambas ediciones.

No hemos anotado las variantes de una y otra porque las hemos considerado de tan escasa importancia, que su utilidad no hubiera compensado ciertamente, ni el enojo de leerlas, ni lo que hubieran desfigurado las cajas de la impresion.

Muy léjos está de nuestro ánimo, la idea de que esta edicion salga perfecta en su parte material *; porque ni para

---

* A pesar de nuestro cuidado, en la pág. 286 se ha puesto dos veces el nombre de *Sofía* en lugar de *Sosia*.

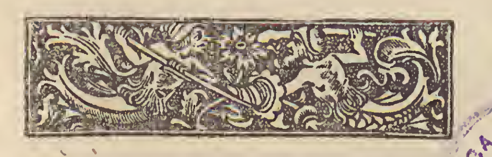
ello nos creemos competentes, ni estamos acostumbrados á tales tareas, pero si como juzgamos, sin alarde de vanidad, es la más limpia y correcta de cuantas hoy se conocen, daremos por altamente galardonado, el arduo é ímprobo trabajo material, ya que no de erudicion, que la hemos dedicado.

J. A. DE B.

domingo



Segunda comedia de la fa-
mosa Celestina en laqual se trata de la
Resurrection de la dicha Celestina: y
de los amores de Felides y Polādria
corregida y emendada por Domin-
go de Gaztelu secretario del Il-
lustrissime Señor don Lope
de Soria embaxador Cesa-
reo acerca la Illustrissima
Señoria de venecia:
Año 1536 enel mes
de Junio.



CARTA PROEMIAL.

Muchos de los antiguos escritores escribieron, muy excelente señor, y en diversas formas, para por diversas maneras poder aprovechar á los lectores. Entre los cuales autores, los comichos y ordenadores de comedias, fueron muy acetos comunmente á todos, y á mi ver es una buena manera de escribir, por que como ya los hombres tengan el gusto tan dañado para recebir las virtudes, trae mucho aparejo traer cubierto de oro de burlas y cosas apacibles, el acibar que todos reciben en la verdad, en las cosas de que se puede sacar provecho, y de esta manera unos por forma satírica, como fué Juvenal, escribieron debajo de decir mal reprehendiendo los vicios de sus

mayores para poder mostrar la virtud, para vivir en ella los hombres debajo de tal estilo apacible. Otros escribieron trajedias, como escribió Séneca, para monstrar, en las caidas de los príncipes, el aviso para guardarse de los semejantes golpes de la fortuna. Otros representaban las comedias en los teatros, y las dejaban por escrito, para comunmente mostrar é sacar al natural, en tales representaciones, las burlas y engaños que ansí en los enamorados y sus criados suele haber, como paresce por el Terencio y Plauto, y otros que escribieron comedias; y á mí paresciéndome que debajo deste estilo podria más hacer ver la virtud enjerida en tal representacion, esta segunda comedia de *Celestina* escribí y á vuestra señoría la enderecé. Suplico á vuestra señoría que lo que en ella falta se supla en virtud de mi deseo, porque debajo de tal esfuerzo y con ayuda del favor que la obra rescibe de recebirla vuestra excelencia en servicio, quedará debajo de tal protestacion la obra y el que la hizo, como los que hablan en la fé, poniéndose de-

bajo de la correcion de la iglesia, como yo me pongo á la de vuestra señoría, protestando en tal fé vivir, y si fuere necesario morir, en todo lo que de su servicio para pagar mi obligacion se ofresciere.





COPLAS DE PEDRO DE MERCADO, CORRECTOR, EN LOOR DE LA OBRA Y EN QUE DECLARA EL AUTOR DELLA.

Si al tiempo presente memoria dejaron
Los que en el pasado fueron excelentes,
Con hechos y dichos notables, prudentes,
Con que la fama que oimos cobraron:
Si tal como aquestos, que así se mostraron,
Hallamos algun excelente varon,
Ni quiere mi pluma, ni manda razon,
Si no que gane lo que ellos ganaron.

Los que en el siglo pasado se vieron
Famosos por sciencia ó por caballería,
Oimos la fama que resplandecía,
Aunque no vimos lo que ellos hicieron:
Así que sabemos lo questos valieron
Su grande excelencia y mucho valor,
Por que publican su alto loor
Los que en escrito sus hechos pusieron.

Por donde esta obra tan maravillosa
No es justo que pase en desimulacion,
Pues vemos que mana de cada renglon
Sentencia excelente y muy provechosa:
Ni quiero que sea mi mano espaciosa
En declarar quien fué el inventor
Desta tan clara y estraña labor,
Tan llena de sciencia cuanto es de graciosa.

Si obra se halla de grande primor
Es cosa cierta tener ya por uso
Loar por ella al que la compuso,
Como en pintura loar al pintor:
Mas digo si fuere como este el autor,
Aunque en la obra se loe su sciencia,
Su valor tiene tan gran preeminencia
Que ella por él rescibe el valor.

Pues siendo la obra tan buena por sí
Sin que tuviera autor cual paresce,
Ela por ella por si lo meresce
Todos loores juzgándola así:
Así que mirando resulta de aquí,
Que siendo ella tal y tal el autor
De casta y de sabio, que es la mejor
Que nunca se vió ni yo jamás ví.

Aqueste excelente tan buen caballero
A quien de su casta sesmalta el saber,
La sciencia es esmalte de tal rosicler
La casta el fino oro ques el verdadero:
De casa y linaje de Silva heredero,
Felice en las obras pues es Feliciano,
Al cual yo suplico que mi torpe mano
Perdone guiada por seso grosero.

Y mira lector con gran diligencia
No pases liviano por esta gran obra,
Pues lo que falta de grande, le sobra
Así en el estilo y en buena sentencia:
Y allende de ver su grande excelencia
Vieras el refran complido y entero
No embote á el saber la lanza al guerrero
Donde es la nobleza tan llena de sciencia.



ARGUMENTO DE LA PRIMERA CENA.

Felides, caballero mancebo de clara sangre y rico, vencido de los amores de Polandria, doncella muy clara de linaje y hermosura, se descubre á su criado Sigeril y le aconseja que mande á su mozo Pandulfo que trabe pendencia con Quincia, moza de Paltrana, madre de Polandria, y el mozo lo acepta. Introdúcense.

FELIDES.— SIGERIL.—PANDULFO.

Fel. Ay de tí Felides, que ni la grandeza de tu corazon te pone el esfuerzo, ni la sabiduría consejo, ni la riqueza esperanza, para esperar en la razon que para amar tuviste, la que en tal razon se niega para esperar el remedio, por el merecimiento, valor y hermosura de mi señora, porque cuanto por una parte pide la razon de amarse, por la otra niega en la razon de tal servicio la poca que para esperar remedio hay. Oh mi señora Polandria, quién pudiese decirte mi mal, con que con decillo pudieses tú sacar dél lo que con las palabras de decirse se niega al comedimiento, que á la poca esperanza

de mi remedio se debe por tu parte, por parte de tu valor sin ningun precio, por mi parte para redimir la libertad que en él tengo perdida. Ay de mí, que la pena me manda decir, y la razon callar; el dolor publicar mi fatiga, y el comedimiento que á tu valor se debe encubrilla. Tu hermosura pide lo que niega esperanza, razon della me demanda; lo que niega tu valor se me esfuerza, tu merescer me desmaya, el pensamiento osa, el entender teme, la memoria me fatiga, la voluntad me congoja, el deseo me engaña y el amor me esfuerza para más me quitar el esfuerzo. ¡Oh amor que no hay razon en que tu sinrazon no tenga mayor razon en sus contrarios! Y pues tú me niegas, con tus sinrazones, lo que en razon de tus leyes prometes, con la razon que yo tengo para amar á mi señora Polandria, para ponerte á tí y casarte con la razon que en tí contino falta, el consejo que tú niegas en mi mal quiero pedir á mi sabio y fiel criado Sigeril; podrá ser que, como libre de tí, pueda mejor dar consejo en el que á mí me falta. Por tanto quiérole llamar. Sigeril, Sigeril.

Sig. Señor.

Fel. Ven acá, que quiero pedirte lo que á mí me falta.

Sig. Señor, bien librado estoy yo luego, si aguardando á tener de tus sobras el remedio de mis faltas, piensas tú que de mis faltas se hayan de cumplir las tuyas.

Fel. ¿Y qué faltas piensas tú que digo?

Sig. Señor, de las que hacen falta en todo lo que fuera de tenerlo sobra, en valor, linaje, gracias y hermosura, que es el dinero, por el cual no hay falta que con él no se cubre, pues no hay tacha ni falta que la riqueza no supla, ni virtud ni linaje y saber que la pobreza no esconda.

Fel. No pone falta, Sigeril, lo que se puede comprar y vender, mas lo que por faltar precio, no se puede comprar con precio, que es la voluntad.

Sig. Muy engañado estás, señor, si piensas que haya ya voluntad que no se compre con dinero, pues el almoneda que de todo lo desta vida por él se hace te debería desengañar. ¿Quién vendió la república de Roma y su monarquía sino éste, segun que juzgarás? el rey de Numidia lo dijo y pronosticó en su torpe deliberacion de Roma, cuando dijo mirándola de una cuesta: ¡Oh ciudad puesta en precio, si tuvieses comprador! como quien por dinero había comprado su virtud y justicia. Así que, señor, por el dinero se

corrompió su virtud y vino en perdimiento su monarquía. Por éste todo anda al almoneda; y para qué quieres más prueba, sino que el hijo de Dios se puso en precio y se vendió por treinta dineros.

Fel. Ay Sigeril, que el valor que me falta á mí para que quiero pedirte consejo, como se ponga en precio, pierde todo el que tiene quedando con ninguno; y por la misma razon, no se puede esperar por precio lo que con precio comprandose pierde el precio de su estimacion, que es el valor de las mujeres. Y más de tal mujer como mi señora Polandria, donde solo para pagar su precio queda por paga la vida, quedando yo sin ella, y con perdella acrescentar ella más en el valor de su bondad, ante quien todo precio queda tan pobre, cuanto yo me siento, en su acatamiento y presumpcion y valer.

Sig. Señor, la falta de la esperanza te hace desesperar de lo en quien todo el mundo espera; ¿mas no has tú oido un proverbio muy antiguo que dice: que quien dineros tiene hace lo que quiere?

Fel. Si sé: mas ¿por qué dices eso?

Sig. Dígolo, por lo que tengo dicho de lo que con él se compra y se vende, y pues á tí no te falta, no pongas falta en lo que para tu esperanza te sobra.

Fel. Hora ordena tú lo que te paresce, que yo ni tengo saber ni tengo consejo.

Sig. Señor, lo que á mí me paresce es, que en la sobra del deseo te fallece la esperanza, y no me maravillo, porque aunque tengas el remedio te faltará en el contentamiento de gozar, por donde no es mucho que falte en el deseo de esperallo. Mas lo que á mí me paresce es, que su madre de Polandria tiene una criada que sale al rio y á la fuente, llamada Quincia; parésceme que será bien á un ruin hechalle otro, que será, á tu mozo despuelas Pandulfo hacer que la requiera de amores, y que procure alcanzar parte della, para que tú la tengas en el todo de Polandria, hechándola por tercera.

Fel. Muy bien me dices: llámalo acá.

Sig. ¿Pandulfo, Pandulfo?

Pand. ¿Qué fué, que tanta priesa hay?

Sig. Es que te llama nuestro amo.

Pand. ¿Quiere matar alguno, ó para qué tiene necesidad de mí?

Sig. Oh, válame Dios, con hombre tan fiero como este!

Pand. ¿Qué dices, Sigeril?

Sig. Digo, que no adevines tú lo que tu amo te ha de querer, sino que lo pongas por obra y vengas.

Pand. ¿Qué diablos me puede él á mí querer, fuera de andar á sus espuelas sino es para apalear alguno, ó cruzar la cara á alguna bellaca, ó embiar á cenar con Jesucristo algun bellaco que lo tiene enojado?

Sig. Déjate estas bravezas y ven, que no es tiempo de pasar tiempo en eso.

Pand. ¿Qué bravezas? ¡voto á la casa santa de Hierusalen! mejor lo haré que lo digo. Tú no me debes de conocer.

Sig. Dias há yá que te tengo conoscido.

Pand. ¿Qué dices, qué estás hablando entre dientes?

Sig. Digo que dias há que te tengo conocido por tal, y que agora quiero ver cómo haces lo que nuestro amo te encomienda.

Pand. No sea cosa de pedirme consejo, sino de ponerlo en ejecucion, y mándeme poner las manos del rey abajo, que por la Verónica de Roma, que primero sea hecho que mandado, y aun al rey no sacara sino fuera por no caer en mal caso.

Sig. ¡Qué desmandar se hace este panfarron!

Pand. ¿Qué dices, ó de qué te ries?

Sig. Ríome con que gastas mas tiempo en decir que en hacer, segun son tus obras.

Pand. Dí, ¿tú no conoces á Mostafás, el carnicero?

Sig. Si conosco, ¿mas para qué es agora eso?

Pand. Para que sepas lo que pasé con él ayer en casa de Silea la cantora.

Sig. ¿Qué pasaste?

Pand. Pregúntalo tú á Baravon, el mozo de caballos, que él te lo dirá; porque no es bien los hombres decir sus cosas.

Sig. Ansí es, porque la palabra divina lo niega, que ninguno diga su gloria; mas dejémonos hora deso, que yo sé bien tu esfuerzo y valor de persona.

Pand. No estés en eso, que veinte mujeres y rapaces que allí estaban no me pudieran tener; sino que me hallé con espada y él no tenía armas ningunas, y por eso me detuvieron de llegar á las manos con él, sobre cierto juego sobre que hubimos palabras.

Sig. Ansí lo creo yo; que por eso estabas tú tan fiero entre las ruecas.

Pand. ¿Qué dices, que me atajas?

Sig. Digo, que le quebráras las ruecas en la cabeza, pues que no tenía espada.

Pand. Bueno es esto, por Cristo. No es más en mi mano enojado dejar de matar, que puede dejar de morir el que me eno-

ja; especial si es sobre el caso de alguna muchacha.

Sig. Hora ven, que basta lo dicho, que todos lo sabemos.

Pand. Mas por tu vida, ¿sabias tú ya lo que pasé con Mostafás?

Sig. Si sé; y estaba maravillado dello.

Pand. ¿Luego no debes de saber lo que ántes habia pasado con el sacristan de san Martin, cuando le rasgué toda la sobrepelliz, y aun parte de la corocha, sobre el tomar del pan bendito? que no te maravillaras deso, y á la verdad no era tanto por el pan bendito como porque me parescía que miraba de mal ojo á mi muchacha, que estaba en su parroquia.

Sig. Hi, hi, hi.

Pand. ¿De qué ries, dices que no es ansí?

Sig. No por Dios, que bien te conozco dias há; sino porque te pesase que mirase á tu mochacha, teniéndola tú á ganar dineros en la mancebía.

Pand. ¿Deso te espantas? Pues sabes que una cosa es ganar dineros, y otra es, fuera del lugar de ganallos, decille de palabra ni de señas ninguna discortesía en mi presencia, porque quiero yo que delante de mí parezca una santa Catalina, y que todos me tengan en el acatamiento que me deben por mi persona.

Sig. Hora basta, andacá que está nuestro amo esperando.

Pand. Hora vamos, mas di por tu fé ¿sabes qué me quiere?

Sig. Allá lo sabrás.

Pand. ¿Señor, qué es lo que me mandas?

Fel. Pandulfo, mi fiel criado, yo te quiero encomendar una cosa, en que no me va menos que la vida.

Pand. Perder la mia es lo menos que por tu servicio tengo de hacer.

Fel. No me atajes, que bien conoscida tengo tu voluntad, y para esto yo quería que tú trabases pendencia.

Pand. ¿Qué pendencia, señor? por los misterios de la misa, con el rey la tome por tu servicio.

Fel. ¿Yá no te digo, que no me atajes hasta el cabo?

Pand. Pues dí presto con quién es la pendencia, para quitalle la vida en pago de tu enojo.

Sig. Oh, do al diablo este bellaco, si há de acabar hoy con sus fieros.

Fel. ¿Qué dices tú, Sigeril?

Sig. Digo, señor, que es recia cosa meter hombre tan determinado, y usa de consejo.

Fel. Ora, tornando á nuestra plática, la pendencia es de amores y no de armas.

Pand. ¿De amores señor? pues éstas son mis misas.

Fel. Pues el caso es, que á mí me cumple; que tú trabes pendencia y procures tener amores con Quincia, criada de Paltrana, la viuda.

Pand. ¿Qué amores? no digo amores, más si fuere menester, por el corpus damni, de casa de su ama la saque arrastrando por los cabellos y te la traiga aquí.

Fel. Hi, hi, hi.

Pand. ¿De qué te ries, señor, piensas que no lo haré mejor que lo digo?

Fel. No me rio deso, sino que no quiero que la enojes, sino que la enamores para traella á mi propósito.

Pand. Mal sabes señor de achaque de trama. ¿por qué piensas que me adoran á mí las mujeres, sino porque sé dalles del pan y del palo? Porque has de saber que quieren ser halagadas y castigadas.

Sig. Al diablo el rufianazo vellaco, si piensa que está en el bordel, hablando con *Tripa en Brazo* y *Monton de Oro* y con otros tales bellacos.

Fel. Aquí no te demando que la castigues, sino que la regales y la enamores para que la tengamos contenta, que quería que me llevase cierta embajada á Polandria, hija de su señora.

Pand. Ya, ya; por las reliquias de Roma que te tengo entendido, hi de puta y cómo es bella y fresca la doncella: déjame el cargo señor, que en mi cuidado te puedes bien descuidar. Yo tomo el negocio á mi cargo y voy á entender en poner por obra mi oficio y tu mandamiento; porque yo más nascí por esto, cierto, que no para almohazar y servir de mozo espuelas.

Fel. Hora ve con Dios, y pon mucha diligencia. ¡Qué panfarron y fiero es este bellaco, y, si viene á mano, jamás debe de decir cosa que sea verdad!

Sig. Tal me paresce él, mas todo es proballo y cuando él no aprovechare yo trabaré pendencia con Poncia, doncella muy privada de Polandria, y fingiré de casarme con ella para mas la poner en el juego, y en tanto reposa tú, señor, que no has dormido esta noche; yo iré á dar priesa á este panfarron, no se vaya todo en fieros y palabras su hecho.

Fel. Ansí lo haz, y ve con Dios y cierrame esta puerta.

ARGUMENTO DE LA SEGUNDA CENA.

Pandulfo va á buscar á Quincia, y la topa camino de la fuente y la requiere de amores. Y estando con ella llega Zambran, negro de Paltrana, y riñe con la moza y reprehende á Pandulfo y él se escusa y se va. Despues torna y tornan á topar á Boruca, negra, cuyo enamorado era Zambran y lleva encomiendas Quincia de Boruca á Zambran; y entroducénse.

PANDULFO.—QUINCIA.—ZAMBRAN.—BORUCA.

Pand. Agora quiero ver qué manera terné en lo que mi amo me há encomendado, porque del dicho al fato hay muy gran rato. Porque Paltrana tiene criados mozos y locos, que no dudarán más en matarme que en comer un pedazo de pan; yo queríalo hacer á mi salvo, porque en fin, como dice el proverbio, mal ajeno de pelo cuelga, y más vale que se alargue su pena que no que se acorte mi vida. Y mas que yo no quería ninguna cosa llegar á efecto, baste que por mis palabras me tengan por valiente hombre, y no quiero con la esperiencia de las obras desengañarlos. Mas tambien, porque mi amo no me tenga en poco, porque todas las cosas más en estimacion que en hecho consisten su valor, quiero ir á la fuente, y si

topare á Quincia, fuera de los límites de su casa, decirle dos parolas á manera de llevada, y como las tomare ansí procederé. Quiero tomar mi espada y mi capa, y peiñar mi hebra para parecerle mejor, que á un salir á buen fin estos hechos, no seria mucho encantusarla de casa de su ama y hacerla iluminaria de una botica, donde me ganase más provecho que mi amo me daría en estos diez años. Hora yo voy, para el corpus damni: héla allí do va; quiérome llegar á ella y hablarle. Dios os salve, señora hermosa: ¿sois muda, señora, ó porqué no quereis hablar? Por el corpus damni he de hablaros por señas, pues no entendeis por palabras; volveos, volveos acá, mi ángel, despecho de la vida que vivo.

Quin. Desvíate allá; el diablo el bellacazo que lo lleve.

Pand. Despecho de la vida, señora, ¿eras tan brava con el otro marido?

Quin. Vereis vos el rufianazo; con que se viene el desgraciado.

Pand. Señora, no seais descortés con vuestros servidores.

Quin. No seas tú mal criado, no seré yo descortés. Vereis vos, mi hermano papienco, bendígamelo Dios no lo hocen puercos. Harracá mi necio.

Pand. No estés, señora mia, tan brava; vuélvete acá.

Quin. Desvíate allá, no seas mal criado, sino, por vida de mi señora, de te arrojar este cántaro á los ojos.

Pand. No pienso yo, señora, que sereis tan descortés.

Quin. Por mi vida, sino estés quedo, que lo diga á tu amo más presto que te santigües. Válgalo el diablo, si há de estar quedo el asnejonazo majadero.

Pand. Por nuestra dueña, hermana, que para ser tan hermosa que no os hiciese mal una poca de más gracia.

Quin. Vereis vos el desgraciado; con esta me quieren á mí en mi casa, sin que te vaya á demandar prestada la tuya.

Pand. Por las reliquias de Meca, señora, que conmigo no estás muy graciosa; no sé la gracia que con otros teneis. No sé porqué, que, por nuestra dueña, que no tienes otro mayor servidor que yo en este mundo. ¿Ríeste, señora? ¡Oh, bendito sea Dios que te me dejó ver reir!

Quin. Ríome de ver tu desgracia, que de desgraciado eres gracioso.

Pand. ¡Oh rostro hecho de flores! Por la Verónica de Jaen que me tienes muerto, que te ví estotro dia las piernas en el rio, que me dejaron muerto de amores.

Quin. Mirá vos, tales cuales ellas son con ellas me sostengo; escucha, escucha.

Zam. Cantar, bailar, Mohoma; no xaber guala, xeñora.

Quin. Desvíate allá, amigo, porque viene aquí Zambran, el negro de mi casa, no te vea hablar conmigo.

Pand. Puesseñora, ¿dasme licencia para que te dé esta noche una música?

Quin. Haz lo que quisieres. ¡Cuitada de mí, que nos ha visto Zambran!

Pand. ¿Pues á qué hora mandas, mis ojos? dí hora, dí, mi alma, hora dí. Suplícotelo, mi corazon, presto.

Quin. Ay Jesus, que importuno eres. Dios me libre de hombre tan pesado. Sea á las doce, y calla y desvíate allá.

Zamb. Gentel homber; ¿qué querer vox, voxa merxe? á calla vax máx, á colla venex con la mochacha de mi xeñora?

Pand. Hermano Zambran, por el crucifijo de Búrgos, cosa no le decía, por vida tuya ni mia.

Zamb. Jura á dux á mi entender, y no extar bona-cortexía, lox hombrex deben andar á lox oydox con lax mochachax á la fonte en amore conex, xoxacando la creada de mi xeñora.

Pand. Por santa María, tal cosa no pasa.

Zamb. Andar allá, por xanta Mareya,

por xanta Mareya, á mí no extar tan buovo como tú penxar: tú penxar que no entender á mí ruindadex.

Pand. Ven acá, hermano, no hayas enojo. Por el corpus damni, que no le decia ninguna cosa ni descortesía.

Zamb. ¿Qué corpo crexte, corpo crexte? Andar con el diablo, tú andar bielaca, no extar máx aí, xino á mi dexer á mi xeñora.

Quin. Valalo el diablo el buzano ¿yo que le hago á él, ni qué tengo que ver con estotro?

Zamb. Andar á entender en hacer hacenda y dexar de engrellamentox y poteronex.

Quin. Al diablo el escarabajo; ¿habeis vos de tomar estas cuentas?

Zamb. Tú no querer andar.

Pan. Hermano Zambran, callar por me hacer merced, y no haber enojo que voto al Antecristo si te enojo de no la hablar en mi vida.

Zamb. Andar, xeñor, voxa merxé, que yo no tener conta contigo. Si tú quier extar homber de ben, á mí querer xer leal á mi xeñora; que no parecer ben foxte acá, ne foxte acullá con la moza, quextar bova y no mirar á xu honra.

Pand. Ora calla, hermano, que yo soy tu amigo.

Zamb. Y á mí tuyo, por xanta Mareya. Max mirar xeñor voxa merxé. No parexer ben extax coxillax, extox xecretox camino de la fonte, no jurara dux; ¿para qué ex xino decir verdad?

Pand. Hora, hijo Zambran, yo me voy, y queda con Dios, que por nuestra dama no te enoje más que á mí.

Zamb. Andar con dux, xeñor, voxa merxé.

Pand. Aun el diablo me hubiera de traer hoy acá. Sino fuera por mi cordura, diérame aqueste puto negro una porrada, con que me dejara tendido en el suelo, á muchos peligros destos daré yo al diablo los amores. Mas por eso hago yo como sabio, que me voy á mis pasatiempos á esa mancebía por apartarme destos peligros, y por eso dicen, que buey suelto bien se lame. Mas como quiera que sea, ya no puedo complir con mi honra sin dalle esta noche la música; mas yo iré tan acompañado con los criados de mi amo, con que sea seguro que no sea la música de responso para me enterrar, y si viniere algun peligro, como mis compañeros presumen de honra, entre tanto que se desenvuelven los que vinieren dellos, tomaré yo las viñas y ponerme en salvo; que más vale que digan aquí huyó Pandulfo,

que no que digan aquí murió el malogrado de Pandulfo; que no me parió mi madre para cebo de buitrera de los amores de Polandria, que tales me van paresciendo, si mi seso no templara la ira de Zambran. Mas quiero ponerme á la puerta de la ciudad y esperar á que torne Quincia, y decille algo de camino porque no me tenga por cobarde en haber sufrido tanto á Zambran: héla aquí donde viene. Hermana, por la cruz de Carabaca, que tuvo en tí buen padrino Zambran, que sino por enojarte, no estuvo en mas de embialle á cenar con Jesucristo, que por el corpus damni, tres veces tuve puesta la mano en la espada.

Quin. Por tu vida, amigo, que te dejes destos pasos, que es un bellaco, y decillo ha á mi señora; y como es un atochado, no me maravillo sino cómo no nos mató allí.

Pand. Por Dios, que eso es lo que yo ando á buscar.

Quin. ¿Qué dices?

Pand. Digo, que por Dios si tal cosa pensase, que yo le buscase y el menor pedazo fuese la oreja; mas deso se guardará él bien de me enojar. Y tú, mi vida, no seas tan rigurosa conmigo.

Quin. Ay, por Dios, no tornes á estas cosas, que no soy desas que tú piensas.

Pand. ¡Oh perla de oro, qué sabia eres! No queria, sino deshacerte á besos esa boquita.

Quin. ¡Bien librada estaria yo por Dios! ¿y con qué comeria si me deshicieses la boca?

Pand. Hi, hi, hi. Por las reliquias de Roma, sabia eres y traidora; tú eres la que yo ando á buscar por mi condicion, que cuantas palabras echas por esa boca, todas me parecen que me derriten un panal de miel en la mia.

Quin. Hora vete con Dios que llegamos cerca de mi casa, no torne Zambran á toparnos, no sea el diablo.

Pand. Señora de mis entrañas. Por tu vida, que si tornare, que me perdones, que no será en mi mano dejar de matalle ó á lo ménos cortalle un brazo ó una pierna.

Quin. ¡Ay, por Dios, no hagas tal cosa, que seria echarme á mi perder! pues no era más menester para no osar tornar yo más á casa de mi señora.

Pand. Amores de mi alma, ¿habíate á tí de faltar casa, y casas donde estuvieses á tu honra?

Quin. Nunca Dios me traiga á tal tiempo, y vete ya, por Dios, que viene aquí Boruca la negra de Astibon que lo dirá

á Zambran, que es mucho su enamorado.

Pand. Hora, pues, los ángeles vayan contigo, que la música será cierta esta noche.

Quin. Y á ti guarde, gentil-hombre. ¿A dónde andar, Boruca?

Boruca. Acá andar voxa merxé á la fonte por agua. ¿Tú venir voxa merxé de allá?

Quin. Boruca hermana, ¿venir mandar algo para Zambran?

Bor. Ha, ha, ha.

Quin. ¿De qué reis, Boruca?

Bor. Extar mucho me namorado Zambran.

Quin. Por eso mejor.

Bor. Dar al diablo, xeñora, que extar muy bellaco. Que arremeter á mí extotro dia, á querer baxar como un perro.

Quin. ¿Y tú hacer?

Bor. Para xantar marea voxa merxé, á fogir y meter en caxa de mi xeñor.

Quin. Hora, Boruca hermana, yo me voy. Andar con dux.

Bor. Dux andar contigo, hermana; encomendar me á Zambran. Que guala estar bon hejo, aunque traviexo y beliaco.

Pand. Hora yo voy á contar como dexo la moza más mansa, que esta yo la doy por alcanzada. Y quiero concertar la mú-

sica con estos criados de mi amo, para que sea de suerte que me tengan por hombre de bien, y la deje muerta de amores, que tiempo es ya de entender en ella si se há de dar.

ARGUMENTO DE LA TERCERA CENA.

Sigeril ve venir alegre á Pandulfo, y pregúntale de qué. Y dice como tiene concertado de dar música esa noche á Quincia; y conciertan ambos de la dar, con los otros criados de Felides. Y entrodúcense.

SIGERIL.—PANDULFO.

Sig. Aquí viene Pandulfo, alegre viene, buen recaudo debemos de tener. ¿Qué gozo es este, hermano?

Pand. Es que voto á la rebervorada, que dejo la mochacha casi mia, puesto que á los principios la hallé algo dura de cerviz, mas supe tambien enlabialla, y decille tales parolas, que la dejo como una marta; mas ayna hubieran de costar caros los amores.

Sig. ¿Cómo eso me di?

Pand. Como que pensé que dejara cebo para buitrera destos amores, en que me cebaran los buitres y cuervos en la carne de Zambran, el negro de casa de Paltrana, si con la razon no refrenara los primeros movimientos, segun el humo me subió á las narices. Que voto á la casa de Meca, aunque diez escudillas de mostaza hubiera comido, más humo no tuviera.

Sig. Bueno fuera eso para destruir el negocio de nuestro amo. ¿Pues cómo se atajó esa brega, ó porqué fué?

Pand. Fué porque me topó hablando con Quincia, y comenzó de hacer fieros, y atajóle que como me vió enojado tornó como una marta, y la mucha paciencia suya fué parte para templar la poca mia.

Sig. Pues no has de hacer eso en estos casos, que es destruir la negociacion.

Pand. Hermano, ¡voto á tal! no es más en mi mano dejar de matar á uno si me enoja, que dejar de comer para vivir.

Sig. ¡Al diablo, este panfarron encomiendo al diablo! La verdad debe decir en cuanto dice que pasa; más valiera no habelle metido en esto, que toda la cosa se ha de ir en humo y fieros, y como azogue no ha de quedar nada en el crisol.

Pand. ¿Qué estas rezando, Sigeril?

Sig. Rezo por las almas de los que te enojaran, y que nos guarde Dios de tal pestilencia, y á Zambran, para que no sea causa de la muerte de nuestro amo Felides; y no sea todo palabras, sepamos lo que tenemos en obra.

Pand. No burles tú, que yo de veras hablo; mas lo que queda acordado es que yo le dé musica esta noche á las once,

como me mandó. Y segun lo que pasé con el negro, temo no haya dado mandado á los criados de Paltrana y quisiera ir acompañado, sino fuese por parescer que los tengo en algo y que muestro temor donde no lo hay ni puede haber.

Sig. No, que para eso todos iremos contigo, y á recaudo para si algo fuere.

Pand. Sí, mas ha de ser con condicion que si algo sucede, que me dejes á mí solo con ellos para que parezca que fuistes por vuestro placer y no por mi temor.

Sig. ¡Oh, encomiendo al diablo hombre tan fiero!

Pand. ¿Qué dices?

Sig. Digo que es bien, que ansí se hará. Mas, ¿cómo piensas que será bien dar la música?

Pand. Yo con mi guitarra, y Canarin, el pajecico, cantará, que tiene la voz en el cielo, y Corniel mozo despuelas, mi compañero, hará el ruiseñor que es gloria vérselo hacer, y tú tañerás los cascabeles, y Barañon, mozo de caballos, tañerá el cántaro. Mira si tengo pensada música con que enamore á los ángeles; y mucha copla y mucha cosa y regocijos, que hagamos de placer morir la mochacha.

Sig. Por nuestra dueña, que lo tienes

bien pensado. Pues yo tomo el cargo de se lo mandar de parte de Felides, porque lo hagan con más voluntad.

Pand. Pues así se haga, y con tu cuidado me descuido hasta que sea hora de ir, ya que acostado sea nuestro amo.

ARGUMENTO DE LA CUARTA CENA.

Pandulfo pregunta si están á punto los que han de dar la música, y todo aparejado vánla á dar, y dándola viene el alguacil y huye Pandulfo; y despues torna desimulando, y riñe con Canarin, pajecico. Y tornados á casa, torna acechar y oye como Quincia y Polandria burlan de su huida; y entrodúcense.

PANDULFO.—SIGERIL.—CORNIEL.—BARAÑON.
CANARIN.—QUINCIA.—POLANDRIA.

Pand. Hermano Sigeril, ¿está ya acostado nuestro amo?

Sig. Sí está.

Pand. Pues, hora me parece para ir. ¡Ah! Corniel hermano, ¿está el ruiseñor á punto?

Cor. Si está y aquí Barañon con su cántaro.

Sig. Pues hé aquí los cascabeles, que por mí no ha de quedar.

Pand. ¿Llevais todos vuestras guadras y rodanchos? porque si repicaren, ya me entendeis.

Bar. Todo va á punto.

Pand. Escucha que da el reloj: las once da, buena hora es; sus, vamos, mas bien será que nos concertemos aquí y digamos una copla.

Sig. Bien es; por tanto toca tú la guitarra.

Pand. Mal haya el puerco que me vendió esta prima, que no es la mejor del mundo; mas ansí pasará: hora tocá, y dí tú, Canarin, una copla.

Can. Levantaos mi corazon,
Levantaos la madrugada,
Y oid en esta alborada
Lo que os dice mi pasion.

Sig. Por nuestra dueña, cosa real es oir la voz deste rapaz, y la melodía que hace el ruiseñor.

Pand. Y la guitarra, ¿qué tacha tiene?

Bar. Voto á mares, no hay que pedir, que si la moza no es boba, por las ventanas abajo pienso que se há de echar por nosotros.

Can. No se gaste en palabras, vamos donde habemos de ir.

Pand. Canarin, por vida tuya, que digas otra copla que no es sino gloria oirte.

Can. ¿Para qué es eso? juro á san Juan, que me enroqueza que no pueda despues cantar.

Sig. Bien dice: vamos donde habemos de ir y déjate deso, que allá te hartarás de tañer y cantar.

Pand. Hora vamos: por aquí vamos me-

jor, porque no topemos con el alguacil, no haga algun desvario con que la música se torne en responsos.

Can. Maldito sea el hombre tan fanfarron, y si viene á mano, el primero que tome calzas de villadiego será él.

Sig. Eso jura tú á Dios; mas callemos ya, que si nos oye no acabamos esta noche con fieros. Ya llegamos; pongámonos aquí en bajo destas ventanas. Hora, sus, comenzá á tañer, y bien pausado. Hora, sus, Canarin, la voz en el cielo.

Can. Levanta, levanta ayna,
Mi señora y mis amores,
Más linda que clavellina
Y más hermosa que flores.

Bar. Encomiéndoos á Dios tan buena copla.

Sig. Calla, no le estorbes.

Pand. Dí, perla preciosa, que eso me contenta.

Can. Levantaos por el huerto
Y paraos á la ventana,
Y ver me heis sin cosa sana
Por vuestros amores muerto.
Oh rostro hecho de rosas
El más lindo que yo ví,
Clavellina entre hermosas;
Hayas mancilla de mí.

Pand. Voto á la casa santa, que me es-

panta este rapaz. El diablo le mostró tales dichos.

Bar. Hi de puta el diablo, y qué sentidos que son.

Sig. Dejadle hora vaya delante, que me paresce que veo tocados á la ventana puestos.

Pand. Por la Verónica de Jaen, que dices verdad. Hora, hora, Canarin, hacé maravillas.

Quin. ¡Oh señora mia Polandria, qué gloria es oir aquel rapaz! Llégate, llégate acá, y verás qué maravillas dice por aquella boca, que no es sino gloria oille.

Pol. Hora calla, que ya comienza á cantar.

Can. Oh ángel que á mi alborada
Estas, y hecha de flores,
Remedia ya mis dolores
Mi alma, esta madrugrada.

Pand. Dóte al diablo, rapaz, qué cosa más á propósito no pudieras cantar; ve adelante, que por nuestra dueña, que se rien de gozo en oirte.

Can. Oh señora y mis entrañas,
Tu vida y mi corazon,
Remedia ya mi pasion
Y mis penas tan estrañas:

Remedia ya mis pasiones
Y mi mal fuerte y cruel,
Tú, más dulce que la miel,
Ni qué nueces ni piñones.

Quin. Señora, estas trobas me parescen á mí como azúcar, que no las retólicas que la otra noche nos decian los cantores del infante, á un son que ni entendia lo uno ni lo otro.

Pol. Así lo creo yo, que no era para la boca del asno la miel.

Quin. Señora, por te hacer á tí sabia dices eso, que por mi vida que tampoco lo entendias tú.

Pol. Anda loca, ¿no lo habia de entender? tú por tu corazon juzgas el ajeno.

Quin. Señora, no sé par Dios; esto me paresce á mí como perlas, que no paresce sino que habla aquella guitarra, y que estamos en el alameda del rio, segun contrahace aquel el ruiseñor.

Pol. Hora calla, que la voz del mochacho es lo mejor, si cantase cosa sentida.

Quin. Señora, ¿y cosas mas sentidas se pueden decir?

Pol. Hi, hi, hi; hora calla, que torna ya á cantar.

Can. La guitarra y ruiseñor
Y el cántaro y cascabeles,
Mi alma, dice que veles
Y que oyas al tu amor.

Pand. Dóte á Dios, rapaz, ¿dónde hallas esos primores? por la cruz de Carabaca, si vive este rapaz que ha de ser gran glosador.

Sig. Calla, no le vayas á la mano.

Can. La prîma tengo quebrada
La tercera y el bordon,
Y tú no estás enhadada
Mi alma en darme pasíon.

Quin. Señora, ¿no tiene gracia aquel niño en lo que dice? Oyele hora, señora, que no es sino gloria oirle.

Pol. Hora calla, que si oyo.

Can. Con vuestra merced mi vida,
Rosa fresca del rosal,
Que la noche hace frida
Tárdome y dícenme mal.

Sig. Hora una deshecha, y poco y bueno, y no mucho y malo.

Can. Señora, pues quiso Dios
Haceros hecha de flores,
No me deshagais de amores.

Quin. Landra, y qué cantarcico tan salado; ¿no es muy gentil señora?

Pol. Calla y oyamos la vuelta.

Can. Hizoos Dios y tan gentil
Y á mí por vos desdichado,
Hizoos Dios el mes de Abril
Y á mí el Agosto agostado;
Veome todo ajenado
Viendo á vos hecha de flores
Y á mí deshecho de amores.

Sig. Válame Dios, ¿y qué ruido de armas es este que aquí viene?

Pand. No es tiempo de aguardar, mas de poner piés en polvorosa, que con la vuelta no echarán de ver en mí. Ya que estoy en salvo, quiero volver acechar en qué paró el negocio. Quiérome un poco sosegar, que no me alcanza huelgo á huelgo con la priesa que he tenido; y dejaré aquí tras estas piedras ascondida la guitarra y el espada y el broquel, porque si fuere el alguacil no me lo tome, y paso á paso veré lo que ha sido de mis compañeros. Malogrados dellos si son ya muertos; y ¡qué buenos mancebos eran! Hora ya torno á acechar, y si algo fuere tornaré mas descargado para huir, y sino diré que vine á defender que no les tomasen las espaldas por estotra calle. Hora yo voy, que ya no oyo ruido.

Sig. ¿Quién es?

Alguacil. Mas ¿quién sois vos?

Sig. ¿Quién es?

Alg. Mas ¿quién sois vos?

Sig. ¿Quién sois vos que lo demandais?

Alg. Soy el alguacil.

Sig. Oh señor, perdona, que por Dios pensamos que eras otro.

Alg. ¿Traeis armas? dadlas acá, y la guitarra que tañíades, que á tal hora no es bien andar dando músicas en lugar sospechoso.

Sig. Señor, no nos debes de conocer, que hacernos hías toda cortesia por cuyos somos.

Alg. ¿Y quién sois?

Sig. Somos criados de Felides; yo soy Sigeril, hijo de su ama.

Alg. Perdona, señor Sigeril, que no te conoscia. Por ser cuyos sois andad con Dios, y no hagais más estos alborotos, que si otros fuérades, por vida del rey, desarmados fueran á la carcel.

Sig. Téngotelo en merced, señor, y ¿si mandas que te acompañemos?

Alg. No, sino que os vais luego por amor de mí, y quedad con Dios.

Pand. En paz está ya la cosa, quiero tornar, quizá poderé disimular que no falté; no puede ser, que ya me han visto: quiero hablalles. ¿Qué es esto, hermanos, que pensé que nos tomaban las espaldas y fuí á proveer en tal peligro?

Sig. ¿Pues á dó dejaste la espada y la guitarra?

Pand. Como ví que no habia con quien pelear, y oí que acá eran paces, dejélo escondido, porque si por ventura fuese la justicia, no haber brega con ella, por lo que tú dijiste que no convenia á los amores de nuestro amo ningun escándalo.

Can. Hi, hi, hi.

Pand. ¿De qué te ries, rapaz?

Can. De la diligencia que pusiste en ir á proveer en eso, que parescia que no ponias los pies en el suelo.

Pand. Al diablo el rapacejo mal criado, ¿pues habia de ir despacio? por nuestra dueña, si os tomo por una pierna, sino os acibarro en aquella pared porque estés mofando.

Can. Verés vos el panfarron. Ay, ay, ay, hi de puta, bellaco, ¿habeisme vos á mí de dar? ¿soñólo el puto de vuestro linaje? vos juro á la mi fe que yo lo diga á Felides, ¿por qué me haves vos, don rufianazo, de llegar la mano ni dar bofeton? para mí teneis vos, don panfarron, manos, y para los que ciñen espadas, piés.

Sig. Quítate allá, Pandulfo, ¿no has empacho de tomarte con ese niño?

Pand. ¿Pues háse de igualar él siendo rapaz, con un hombre barbado?

Can. El diablo me lleve sino os descalabro, don bellacazo, ¿por qué me dais vos á mí?

Sig. Quítale, quítale la piedra, Barañon.

Bar. Déjala, rapaz, bellaco, sino darte hé de bofetones.

Can. Agradecedlo vos á Barañon, que para esta, que yo os hiciera una pitera en esa cabeza.

Pand. Y'os voto á la casa no santa, don rapaz, sino fuera por los padrinos, que yo os diera que moflir.

Can. Calla ya, mal aventurado, con tus girmanías.

Pand. Señor Sigeril, hacé que calle ese rapaz, sino por estas barbas, que me habeis de perdonar.

Can. Verés vos, ¿y por qué tengo de callar?

Sig. Calla ya pues tú, rapaz, que no te has de igualar con un hombre.

Cor. Por nuestra dueña, pues que no es bien que un muchacho se iguale con un hombre de barbas.

Sig. Calla ya tú, que juro por Dios, que si Felides sabe que le llegaste las manos, que haya tanto enojo que de cosa más lo pueda haber.

Pand. Hermano Sigeril, castíguelo él y no sea mal criado; y si mucho enojo

hubiere, no faltará quien me dé de comer ni á él quien le sirva, que yo no soy hombre que tengo de sufrir cosa contra mi honra.

Sig. Hora baste esto, que es tarde y vámonos acostar. Y tú, Canarin, no hayas enojo, que tú tuviste la culpa; y calla, por mi amor.

Pand. Ves, aquí dejé entre estas piedras el espada y la guitarra, porque veais si tenia intencion en huir; que si huyera no habia de dejar perder mi hacienda.

Sig. Hora baste que ansí se cree de tí, y vamos y entremos paso, que duerme nuestro amo, no despierte.

Pand. Agora que quedo solo, quiero ir á casa de mi puta á pedille cuenta de lo que há hoy ganado; como voy enojado, podrá ser, sino la da tal, que descargue en ella el nublado. Y quiérome ir por casa de Paltrana, quizá estará Quincia á la ventana y haré de un tiro dos cuchilladas. Hablando está; quiero llegar paso.

Quin. Señora, dejando una razon por otra, ¿tú no viste qué huir llevaba uno de los de la música cuando sintió el alguacil?

Pol. ¿Pues tú no has oido, que el huir no es correr, sino volar?

Pand. Noramala, acá estaban; cuitadas

de orejas que tal oyen. No de valde dice el proverbio, que quien escucha de su mal oye.

Quin. Hi de puta, qué gran cobarde debia ser aquel; no debia de ser el Pandulfo criado de Felides, que, así goce yo, el más fiero hombre es que hay en toda esta ciudad, que estotro dia le oí decir, que sino fuera por cierta persona que matara á Zambran, ó le cortara un brazo ó una pierna á mejor librar. Que con una furia lo decia que las barbas henchia de la saliva, con la braveza que lo decia.

Pand. Bueno va esto, en buena posesion estoy tenido con Quincia; pláceme que terné poco que hacer en abonarme con ella.

Pol. Muy engañada vives en eso, que todos los panfarrones tienen eso, que todo su hecho es palabras. ¿No conociste á Gandulfo, mozo de espuelas de mi padre, que era otro tal en sus fieros, y no habia liebre más cobarde en el mundo quél?

Pand. Guayas de mí; con ese abono digo que medraré yo.

Pol. Cuanto más, que por mi vida que creo que no era otro el que huyó sino él.

Pand. Peor está que estaba; noramala acá vine esta noche.

Quin. ¿Cómo, señora?

Pol. Dí, ¿el que huyó, no era el que tañia la guitarra?

Quin. No, era otro.

Pol. Pues por vida de mi señora, que me pareció él.

Pand. Bien está, pues dice que le paresció, porque ningun testigo no hace fe sino depone afirmando.

Quin. Mas, ¡qué donaire seria si fuese él!

Pol. Mayor seria si no fuese él quien venia allí, que mejor lo pudiese hacer.

Quin. Cuanto si él es, échese sus fieros y bravezas acuestas.

Pol. Andacá, vamos acostar, que poco nos va que sea él que otro.

Quin. Señora, vamos.

Pand. Hora yo quedo bien librado desta noche; en Palana habrán de quebrar estos enojos si no me da buena cuenta; quiero ir allá, que no me faltarán escusas y mentiras para con Quincia, si supiere que fuí yo el que huí.

ARGUMENTO DE LA QUINTA CENA.

Pandulfo, acabada la música, va á pedir cuenta á su ramera Palana, y allegan á reñir, y despues hacer paces; y entrodúcense.

PANDULFO.—PALANA.

Pand. Ta, ta, ta.

Pal. ¿Quién está ahí?

Pand. Abre allá, pesar de tal, que vengo dado al enemigo.

Pal. Encomiendo al diablo este desuella-caras; con algun achaque debe él de venir agora; duelos tenemos.

Pand. ¿Has de abrir allá, ó tienes algun gayon que me ha tomado la posada?

Pal. Aguarda que ya voy.

Pand. Abre pues; pesar de la vida que vivo con esta borracha, si ha de abrir esta noche.

Pal. ¿Qué diablos habeis que tan rifador venís?

Pand. Pesa á la casa de meca, con la bagasa, si me ha de pedir la cuenta. Creo que por no dar la que te tengo de demandar, me la estás tú ya pidiendo.

Pal. Y aun de ahí nasce la tose á la gallina. ¡Desventurada de mí, que cuanto

afano y trabajo para sostener mi honra me ha de robar este desuella-caras!

Pand. ¿Qué estais rezando, dueña? pues no apañe yo un látigo para haceros rezar bien de verdad.

Pal. Digo, que despues que venís harto de andar en vuestras puterias por donde os pagais, venís á descargar en mí el enojo. ¡Desdichada de mí, que tengo yo de pagar vuestros desabrimientos!

Pand. No llores amor, es despecho de la vida, que dándome tú lo que es razon, no tengo de tratarte más que á mis ojos.

Pal. ¿Y qué os tengo de dár más de lo que os tengo dado, que soy vuestra esclava?

Pand. Y aun con eso reniego yo, dama. Déjate estas roncerias y dame lo que has ganado, y no quiebre el enojo que trayo en tí.

Pal. ¿Y qué enojos son estos?

Pand. Es que topé con cinco ó seis bellacos, y no sé qué me hicieron y como me enojaron; tomaron las viñas y no aguardaron á que quebrase en ellos mi ira, y queria que no fueses tú causa de pagar lo que ellos me quedaron á deber.

Pal. Dejaos de esas rufianerias, galan, que no tengo yo toda mi vida de ser vuestra esclava. Pensé en buena fe que me

vengaríades la injuria que tengo recebida á vuestra causa, por teneros yo á vos.

Pand. Oh despecho de la vida que vivo, ¿y quién te ha enojado? pues no será sabido, cuando, voto á la casa santa de Hierusalen, á palos le muela, por no apocar mi espada en matalle á espaldarazos; y si es mujer, voto á la Verónica de Jaen, de te poner las narices en tus manos, porque sepan que te han de tener en lo que por mí te deben.

Pal. ¿Para qué son esos fieros, Pandulfo? ¿pensais que con ellos me habeis de hacer pago? mirá, si quereis que os lo diga, yo soy mujer de bien, y hablar claro Dios lo mandó, no tengo yo de tramar y trabajar para vos, si vos no habeis de tornar á mis cosas, y me han á mí maltratar y tengo de buscar quien me vengue.

Pand. Oh, reniego de los moros, con la puta; estoy le diciendo que me diga quién la ha enojado, para dalle mil muertes en lugar de una, y estáme trayendo garabatos por no me dar la cuenta de lo que hoy ha ganado.

Pal. ¿Vos no lo sabeis? ¿para qué me preguntais?

Pand. ¿Y qué se?

Pal. ¿No sabes cuál me paró Botafes, el rufian de Azcarena, porque habíamos

habido palabras? ¿Yo no lo dije á vos? ¿para qué os haceis de nuevas? ¿qué es lo que habeis hecho?

Pand. Que son borrachas. Ven acá, mala mujer, que me estás afrontando. ¿Tú no me dijiste que te habia dicho Canarin, el pajecico de mi amo, que habian avisado á la justicia cómo andaba á buscar á Botafes para lo despachar, y que andaban por te prender á tí y á mí, y que por eso acordamos, entre tí y mí, de disimular por algun tiempo?

Pal. Andaos d'ahí con vuestros fieros y rufianerias, que eso todo lo ordistes vos con los criados de vuestro amo, que si vos no lo dijérades, ¿de dónde ellos ni la justicia lo habia de saber?

Pand. Pése á la vida que vivo, que no querria yo puta tan sabia como esta; entendido ha la quadramaña.

Pal. ¿Qué dices entre dientes, ó qué estás rezando, que no tentiendo?

Pand. Digo que no hay tan mala mujer en el mundo como tú, ni más sospechosa; voto al sepulcro no santo mañana le hacer que el mayor pedazo sea la oreja; porque en fin, yo sé que estoy fletado para la horca, no me da más hoy que mañana, y yo te contentaré, porque no me andes con esos dobleces. Yo soy contigo

como un ángel, y tú andas conmigo con dos haces.

Pal. No lo digo por tanto, mas para que sepais que no me mamo los dedos, que acabo de treinta años que ando en la mancebía algo habia de haber aprendido.

Pand. Y aun pese á tal, porque has aprendido tanto.

Pal. ¿Qué dices?

Pand. Digo hermana, que me mandes dar dinero, porque habiendo de hacer lo que tengo acordado por tu servicio, que es matar á Botafes mañana y cruzar la cara á su puta, ya sabes que para andar por iglesias y monesterios, á sombra de tejados, que no se puede hacer la bolsa vacia.

Pal. Mal año para tí, don rufianazo, que no me sacarás más de lo que me has sacado, con esos fieros y mentiras.

Pand. ¿Dices, vida, que te parece bien?

Pal. No digo sino que no lo mates agora, que al presente no me hallo con dinero para tan gran costa como esa.

Pand. Por nuestra dueña, ya no te aprovecha, que no quiero que me digas otra vez lo que me dijiste, por todo el mundo, que yo tengo de hacer lo que digo, y tú me has de dar cuanto tienes; porque á lo ménos, si la justicia viniere

á secrestarte los bienes, que no les halle para nuestros males, que donde fuera la persona mejor irá la hacienda.

Pal. Buen estilo toma el bellaco cuero para robarme; pues, por nuestra dueña, que yo te haga que te salga el sueño del perro.

Pand. ¿Qué dices?

Pal. Digo que no tengo blanca, ni lo puedo ganar.

Pand. ¿No? pues dame acá tus ropas, para que las empeñe esta noche ó las ponga á recaudo, para que mañana á estas horas, yo juro á Mahoma, que yo tenga un real puesto sobre mí, en la iglesia ó monesterio donde me acogeré.

Pal. Déjate, amores mios, desas parolas, que no te quiero yo tan mal que te querria ver puesto en esas afrentas por mí.

Pand. Ya ni en tu mano ni en la mia no es, que lo que una vez determino todo el mundo no lo estorbará. Saca las ropas priado, sino iré yo por ellas.

Pal. Por cierto no irás.

Pand. ¿No las quieres traer? Pues yo las tomo.

Pal. Deja, amigo, mis sayas, que no me las distes tú.

Pand. Desvíate allá, no quiebre en tí el enojo que tengo.

Pal. Déjate desos fieros que no son para mí, que ya sé cuántas son cinco. A quien cierne y amasa no le hurtes hogaza.

Pand. Déjame, sino juro á tal de te hacer un juego que sea sonado en todo el reino. No quieres, pese hora á tal con la puta, si me ha de dejar.

Pal. Justicia, justicia, que me roban y me matan en mi casa.

Pand. ¿Tú no quieres callar? voto á tal, sino callas, que te envie con nuevas á los infiernos.

Pal. Pues deja tú mis ropas, amigo, que sí callaré; que ya sabes que honra me quedará para ganar para tí y mí, que yo te daré dos reales, que por tu vida, mi alma, que no he ganado hoy más.

Pand. Pues ¿cómo quieres tú que con tan poco dinero me ponga yo á tal peligro?

Pal. Que no quiero, por agora, que te pongas en nada, hasta que yo tenga con que te hacer bien la barba.

Pand. Hora, pues, despues no te quejes; y dame acá ese caire que dices que tienes al presente, para una camisa que me hace menester, y vamos acostar; y despues no te quejes que no vengo tus injurias.

Pal. Hora que no quejaré; mas la camisa, ¿paréscete que es bien que la pague

yo, para que te vayas tú á la fuente á requebrar con la moza de Paltrana?

Pand. Calla ya, amores mios, voto á tal, todo el mundo no estimo en tanto como una paja para contigo. ¿Mas quién te lo dijo?

Pal. Por mi fé que me lo dijo el negro de su casa, que ha estado aquí conmigo toda esta tarde y aun parte de la noche.

Pand. Yo te voto á la casa santa, que él me lo pague, porque no venga con estas parlerias. Creo que quedó enojado de mí porque le traté mal de palabras allá en la fuente, y pensando que me enojaba me levantó eso para mal meterme contigo.

Pal. Dalo al diablo, amigo, que no me da nada; mas no querria que lo que yo gano y trabajo para tí, lo gastases con otras.

Pand. Deso puedes tú estar segura; y vamos, amores mios, acostar, que es ya tarde, y acabar se han los nublados de las quistiones, y haremos las amistades, que no hay mejor concertador ni tercero para las rencillas de los enamorados que la cama.

Pal. Vamos, entrañas mias, y en cuanto pudiéremos démonos á placer y dejemos los enojos.

ARGUMENTO DE LA SEXTA CENA.

Pandulfo va á la fuente y topa con Quincia, y estando con ella llega Boruca la negra y despues Zambran. E ido Zambran, ruega Boruca á Pandulfo le lea una carta de Zambran, y leida váse Pandulfo, y topa á Zambran y lóale la carta para tenerlo contento; y entrodúcense.

PANDULFO.—QUINCIA.—BORUCA.—ZAMBRAN.

Pand. Quiérome ir por la fuente por ver si podré ver á Quincia, que voto á tal, alliende de lo que me va en abonarme con ella de la mala estimacion de anoche, querria concluir estas pláticas, que me parece gentil moza, y dar al diablo esta puerca de Palana, que, voto á tal, más vieja es que Sarra, y con la edad sabe tanta ruindad como yo, y con puta tan marrera mal puedo yo mudar el pello; y si esta moza pudiese yo amansar, es hermosa y bozal, y con ella podria salir de mal año poniéndola á ganar, hecha de mi mano, y no sabria salirme de mandado, que estotra puerca, voto á tal, no le sufra el hedor de la boca por cuanto me puede dar. ¡Pese á tal, con la borracha, si hay quien la sufra! Hora yo quiero poner haldas en cinta, y haré de un tiro dos

cuchilladas, que será hacer lo que mi amo me encomendó, y lo que á mí cumple, que será hacer lo que no hizo hasta hoy ninguno, que es meter honra y provecho en un saco; así que, saliendo con la honra de lo que mi amo me encomendó, meter el provecho en mi bolsa. Quiérome aquí sentar, que no puede tardar de venir, y voto á tal, sino me engaño, que héla allí do viene; es ella, no es otra, por nuestra dueña del Antigua. Señora Quincia, voto á tal, de media legua te conoscí en la gracia que tienes en traer ese cántaro.

Quin. ¿Calla, ya estás haciendo burla? Así como lo llevo no dejarán de beber del agua que llevare.

Pand. Juro por tu vida y mia, que si el agua tiene la gracia que tú tienes en llevalla, que puedes decir con razon que no la dejarán de beber.

Quin. Déjate deso, no estés haciendo burla.

Pand. Déjate tú, mi ángel, que tú lo ves mejor que yo lo digo; mas dejando una razon por otra, ¿estás ya más mansa que ayer?

Quin. Ay señor, mucho te agradezco la música, que fué muy linda.

Pand. No me hables en eso, señora, que estoy para renegar la leche que mamé.

Quin. ¿De qué, señor?

Pand. ¿De qué? ¡oh despecho de la vida que vivo! ¿y no lo tengo destar? Que vaya hombre con cobardes á hacer sus cosas, y que se ponga á recebir la muerte por cumplir con su honra, y en confianza de los que lleva consigo, y se le torne el sueño del perro.

Quin. ¿Cómo es eso, dí?

Pand. ¿Y cómo tú, señora de mi alma, no viste que huir llevaba aquel lebron de Barañon, mozo de caballos, cuando anoche me acometió el alguacil? que voto á la casa de meca, que con todo mi esfuerzo, cuando le ví volver las espaldas me hizo titubear. Que crée, que un hombre cobarde es para destruir mil hombres, aunque sean leones.

Quin. ¿Cómo, él era el que huyó anoche?

Pand. Pues, despecho de la vida, ¿quién habia de ser sino él? que voto á tal, sino fuera por ser de una casa, las piernas le cortara, porque á él fuera castigo y á otros escarmiento.

Quin. Bien lo decia yo á la señora Polandria que era él.

Pand. ¿Qué me dices, señora? ¿qué, óyó su merced la música?

Quin. Sí, por mi vida, y aun que decia que habias sido tú que habias huido.

Pand. ¡Oh, pese á los ángeles con tal pensamiento! Bien paresce que no me tiene conoscido, pues en tal posesion me tiene. Suplícote, mi vida, que la desengañes tú de tan mal pensamiento.

Quin. Por cierto que yo lo dije anoche, que no eras tú tal persona.

Pand. Tengotelo en merced, mi alma, que no vives tú engañada, porque por las reliquias de meca, que no hay cosa que yo más ame que á tí, que toda me paresces hecha de perlas preciosas, y no querría cosa más sino que conocieses el amistad que te tengo, porque no fueses tan desamorada conmigo.

Quin. Por cierto, hermano, bien te quiero yo.

Pand. Bueno va esto.

Quin. ¿Qué dices?

Pand. Que no estás engañada, hermana, por nuestra dama. Y para que conozcas más mi voluntad, ruégote que me hagas merced de oir esta noche ciertas palabras, que á mí me cumplen y te cumple decirte.

Quin. ¿Y aquí no me las puedes decir?

Pand. No es cosa que se ha de decir tan de priesa.

Quin. No querria que te atrevieses á lo vedado.

Pand. Por el Antecristo, no tengas te-

mor que cosa contra tu voluntad haga.

Quin. Hora, pues, desvíate allá, que viene aquí Boruca.

Pand. ¿Qué me respondes á esto, mi alma?

Quin. Otro dia te daré la respuesta.

Pand. No, sino que lo hagas.

Quin. Vete presto que ella es.

Pand. Pues hace esto que te ruego.

Quin. ¡Oh Jesus! como eres tan importuno, no de balde dicen que romero hito saca zatico. Hora vete que si haré.

Pand. ¿Pues á qué hora, mi alma?

Quin. A las doce.

Pand. ¿Por dónde?

Quin. Oh Jesus, por entre las puertas de mi casa.

Bor. Hermana Quincia, extar en bon hora.

Quin. Y tú venir, Boruca.

Bor. Ha, ha, ha, ¿dicir á Zambran mix encomendax?

Quin. Si decir y holgar mucho.

Bor. ¿E qué rexponder?

Quin. Questar tú muy beliaca, que no querer á él mucho.

Bor. ¿A mí beliaca? max beliaco extar él.

Quin. Hermana Boruca, decirme alguna respuesta buena que llevar á Zambran.

Bor. Ha, ha, ha, decir, que decir á mí

quextar bellaco, y que andar en puterionex, que á mí xaber xalir ayer de la puterixa de caxa de Palanax, que no decir dexpox jurax á dux mucho te quero, mucho te quero. Mas venir acá, ¿qué te dexer aquel gentel homber?

Quin. Preguntarme por Zambran.

Bor. A bona fe mentir tú, que no decir xino alguna belaqueria de amori conex. He, he, he, catar Zambran, catar Zambran, querer á mí fuxir.

Quin. Por mi vida, que te tengo de tener. Corre Zambran, corre, que querer huir Boruca.

Zam. ¿Por quextar tan bellaca, que querer fugir de mí?

Bor. Andar, andar para Palanax.

Zam. Envidia extar exa é bien parexcer á mí; andar acá amorex y nuer enojo. Juráx á dux max querer á tí que á todax; dexar ox celox.

Bor. Andar con el diablo; dexar á xeñora Quincia. Tomar, don beliaco, porque llegar á me.

Zam. Oh corpo de dux con talex burlax; juráx á dux que te tengo de abrazar aunque no querer.

Bor. Dexarme bellaco, dexarme.

Zam. Hora pox perdonarme y á mí dexar.

Bor. Hora xi perdonar; andar con el diablo.

Zam. Hora puex, ¿á mí andar á caxa exta noche?

Bor. Hora andar, que vox pagar á me.

Quin. Hora hermana Boruca, quedar con Dios, que yo me quiero ir á mi casa.

Bor. Andar con dux hermana. Decir á Zambran que no andar á la noche á mi caxa, que extar burlando. Venir acá Quincia, chamar aquel gentil homber, y moxarte un carte de Zambran.

Quin. Chámalo tú.

Bor. Ah xeñor, vexa acá la mano de voxa merxé; chegar acá, por tu vida.

Pand. ¿Qué quieres, hermana?

Bor. Xeñor voxa merxé, leer exta carta.

Pand. De buena voluntad; dar acá y escuchar. Xeñora de mi corazon: guala querer á tí como á me vida. Para xanta marea no xaberme bien lo que comer.

Bor. A mí xi xaber, pardux; hora decer.

Pand. Extar muy rixte y no poder dormir.

Bor. Ha, ha, ha, á mí gualardonir haxta lax mañanax.

Pand. Oh, dexirme todox, ¿de que andar rixte Zambran hermano? dexir á mi no xaber guala, xabendo que todo lo haxer tú. Mex extrañax, mi corazon no me

querer hacer máx mal, por vida de voxa merxé, puex extar tuyo todox.

Bor. Ha, ha, ha, guala menter que no extar me yo, xino tu xeñora Paltranax. Y xi tú querer á mí, caxar contigo, y bexa cá la mano ve voxa merxé. Guala extar ben excrita, max á me no xe me dar nada; max de para burlar y paxar tempo, que extar un bobo Zambran. Dexer hermana Quincia, que dexar dextax boberiax, y dexar amore conex, que no aprovechar nada.

Pand. Señora hermosa, ¿mandas que se haga más por tu servicio y desta señora?

Quin. Señor, no más, sino que te agradecemos el trabajo, y que vayas con Dios.

Pand. Esto es lo ménos que por tu servicio y desa señora tengo de hacer; y por nuestra dueña del Antigua, que está la carta para pasar donde quiera, y la gracia de Dios quede contigo.

Quin. Y contigo vaya, gentil hombre.

Pand. Allí veo venir á Zambran; quiero alaballe la carta para estar bien con él, que no será poco buena granjeria para esta noche. Dios te salve, hermano Zambran.

Zam. Vexaca la mano de voxa merxé, xeñor Pandulfox.

Pand. Por el corpus damni, una carta tuya dióme Boruca á leer, que mejor escrita no la he visto en mi vida.

Zam. He, he, he; callar, xeñor, que extar burlando; extar todo boberias.

Pand. Voto á las reliquias de Roma, no son sino buenos y singulares dichos en el caso.

Zam. Por tu vertú, que guala todo extar necedadex. Max á mí quedar á tu xervicio, y andár con dux que ir deprexa.

Pand. Dios vaya contigo, hermano. Dentro le dejo en la gorrionera; por nuestra dueña, yo te sepa traer la mano por el cierro; y no es ya tiempo de tardar de ir á dar cuenta de lo pasado á Felides, y decille en el estado en que tengo sus amores.

ARGUMENTO DE LA SÉPTIMA CENA.

En que Zenara, manceba del Arcediano, pasa con Celestina grandes cosas sobre los celos que Celestína le dice que ha tenido del Arcediano viejo, en la casa donde estaba ascondída, y viene el Arcediano, y despedida dellos sale, y espantado el pueblo va á su casa y halla á Elicia y Areusa, y pasan muchas cosas espantadas de vella; y entrodúcense.

ZENARA.—CELESTINA.—EL ARCEDIANO.—EL PUEBLO.—ELICIA.—AREUSA

Zen. Ay, comadre, y ¿cómo puedes sufrir tan largo encerramiento?

Cel. ¡Cómo, como, comadre? como la costumbre quieren los sabios que sea contra naturaleza, y como en esta naturaleza, con la costumbre yo haya ya hecho hábito para sostener esta negra honra que á tantos trabajos nos obliga, y como sin ellos á ninguno se da, sufro el trabajo, comadre, para con sufrirlo sacar la gloria, así de mi honra como de la gloria de la venganza de aquellos mal aventurados de Sempronio y Parmeno, que así me querian quitar la vida, donde con las suyas quedaron pagados de su maldad, y yo satisfecha de tal injuria.

Zen. Bien se podrá aquí decir, que quién mal hace parte le cae.

Cel. Así es, mas tambien, comadre, muchas veces haciendo bien se recibe mal.

Zen. ¿Por qué dices eso, comadre?

Cel. Tú me tienes entendida, y á buen entendedor pocas palabras; porque al sabio no es menester más de ponelle en el camino.

Zen. Mejor me ayude Dios, comadre, que yo entiendo ese latin.

Cel. Pues yo por romance lo tengo. Porque yo, comadre, siempre me precié de ser muy clara con mis amigos, y poder andar con esta cara de aquí aquí, muy sin vergüenza. Porque así como la vergüenza en los mozos es buena, porque por falta della no hagan lo que no deben, es mala en los viejos tenella, por haber hecho lo que no debian hacer; así que la vergüenza á los mozos es freno para no errar, y en los viejos no la tener ha de ser espuelas por parte de no haber errado, y con no haber errado, faltalles la vergüenza de no haber hecho cosa de que la poder tener.

Zen. Señora, declárate que no te entiendo.

Cel. Comadre, señora, tú entiendes mejor que yo lo se dar á entender. Y porque

entre los amigos no ha de dormir queja ni se sufre en verdadera amistad, para que la satisfaccion supla con verdad la falta de la verdad en lo que muchas veces se sospecha, yo me quiero, señora comadre, contigo declarar; y es que yo vine aquí á casa del señor Arcediano viejo, como á casa del señor y padre, á ser encubierta de la venganza que de los criados de Calixto yo quise tomar, fingiendo con mis artes que era muerta y fiéme de tí, señora comadre, como de persona, que como dice Plutarcho, alabando á Camilo, que era así pronto y amigable á aquellos á quien habia hecho beneficios, como si dellos los hubiera rescebido, por haber ellos sido causa de acrescentar su honor. Así que yo, señora, como fuí causa de acrescentar tu honor, pensaba que habia de ser amigable á tí.

Zen. ¿Porqué dices eso, señora?

Cel. Hablar claro, en fin, dicen que Dios lo dijo, y que barba á barba vergüenza se catan; dígolo, porque la verdad es hija de Dios, é yo siempre me prescié de decilla ántes que de desnudarme de verdad, para vestir á mis amigos de lisonjas.

Zen. Señora, por Dios que te aclares ya, que no lo entiendo.

Cel. Señora comadre, pues que quieres que lo diga, yo lo diré. El caso es, que ya sabes cómo yo te conoscí, conoscida del cura de san Martin.

Zen. ¿Qué quieres decîr, madre, por eso?

Cel. En buena fe, hija, no soy yo tan madre, que puedes tú ser mi hija; mas pues lo he sido en consejo, yo lo quiero sufrir, y lo que quiero decir es, que yo te hice conoscer al cura de san Martin, vendiéndote por vírgen, como tú sabes; que te hice correr por moneda buena, habiendo ya sido ántes quebrada en poder del maestre sala del Obispo viejo, y como yo fuí en la casa de tu moneda la que tenia la mayordomía, no hay para qué negarme cosa.

Zen. ¿Pues de qué sirve agora eso, comadre?

Cel. Sirvé, de que si en casa del señor Arcediano viejo tú tienes honra y provecho y hijos, y mandas su casa, y vedas, que por mi la mandas; y si subiste del maestre sala al cura, y del cura al Arcediano, y del Arcediano á entrar por manceba y salir por señora, por mí es.

Zen. Declárate ya por Dios, y no traigas cuentos viejos á la memoria.

Cel. Declárome, que yo te hice pasar

por vírgen al Arcediano, y que te jugase de boleo viniendo ya de dòs botes; y declárome, que si yo tuviera pensamiento de Arcediano, amiga, si quieres que te lo diga, que no sacaran pieza para meter pieza, pues que no sé tan mal jugar los dados, que sacara á mí para meterte á tí; mas como yo más estimé siempre la honra que el interés, quise más que lo hubieses tú, quedando yo con mi honra, que no que quedase yo sin el interese de la honra por el del dinero: y creo que me tienes entendida.

Zen. ¡Ay tal donaire! Mejor me ayude Dios, que yo, comadre, te entiendo ni sé qué quieres decir.

Cel. Señora Zenara, pues sino has entendido, entiende que tú has habido celos de mí y del señor Arcediano, de que le has visto hablar conmigo secreto; y, hermana, si celos pudieras haber, sabe que dias ha que si yo tal pensamiento tuviera, que no me pudiera por tecera para contigo en la vihuela, pues pudiera ser la prima; que aunque seas más moza que yo, otras cosas tengo yo que no tienes tú, por donde supliera con la gracia y saber la demasia de la edad; que si yo vine á casa del Arcediano viejo, señora Zenara, no fué para tener amores con él, no, no

por cierto, y mírame tú, sino para confiarme de su virtud, por el cargo que por tu causa me es, y para que por el que tú me tienes, pues por mí estás puesta en honra, me confiase de tí, que no para que hubieses celos de mí y de tu viejo honrado, que si eso fuera, siendo él mozo y yo moza, pudiera comprar mi amor ese favor de mí, que cierto lo tuvo comprado, con más pasos y malas noches, alboradas y músicas por mi puerta, que por la tuya dió. Mas lo poco que en la mocedad le aprovechó para sostener mi honra, crée, mi amor, que ménos le aprovechará en la vejez, donde ni su edad mata de amores, ni la mia puede morir por ellos. Y el agua que mató, con temor de la honra, el fuego en la mocedad, créeme, señora, que no se encenderá con tanta frialdad en el hábito de tal temor de honra, en la frialdad de la vejez. No tengas, mi amor, celos de mí, que ni la edad del señor Arcediano el viejo, requiere, ni la mia lo demanda; y si lo has por pensar que me ha de dar algun interese, sabe, mi amor, que no calzan sino á quien rompen. Así que, he querido decirte lo dicho, para que no vivas conmigo engañada; porque ya es tiempo de salir á fingir mi resurreccion, y no quiero, se-

ñora, que quedes con sospecha, y por parte de tenella con queja, de la que no se debe de mí tener; que como crees en Dios, puedes tener por fe, que ni yo tengo tales pensamientos, ni hay para qué los tener, que moza fuí y vieja soy, y pues que moza no los tuve, no hay para qué, mi amor, tenellos en la vejez: basta haber ofendido á Dios en tramar esos hilados, de lo cual ya tengo la experiencia de mi yerro, para me arrepentir y enmendar, y hacer penitencia de lo pasado. Por lo cual, sino fúese por las obras que de tí y del señor Arcediano he recebido, yo te consejara y le aconsejara, que os apartárades de más ofender á Dios; mas porque no digas que te quiero yo quitar tus provechos, yo quiero atreverme ántes á mi conciencia, que darte pesar. Y lo dicho, mi amor, baste para que pierdas tal sospecha, y nunca juzgues lo que no juzga la Iglesia, que es del secreto. Y cuando me vieres, no hablar solamente con el Arcediano, mas estar abrazado conmigo boca con boca, habias de pensar, como manda el Baldo que me estaba bendiciendo. Y mira cuanto te quiero, que no he querido que quedase contigo ni conmigo ninguna doblez ántes que saliese de tu casa, para que el amistad quedase sin

sospecha de ninguna parte, y quiérote abrazar para más confirmalla, y para que sepas que lo dicho ha sido para quitalla, y dejar amor en lugar que la mala voluntad podia tener para estorballo, no se declarando las voluntades. Y con esta confianza del amor que yo te tengo, hete descubierto mi corazon, para que pueda con tal secreto dejar el de mi resurreccion fingida en el tuyo.

Zen. Señora, yo me corro, por cierto, de lo que has pensado, mas huelgo de lo que dices, para que sepas, como amiga, que no he dejado de tener alguna sospecha de tí; y esto no te maravilles, porque me han dicho que cuando moza tuviste ciertas pendencias con el Arcediano, y ya sabes que á los años mil torna el rio por donde solia ir. Mas yo quedo satisfecha de tí, y crée que por mí no serás descubierta.

Cel. He, he, he. Bien sé que en tanto que hubiere lenguas, que no faltarán falsos testimonios. ¿Y por cuál carga de agua, mi amor, si yo fuera primera con el Arcediano, habia de ser tercera para contigo para perder lo servido al tiempo de la paga? Perdóneselo Dios y perdónetelo, que, como Dios es verdad, para contigo como mi madre me parece estoy;

y no te dejo yo de confesarte que no quedara por el Arcediano, si, cuando éramos mozos, yo consintiera en su deseo; mas crée, señora, que pues yo te dí á tí la mano, que le dí á él del pié. Ay boba, ay boba ¿y por tan néscia tienes tú á Celestina que si algo deso hubiera, que renunciara en tí el beneficio sin que le quedara regreso? No creas, mi amor, que si tan caro me costaran las burlas del Arcedianadgo, que tan barato renunciara el derecho de sus beneficios.

Zen. Habla, señora, en mal hora, paso, no lo oya el Arcediano.

Cel. Antes estás engañada, que el que sabe la verdad, es bien que lo oya, para que te desengañe del pensamiento tan malo que de mí y dél has tenido. Perdónete Dios, que yo ya te lo tengo perdonado, porque sé que sino perdonaremos, no seremos perdonados de Dios. Oh, que, hélo aquí donde viene la mi reverenda persona, que no paresce sino que hinche toda esta casa con el autoridad con que viene.

Zen. Ay, por Dios, comadre, habla paso, no diga que ando yo en estas cosas.

Cel. Antes es mejor, para quitarte la sospecha, que sepas mi inocencia y mi limpieza. He, he, he; oh señor, y como

huelgo de tu venida, para que sepas en lo que estábamos la señora Zenara y yo.

Zen. Ay, por Dios, no digas nada, que por Dios que no es verdad.

Cel. Por Dios, sí diré; y á la verdad, señor, pensaba la señora, mi comadre, que tú y yo que andábamos entendiendo en hacer mala harina, é yo estábale diciendo, que si eso hubiera de ser, que en tiempo que los cedazos estaban más nuevos, hubiéramos cernido, que ya, mal pecado, ni tú puedes amasar, ni yo puedo darte de heñir.

Arc. Por Dios, buena sospecha, pues, es esa.

Zen. Ay, por Dios, señor, no digas eso, que por vida mia y de Ancelinico, tu hijo, que nunca tal me pasó por el pensamiento.

Arc. Hora que yo seguro, que no de valde dice mi comadre lo que ha dicho, y desto yo tengo la culpa en darte tanto, que quieres tomar el todo.

Zen. Señor, por tu vida, que tal cosa nunca pensé.

Arc. Hora sus, no es menester más, que yo te tengo dias ha bien conoscida.

Cel. Ay mi amor, ¿y cómo estás tan engañada? Oh quién pudiese, comadre, decirte cuanto el señor Arcediano procuró

comprar caro lo que tú tan barato de mi honra querias comprar.

Zen. Ay, por tu vida, señora, no me digas más, que me corro.

Cel. ¡Ah señor! pues viene á propósito, por vida de la señora Zenara, que sé que es la cosa desta vida que más quieres, que digas lo que te acaesció la noche que yo y Garatusa estábamos á la ventana, cuando tú y el Arcipreste, tu amigo, nos hablastes, cuando yo moraba á la calle nueva.

Arc. ¿Para qué es decir nada deso? ya pasó ese tiempo de liviandades.

Cel. Hora por mi vida que lo digas.

Arc. Déjame, comadre, que ya no es tiempo dentender en tales liviandades.

Cel. Por Dios, pues si tú no lo dices, yo lo diré, que aquella noche, si por mí no quedara, por Garatusa no quedó por cierto, que queria que os abriésemos viendo los prometimientos que nos hacíades, que, por tu vida, comadre, que gastaban más de cien doblas. Mas mira, como yo siempre fuí recatada desta negra honra, á palabras locas hice mis orejas sordas, y desceché el precio y valor del dinero por el mayor fin de la honra, como quien sabe que el dinero se ha de buscar para la honra y la honra no ha de servir al dinero. Y por aquí, señora, de

bueycillo verás con qué buey aras. Dígolo, para que pues, en la mocedad puede de mí dar tal experiencia, que creas, mi amor, que en la madura edad, que no está tan verde la leña, que sin mucho fuego se pueda encender, porque muy mal mi amor, un hielo con otro saca lumbre; y como la vejez no tenga ningun calor sino es para beber, créeme, mi señora, que ya, mal pecado, su merced del señor Arcediano y yo, más necesidad tenemos de vino añejo para callentar la cama, que el de viejo para suplir la falta de nuestro calor. Ya, ya pasó el tiempo donde con fuego no se quemó mi fama, crée, comadre, que agora no se encenderá con hielo. Y baste lo dicho, y dejemos lo pasado, pues ya no hay para qué traello á la memoria, pues harto hay que entender en los duelos presentes; y, señor, dejando una razon por otra, yo quiero salir para lo que tenemos ordenado, de fingir que soy resucitada, en la confianza del secreto tuyo y de mi comadre. ¿Qué es lo que te parece que debo de decir? pues tú, como más libre, sabrás en las cosas ajenas, lo que ninguno en las suyas propias puede saber, y el que más sabe sabe con saber, que no sabe ni puede saber en sus cosas propias.

Arc. Comadre, parésceme que no hay más que pensar, sino fingir que has resucitado, que del secreto desta casa, á buen sueño suelto puedes dormir.

Cel. Hora, pues, con esa seguridad, yo voy en el nombre de Dios, con intencion de enmendar mi vida y las ajenas, y Dios quede contigo, señora y señor.

Arc. Y contigo vaya, comadre.

Cel. Válame Dios, y ¡qué de gente paresce y viene á mí, como si fuese lechuza ó buho que camina de dia! Quiérome meter presto en. mi casa, sino aquí me sacarán los ojos.

Pueb. Vala el diablo á aquella Celestina, la que mataron los criados de Calixto, ¿paresce ó es alguna vision? por cierto non es otra; y qué priesa que lleva que paresce que va á ganar beneficio. ¡Oh, gran misterio, que ella es!

Cel. ¡Válalos el diablo, y qué mirar que tienen! Hora, sus, yo digo que la puerta de mi casa está abierta; bien paresce á osadas el poco cuidado que con mi absencia hay. Acá están Elicia y Areusa, espántanse de verme, santiguándose están; quiéroles hablar, que dan gritos y se abrazan la una con la otra, pensando que soy fantasma. Oh, las mis hijas y los mis amores, no hayais miedo, que yo

soy vuestra madre, que ha placido á Venus tornarme al siglo.

Ar. ¡Ay Jesus, que me muero de miedo!

Elic. ¡Ay hermana mia, que mi madre Celestina paresce! ¡Ay válame la vírgen María, y no sea algun fantasma que nos quiera matar!

Cel. Ay bobas, y no hayais miedo, que yo soy; las mis hijas y los mis amores, venidme á abrazar, y dad las gracias á Dios que acá me tornar dejó. Así juntas os quiero abrazar, que no tendré sufrimienta para más esperar.

Elic. Ay Jesus, Jesus; válame Dios, ay madre, desvíate allá, que me muero de miedo, que pienso que eres muerta.

Cel. Ay boba, bobita, ¿y de qué das gritos, loca? no hayas miedo, mi amor y mi hija, y las mis entrañas, que yo soy tu tia, que viva soy, y no muerta; abrázame, abrázame, loca ¿qué te escandalizas? á osadas, que si fuera hombre y mozo, como soy mujer y vieja, que no te espantaras de me ver ni de me abrazar.

Elic. Ay tia, señora, y bien seas venida, ¿y para qué dices mallicias en mal hora y en mal punto, y qué hombre pudiera venir á quien yo más quisiera que á tí?

Cel. Aquel Sempronio, que á osadas, hija, que no te estuviera bien abrazallo,

segun queda y yo lo ví en los infiernos abrasado. ¿Lloras, hija, por lo que digo? pues no llores, que obligada eres á gozarte con lo que á Dios place, y él es servido de su justicia.

Elic. A osadas, madre, que lloro por eso, y aun obras te hizo él para que yo llore por él; no lloro en mi ánima, sino de gozo de verte.

Cel. Ay mi amor, así lo creo yo, que para conoscer tu amor lo dije, que bien satisfecha estoy yo dél, aunque huelgo de oirlo. ¿Pues cómo has estado, mi hija, y tú, mi amor, Areusa?

Ar. Ay madre, ya ves qué tales estariamos sin tí; con harta necesidad y desventura.

Cel. Segun eso, el capitan, tu amigo, no debe haber venido, que del rufianazo gesto del diablo de Centurio, bien sé lo poco que con él puedes medrar.

Ar. Ay madre, no ha venido; mas en mi ánima con Centurio yo he medrado con él tampoco el pelo, como mi prima con él su mal pasar de Crito.

Cel. Hartos dias há, hija, que si ella me hubiera creido, lo hubiera dado á la maldicion, y mudara ropa vieja, y se vistiera toda de nueva; mas las mozas no miran los tropiezos deste mundo hasta

que han caido; venís tras el deseo y negais el provecho, pues renegad, hijas mías, de la matemia, y busca quien te dé de comer é cuando tuvieres alguno, por muy gran aficion, sin pluma, bueno es dalle compañero, para pelar y hinchir los cabezales para el frio de la necesidad, y traelles á ambos las manos sobre el cerro, dándoles á entender que cada uno es solo y no hay otro; y cuando uno con el otro en casa se toparen, hacer al uno entender qne es el otro pariente ó primo, y al otro, que es el otro tio; repartiendo el deudo, conforme á la edad de cada uno, para quitar sospechas y hacer las hechas.

Ar. Ay tia, señora, ¡y qué gran gloria es oirte y dar los consejos y avisos que das á todo el mundo, y la gran abundancía de sabiduría que tienes y cuán perdidas sin tí hemos estado!

Cel. A la fe, hijas, pues agora lo podeis decir con razon, que traigo más sciencia que llevé. Y dadme acá ese jarro, que el camino pone sed y dalle un toque. Paréceme, hijas, que no estábades mal bastecidas de vino.

Elic. Ay madre, ¡y qué transida de sed venias!

Cel. Por cierto, hija, no me llegó á los dientes.

Elic. Pues por mi vida, madre, que por demas de un azumbre, que puedes bien pensar que lo tenia el jarro.

Cel. Hija, quiero descansar, y tomar otros dos traguitos, que, en mi ánima, que con la priesa que he traido por veros, no me alcanzaba huelgo á huelgo.

Elic. Refréscate, madre, de la calor, y lávate el rostro con lo que quedare del vino.

Cel. Hija, no hay mejor lavar, para refrescar, que los gargueros, que como del estómago viene el calor, principalmente allí, mi amor, se ha de socorrer á lo más peligroso, y de la garganta se participa la sequedad á los labios y la lengua. El alma, hijas, me ha tornado este vino, que por cierto transida venia de sed.

Ar. Madre, bien será que te vaya por más vino, que poco debe de quedar.

Cel. Hijas, basta, que ahí queda para remojar otra vez los labios.

Elic. Ay, ay, señora, ¡y qué gloria me es verte, y qué de cosas debes allá haber visto en el otro mundo!

Ar. A osadas, prima, ¡y cómo las debe haber visto!

Cel. He visto, hija, tanto, que no se puede decir; y agora más tiempo es de descansar de mi camino, que de saber

nuevas de lo que allá pasa, que más dias habrá, hijas, que longanizas.

Elic. Ay, dinos ahora algo, tia.

Ar. Déjala, prima, y descanse y huelgue; ¿y qué más ha de decir que verla, y holgarnos con ella, y para qué quieres tú ver ni saber más que tener tanto bien?

Elic. Ay prima, por mi fe, que dices verdad. Dame acá las manos, señora, y holgarme he contigo, que, en mi ánima, no puedo aun acabar de creer que eres tú.

Cel. Ay hija, ay hija, ¡y cómo quisieras tú otras manos más blandas y mozas con que holgár, que estas que parecen, mal pecado, raíces de árboles! no me las beses, hija, que no están ya para besar.

Elic. Ay madre, por cierto, más huelgo yo de tales besar, que cuantas manos de galanes puede haber; que destas me viene á mí, cierto, más provecho.

Cel. Pues, á la verdad, hija, desas raíces, si tú tomares mi consejo, sacáras cierto más fruto que de las de Crito, ni tu hija Areusa de las de Centurio.

Elic. Dalos á Dios, tia, y no los mientes agora, que no son menester, y échate aquí en mi regazo, y rascarte hé, y espulgarte hé, y descansa un poco.

Cel. Así lo quiero hacer, ántes que venga más gente.

ARGUMENTO DE LA OCTAVA CENA.

Felides está consigo hablando, y llega Pandulfo á dalle nuevas de lo que ha hecho; y estando en esto, llega Canarin corriendo á decille que media ciudad va á casa de Celestina, que dicen que es resucitada. Y Felides envia allá á saber la verdad á Sigeril, y entrodúcense.

FELIDES.—SIGERIL.—PANDULFO.—CANARIN.

Fel. ¡Oh santo Dios, cuanta pena es al que aguarda tiempo, por breve que sea! ¡Ay de mí! que no hay cosa que no me prometa esperanza, y en cosa que me la prometa no la hallo. En la fe que á mi señora tengo pienso hacer milagros, y no puedo dejar de ponella en razon de su valor, para jamás esperallos ver en la poca esperanza de mi remedio. Quiero llamar á Sigeril, para ver si se ha hecho algo de lo que á Pandulfo mandé. Sigeril, ah, Sigeril.

Sig. ¿Señor, mandas algo?

Fel. Quiero saber qué está hecho, en lo que á Pandulfo encomendamos.

Sig. Señor lo que está hecho es, que la música se dió esta noche á Quincia, y dándose, llegó el alguacil, y Pandulfo, por no dar ocasion á que se dañase esta tu

negociacion, pensando que hubiera ruido, quísose apartar dél dejando á nosotros en él.

Fel. ¿Cómo es eso, me dí?

Sig. Es, que por nuestra dueña, como sintió que venia gente, no hubiera galgo por ligero que fuera que le alcanzara, segun contra-hacia la liebre.

Fel. Bueno es eso; ¿todos sus fieros pararon en eso?

Sig. No sé en qué pararon; mas sé que no hubiera él parado, segun el son que llevaba, sino oyera que habia paces, y dejando escondida la espada, y el broquel y la guitarra, tornó, asegurando que nos dejaba seguros que nos tomasen las espaldas.

Fel. Esas no debe él de tener seguras, segun el trato que por esos burdeles trae, y lo que sus fieros pregonan. Oh, encomiendo al diablo, el panfarron bellaco, ¿y toda esa es su ferocidad? Mas escucha, no nos oya, que lo oyo hablar; él es. ¿Qué tenemos, hijo Pandulfo?

Pand. Tenemos, hija, que vale más que él, por el corpo de Mahoma.

Fel. ¿Cómo es eso, que me va pareciendo bien?

Pand. Mejor te parecerá desque lo sepas.

Fel. Dímelo, que no basta mi deseo á tanta tardanza.

Pand. Ya, señor, habrás sabido de la música de anoche, y como la oyeron de buena gana.

Fel. Si sé, y oí de tu esfuerzo, de que estoy más pagado, porque siempre te tuve en tal posesion. Y mucho te agradezco tu osadía, y que tuviste templanza; porque seria destruir el negocio de otra suerte.

Pand. Señor, así lo dije yo á Sigeril; que pues eso cumplia, que me veria hecho un san Francisco en humildad; mas dejando desto, despues acá he hablado á la moza, y no con ménos peligros de los criados de su padre.

Sig. Desos te sabrás tú muy bien guardar.

Pand. ¿Qué dices, Sigeril?

Sig. Digo, que por Dios que te guardes deso, no destruya la negociacion.

Fel. No le atajes, que él está ya tan avisado, que no hay para qué hablar en eso.

Pand. Por nuestra dueña del Antigua, que pienso que más servicio te hago, señor, en eso, segun mi condicion, que en traerte aquí á Polandria, lo cual creo que se va aparejando, porque para esta noche

tengo concertado la habla con su criada, y por la Verónica de Roma, que ántes que de las manos me salga, la deje tan de mi mano, que tengas tú á Polandria por cierta en las tuyas.

Fel. Oh Pandulfo, mucho te agradezco tu buena diligencia, y bien sabia yo á quién encomendaba mis cosas; yo te prometo que yo te lo satisfaga si llevas á fin estos hechos.

Pand. No queria yo que fuese todo parolas, porque más quiero un tomar, que dos te daré.

Fel. ¿Qué dices?

Pand. Digo, señor, que tengas el negocio por acabado, segun los principios lleva; que yo lo sabré así ordir, como tú lo verás tejer. Y paresce que oyo ruido de gente en la calle; algo debe de ser, que Canarin viene corriendo que no le alcanza huelgo; quiérome ir armar, que algo debe de ser.

Fel. Aguarda, sepamos qué es, y conforme á lo que fuere, se proveerá; porque ya sabes que dice el proverbio, que hombre apercebido es medio combatido. ¿Qué es esto, Canarin?

Can. Señor, la mayor nueva y despanto que jamás oiste.

Fel. ¿Qué es? dilo presto.

Can. Señor, no traigo huelgo; mas has de saber que toda la ciudad va corriendo á casa de Celestina, que es fama que ha resucitado.

Fel. Válame Dios, ¡es posible! si así es, agora pienso que Dios ha oido mis oraciones, y que para mi remedio le envia. Sigeril, por tu fe, que vayas allá, y me traigas recaudo presto de la verdad deste hecho, que es el mayor que jamás ha acaescido, y no es razon de dejar de ir á ver cosa tan admirable.

Sig. Señor, yo voy, y haré lo que me mandas.

Fel. Hora, Canarin, en tanto que va Sigeril, ¿qué es lo que oiste? ya que estás más sosegado.

Can. Señor, oí, que estando Areusa y Elicia en casa de Celestina, entró Celestina por la puerta, y paresciéndoles cosa fuera de razon ó fantasma, no lo podian creer que ella fuese, hasta que las aseguró, y les dijo, y certificó que era ella. Y á esta causa, toda la ciudad va corriendo á ver tan gran milagro, y yo vine te lo á decir.

Pand. Ha, ha, ha.

Fel. ¿De qué ries, Pandulfo?

Pand. Riome, que pienso, por las reliquias de Mahoma, que alguna devota ilu-

minaria de las boticas del burdel, con sus oraciones ha hecho tal milagro, ó por la santidad de tan buena persona como ella era y de la piedad de que en esta vida usaba, con remediar muchas erradas doncellas, renovando sus quiebras, haciendo correr por buena su moneda falsa, la de esa Venus, la ha querido tornar al mundo, para que tan santas y buenas obras no falten por faltar tan buena y santa persona.

Fel. Pues no burles tú, que por cierto no tengo yo por pequeña obra de misericordia remediar tan gran mal, como el que yo paso.

Pand. Por cierto, señor, por eso pienso que te envia el Dios de amor, su ángel Celestina, para que remedie tu pena, como remedió la del martir Calixto; y plega á Dios que no lo seas tú como él lo fué.

Fel. Por cierto, Pandulfo, con conseguir la gloria que él consiguió, no ternia yo por pequeña merced de Dios, pasar su martirio.

Pand. Pues yo te certifico, señor, si es verdad la resurreccion desta santa dueña, que ella te sacrifique á Polandria, para que te puedas tú despues á ella sacrificar, como tiene sacrificadas más de once mil vírgenes á las saetas de los ídolos de amor.

Por cierto, gran bien ha venido á todo el mundo con tal persona, para poblarse las ermitas de los desiertos burdeles, qué tales sin ella habian quedado, sino se hubieran sostenido en esperanza de su resurreccion; y para ver tan gran misterio, yo quiero ir tras Sigeril, en cuanto tú te llevantes, y si para así no fuere, no perderé cuidado del que esta noche tengo concertado para remediar el tuyo con Quincia, que creo que será otro santo más apropósito á tus oraciones, que la santa resucitada, segun mi buena maña lo tiene ya rodeado.

Fel. Hora, pues, hazlo así. Y Canarin, dame tú en tanto de vestir.

ARGUMENTO DE LA NOVENA CENA.

Elicia dice á Celestina que viene mucha gente á vella y pasa con ella y con Areusa grandes cosas; y llega el pueblo á la hablar, y despues muchas dueñas; introdúcense.

ELICIA.—CELESTINA.—AREUSA.—EL PUEBLO. LAS DUEÑAS.

Elic. Oh, válame Dios, con tanta gente como aquí viene, madre.

Cel. Déjalos, hija, que ya sabes que cuantos más moros, más ganancia. Todo esto es autorizar más mi persona, estimar más mi fama, dar más crédito á mi poder; porque habiéndome visto muerta, viéndome agora viva, ¿quién dudará de mis artes? ¿quién no temerá mis conjuros? ¿á quién faltará esperanza en mi saber? ¿quién podrá pensar cosa, que piense que le podrá faltar? A todos habla bien, pues sabes cuán poco cuesta el bien hablar. A todos rescibe con muy buen amor, para que con él te paguen; á todos sabe bien hablar al sabor de su paladar; porque no hay, hija mia, mejor librea, ni puedes á ninguno dar mejor vestido que de li-

sonjas; todos los resciben, todos los aman; ninguno las desecha; créeme, hija, que no hay moneda que más corra, y que mejor se resciba. ¿Qné te paresce, loquilla, que estás desbarbada? ¿paréscete que todo es hacer entradas en la toca, pelar las cejas, acecalar el rostrillo para parescer bien? ¿paréscete si vengo ménos avisada del otro mundo que cuando caminé para allá? Sábete que más mercaduria traigo que llevé; que más letras aprendí, que tenia; más criados tengo á mi mandar, que hombres ves venir; espíritus infernales, digo, con quien en esta jornada he tomado conoscimiento y amistad. Mas quédese agora esto para despues, que es razon de complir con los que vienen.

Ar. Ay tia, señora, espantadas nos tienes en ver cuanto dices, sino que paresce que vienes más vieja y más cana que cuando fuiste.

Cel. A la fe, hija, sabe que deso rescibe mi persona más autoridad; que á mi oficio más autoridad sale de la edad y canas, que no de hermosura y mocedad. Más se aprovechan mis artes de la sabiduría, que no de la tez; más de la sciencia, que no del vestido. Mas ya es tiempo que callemos, que el pueblo llega acá.

Pueb. Oh madre Celestina, ¿qué mara-

villa tan grande ha sido esta de tu resurreccion?

Cel. Hijos, los secretos de Dios no es lícito sabellos todos, sino á quien él los quiere revelar; porque ya sabeis que lo que encubre á los sabios, descubre á los pequeñuelos como yo. Sabed, hijos mios, que no vengo á descubrir los secretos de allá, sino á enmendar la vida de acá, para con las obras dar el ejemplo, con aviso de lo que allá pasa; pues la misericordia de Dios fué de volverme al siglo á hacer penitencia. Y esto baste, hijos, para que todos os enmendeis, como en la predicacion de Jonás, porque no perescais; que las cosas de la otra vida, no bastan lenguas á decillas; y por tanto, todos vivamos bien, para que no acabemos mal.

Pueb. Madre, espantados nos tienes de lo que dices; mucha honra nos harias en decirnos algo de lo que viste.

Cel. Hijos, ni me cumple, ni os cumple; y por tanto, no me pregunteis más, que el silencio será mi respuesta; é id con Dios, que quiero reposar, que vengo de muy largo camino, y quiero descansar con mis hijas, y entender en mi casa, que la hallo mal reparada; que mal pecado, ya sabeis el proverbio que á muer-

tos y á idos, no hay amigos; y con esto, por una parte me fuí al otro mundo, y por otra se comenzó á desbaratar lo que con tanto trabajo yo habia ganado para sostener mi honra. Porque como dice, ganástelo, ó heradástelo, que así me ha acaescido á mí con Elicia, que mal pecado, hijos, las mozas no curan de lo que habrán menester, sino de lo con que podrán mejor parescer; y no curando, mirar adelante, cayen muchas veces atrás; mas la vieja como yo, escarmentada, arregazada pasa el vado de los peligros desta vida. Y esto baste por agora, hijos, y andad con la gracia de Dios; basteos saber que habeis de vivir bien, y enmendar todos la vida. Y con esto me entro en mi casa, y vosotros os id á las vuestras á reposar.

Pueb. Madre Celestina, tú seas muy bien venida, y Dios quede contigo. Parécenos que la vieja viene escarmentada. Trato le deben haber dado, por donde quiere mudar el natural, que no se dirá agora que mudó la piel la raposa, mas su natural no despoja; pues con mudar la piel, viene mudadas las obras. No de valde se dice que el loco por la pena es cuerdo. Aquí podremos con razon decir, que de los escarmentados, se hacen los arteros. Por cierto, caso de predestinacion paresce,

pues la quiso Dios sacar de los infiernos para tornalla á hacer penitencia de sus pecados.

Cel. Hijas, comamos, que cansada me deja aquella gente.

Ar. Por cierto, madre, que te veo, y no lo puedo acabar de creer que te veo; tan suspensa estoy y espantada de te ver.

Elic. Y hermana mia, pues si la vieras como yo la ví, que aquellos mal aventurados me la dejaron en ios brazos muerta y atravesada de mil estocadas, más con razon dirias lo que dices.

Cel. Hijas, dejémos lo pasado, y entendamos en lo presente, pues á Dios gracias, todo se ha hecho tan bien. Porque de aquellos desventurados de Sempronio y Parmeno, yos certifico, que yo los ví allá donde vengo de suerte que se puede bien por ellos decir, que si Marina bailó, tomó lo que halló; que ellos están bien pagados, y yo satisfecha. Y dejando esto, hijas, ya que hemos comido, cumple hacer nuestros hechos de aquí adelante, de otra manera que hasta aquí, porque de lo pasado, ya tenemos la celada descubierta, y dado aviso, para que todos guardándose de mí, pudiésemos, hija Elicia, morir de hambre; sino que con mi santidad, como buey de perdices encer-

rado, pueda meter sin que lo sientan las perdices, en la red. Las mochachas en la red, digo hijas, por otras nuevas formas y maneras que traigo aprendidas; porque no es razon de dejar de dar gualardon de mis servicios á Vénus, que me hizo las mercedes, con las pasadas de alcanzar de Júpiter que tornase acá. Y ante tí, hija Areusa, todo puede pasar este secreto, que te tengo en lugar de hija, y siempre te tuve por muy sabia y de buen secreto. Y pues, ya sabes que los sabios dicen: que el que á otros su secreto descubre, le da su corazon; ya ves, hija, la prenda que te dejé para poner á recaudo el secreto. Y desto bien segura estoy yo de tu saber, aunque te digo lo que te dicho tengo.

Ar. No estás engañada, madre, por cierto, que así lo guarde yo como á mí misma lo guardaria, y haz cuenta que lo que dices y dijeres, que lo dices á tu confesor.

Cel. Así lo tengo yo, hija, que no de valde dice el proverbio, que no hay corazon engañado, como por el mio conozco yo el tuyo. Y en pago desto, yo quiero, hijas, que de todas sea lo que se ganare y lo que se encubriere, porque en tan verdadera amistad, no se sufre haber cosa partida.

Ar. Así es razon, madre, y así, pues, tú haced de todo lo que yo tengo á tu voluntad.

Cel. Yo lo tengo, hija, bien conoscido. Yo, todo lo que al presente, para comenzar nuestro trato me dieres, créeme que saldrá á logro del caudal. Porque más tesoros enterrados traigo sabidos, que años tengo acuestas; de todas tres serán sabidos, y de todas será la ganancia, que no tengo ya necesidad de invocaciones á Pluton; porque de allá traigo sabidos todos sus secretos, y al presente, porque no sientan que tenemos tanta riqueza, los tesoros estarán bien guardados donde están, que yos certifico que nadie nos los hurte hasta que vamos por ellos, y si lo sienten, luego el rey se meteria en querer su quinto, y no faltarian envidiosos, por donde se pusiese en peligro nuestra vida, perderse tras el caudal. Así que conviene al presente en esto, como en lo demas, gran secreto y disimulacion; que el tiempo adelante nos dirá lo que habemos de hacer. Y en tanto, supliremos nuestras necesidades con lo que tú, hija Areusa, tienes, y con aquellas cien monedas y cadena que el malogrado de Calixto me dió, que tan caro me costó, que pocas habrás tú, hija Eli-

cia, dello gastado; aunque mal pecado, como las mozas no mirais lo de adelante, ya tú habrás gastado cuales media docena de las monedas. ¿He acertado, por mi vida? Eya, dí la verdad, loquilla, que te estás riendo.

Elic. Ay madre, no me rio deso, sino que como tú fuiste enterrada, escondí la cadenilla, porque vino aquí el mayordomo de la cruzada, y diciendo que por haber muerto abentestado, venian todos tus bienes á la cruzada, todo lo secrestaron, y llevaron las cien monedas, con todo lo demas, hasta no dejar estaca en pared. Y la cadenilla, en mi alma, que me perjuró, y la enterré, y despues, sacándola para vender algun eslavon, aquel desuella caras de Centurio me la vió, y nunca fuí poderosa de sacársela de las manos. Y á la justicia me fuere á quejar, sino porque no me acusasen el perjurio de no la haber declarado, y por esto me callé con mi pérdida. Así que madre, señora, de mis ropas y tocados puedes disponer, que de lo demas, ya ves lo que ha sucedido, por mis pecados; que como yo quedé huérfana sin tí, y más de saber sin tu consejo y seso, todo se perdió cuanto bueno dejaste y yo escondí de lo que llevó la cruzada.

Cel. Esta mochacha no es necia, aunque no ha ido á los infiernos como yo.

Elic. ¿Qué dices, madre?

Cel. Hija, digo, que no ví cosa más en los infiernos castigarse, que encubrir nada de la hacienda de otros; y pues, tú, hija, erraste en encubrillo á la cruzada, ya que yo estoy en el mundo, no sea peor el postrer yerro quel primero, que deso del juramento yo lo terné secreto.

Elic. He, he, he; bueno es eso, madre.

Cel. ¿Rieste, por mi vida, de que te caí en el cantar? ¿Qué pensabas, que habia yo de descubrirte por la descomunion de la cruzada? Ay, como eres boba; desas descomuniones, hija, tengo tragadas pocas, por tu vida y de Areusa, más tengo tragadas, que canas tengo en la cabeza. Mas ya sabes, hija, el proverbio que dice, que nunca diga esta por donde pague aquesta. Acertado te tengo la vena; bien sé que te contento; no hayas, hija, mi amor, vengüenza de me haber encubierto la hacienda, que bien sé que no lo heciste, sino por lo que yo me sé. ¿Direlo, loquilla? cata, que lo quiero decir, si me das licencia y no has vergüenza; decillo quiero, para que sepas que no se me esconde cosa; y quiérome reir; ¿dasme licencia que lo diga?

Elic. Dí, madre, que yo no sé porqué dices eso.

Cel. Areusa, no me hagas del ojo, que al buen entendedor pocas palabras. Que la verdad es, que Elicia pensaba que me queria yo de tí encubrir. ¿Dite en el corazon, loquilla? ¿Hete errado una jota? pues no te engañes, hija, que no quiero que con Areusa haya cosa encubierta; que no tengo yo descubierto lo que dije de los tesoros que tenemos, y de lo demas, para encubrille cosa. No hayas vergüenza, hija, de lo que has gastado, que yo te lo perdono; y saca lo que te queda, que á mí ya no hay cosa encubierta.

Elic. Al diablo encomiendo, vieja, que tanto sabe.

Cel. ¿Qué dices, hija?

Elic. Madre, señora, que por Dios, acertado me has, que he dicho lo que dije, por ver si sabias las cosas encubiertas, y agora veo que sabes más que ántes.

Cel. Ay mi amor, ¡cómo lo dices, y con qué gracia! Así lo creo yo por cierto, y así lo has de creer, hija Areusa, que por tu vida, desde tan mañita, nunca hallé tras ella un alfiler. Mas hija, parésceme que quisiste ser como dices, á un traidor, dos alevosos. Mas por mi vida, ¿qué tienes gastado de las cien monedas?

Elic. Por Dios, madre, que lo digas tú, para ver si aciertas.

Cel. Por mi vida, que digas á ver si me dijo Pluton la verdad, ó si es lo que yo sé.

Elic. Por Dios, madre, doce monedas tengo gastadas, y la cadena entera se está como tú la dejaste escondida.

Cel. Por tu vida, tanto me dijo Pluton que habias gastado.

Elic. Pues por mi vida, que mintió, que no tengo gastadas más de ocho.

Cel. Por tu vida, que eso es lo que yo sabia, y el traidor siempre acostumbró mentir; bien testifica la palabra divina donde dice, que desde su principio fué mentiroso y padre de mentiras. Buena estuviera yo, hija, sino supiera más que él.

Ar. Espantada me tienes, madre, con lo que te veo hablar.

Cel. Cada dia, mi amor, lo estarás más, y lo dicho dicho; y por agora no más, que vienen muchas conoscidas nuestras á me hablar, y tengo necesidad de asegurallas para tener seguridad dentrar á visitar sus hijas, porque el mayor servicio que á Venus puedo hacer, es sacrificar sangre para amatar sus encendidos fuegos en los corazones de sus servidores.

Dueñas. Oh madre Celestina, ¡cuánta gloria nos es de verte! plega á Dios que

por muchos años y buenos sea tu resurreccion.

Cel. Señoras mias, todo ha de ser para vuestro servicio y doctrina de todos, con los avisos que vengo á dar al mundo, muy al contrario que les solia dar, que esto es lo principal á que soy venida, á desdecirme de lo pasado y consejar en lo presente, y á pensar lo que está por venir; que nadie puede saber lo que allá se pasa, sino quien como yo ha pasado por ello. Que yos certifico que otros consejos resciban de mí vuestras hijas de hoy más, y otra reprension las liviandades de los mancebos, que hasta aquí, y otra doctrina los viejos, y otra predicacion los religiosos, y otro aviso los abades; y porque desto, el tiempo dará testimonio, yo, señoras mias, iré á pagar particularmente estas visitaciones y merced, á cada una en su casa, y estónces se podrá en secreto saber los secretos; que público de lo mucho que he visto, no se permite decir sin gran ofensa de Dios; y porque yo estoy cansada, vuestras gracias me perdonen, hasta cuando digo que en vuestras casas os visite; y vayan con la gracia de Dios.

Dueñas. Madre Celestina, y tú quedes con ella.

Cel. Hijas, de mano en mano, dadme acá ese jarrillo, si quedó algun vino, que me ha quedado la boca de tanto predicar tan seca, que aun la saliva no puedo tragar.

Ar. Madre, parésceme que no se te ha olvidado el beber, aunque ha dias que no lo usaste.

Elic. No te maravilles, que viene de lugares secos.

Cel. Lastimásteme, pues, para mí santiguada, que yo os lastime hijas, segun el calor de donde vengo, no espanteis; cuanto más, que en el infierno, ni hay deseo de capones, ni perdices, ni de riquezas, ni de cosa de las desta vida, sino es de mojar la boca, segun paresce por aquel rico avariento, que pidió á Lázaro que le pusiese el dedo mojado en la lengua; que mejor autoridad para mí no se puede haber.

Ar. Madre, eso seria con agua.

Cel. Hija, mejor fuera con vino, por tu vida; ¿no sabes tú que con vino se mata el fuego de alquitran, y con vino se lavan los cauterios despues quedados? y las llagas ¿con qué se lavan sino con él? y el fuego, hija, de san Anton, ¿con qué se ataja sino con vino? que mejor cosa, ni más cuadrada, no puede ser para la

sed del fuego que traigo. ¿Y qué más autoridad quieres tú para la bondad del vino, sino que vello se convierta en sangre de Jesucristo, para saber la ventaja que en todo al agua tiene?

Ar. Madre, pues tambien echan agua en el caliz.

Cel. Hija, eso es á medio caliz de vino una gotica; pienso que para significar el agua que junto del costado, con la sangre salió. ¿No sabes que en la cena del Señor, que dijo Cristo que no comeria de aquel fruto de vid, hasta que lo comiese con ellos en el reino de Dios? donde se saca, que en la gloria, vino y no agua, se ha de beber. Y por cierto, hija, si lo miras bien, que en la cena del Señor, á osadas que no oyas tú que se mentase agua, sino vino, cuando dijo que comulgó á sus discípulos, y les mandó que aquello hiciesen en su memoria. Mira cuanta virtud tiene, hija, el vino, y como nuestro maestro mandó aquella noche que hiciesen como él habia hecho, quiero yo tenelle imitacion en beber vino y no agua.

Ar. Madre, ese mandamiento fué más de agua que de vino, porque lo dijo acabando de lavar los pies á sus discípulos.

Cel. Ay boba, y aun en eso verás que te digo la verdad, pues con el agua man-

dó lavar los pies, y con el vino las bocas; cada cosa, hija, es para su oficio; buena, el agua para lavar, y el vino para beber. ¿Hete satisfecho? ¿qué me respondes, bobilla? Qué, ¿quieres argüir conmigo? mas, por Dios, que si me das licencia que te diga una cosa, que no ménos que la vida te va en ella.

Ar. Dí, madre, que si perdono.

Cel. Pues no tienes de correr.

Ar. No correré, por mi vida.

Cel. Pues sabe, hija, que hoy al comer me paresció que bebias agua, y deso regoldaste dos ó tres veces; y aun por mi vida, que ese rostro con tan poca color, que no sale de otra cosa, cá no hay cosa que más coma la color, que el agua.

Ar. Ay madre, cómo estás engañada en lo de la color; que por tu vida, no es sino de llorar la muerte de aquel malogrado de Parmeno; que con el amor que le tuve, no hago sino deshacerme en lágrimas.

Cel. Y aun eso hace á mi propósito; que aun las lágrimas por parte de ser agua, destruyen la tez. Otra, por cierto, hace lavar el rostro con vino, y mucho más bebello; porque ves tú aquí, mi amor, á Elicia, que dende que nasció lo bebe; que así goce yo della, que la teta

tenia en la boca, y viendo el jarro ó calabaza, como dice el proverbio, los ojos en la puerta, y las manos puestas en la rueca; con la teta en la boca, y los ojos en el jarro, tan de revés por mirallo, que así goce yo cosa, sino lo blanco dellos se le parescia; con la manita estaba haciendo de señas que se lo diesen, meneando los deditos; y otras veces, teniéndola empino en las rodillas, en viendo vino ó su vasija, así se avalanzaba á él dando saltos, que parescia quererme quebrar las piernas, y si el jarro le ponian en las manos, parescia quererse bautizar dentro con la gana con que bebia. Más bien se le paresce á osadas, hija, en las colores, que en las mejillas tiene, que no parescen sino una grana. Ha venido esto hija, sobre lo de tu estómago; que pienso que alliende de la mala color del rostro, á no bebello te causa un poco de olor en la boca, de la mala digestion y frialdad del estómago, donde se causan asimismo aquellas ventosidades que lanzaste por la boca cuando comíamos, que á la verdad no paresce bien, puesto que entre nosotros no vaya nada en ello; que, hija, ves me tú aquí á mí, que ni tengo diente ni muela, y tengo un olor en la boca como una niña de tres años, y todo esto ha venido sobre que

dijiste si habia olvidado el beber, y con este aviso nos vamos á reposar, que es hora, y no salgas de mi parescer, ni sigas el vuestro, hijas, sino quereis errar.

Ar. Madre, parésceme que no faltan autoridades para beber, y por tanto, yo quiero hacerlo así de aquí adelante.

Cel. Pues hacerlo así, hija, que aun por mi vida, el dolorcillo de la madreja la noche de Parmeno, si te acuerdas que no viene de otra cosa, y con esto vamos á reposar la siesta.

ARGUMENTO DE LA DÉCIMA CENA.

Felides pregunta á Sigeril si es verdad la resurreccion de Celestina. Y despues manda apartar á Pandulfo y á él para escribir una carta á Polandria; y los criados burlan dél; y introdúcense.

FELIDES.—PANDULFO.—SIGERIL.

Fel. ¿Qué cosa es, Sigeril? ¿es verdad que ha resucitado aquella honrada dueña?

Sig. Por nuestra dueña, señor, yo la vi, y media ciudad á la redonda; si es fantasma ó no, no lo sé; mas ver cuán santa viene y predicadora, no lo podrias creer.

Fel. ¿Segun eso, no querrá entender en mis negocios?

Pand. Mal conoces, señor, roncerias de putas viejas hechiceras; con aquella sardina piensa ella pescar la trucha, pues sabes que no se toman truchas; todos aquellos ardides nascen de la mucha experiencia. Quien espantase las perdices cuando vienen á la red, ¿paréscete, señor, que tomaria alguna? poco sabes de achaque de trama, ¿viste acá á nuestra ama? pues la mejor trama que ella puede tramar, es con hipocresia y santidad urdir

para tejer sus telas, que con este hilado, podrá ella mejor urdir tu tela con Polandria, que con el de las madejas tejió el de Calixto y Melibea.

Fel. No pensé, yo, Pandulfo, que tan sabio eras; mucho me has alegrado en gran manera, en oirte; mas mira, que quizá con la mudanza de Celestina y su muerte, habrá mudado las costumbres.

Pand. ¿No sabes tú, señor, que muda la piel la raposa, mas su natural no despoja? ¿No te acontece venirte de confesar un santo y de ahí á tres dias tornarte de otro pelo? ¿qué piensas, que es aquello lo que quiere el filósofo, que la costumbre sea otra naturaleza? Por tu vida, señor, quien me quitase á mí de tener dos ó tres mujeres á ganar, la vida me quitase; y así lo hará quien quitare á Celestina sobre ochenta años de canonizada y sabia alcahueta, dejallo agora de ser; cuanto más, que yo te tramaré el hilado esta noche con Quincia, de suerte que no se pueda errar la tela.

Fel. Así te lo ruego yo, y tú, como más sabio, me harás mañana venir acá á Celestina, para que por todas partes se combata la fortaleza, y veamos por donde se entra más presto.

Pand. Descansa, señor, que así se hará;

y yo me quiero ir á entender en aderezar armas, y lo más necesario.

Sig. Mira, por tu vida, pues hablas en armas, no hagas algun desvario con que borres lo bien hecho.

Pand. No tengas miedo.

Sig. No he miedo, mas he rezelo.

Fel. Hora, que yo salgo por fiador, que Pandulfo haga esto con toda cordura y seso; y dame tú, Sigeril, papel y tinta, y escribiré una carta para Polandria, para que vaya á punto Pandulfo, si hallare dispusicion en Quincia para quererla llevar.

Pand. No me paresce mal consejo.

Sig. Señor, ves aquí la tinta y el papel.

Fel. Apartaos vosotros allá.

Pand. Mira, mira, Sigeril, cuan trasportado está nuestro amo con su pluma en la mano, y los ojos embelesados.

Sig. Paresce á san Juan, cuando lo pintan en la isla de Pathmos.

Pand. Quita el san, y acertarás en el Juan; que por nuestra dueña del Antigua, otra salida supiera yo dar á aquella carta, que pienso que con filosofías y retóricas ha de quedar tan entendida leida, como ántes que se leyese. Mira, hermano, como se está riendo entre sí.

Sig. Alguna buena razon debe de ha-

ber acertado, que se goza en pensalla. Mal año para Julio, que llegue á su escribir.

Fel. Pandulfo, mi fiel criado, ¿ves aquí esta carta? yo te prometo buenas albricias si me traes respuesta della.

Pand. Con ese descuido, en mi cuidado, puedes, señor, dormir; que yo voy á entender en lo que cumple.

Fel. Dios vaya contigo y te guie.

ARGUMENTO DE LA UNDÉCIMA CENA.

Pandulfo va al concierto con Quincia, y se desposa con ella, y han efecto sus amores; y le da la carta de Polandria; y él se va muy alegre. Introdúcense.

PANDULFO.—QUINCIA.

Pand. Hora es ya de ir á mi concierto; ir quiero. No quisiera yo noche tan escura, porque es peligro para huir, porque no ve hombre por donde va, hasta que ha dado de narices. Hora ya estoy cerca; quiérome santiguar. ¿Qué diablo es aquello que está cabe la puerta de Paltrana? no sea el diablo que me engaña, no me estén aguardando para me matar; no haya por ventura, Quincia, descubierto la celada; mas creo que no hará, que yo la ví de buen temple ayer. Hora yo quiero llegar; válame Dios, parésceme que entro en agua fria, segun se me ataja el huelgo y se me espeluzan los cabellos. Quiérome tornar y dar al diablo estos amores. ¿Mas qué dirá Quincia, si por ventura sale, sino que de cobarde lo dejé? que para con mi amo no me faltarán mentiras. Hora quiero llegar, que por donde vengo todo queda seguro, y á la prima

voz, mis pies me han de valer, sino me toman en medio. Hora encomiéndome á Dios, y llego. ¿Qué diablo es aquesto que está en el portal, que tanto suena? si son armas: quiero escuchar. Llaves parescen; Quincia debe de ser, que viene al concierto. Quiérome bien certificar, que no me engañe el oido, que muchas veces se engaña.

Quin. ¿Ce, señor, estás ahí?

Pand. Ella es; por nuestra dueña, el alma me ha tornado al cuerpo y la sangre á las venas. Oh señora de mis entrañas y de mi vida, desesperado me tenias pensando que no habias de venir.

Quin. Ay señor, vete por tu fe, que por no quedar en falta contigo vine, que por cierto, aun los de casa no están acostados.

Pand. Buayas, ¿y qué nuevas son estas para mí?

Quin. ¿Qué dices?

Pand. Digo, que tú no debieras de venir hasta que durmieran; porque si te sienten, será forzado con muerte suya procurar tu libertad.

Quin. Ay por Dios, no digas tal; que ya pienso que estarán acostados, y dí presto lo que me quieres.

Pand. Señora mia, lo que quiero es,

que voto á tal, que estoy perdido por tus amores, y que hayas piedad de mí.

Quin. Ay por Dios, señor, que te dejes deso, que no soy yo de las que piensas; cuanto más, que agora me tratan casamiento. Por tu vida, que te vayas, no me disfames.

Pand. ¿Con quién?

Quin. No lo puedes saber.

Pand. Bien haces en encubrirlo, que por vida del rey, que si me lo dijeres que no se casara él contigo, que yo lo casara ántes con su madre la tierra, digo.

Quin. Y eso, señor, ¿así quieres mi honra y mi provecho?

Pand. Oh despecho de la vida, con tal honra y provecho; eso seria que por no enterrar á él, que me enterrasen á mí; sabe, señora de mi alma, que no te conviene tomar á otro esposo sino es á mí, si quieres gozalle, por vida tuya.

Quin. Yo, señor, seria la dichosa.

Pand. Pues no está en más que en eso, ábreme, amores, y darnos hemos las manos.

Quin. No querria que entrases en lo vedado.

Pand. Y te voto á tal, que descortesia ninguna no rescibas de mí.

Quin. Ay, señor, no querria despues que me burlases.

Pand. Señora mia, yo te juro á esta que es cruz, y al sepulcro santo de san Vicente de Avila, de no te hacer burla ninguna.

Quin. ¿Haráslo así?

Pand. Sí juro, y hora abre.

Quin. Ay que no oso, por mi vida.

Pand. Hora, mis ojos, abre, que yo te voto á tal, de en mi vida cobrar otra esposa.

Quin. Hora dame la mano por entre las puertas de ser mi esposo y de no hacer nada contra mi voluntad, y yo te abriré.

Pand. No sea algun concierto de tomarme para tenerme, en tanto que salen á matarme.

Quin. ¿Qué dices, Pandulfo, señor?

Pand. No digo, sino que encomiendo al diablo estas puertas, que están tan juntas que no me cabe la mano, que aun las manos te daré.

Quin. Yo sacaré la mia, que es más delgada.

Pand. Bueno es esto, no debe haber traicion; hora daca la mano.

Quin. ¿Otorgas te por mi esposo?

Pand. Si otorgo.

Quin. Y yo por tu esposa. Y aguarda un poco iré á ver si duermen todos para abrir.

Pand. Hora va, y mira bien en eso. Bueno va esto; por nuestra dueña, que tengo buena noche; hi de puta el diablo, como me huelgo, que voto á la cruz de Carabaca, más hermosa moza no hay en la ciudad, y creo que Dios ha sido causa deste casamiento, por apartarme de le ofender con Palana y otras tales borrachas. Ya viene, plega á Dios de guardarme de traicion. Oh, pese á tal, ¿qué es esto? muerto soy; no es tiempo de esperar; hora quiero escuchar; no viene nadie tras mí; quiero tornar. ¿Es ella la questá á la puerta? si, ella es que tocado tiene; mas quiero bien á de fuera mirar, no sea capacete, ó celada, para me meter en ella.

Quin. Ce, señor Pandulfo, llégate acá.

Pand. Ella es; seguro está el campo.

Quin. Señor, ¿por qué te fuiste á tanta priesa?

Pand. Señora, fuí tras uno que me pateó, para castigallé.

Quin. Pensé, cuitada de mí, que te habias espantado cuando quité el aldaba, que se me soltó de las manos y hizo ruido en dar en las puertas.

Pand. Espantadizo es el potro, cierto,

para se espantar desas pocas cosas. ¿Si más espantado no fuese el que se me fué por piés?

Quin. Ay, señor, mira por Dios no te vea alguno entrar.

Pand. Cierra la puerta, amores, que no llevaba él ese son, segun huia.

Quin. Hora, pues, siéntate al pié desta escalera, en cuanto cierro la puerta.

Pand. Ah, bien me ha salido la huida, pues la hice entender que hice huir al ótro. Hora, cosa del diablo es lo que suena de noche cualquier cosa. Voto á tal, mil hombres no hicieran más ruido que hizo aquella aldava. Héla aquí do viene. Oh mi alma, qué gozo me es tenerte abrazada, y gozar de la tu boca.

Quin. Señor mio, por tu vida, que aunque sea tu esposa, que fasta otra noche no me afrentes; ay señor, no seas tan porfiado; cata que daré voces.

Pand. Si tú dieres voces, daré yo gritos.

Quin. ¡Ay desventurada de mí, y qué mala cuenta he dado de mí! ¡Oh mi padre y mi madre, qué diríades si tal supiésedes que habia hecho! ¡Oh mi señora Paltrana, que diríades vos de la mala cuenta que en vuestra casa he dado!

Pand. Amores mios, ¿para qué es eso?

¿de qué sirven esos llantos? ¿yo no soy tu esposo?

Quin. Quítate allá por Dios, no llegues á mí. ¡Oh desventurada yo, mi virginidad perdida! ¡Ay, y cómo no me mato habiendo perdido todo mi bien!

Pand. Hora, amores mios, por el crucifijo de Búrgos, si eso haces, de me ir donde jamás sepas de mí; hora calla, mis ojos, ¿yo no soy tu esposo?

Quin. Pues si así no fuera, yo me matara.

Pand. Hora ya, amores de mi alma.

Quin. Hora, señor, suplícote que te vayas y baste lo fecho.

Pand. Bueno seria eso.

Quin. Hora, déjame ya, por Dios, que me tienes muerta.

Pand. Hora, pues, perdonarme has.

Quin. Hora déjame, que sí perdono, con que no me trates más mal que me has tratado.

Pand. No más que á mis ojos, entrañas; y vuélveme acá esa boquita de perlas.

Quin. Hora ve aquí; déjame ya.

Pand. Hora mis ojos, enhoramaza; no estés enojada.

Quin. ¿Paréscete, señor, que me has parado bonita.

Pand. Mi alma, no me culpes, que no

ha sido más en mi mano, ¿qué querias que ficiese, estando con tal perla como tú? Hora, por tu vida, que me perdones.

Quin. Hora, que si perdono, con tal que te vayas, que es ya muy tarde.

Pand. Alma mia, si iré si tú huelgas dello.

Quin. Si tú estuvieses quedo, bien me holgaria yo contigo.

Pand. Hora, que si estaré.

Quin. Hora me huelgo yo contigo, que estás quedo y no me andas sobajando.

Pand. Amores mios, ¿quiéresme facer una merced, que no ménos que la vida me va en ello?

Quin. Todo cuanto tú mandares haré, con que no me afrentes más esta noche.

Pand. Pues mi corazon, lo que has de hacer por mí, es que des una carta de mi amo á la señora Polandria.

Quin. Ay señor, por Dios no me mandes tal cosa.

Pand. Por mi vida, que lo has de hacer.

Quin. Ay por Dios, ¿cómo osaré yo facer eso? que me matará en boqueargelo solamente.

Pand. Yo diré cómo: dí que Felides, yendo á la fuente, te rogó que se la dieses, y que él, de que no quisiste acetallo, te la arrojó y se fué, y que tú la tomaste

porque nadie no la viese. Y desta manera podrás dársela, y mañana yo iré á la fuente á saber cómo la tomó.

Quin. Desa manera, á mí me place de lo hacer, y te daré mañana la respuesta.

Pand. Yo, señora, te lo tengo en merced; y quiérome ir, que ya es tarde.

☞ *Quin.* No te vayas tan presto, que aun no ha media hora que veniste.

Pand. Que se haga así como lo mandas, mis ojos.

Quin. Bueno es eso, señor, está ya quedo; por mi vida, si pensara que así lo habias de hacer, no te rogara que no te fueras. ¿No estás ya cansado de maltratarme esta noche? Hora ya baste lo fecho; y veré, que no me ayude Dios, si yo más te digo que no te vayas.

Pand. Amores de mi alma, harto se me hace á mí de mal apartarme de tí. He aquí la carta; y mañana cuando me dieras la respuesta daremos forma en tornarnos á ver; y los ángeles queden contigo y abre paso la puerta.

Quin. Y contigo vayan, señor. ¿Eso quedaba por hacer? Ay Jesus, ¿no estás ya harto de besucar?

Pand. Oh gozo singular, oh dichoso Pandulfo que tal moza has alcanzado; la puta que la parió, qué piernas y cuerpo

tiene. Alguna diferencia hay, por Dios, de las suyas á las de Palana, que no parescen sino dos cañahejas llenas de vello, que para barbas serian aspas. Pues en la boca y olor, todo se le paresce. Voto á tal, en toda mi vida me tomen más allá; váyase para borracha; pues tal joya me tengo, donde sin ofender á Dios, puedo pasar la vida á mi placer. Pardios, hermosa dicha y recaudo he tenido en lo que mi amo me ha acomendado. Desta hecha no se excusan las albricias, y la mitad dellas serán para Quincia, que es razon, pues es mi esposa, de dalle las donas; y con esta buena ventura, quiero echarme y reposar y descansar lo que me queda de la noche, que bien lo he menester.

ARGUMENTO DE LA DUODÉCIMA CÈNA.

Pandulfo viene á dar las nuevas á Felides, y topa á Sigeril; y hállanle trovando un romance, y burlan dél, y entrando, reprende Pandulfo á Felides el estilo del trovar; y dale las nuevas; y despues mándale que le vaya á llamar á Celestina, y quédase con Sigeril; y introdúcense.

PANDULFO.—SIGERIL.—FELIDES.

Pand. Mucho me he dormido, tiempo es de ir á dar cuenta á mi amo de lo pasado. A Sigeril veo, no le quiero decir nada, porque no pierdan sazon las nuevas con andar en tantas manos.

Sig. ¿Qué madrugar es este, Pandulfo? buenas nuevas debemos de tener, que tu gesto da señal, con las muestras de alegria del corazon.

Pand. Anda acá, que delante Felides sabrás lo que es.

Sig. Paso, paso, Pandulfo, que paresce que vas á ganar beneficio, segun la priesa que llevas; que pienso que duerme Felides.

Pand. Así lo vo yo á ganar beneficio, y aun beneficios por mi buena diligencia; escucha, que paresce que no duerme, que

hablando está consigo. Oye, oye, que para el cuerpo de mí, trovando está.

Fel. Ya al amor sus vivas llamas
En Felides las ponias,
Cuando el sol resplandeciente
De su Polandria encendida,
Su corazon como estopas
Con el espejo que via,
De su rostro divinal
Que tiene en mi fantasía.
Podiéndome así quemar
Como el Fenix se encendia,
Para sacar otro yo
En la inmortal pena mia,
Por sostenerme en las muertes
Que me causa cada dia.

Sig. Romance, por nuestra señora, está haciendo.

Pand. Por el corpus damni, esto hace á estos caballeros jamás alcanzar mujer; que todo el tiempo se les va en elevaciones. Encomiendo al diablo la cosa, que las mujeres entienden destas filosofías, ni se les da por ellas una paja; por mi fe que creo, que por ellas se dice que hablar claro Dios lo dijo.

Sig. Por mi vida, que creo que aciertas en eso.

Pand. Y cómo si acierto, voto á la casa santa, que se enloquecen con estas trovas, y lo que han de hacer en una se-

mana, no lo hacen en un año. Y piensan que como todo es mentira lo que les dicen en las coplas, que así se las dicen en las palabras. Y aun amostrarse muy penados, voto á la Verónica de Jaen, no puede ser mayor necedad, porque no lo tienen en nada. Y quiero entrar y desengañallo, que se me hace vergüenza dejalle decir tanta bobería.

Fel. Sigeril.

Sig. Señor.

Fel. Dame acá aquella vihuela; probaré á tañer y cantar un romance que tengo fecho.

Pand. Pese á la vida que vivo, con tanta vanidad y elevacion.

Fel. Oh Pandulfo, que norabuena vengas; bien te debió ir esta noche, que vienes hablando contigo.

Pand. Mejor, por cierto, que á tí con tus filosofías, que esto venia diciendo. ¿Para qué son, señor, esas coplas y esos romances que voto al corpus damni, que todos son latin para las mujeres, y otra cosa deste trovar no se saca, ni tiene otro provecho más, que para desvanecer la cabeza, y muchas veces perder el seso y quedar sin sentido?

Fel. He, he, he; gracioso eres; ¿y dí, loco, qué mayor seso puede ser, que per-

dello en tanta razon como yo tengo para lo perder?

Pand. Mas ya creo que lo tienes perdido.

Fel. ¿Qué dices, Pandulfo?

Pand. Digo, señor, que todo es esto perder tiempo y dañar lo que tengo hecho.

Fel. Dime, ¿eso cómo es? que bien me paresce.

Pand. Es que voto á la casa no santa, que sin esas filosofías, he gozado esta noche la más fresca moza de la ciudad, y estáte tú ahí haciendo romances, que por la vida del Turco, ya pienso que tiene leida tu carta Polandria.

Fel. ¿Es posible tal cosa, mi Pandulfo?

Pand. Es tan posible, cuanto imposible entender las razones de la carta si llevan las elevaciones del romance. Por el cuerpo de Mahoma, señor, si esto te hubiera visto trovar, yo la rasgara y la escribiera otra que hiciera algo más al caso.

Fel. He, he, he; gracioso es Pandulfo, por nuestro señor. ¿Qué la escribieras, por mi vida, que ya de hoy más, por mi vida, de te hacer mi secretario? ¿Pasas por tal cosa, Sigeril? ¿hay tal hombre en el mundo como Pandulfo?

Pand. Pues no te rias, señor, que voto á la casa santa, que aquellos espejos que enciende el sol, y tu corazon estopas, que todo es tascos, por el cuerpo del Turco.

Fel. Hi, hi, hi; la mejor cosa es esta que nunca he oido, aunque otra ganancia no se saque destos amores sino esta, yo doy por bien empleada mi pena.

Pand. Riete tú, señor, que tú llorarás si llevas ese camino hecho Fenix, que acaba y comienzas de nuevo, que así comenzarás, voto á tal, cuando pienses que acabas, para jamás acabar de concluir tus amores, cargado de comparaciones y de embelesamientos. Da al diablo, señor tal estilo, que yo que he tratado con mujeres toda mi vida, sé cómo se han de seguir y alcanzar; que no de balde dice el proverbio: que quien las sabe las tañe; como yo he tañido esta noche á Quincia, que queda por cierto tocada de manera, que hará otra música que tu romance en latin, tocado en la vihuela con sus comparaciones. Engáñate, señor, por mí y mucho, de mi corazon y de mi alma y de mis entrañas cuando escribieres, y mucho de la buena osadia y desenvoltura, cuando estés con ella; y déjate desas tronicas, porque las muje-

res son algo empachadas, y si nosotros no las desenvolvemos, así nos estaremos hechos como ellas dueñas, hasta el dia del juicio.

Fel. Por cierto, Pandulfo, que me contenta lo que has dicho, y de hoy más yo quiero seguir tu parescer; y cuéntame cómo te aconteció con Quincia, y cómo le diste la carta.

Pand. ¿Cómo, señor? que por tu vida, que pienso qne lo principal que la hizo rendírseme tan presto, fué verme oxear seis ó siete garzones, que con guitarras me tenian ocupada la calle; y fué tanta su tardanza, que me obligaron á cometellos; y fué de suerte, que sino se me hiciera de conciencia, media docena de capas trajera para calzas, que harto lugar me dieron ellos para ello, segun el huir llevaban.

Sig. Maldita la verdad este bellaco dice; agora no le creeré cosa de cuanto dijere.

Fel. Por cierto, gentil hazaña fué; y en más tengo tu buena conciencia que tu esfuerzo, porque yo lo tengo de dias conoscido, y pocas veces se casan osadia y buena conciencia. Mas dejando aparte lo que toca á las armas, lo de los amores sepamos, que nos va más en ello.

Pand. En lo de los amores fué, que yo

alcancé della lo que otro no habia alcanzado; porque por la Verónica, como su madre la parió estaba, y hízome tanta conciencia, que me desposé con ella, por no lo ser en cargo.

Sig. Válame Dios, con persona tan católica.

Pand. ¿Qué dices, Sigeril?

Sig. Digo, que por cierto que son grandes los misterios de Dios, pues en tan poco tiempo te ha mudado á hacerte tan santa persona.

Pand. No te maravilles deso, y toma ejemplo en san Pablo; y tornando á nuestro propósito, yo le dí, señor, tu carta, y ella queda hoy á la fuente traerme respuesta de Polandria. Esto es lo hecho, y lo por hacer será alcanzalla, si tú con tus retóricas no dañas mi filosofía natural.

Fel. Hora Pandulfo, un sayo y una capa tú lo tienes cierto. Y pues tan buena dicha traes, en tanto que se face hora á la tarde de ir á la respuesta de Quincia, tú me llama acá á Celestina, para que por muchos presto acometida Polandria no se yerre el cerco.

Pand. Yo señor, voy, y te beso las manos por la merced del sayo y de la capa.

Fel. ¿Qué te parece, Sigeril? qué donoso ha estado este bellaco panfarron;

maldita la cosa de cuantas dice debe decír verdad; mas como quien echa lodo á la pared, vaya si apegare; sino ahí está la buena dueña de Celestina, que nunca faltó, ni pienso que faltará cuanto no faltare dinero, que para eso no me ha de faltar. Y dame la vihuela en cuanto va Pandulfo, á ver si te contenta á tí las comparaciones, y decirte un villancico que tengo hecho.

Sig. Señor, héla aquí:

Fel. Señora, no me matais
Si piensais que me matais
Porque más vida me dais.

Sig. Por nuestra dueña, señor, á mujer sentida, que la hagas perder con tu voz y tañer, junto con tal letra.

Fel. ¿Paréscete, bien, por mi vida?

Sig. Por Dios, que por esta letra se dice: que la letra con sangre entra; que no pienso que podrá ser ménos que bañarse en sangre el corazon de Polandria si la oye.

Fel. No dirá eso aquel borracho de Pandulfo; mas ¿qué cosa es un necio que no entiende las cosas? Bien librados quedaran Virgilio y Homero con otros tales, si se usara entónces la retórica del burdel que Pandulfo tiene aprendida.

Sig. Dalo al diablo, señor, que es un majadero, y dí la copla si la tienes hecha.

Fel. Pues oye.

Si pensais con acabarme
Que tengo así de acabar,
Pues yo no puedo engañarme
Yo os quiero desengañar;
Que n'os querais engañar,
Si pensais que me matais;
Porque más vida me dais.

Sig. Oh, válame nuestra Señora, con cosa tan buena y tan sentida. Por cierto, señor, que pienso que no tienes par en trovar.

Fel. Por cierto, que en este caso de amores, que pienso que es así; más no lo tengas en mucho, que con la pena diga tan buenas cosas.

Sig. Dentro está el asno.

Fel. ¿Qué dices, Sigeril?

Sig. Señor, digo que á un asno pondrá sentido tal música y razones.

Fel. Hora, yo me contento que te contenten, porque por cierto, tienes gentil sentido y viveza.

Sig. Señor, bésote las manos por lo que dices. Yo, señor, no siento mucho, mas tus cosas son tan sentidas, que no les falta la virtud de Orfeo para traer las piedras y las aguas á sentillas, y abrir los infiernos á las oir.

Fel. El infierno en que yo estoy querria que abriesen, para mover á Polandria, que contino en él me atormenta.

Sig. Por cierto, no pienso yo que será ménos, segun ella es sabia, y hora es que levantes, señor.

Fel. Pues dame mis vestidos, que no dices mal ni puedes decillo, segun tu habilidad, en cosa que dijeres; y mándame ensillar una mula, iremos á misa, y de ida y de venida, por casa de mi tia.

Sig. Por casa de Paltrana debes de decir.

Fel. No por otra.

Sig. No me paresce mal así se haga, señor, que aun á mí no me paresce mal Poncia su doncella.

Fel. Por mi vida, pues, que non es malo que se hagan de un tiro dos cuchilladas, que miéntras más moros más ganancia para mis amores.

ARGUMENTO DE LA DÉCIMATERCIA CENA.

Areusa dice á Celestina que coman, que tarda Centurio, y ella dice que no es razon; y venido, comen: y viene Pandulfo á rogar á Celestina de parte de Felides que vaya allá, y ella se excusa diciendo que no tiene manto con qué salir; y introdúcense.

AREUSA.—CELESTINA.—ELICIA.—CENTURIO. PANDULFO.

Ar. Oh madre señora, y tú prima, siéntate y comamos, que aquel desuella caras desvergonzado de Centurio, no vendrá acá.

Cel. Hija, tiempo hay; más vale que aguardemos un poco, que es mala crianza comer hasta que venga, no diga despues que sobre cuernos siete sueldos, que pagando la comida no le aguardamos.

Ar. Duelos le dé Dios en su paga, si la hemos nosotras descotar aguardándole á él. Es verdad que estará en alguna ermita ó devoto monasterio, sino, si viene á mano, metido en algun bodegon con otro tal como él, que yos seguro que no se descuida él con lo que nosotras habemos comido.

Cel. Hija, nunca juzgues las cosas á

la peor parte, pues sabes que la iglesia no juzgó lo secreto.

Ar. Hi, hi, hi; reirme quiero, madre, de tí; decir que juzgo por lo secreto, como si lo fuese en lo que digo, ¿préciase él de otra cosa, sino de lo que todo el mundo y yo lo tacho? ¿su, vida, es sino salir á las tabernas y bodegones? que así goce yo, que un tufo á vino tiene cuando se llega á mí, que estoy para lanzar las tripas de asco. Pues ya que esta tacha tiene, en el buen rostro se sufre, que más costuras tiene en él y arpaduras, que en la capa que trae á cuestas.

Elic. Ay prima, ¿y los hombres, para qué los quieres tú hermosos, sino valientes y robustos y esforzados? ¿han te de servir de damas ó de hombres cuando los hubieres menester para tal caso, como la venganza que nos dió de Calixto?

Ar. Si por eso que hizo no le hablase, ¿habia de le hablar por sus ojos bellidos el uno arrendado á la oreja, y el otro á la boca, que en mi alma, no paresce sino que quiere espantar niños?

Cel. Hija, á un hombre esforzado todo se le ha de sofrir, que en un dia meresce cuanto le puedes dar; y esto de Calixto, pues lo supistes hacer, sabedlo callar, pues no va ménos que la vida en ello; y

callemos, que hélo aquí do viene. Oh hijo Centurio, tal me venga el buen año á casa, cual tú me paresces. Ven acá, que abrazarte quiero.

Ar. Ay por Dios, madre, no le favorescas, sino no podremos hoy con él, que en lugar de reñir su descomedimiento y tardanza, le estás agora haciendo estos amores.

Cel. Hago bien, sábete que no le quiero mal, pues yo me lo abrazaré otra vez aunque te pese; y tú no le respondas ninguna cosa, que todo lo hace de celos de tu tardanza. ¿Has celos, Areusa, de mí?

Ar. Bonito, es pues, el rostro de ángel para haber celos.

Cen. Calla, ojos mios, que este gesto te paresce á tí como hecho de flores; que no te tengo por de tan mal conoscimiento, que bien sé que sabrás que virtudes vencen, que por mi persona tomaste la toca más que por la lista. Nunca pidas hermosura al cuerpo, cuando no le falta la del ánimo y fortaleza.

Ar. Hora sus, déjate ya por tu vida, de filosofías y comamos.

Cen. Por las reliquias de Meca, que me has primero de abrazar que á la mesa me siente.

Ar. Antes reventase yo con lo que comiese, que tal hiciese.

Cel. Por cierto, si harás.

Ar. Déjame, madre, que no lo tengo de hacer.

Cel. Por cierto, aunque no quieras lo harás. Llega, hijo Centurio, y abrázala y bésala aunque no quiera.

Cen. Tenla, señora, y tú, Elicia, ténmele la cabeza.

Elic. Ya te la tengo, dale aquí mil besos.

Cen. Ténmela, ténmela, que me vuelve la cabeza.

Ar. Doy al diablo tal cosa, por nuestra dueña, de su boca á un jarro no hay diferencia. Ay Elicia, ¿por qué haces eso? bonicos perfumes me pones por Dios á las narices. Y de tí, tia señora, me maravillo y de tu saber.

Cen. ¿Ríeste mi alma? voto á tal, que no te olía tan mal la boca como dices.

Ar. Mirad vos el desgraciadazo, con qué gracia lo dice. Reíme de mirarte ese gesto de carta de navegar, segun las diversidades de aguas tienes en él.

Cen. Yo te certifico, que á mi madre que le paresciera mejor la diversidad del olor del vino que bebí; que tal era él que las de las aguas que dices de mi rostro.

Cel. Hijo, á todos nos sabe bien, y á ninguno no amarga comiendo y hablando, y dejémosnos hora de motes.

Cen. Eso es lo que me contenta, y hágase así y siéntate madre, que yo ya estoy sentado, y Elicia se siente cabe mí y Areusa cabe tí.

Ar. Por cierto, por te hacer pesar, yo me siente cabe tí porque querías huir de mí, y te tengo de comer cuanto tuvieres delante.

Cen. Buen disimular es ese.

Cel. Hijo, bien dice Terencio: que las rencillas de los amantes es para confirmacion de mas amor.

Cen. ¿Para qué me besas si te huelo mal? desvíate allá que huelo á vino.

Ar. Por te hacer rabiar lo hago.

Cen. ¿Así es la verdad?

Ar. Aláze, mas que por la hermosura de tu rostro y boca tuerta, que paresce que estaba hilando.

Cel. Eso me paresce de perlas; y hijos, entre col y col lechuga, no sea todo retozar, que la mesa más se puso para comer y beber.

Cen. Todo es bueno, madre.

Ar. ¿Dónde hubiste este capon, Centurio? si viene á mano, de algun bodegon lo cantusarias tú.

Cen. De otra parte vino, que si lo supieses, quizá no lo comerias.

Ar. De alguna bellaca quieres decir, que no podia ser ménos la que contigo tuviere amistad.

Cen. De otra por cierto, que presume tanto como tú.

Cel. Hija, por tu vida, que me hace de ojo; no cures de respondelle.

Ar. ¿Y qué le tengo de responder? Pluguiese á Dios, que tomase ya pendencias con otra tal como él porque me dejase, que por importunada la veo, y si viene á mano, será la dama Palana: porque tal para tal, Pedro para Juan. Por que estos no saben conservar mujer ninguna que sea de bien ni limpia, sino otras tales sucias como ellos y Palana.

Cen. ¿Qué, Palana es fea?

Ar. Y que sea hermosa y tú esforzado, ¿qué va en ello? ¿no sabes el proverbio?

Cen. ¿Qué proverbio?

Ar. Que la hermosura en la puta, y la fuerza en el bellaco que está perdida, cuanto yo lo estoy con tenerte á tí; que á osadas, que los refranes viejos que todos son sentencias, pues perdido es, quien tras perdido anda.

Cen. ¿Y eso señora? ¿estoy yo burlando y tómaslo tú de veras? No llores, que voto

á la casa santa, que estaba burlando contigo.

Ar. Buenas burlas por Dios. Si te ví burléme, sino te ví calléme; despues que ha dicho lo que ha querido, dice que estaba burlando.

Cel. Hija, por mi amor, que no te enojes y te tornes á sentar, que en mi alma, y por el siglo de do vengo, que á todo cuanto dijo me daba del ojo.

Cen. Por nuestra dueña, que es así. ¿Y yo qué te he dicho, en comparacion de lo que tú me has dicho á mí? mas todo lo echo á burlas y en pasatiempo.

Elic. Por mi vida, prima, que comas y no haya mas, sino en mi ánima, de no comer bocado.

Ar. Come tú prima, que yo no he gana, por mi vida, de comer.

Elic. Por mi vida, de no comer bocado sino comes, y no hayas enojo.

Ar. Por tu vida, que si lo hubiera gana que yo comería, que no lo dejo por eso.

Elic. Por vida de mi tia Celestina, que has de comer esta pechuga de capon.

Ar. ¿Para qué es hacerme fuerza? ¿si lo hubiera gana, no lo comiera?

Cel. Hija, ¿y tan poco quieres mi vida? Cata, que me enojaré sino comes.

Ar. Por te hacer placer yo comeré, mas por Dios, que no lo tengo gana.

Cen. Mejor será por te hacer á tí placer, porque por nuestra dueña, que está el capon muy tierno y bueno.

Ar. Por te hacer á tí pesar lo hago; porque no lo has hecho sino porque no lo comiese, por te lo comer tú todo.

Cel. Dame acá hija, esa que no derrama solaces, y echaré el baston á estas rencillas. Por Dios, hijo Centurio, que no conosces mal de vino, que tal me paresce este. Prueba, hija Elicia.

Elic. Señor Centurio, pues mi prima no lo bebe, prueba mis ecamochos.

Cen. Téngotelo, señora, en merced y quiérolo hacer por te beber la gracia.

Ar. Esa no te bebiera ella á tí, que maldita la que hoy has tenido.

Cen. Señora de mis entrañas, ¿cómo tengo de tener gracia faltándome para contigo? Mas alzarse han los mantelles, y darme has tú gracia por donde merezca tu gloria.

Ar. Mal año para tí, que nunca tú lo verás en cuanto vivieres. Y aun palabras has tu dicho hoy para hallar gracia ni merecer gloria.

Cen. Señora de mi alma, las obras suplirán lo que faltaron las palabras.

Ar. Desto estarás tú bien seguro de mí.

Cel. Hijo, alzados los mantelles, anden las manos; las lenguas estén quedas, pues tanto dañan, y quitar se ha el nublado, y hará claro y buen tiempo. Y escucha, que á la puerta llaman. Elicia, ve á ver quién es.

Elic. Señora tia, un criado de Felides llamado Pandulfo, dice que te quiere á tí.

Cel. ¿Quién, hija?

Elic. Un criado de Felides llamado Pandulfo.

Cel. No cayo en quien es Pandulfo.

Cen. He, he, he.

Cel. ¿De qué te ries, hijo?

Cen. Ríome, señora, de que mejor lo conociera Palana que no tú, porque está por ese gentil hombre.

Cel. ¿Cuyo hijo es este?

Cen. Madre, ¿tú conosciste á Mollejas el hortelano?

Cel. Sí conoscí.

Cen. ¿Conosciste una hija suya que casó con Surracas el cortidor?

Cel. Como á mí mesma; que por mi vida, para con nosotros, que yo la vendí tres veces por vírgen.

Cen. Así la pudieras vender doce.

Cel. ¿Qué dices, hijo?

Cen. Digo que este es su hijo, y el más

fiero hombre que hay en esta ciudad y gran amigo mio, que nos conoscemos allá de la santa Gualteria. Entre, que no se perderá nada por él del solaz.

Cel. Hija, dile que entre.

Elic. Señor Pandulfo, que subas.

Pand. Buena pro haga, señora y la compañia.

Cen. Oh hermano, ¿y qué buena venida esta?

Pand. A la señora madre quiero dos palabras.

Cel. Hijo ¿es cosa de priesa levantar me he? y sino, en tanto tú ya alcanzarás dos bocados y beberás una vez.

Pand. Señora, téngotelo en merced; yo aguardaré, y tú come, que yo huelgo de te aguardar.

Cel. Pues siéntate, hijo, y alcanza dos bocados, por amor de mí.

Cen. Si por mi amor, hermano, que tal persona como tú, no hace poco al propósito de nuestro solaz.

Pand. Señor Centurio, voto á Mahoma, que tú puedes preciarte que tienes cabe tí la más gentil mujer que yo he visto.

Ar. Eso no le parece á él por cierto.

Cen. Por mi vida, Pandulfo, ¿cuál te parece á tí más hermosa, esta señora ó la

señora Palana? la verdad, la verdad, por mi vida.

Pand. Por vida de los ángeles, no merece Palana descalzar á la señora Areusa.

Ar. Téngotelo en merced, señor, aunque no sea así.

Pand. Señora, por mi vida, otra cosa no me queda más de lo que digo; y si fuere menester, lo haga bueno á cualquier gentil hombre que lo contrario dijere, y á un voto tal, que le dé una arma de ventaja.

Cen. Si como dijiste eso, dijeras lo contrario, conmigo estabas en el juego. Y voto al martilojo, que te diera yo dos armas de ventaja con tanta justicia.

Pand. ¿Qué armas me dieras?

Cen. Dos paveses de barrera.

Ar. Ay, calla ya, desgraciado, ya me maravillaba que por mí querias hacer cosa de afrenta.

Cen. Voto á tal, si pensase que hubiese quien me respondiese, carteles públicos pusiese por tu servicio; mas bien sé que teniendo Pandulfo mi opinion, no hay quien me ose responder, y por tanto no haré mucho en hacerte tan pequeño servicio.

Ar. Hora déjate de fieros, por tu vida, y háblese en otra cosa.

Cel. Hija, donde hay mujeres mozas y gentiles hombres, como están aquí, no se escusan estas pláticas.

Ar. Dí, madre, gentil hombre y no metas á Centurio en esa cuenta.

Cen. Vengarte has querido señora, por cierto, que más me precio yo de valiente hombre que no gentil; y ya creo que tú lo sabes si lo fuí en algo de tu servicio, cuando el oxeo de los garzones que tú me mandaste.

Ar. Hora, baste lo dicho.

Cel. Hijo Pandulfo, dejada una razon por otra, ¿qué nuevas hay por allá?

Pand. Señora, agora no se habla otra cosa sino en tu resurreccion.

Cel. Hijos, así es, con eso se pasa el mundo; presto acaescerá otra osa con que se ponga la mia en olvido.

Pand. Señora, tú dices verdad; que hasta aquí no se hablaba sino en la muerte de Calixto y Melibea, y agora con tu venida está ya olvidada.

Cel. Hijo, bien sé que se ha dicho que tuve yo alguna culpa en esos amores. Aquel Dios que está en los cielos sabe la poca culpa que yo tengo en ello, que para el siglo quellos tienen y nosotros esperamos, más inocente dello estoy, que estais cuantos aquí estais.

Cen. Señora madre, ¿para qué lloras, y dices eso, que así se cree de tu santidad? No hay necesidad de juramentos.

Cel. Hijo, ¿no quieres que llore padesciendo mi honra con tan falso testimonio? Mal siglo les dé Dios allá donde están Parmeno y Sempronio, que ellos me lo levantaron, y si lo levantaron, bien lo pagaron acá con las vidas y allá lo pagan con las almas; que plega Dios que no nos veamos como yo los ví. Y bien parescen, señor que estás en los cielos, tus justos juicios, que por eso permitiste que para purgar mi limpieza y inocencia tornase á este siglo.

Pand. Por cierto, madre, si eso no te oyera, que segun lo que se certificaba, todo el mundo no me ficiera creer otra cosa.

Cel. Hijo, mi amor, en otras cosas no me quiero alabar, que mal pecado, yo me conozco por pecadora á Dios como todos los somos, mas en esto de Calixto y Melibea, él nunca me lo perdone, si más culpa que tú no tengo.

Cen. Trastrócame esas palabras.

Cel. ¿Qué dices, hijo?

Cen. Madre, digo que no son menester más palabras, que sin juramento serás creida; y limpia esas lágrimas, y mira qué te quiere ese gentil hombre.

Cel. Mal siglo, hijos, les dé Dios á señores y criados allá donde están, que tal han parado mi honra y pararán si acá no tornara á dar mi desculpa.

Elic. Mas por Dios, madre, dejando una razon por otra, ¿viste allá á Melibea?

Cel. Andate ahí á decir donaires. Déjate, hija, de preguntar boberias: víla, cual plega á Dios que no te veas. Y dejando esto; ven acá, hijo Pandulfo, y sabré lo que mandas. Hijo, por tu vida que me perdones lo que he dicho, que con pasion no hay quien tenga seso, y habréte sido enojosa con mi prolijidad.

Pand. Madre, ántes he recebido merced en oirte; porque por cierto, hasta aquí yo habia vivido contigo engañado.

Cel. Pues hijo, como crees en Dios crée lo que te tengo dicho, y no estás engañado en el amor que me tienes, que para el siglo que nos sostiene, que tu aguelo Mollejas el hortelano, no tuvo mayor amiga que á mí y á tu madre Garatusa, y á tu padre Surracas, ¡es verdad que poco conocimiento tuve con ellos, y que pocas veces comí en su casa y ellos en la mia! Así que, hijo, no me maravillo que del conocimiento pasado se te engendrase el amor que me tienes y te tengo, y aun por tu vida, que me acuer-

do que fuí tu comadre cuando te bautizaron.

Pand. ¿Que fuiste mi comadre?

Cel. Espera, espera hijo, ¿tú no te llamas Pandulfo el de la Cortiza?

Pand. No es otro mi nombre.

Cel. Pues por vida tuya y mia, que eres mi ahijado. Mira si tienes razon para me querer, y aun si tiempo hubiera, yo te dijera cosas de gran importancia que entre tu madre, que haya gloria, y mí pasaron; mas anda, quédense para otro dia, que más hay dias, hijo, que longanizas. Y dí, ¿tú padre es vivo?

Pand. Señora, no, que dias ha que murió.

Cel. Hijo, con la edad y las muchas cosas que por mí pasan, tengo caduca la memoria, que ya me acuerdo, que por tu vida, que me hallé á su enterramiento. Dios le dé gloria y á nosotros cuando allá fuéremos; y dí lo que me quieres, que con placer de te hablar y hablarte en los pasados, los presentes tenia olvidados.

Pand. Señora, lo que te quiero es de parte de mi amo pedirte por merced, que llegues á su posada ó á parte donde él te pueda hablar sin sospecha.

Cel. Hijo, mi amor, ¿y qué sospecha puede haber de mujer tan vieja como yo?

aun si fuera cuando moza, razon tuviera, que por mi vida, que para contigo, que pocas habia en el lugar de mejores gestos; y aunque otros tan estirados y ricos como tu amo me siguieron harto, aunque por tu vida y mia, que les aprovechó bien poco; que aunque yo era algo desenvuelta y graciosa, siempre de la honra fuí muy recatada; pero ya sabes, hijo, que dice el proverbio, que enoramala nace quien mala fama cobra. Y de aquí se levanta la tos á la gallina, como lo de Calixto y otras tales cosas que me han levantado; queste mundo, quien mucho vive, mal pecado, mucho ha de ver y por mucho ha de pasar; que en largo camino, hijo, por fuerza ha de haber barrancos, y en mucho tiempo muchas mudanzas dél se han de ver. Mas anda, pase; mundo es, por fuerza lo hemos de pasar con las condiciones que lo tomaron los pasados y lo tenemos los presentes y lo heredarán los por venir. Mas dejando esto, ¿qué me quiere tu amo?

Pand. Lo que te quiere es, segun pienso, consuelo y consejo para un gran mal.

Cel. Hijo, ¿y qué mal es el suyo?

Pand. Él te lo dirá allá, que yo no se de más de ser embajador.

Cel. Hijo, si es mal de pena, yo hol-

garé de consolarle, porque Dios, dicen los teólogos, que es causa de los males de pena y para eso son los buenos, y á eso vine al mundo siendo apartada dél. Mas si es mal de culpa, no es de mi hábito ni de mi autoridad, porque en los tales no se halla Dios y por tal razon no se deben hallar sus siervos.

Pand. Muy santa está la puta vieja conmigo. Como sino cerniese y amasase yo tambien como ella, me quiere hurtar la hogaza.

Cel. ¿Qué dices, hijo?

Pand. Digo, madre, que ¿á qué llamas males de pena?

Cel. Hijo, muerte de padres y de madres, y de hijos y hermanos; pérdidas de haciendas, con otros desastres, que mal pecado, cada dia pasan por los hombres, donde hay necesidad de consejo y consuelo, ejercitando una de las obras de misericordia, que es consolar los tristes.

Pand. Y el mal de los amores, madre, ¿no es mal de pena?

Cel. He, he, he; hijo, ese mal más propio es de culpa de mirar y otras ocasiones; que la pena ántes es remedio en los tales, pues sabe que el loco, dice, que por la pena es cuerdo.

Pand. Eso madre, es en mal de locura.

Cel. Pues hijo, ¿qué hallas tú en los amores para que no lo sea? Mi amor, no curo yo tales enfermedades, pues sabes un proverbio que dice: que quien de locura enfermó, que tarde ó nunca sanó; y el consejo que para eso yo puedo dar, es para apartar tales vanidades. Ya pasó, hijo, ese tiempo de liviandades, y ántes es de hacer penitencia de lo pasado, que de perseverar en lo presente y porvenir, pues sabes que de los hombres es el pecar mas diabólico, el perseverar.

Pand. No adevines tú, madre, el mal de mi amo, que yo tampoco no lo sé; cuando él te lo dijere, estónces conforme al mal, le pondrás la melecina.

Cel. Bien dices, hijo; pues dí tú al señor Felides, que yo holgaré de hacer lo que él me manda y hablalle en un monasterio por más honestidad; sino que como vengo de tan largo camino, hallé tan mal recaudo en mi casa, que así goce, que no tengo manto con que salir.

Pand. Ya la puta vieja quiere hincar el dado.

Cel. ¿Qué dices, hijo?

Pand. Digo madre, que de noche puedes ir què no te verá naide.

Cel. Hijo, no has tú dicho hoy cosas para salir yo de noche: quien tiene ene-

migos no le cumple, mi amor, desmandarse ni andar de noche.

Pand. Madre, el hermano Centurio y yo iremos contigo, que voto á la casa santa, toda la ciudad no sea parte para te enojar.

Cel. Hijo, no quiero veros ni verme en ese peligro. Por tu vida, que de noche todo el mundo no sea parte para llevarme. Basta, que haciendo manto, yo iré donde digo, por tu amor y de ese señor; y no me llegues más á la mata.

Pand. Señora, pues voy á lo decir á mi amo, y quede Dios contigo.

Cel. Y contigo vaya, hijo, y si allá hay algun manto prestado, yo iré luego.

Pand. Y aun por eso ronceas tú, que bien sé de qué pie coxqueas. Señor Centurio y señoras, Dios quede en vuestra guarda.

Cen. Y vaya en la tuya.

Cel. Para mi santiguada, que pienso que tengo un enfermo, con que le purgue de suerte que mudemos el pelo malo.

Cen. ¿Cómo es eso, madre?

Cel. Hijo, súfrete, que aun agora no se puede decir, que si fuere menester tú lo sabrás.

Cen. No me pena agora saberlo, más queria que mandases á Areusa que nos

fuésemos á una cámara á pasar la siesta.

Ar. Eso no verás tú en tu vida.

Cel. Tómala tú, hijo, y no estés en díselo tú.

Cen. Así lo quiero hacer.

Ar. Ayúdame prima Elicia, contra este desuellacaras, que me lleva por fuerza.

Elic. Ayudar á llevar, sí haré.

Cen. Paréceme que te tengo acá.

Ar. Porque me tomaste descuidada.

Cen. Tia, señora, si alguno me buscare, ya sabes que tengo justo impedimento.

Cel. Nunca pensé, hijo, que eras tan bobo y de tan poco saber. ¿No sabes que á buen entendedor pocas palabras? Y tú hija Elicia, cierra esa puerta, y reposemos nosotras.

Elic. Madre, hecho es; andacá á la cámara y descansarás, que te han dado hoy gran trato.

ARGUMENTO DE LA DÉCIMACUARTA CENA.

Poncia llama á Polandria para que vea pasar á Felides y á sus criados, y burlan dellos; y Qnincia le da la carta de Felides, y sobre ella pasan grandes donaires; y introdúcense.

PONCIA.—POLANDRIA.—QUINCIA.

Pon. ¿Señora Polandria? Ce, ¿señora Polandria? llégate aquí tras mí y verás un requebrado.

Pol. ¿Quién es, Felides?

Pon. No, sino aquel gentil hombre que va tras él. Ay Dios, y no me lo aojen; y qué volver lleva acá la cabeza.

Pol. Está queda, no te abajes, que me verán, que tambien el galan de su amo paresce que tiene torcidas las cervices. Mira que embelesados que van mirando acá; plega á Dios que no me hayan visto.

Pon. Ay señora, que todo no vale nada con estotro. Mal pesar, y riese por mi vida, mi duelo.

Pol. Debe destar tu' enamorado.

Pon. Pues guárdenos Dios, ¿agora lo viste? Por tu vida, señora, que el dia que fuimos con mi señora á santa María la nueva disfrazadas, en todo el camino

nunca hizo sino desimuladamente decirme mil boberias.

Pol. Y el babusan de su amo, ¿viste que mirar hacia desde la mula? Mas por mi vida, ¿qué te decia?

Pon. He, he, he; mil requebrejones.

Pol. Qué, por vida de mi señora, ¿y decirte yo lo que pasó en la iglesia despues con su amo?

Pon. Por Dios, que me dijo: señora, no te tapes si quieres desconocerte, que juro á mi vida, que por tu gracia de media legua eres conocida: no abajes tanto el sombrero, que por vida mia, que otro sol mayor lleves debajo: deja, señora, á tus ojos hacer su oficio, que es matar y no les quites tanto bien, como me hacen con tal mal. Y yo no hacia sino cuantas más boberias él decia, abajar más el sombrero y callar y andar; y ver como se sespivillaba y estiraba, y rechazaba la espada; no era sino gloria, tanto que no pude estar sin reirme una vez, y el asno, muy favorecido dijo: aunque sea burlar de mí, señora mia, me huelgo, y bien es que rias tú para templar lo que yo lloro en el mal que tú me haces, que juro á la fe que te tengo, que me tienes muerto de amores. Y aquí pareciéndome que iba ya muy descubierto el requiebro,

me junté contigo y con mi señora, y dejéle por majadero.

Quin. Hi, hi, hi.

Pol. ¿De qué te ries, Quincia?

Quin. Ríome, que mala landra me mate, si camino de la fuente me puedo defender dese mozo despuelas.

Pol. ¿De cual? por tu vida.

Quin. Del gentil hombre, que huyó la noche de la música.

Pon. Hi, hi, hi; mala muerte muera yo, sino debe haber concierto entre amo y criados de impetrar en todas nosotras.

Quin. ¿Pues si bien lo supieses?

Pon. ¿Es así como yo digo? ¿dí por mi vida?

Quin. Por mi vida, que ayer yendo yo á la fuente no me pude defender del galan de su amo, para que te trajese, señora Polandria, una carta.

Pol. Verés vos el loco, y qué atrevimientos y qué necedades.

Pon. Señora mia, no la atajes que es la más linda cosa, cosa que nunca vi; yo juro á mi vida, que nos tienen ellos por alcanzadas, á la cuenta que entre ellos hacen; y dí deso, hermana Quincia, que me mata de amores.

Quin. Par Dios, desque me dijo mil retólicas, que no las entendia más que esa



pared, arrojóme una carta, y desque no la quise tomar, fuese corriendo con el caballo y sus criados tras él, y porque no la hallasen toméla.

Pol. ¿Y no la rasgaste?

Quin. Hi, hi, hi; sí rasgué.

Pon. Mejor me ayude á mí Dios que tú tal heciste, que no te tengo yo á tí por tan necia.

Quin. Par Dios, dices verdad, que no rasgué, mas escondíla entre los cantos.

Pol. Eso fué peor; ¿y allí la habias de dejar para que la hallasen y viesen el atrevimiento de aquel loco?

Quin. Par Dios, señora, porque no te enojes lo dije, que en el seno me la traje.

Pol. Traela acá luego y rasguémosla, sus, en un punto, y no sepa él que tal cosa á casa trajiste.

Quin. Par Dios, yo voy por ella, que ascondida la tengo.

Pol. ¿Pasas, Poncia, por tal locura? Si, que sus pasadas de aquel loco por aquí tan á menudo no son de valde. Y para que veas, ese dia que dices que te fué ese otro majadero diciendo eso que dijiste, el señor atreguado de su amo, al tiempo que llegué á tomar el agua bendita, hizo él que tomaba la agua, y apretóme un dedo; y despues en la misa toda, ponia

las manos hácia mí como que pedia piedad, cuando via que no miraba naide; estando alzando el fraile, hacia él señas, que no adoraba la hostia, sino á mí; y desto no pude estar que no me sonriese de su necedad y herejía; y debia de pensar que ya estaba todo acabado, y atrevióse á escribir el badajo, y callemos, que no quiero que sepa esta moza tales atrevimientos, que ya siento que viene.

Quin. Señora, he aquí la carta.

Pol. Tómala, Poncia, y rásgala.

Pon. Por Dios, señora, que habemos de ver las boberias primero, que no hay cosa en este mundo con que más huelgue que de ver cartas de amores, y más deste caballero que lo tienen por muy sabio.

Pol. No me parece á mí tal en sus atrevimientos; mas lee, veamos qué porradas dice.

Pon. Lee tú, señora, que sabes mejor leer.

Pol. Mal año para él, que yo tal haga.

Pon. Hora, pues, en nombre de Dios, que yo comienzo á leerla, y dice así.

Pol. Cierra aquella puerta de la escalera, Quincia, no suba alguno.

Quin Hecho es, señora.

Pon. Bien dicen: letra de carta de amores, que así goce yo y tú, requebrada

quiso ser, que no hay quien la lea; mas oye, que dice: señora tia.

Pol. Hi, hi, hi.

Pon. ¿Ya te ries, señora?

Pol. Ríome, que debe ser para mi señora esa carta, que la llama tia.

Pon. ¿Pues no dice así?

Pol. Hora muestra que no, en mal punto, sino señora mia.

Pon. Yo, par Dios, tia me pareció que decia; mas oye más adelante: tu mi querer y atrevimiento.

Pol. Anda noramala que no dice así, que no sabes leer, sino: tu merecer y mi atrevimiento.

Pon. Ha, ha, ha; que gran donaire, por mi vida, que dices verdad. Por tu vida, que la leas tú, señora, que yo no acierto.

Pol. Hora dala acá, que así lo habré de hacer. Y Quincia, gúardate del diablo no lo digas á aquel loco, sino no seria más menester para perder del todo el seso.

Quin. Guárdeme Dios, señora, ¿y de decillo habia?

Pol. Pues pone aquí la mano en la cruz, y tú tambien, Poncia, y agora oid. Señora mia: tu merecer y mi atrevimiento te darán á conoscer la pena que á tu causa paso.

Pon. Pues ya señora que la lees, léela con toda la solenidad que se requiere.

Pol. ¿Qué solenidad?

Pon. Con sospiros y pasiones.

Pol. Hi, hi, hi; hora que sea así, y torno á comenzar por hacerte placer. Señora mia: tu merecer y mi atrevimiento, te darán á conoscer la pena que á tu causa paso, pues mi osadia osa lo que tu valor niega; mas ni el fuego de tu vista puede dejar de quemar, ni el conocimiento de tu hermosura, de ponerlo en mis entrañas y corazon, con tanta fuerza, cuanta Dios para poder matar te puso, y con tan poco poder de mi parte, cuanto yo tengo para estorbar de no morir, habiendo mirado tu beldad, si en la fuerza della no templas en la razon de matar, la que yo tengo para morir. Lo cual te suplico, no por no morir, pues no dejo de conocer la gloria que seria recebir la muerte de tales manos; mas para sostener en la vida la gloria de tal muerte, con padecella contino en ella, acompañada de tantas muertes como contino por tu causa paso, con las cuales quedo aguardando con la licencia de llamarme tuyo, el previlejo para no acabar, que de otra suerte se niega, si de tus hermosas manos no se permite, las cuales

besando mil veces, acabo hasta que acabe en servicio mi obligacion.

Pon. Por mi vida, señora, sentidas razones tiene, y con el son que tú les has dado, así goce, que me ha puesto devocion.

Quin. Así goce yo, no entiendo más palabras, que sino la hubieras leido.

Pol. Ni aun hay que entendellas, y lo que has de entender sea, que luégo la quemes y no sepa persona que tal pasa, y alzo la mano y santiguate, y no des más oidos á aquel loco, segundo Calixto.

Pon. Y mas agora, señora, que tenemos á Celestina.

Pol. Deso se guardará ella ya, que mas me dicen que viene á dar consejo, que á ponello en tales liviandades.

Pon. Por eso dice el proverbio, que de los escarmentados se hacen los arteros.

Pol. ¿Poncia? toma tú esa carta y quémala luego.

Pon. Eso no haré yo.

Pol. ¿Qué dices?

Pon. Que eso haré yo de buena voluntad, y corre, corre, señora, que ya tornan nuestros requebrajados.

Pol. Ay, por Dios, no te asomes, no des lugar de mas osadia á ese loco.

Pon. Acecha, señora, por mi vida, y

verás cuan embelesados tornan. Precioso es el paje, por mi vida, que va poniendo la mano sobre ei corazon, encogiéndose como que le duele.

Pol. ¿Y el ciguñal de su amo, que hace entanto? ¿aquel sospiro es suyo?

Pon. No de otrí.

Pol. Así goce de lo acechar tras tí, mas tarde llegué que ya pasa. ¡Ah santo Dios! y que rodéar la cabeza, ya queda por el campo. ¡Oh, santa María, cuánta vanidad hay en los hombres! déjalos por tu vida, y vamonos que es ya hora; que está mi señora sola, y lo dicho, dicho, Quincia.

Quin. Señora, pierde cuidado.

Pol. Abre esa puerta y anda acá, Poncia.

ARGUMENTO DE LA DÉCIMAQUINTA CENA.

Sigeril dice á Felides, si habia visto acechar á su señora y pasan sobre esto muchas razones; y viene Pandulfo y dále la respuesta de Celestina, y acuerda de ir Felides esa noche á ella, y introdúcense.

SIGERIL.—FELIDES.—PANDULFO.

Sig. ¿Señor, viste cuando pasábamos, estar acechando á la señora Polandria y á su doncella Poncia?

Fel. Si ví, ¿más por qué lo dices?

Sig. Dígolo porque nunca medre yo, si ella no debe haber leido la carta, y aun mala pascua me de Dios, sino estan ya dentro en el juego.

Fel. Tú, por tu corazon, juzgas los ajenos.

Sig. Y tú, señor, ¿no viste la risa que tenian? que por nuestra señora, acá se oia.

Fel. ¿Pues que fundas tú deso? ¿no puede ser que burlaban de nosotros, lo cual yo tengo por mas cierto?

Sig. Y cómo, señor, ¿tú no conosces condicion de mujeres, que con quien burlan público gozan secreto?

Fel. Esas serán de las damas con quien puedes tú tratar, mas no las tales como

mi señora, que aun esa merced de burlar de mí, pienso que no me querria hacer; porque sobra á mi merecer por ser de su mano.

Sig. No sé por Dios, señor, para qué buscas remedio en lo que tú lo aborreces con tus desconfianzas. Con mal estaba el mundo si otras con quien ella puede vivir, no han alcanzado otros que pueden vivir contigo.

Fel. Calla ya, necio, que no dirás palabra que no la conviertas en necedad. ¿Y hay en el mundo quien merezca servir á Polandria, cuanto mas servir ella á otra?

Sig. Y cómo señor, ¿luégo en el mundo no hay reinas, ni princesas, ni otras señoras de gran estado?

Fel. Como eres necio. Simple, ¿cual es más, me di, poseer estado ó merecimiento de tener estado? ¿sabes cuánto va de lo uno á lo otro? ¿ó de tener estado que se lo da Dios seguro de acaecimiento ó el que ponen los hombres, sujeto á todos acaecimientos? Esta es y no otra la diferencia de la grandeza de mi señora á la de esas reinas y princesas que dices. ¿Qué va del merecimiento de Medea al de Penélope? ¿que no era reina, me di? ¿ni del de la emperatriz Mesalina al de Lucrecia? Y por estos estados conoscerás, que no le falta á

mi señora en el mayor de sus virtudes, el que se le debia de grandeza. ¿No sabes, necio, que dice el proverbio, que quien quisiere bien que no lo merezca? andate ahí tras tus dineros, que sin persona son un poco de tierra.

Sig. Pues yo te prometo señor, que la mayor esperanza que yo tengo para minar la fortaleza de Polandria, que son ellos, y el tiempo te doy por testigo. Mas he aquí, donde viene Pandulfo, éntrate en tu cámara, y veremos qué dice aquella santa dueña de Celestina.

Fel. ¿Pues qué tenemos, Pandulfo?

Pand. Señor, yo fuí á aquella vieja honrada de Celestina. Dejadas razones aparte, ella se muestra tan santa, cuanto para encobrir mejor la red es menester. Todas sus palabras son de Dios y enderezadas á Dios, y para solo consolar tu mal, sino es de amores, ella dice, que verná á un devoto monesterio á te hablar, en haciendo manto que no lo tiene ó enviándoselo tú prestado á nunca pagar.

Fel. ¿Cómo es eso?

Pand. Que quiere manto para la vista del proceso.

Fel. Eso es lo de menos, que yo le daré, si ella me da remedio. ¿Mas tú no dices que no quiere entender en amores?

Pand. Señor, tú no me entiendes: si yo no la entendiera mejor á ella, mejor librada quedara su santidad para conmigo, que mi saber para contigo. Y pues ella por buen estilo pide manto, harta señal de dar es recebir, porque esta santa madre nunca metió aguja sin sacar reja.

Fel. Pues por eso, no quede. Corta luégo, Sigeril, cuatro varas de contray, de aquella pieza que me trajeron de la feria y dalas á Pandulfo que se las lleve, y á él otras ocho varas para saya y capa que le mandé.

Sig. A tres tales aguijones, no quedará cera en el oido.

Fel. ¿Qué vas rezando, qué dices?

Sig. Señor digo: que no sabes que á dineros pagados brazos quebrados. Que mejor fuera, pues ella no puede salir, que fueras tú allá esta noche, para que sino quiere entender en amores, el manto te habrás ahorrado.

Fel. No dice mal este necio; hágase así y da su paño á Pandulfo, y vaya á la fuente á saber de Quincia lo hecho.

Sig. Señor, suplícote, pues sabes quel amor no tiene consejo, que nunca te pese de recebirlo de quien te desea servir, que en estos casos, créeme, que de los escarmentados se hacen los arteros.

Fel. Dentro está ya Sigeril, en la sabiduría. ¡Hi de puta, que de damas ha alcanzado y, cuanta edad tiene para ser artero, con tales escarmientos y esperiencias!

Sig. Señor, si yo no las tengo, ahí está Pandulfo que ha tratado toda su vida con mujeres y las conoce.

Fel. Hi, hi, hi. ¡Por Dios, gentil aviso sabe de las damas de la mancebía! Para las que yo tengo de servir, uno es el juego para sacallo por las trechas del burdel.

Sig. Pues yo te prometo, señor, si has de jugar con Celestina, que te conviene jugar de las trechas del burdel, y aun á casa llena, segun á mi me va pareciendo, porque sus trechas no las sacó ella del palacio de los reyes, sino de la esperiencia de los burdeles. Cuando estés con Polandria, hablarle has como á Polandria; más cuando con Celestina, háblale señor, con nombre de madre, y como á madre de putas digo, y con más dobleces en el hablar que llevas en la ropa, porque no viene ella aforrada de ménos armas, y créeme señor, que en lo que ella te dijere, que puedes bien pensar que no es todo vero lo que canta el pandero: ve bien apercibido, y serás medio

combatido, que yo te prometo, que sino te sabes con ella sostener, que á tres dias no te deje cera en el oido: á las cosas de burlas señor, así han de ir los hombres salteados á ellas, que no les salgan de veras. Los corredores descubren las celadas, el tocar al arma pone cuidado en los ejércitos, las espias dan aviso de las celadas, debajo de la buena razon se ha de temer el engaño. Así que, señor, tú mejor sabes estas cosas que no yo; más ya sabes, que el amor que lo pintan ciego, porque si piensas porque no vee, pues sino vee, bueno es un mozo de ciego como yo, que sabe donde tropieza, y un perro viejo como Pandulfo, que te sabrá guiar á pedir limosna en casa de Celestina, sin que estropieces delante su casa. Y con esto concluyo; que del enemigo se ha de tomar el primero consejo, cuanto más del servidor como yo. Oye, señor, que más vale dejar el consejo si tal no fuere, despues de habello oido, que no por falta de no lo querer oir, por ventura, carecer de consejo pudiendo ser tal, y procurar con consejo siempre desculpar el acaecimiento, y no que el acaecimiento te ponga la culpa por haber aborrecido el consejo.

Fel. Basta, que por buen estilo me has querido llamar ciego: yo te agradez-

co tus palabras y así lo pienso hacer, y dame aquella vihuela en cuanto viene Pandulfo.

Sig. Señor, los sabios antiguos te pusieron el nombre cuando te batizaste; con lágrimas tomaste nombre de amador, que yo no te lo pongo. He, la vihuela, héla aquí, y quiero ir á mandar dar de comer á aquel azor, que con estos amores todos tenemos poco cuidado.

Fel. Pues hazlo así, porque no diga por vosotros: que el harto del ayuno no tiene cuidado ninguno.

ARGUMENTO DE LA DÉCIMASEXTA CENA.

Pandulfo va á saber de Quincia, lo que hizo sobre la carta de Felides; y él y ella burlan de las razones della. Y él va muy alegre con su recaudo á contallo á Felides; y introdúcense.

PANDULFO.—QUINCIA.

Pand. Deste juego ya Pandulfo, tú llevas lo mejor: anoche de gozar de tan gentil moza como Quincia, y hoy capa y sayo de contray. Quien agora te diese un papirote en las narices ¿qué seria? no creo en tal si yo querria ser él. El corazon de placer no me cabe en el cuerpo; voto á la casa santa, que aun tengo de mudar el pelo malo con estos amores, que mi amo es liberal y está caido en el lazo y no ha de doler ni estimar el gasto, y bien dice el proverbio: que con lo que Juan adolece, Sancho y Domingo sanan; así que mi amo doliente y más que Juan, en sus amores, como que él adolesce, sana á Sancho y Domingo, que somos yo y Celestina; que yo voto á diez, que ántes que ella saque las manos de la masa, que ella dé de heñir á mi amo. ¿Mas á mí

que me pena? que á rio revuelto, ganancia de pescadores. Ya me paresce que asoma Quincia con su cántaro; quiérome llegar á ella, que quizá traerá tal nueva que me valga más que la de esta mañana, y sino trujiere yo la sabré ordenar, porque quien quisiere mentir alargue los testigos, como yo los alargaré, probando con Quincia y con Poncia: donde será excusado saber dellas la verdad.

Quin. Ay desventurada, que á Pandulfo veo y quiérome morir de vergüenza de lo que con él anoche pasé. Ay Jesus, y qué saltos me da el corazon: par Dios que estoy por me volver sin agua. Ay desventurada que allega cerca y no puedo huille.

Pand. Señora de mi alma, ya no podia sufrir el deseo de te ver, que por mi vida, mil años se me han hecho desta noche acá. ¿Y por qué no me hablas, amores mios? ¿peor está que estaba? Si te han dicho algo para te meter mal conmigo ó te ha acaecido algun desastre por mi causa, háblame, mi ángel, que me tienes todo alterado; y si alguno te ha enojado, dímelo, que yo te voto á la cruz de Carabaca, que pueden doblar por él.

Quin. Ay señor mio: no me hables, por tu vida.

Pand. ¿Y por qué, mi ángel, no te tengó de hablar?

Quin. Porque, por mi vida y tuya, que me muero de vergüenza de tí.

Pand. ¡Oh despecho de la condicion! ¿Y de qué has vergüenza? Juro á la casa de Meca, que me tenias alterado, mas yo te quitaré presto esa vergüenza; mas tambien huelgo, porque yo querria las mujeres en la calle muy vergonzosas, y el contrario en lo secreto y así me vas tú pareciendo, porque en todo te hizo Dios á mi condicion. Mi ida, señora de mis entrañas, será para esta noche; por tanto aguárdame.

Quin. Mejor viva yo, que en mi vida más te hable.

Pand. ¡Oh despecho de la vida! ¿y cómo es eso, amores mios?

Quin. Ay Jesús, señor, que me muero de miedo de tí; par Dios, tal trato me diste tú esta noche para tornarte á hablar.

Pand. No, que ya no te tengo de enojar más que á mis ojos. ¿No sabes tú que los principios de las cosas todas son difíciles, más con la costumbre hácese otra naturaleza?

Quin. Otra vez me puedes engañar, y por tanto ve cuando mandares, que ya sabes que soy tuya.

Pand. Yo, mi corazon, tuyo más que mio; mas dejado esto por asentado por esta noche, ¿qué recaudo tenemos en lo de la carta?

Quin. Muy bueno.

Pand. Bueno dices, por mi vida, pues yo te mando unos chapines.

Quin. Yo te diré qué tal, que esta mañana cuando pasó por nuestra puerta Felides, vióló Poncia y llamó á mi señora Polandria y á mí; y aun harto me pesó á mí que no te ví allí, que por mi vida, que tenia ya deseo de te ver.

Pand. Téngotelo en merced, que no vives engañada, mis ojos.

Quin. Así que, comenzaron á burlar de tu amo y de su paje, de cuan resquebrajados iban y cuán embelesados, especial tu amo, que parescia que se le queria caer la baba de enamorado.

Pand. Pese á tal con este bobo, que harto te lo tengo yo avisado, que deje esos embelesamientos y estas elevaciones, que aborrecen á todo el mundo.

Quin. Así que, señor, yo comencé á decir que tú tambien andabas muy enamorado, y allí burlamos de todos tres pasando mil donaires: que Poncia y Polandria son muy donosas y tienen gracia en cuanto dicen.

Pand. Es la mejor cosa que nunca ví; yo te prometo que no dejasen de burlar de las filosofías de mi amo, y del palado del badajo de su paje, que presume de muy sabio.

Quin. Y pasando más adelante en burla y donaires, yo dije lo que teniamos concertado de la carta, y hizo muchas bravezas Polandria porque no la habia rasgado, y yo dije que si habia, y aquí dijo Poncia que no me tenia ella por tan necia que tal hubiese hecho, hasta ver lo que decia.

Pand. ¡Oh qué gracia de doncella! voto á tal, que no es necia la señora.

Quin. Y por mi fe, con lo que Poncia me dijo saqué la carta, y Polandria quisiera luego rasgalla.

Pand. Oh santo Dios, qué gran bondad; pues por nuestro señor, que ella se amanse que otras tan bravas he yo visto.

Quin. Y mi fe, señor, Poncia no lo consintió hasta que la leyese.

Pand. Oh, calla, que me matas de amores, con el saber y gracia desa doncella.

Quin. Mi fe, hermano mio, la señora Polandria vino en que se leyese, y tomónos juramento á Poncia y á mí que no lo dijésemos, y mandóme cerrar la puerta para la leer.

Pand. No me medre Dios si eso no va bueno. Pues pasa adelante, amores mios, que yo te absuelvo dese juramento, porque juramento en perjuicio de parte, no se ha de complir, ni se puede ni debe hacer.

Quin. ¿Qué perjuicio?

Pand. Oh, pese á la vida, ¿y qué mayor perjuicio que el que mi amo de no lo saber recebiria, y el que yo de perder las albricias que me tiene mandadas?

Quin. Andate ahí á decir donaires.

Pand. ¿Tú piensas que burlo? voto á la casa santa, que seria gran cargo de consciencia no decir lo que pasó.

Quin. ¿Díceslo de verdad?

Pand. Dígolo tan de verdad, que el Papa solo fuese parte para te poder absolver si lo encubrieses, en tan notable perjuicio de mi amo y mio.

Quin. Pues has de saber, señor, que Poncia la comenzó á leer, y mi fe, no acertaba; y mi señora la tomó de sus manos, y diciendo que alzase la mano y me santiguase no lo supiese la tierra, la leyó; mas maldita sea yo de Dios, si pienso que palabra dello entendieron tan poco como yo la entendí; aunque Poncia por hacerse sabia decia que era muy sentida, mas Polandria dijo que yo

tenia razon porque dije que no entendia las retólicas que allí venian.

Pand. Oh, maldito sea hombre tan necio. Encomiendo al diablo sus filosofías y sus comparaciones, que tengo avisado al asno mil veces, que dé á Dios estas retólicas, que no las entienden las mujeres y ántes las aborrecen, y no hace sino porfiar con sus badajadas. Hora, pues, ¿en qué paró?

Quin. ¿En qué, por mi vida? que no le pesa á Polandria, que no lo pudo encobrir, que yo lo sentia, aunque desimulaba. Y en esto tornó á pasar Felides y tornó á la burla de los quebrados, y dió tu amo un gran sospiro.

Pand. Ah, válame Dios; todo quedaria por él con ese sospiro. Mas en fin, ¿qué me dices, amores, que la carta la leyó Polandria?

Quin. ¿Cómo que la leyó? y aun dos veces, porque le dijo Poncia que ya que la leia, que la leyese con la solenidad de congoja y sospiros que se requerian, y Polandria lo quiso hacer así; que ver la gracia con que ella lo contra hacia, á todos nos hacia dar mil lareadas de risa.

Pand. Oh graciosa Poncia y sabia Polandria; voto á la fe de los moros, que todo eso era burlar de los embelesamien-

tos y escuridades de mi amo. Por tu vida, que pienso que ha de estar con ella, y no ha de ser para más de para filosofar encareciendo sus penas con comparaciones, que ni tengan provecho á Dios ni al mundo. Hora, ello está mejor que lo podemos pedir á Dios. Yo voy á demandar las albricias, y los ángeles queden contigo, y lo dicho, dicho, para esta noche.

Quin. Y contigo vaya, señor.

ARGUMENTO DE LA DÉCIMASÉTIMA CENA.

Sigeril dice á Felides, que viene Pandulfo, y despues que le ha dicho lo que Qüincia habia hecho, van á casa de Celestina, y háblanle y queda acordado que Celestina vaya á casa de Paltrana, y introdúcense.

SIGERIL.—FELIDES.—PANDULFO.—CELESTINA.—ELICIA.

Sig. Señor, Pandulfo viene, y paréceme que viene alegre.

Fel. Él venga en hora buena. Pues Pandulfo, ¿con qué venimos?

Pand. Señor, con más de lo que se puede pensar.

Fel. ¿Cómo eso?

Pand. Es, señor, que Polandria leyó tu carta dos veces, y no quieras tras esto saber mejor nueva para la primera vez.

Fel. En gran cargo te soy, Pandulfo, ¿cómo te puedo yo pagar tanto cuanto por mí has hecho?

Pand. Señor, ya tú me tienes pagado con las mercedes recebidas, y yo lo estoy de mí, en haberte hecho algun servicio. Mas mira, señor, perdóname, que te lo quiero decir, que tú como eres tan sabio no quieres tomar consejo y ríeste de lo

que hombre te dice. Cata, señor, que ninguno que pelea ve tanto como los que miran, que no hay quien sepa en sus cosas propias como en las ajenas, que más ven cuatro ojos que no dos; y lo que vota la mayor parte del senado, eso se hace, porque presumen las leyes que aquello es lo mejor, y comunmente se acierta más por parecer de muchos que por el de uno.

Fel. No quiere eso el que dice que adonde está la muchedumbre ahí está la confusion. ¿Mas por qué dices eso?

Pand. Esa confusion has de entender, señor, por tabahola ó voces de cofradía, donde los unos á los otros ni se oyen ni aguardan respuesta, que en lo demas, la razon da lo que tengo dicho. Y lo porque lo dijere es, por lo que muchas veces te tengo dicho: que des al diablo para con las mujeres, comparaciones ni estilo retórico; que me dijo Quincia, que no habian más entendido palabra de tu carta, que ántes que la leyesen; ¿de qué sirve, señor, escrebir lo que no se ha de entender, pues no puede aprovechar?

Fel. Eso seria que no lo entenderia Quincia; ¿por ella juzgas tú á las otras?

Pand. Voto á tal, de te lo decir, señor, pues me haces que lo diga; que tampoco

lo entendió Polandria. Y si llevaba las razones del romance deste otro dia, ¿qué diablos habia de entender? que yo juro á los santos, que yo no lo entendí.

Fel. He, he, he.

Pand. ¿De qué te ries, señor?

Fel. Ríome de que pareces don Jimeno.

Pand. ¿Que por mi mal ves el ajeno quieres decir? pues yo te certifico, que lo que yo no entendiere, que no lo entienda Polandria. ¿No sabes tú, señor, que tengo yo corrido á ceca y á meca, y á los olivares de Santander, y que sé donde roye ó puede roer el zapato? Pues pídote por merced que yerres por parescer ajeno, ántes que aciertes por el tuyo, porque no podrás errar errando con consejo, ni acertar acertando sin él. Y en caso de amores, sabe que he sido bien acuchillado.

Fel. Bien se te parece, segun eres sabio, yo tomaré tú parecer de aquí adelante. Y dejado esto, tomad vuestras capas y espadas, y vamos á casa de Celestina, que ya es hora.

Pand. Vamos, señor; y si pudiese ser, háblale en mi presencia, porque yo te prometo que tienes menester faraute para con vieja tan matrera; y sabes, señor, que yo he leido donde ella, en un libro,

digo; y para un traidor son buenos dos alevosos, porque palabra no te dirá que no tenga dos entendimientos, y para tu nobleza es escura su germaníca y muy clara para quien la entiende como yo.

Fel. Hora basta lo dicho, que yo te agradezco tu consejo; y dame, Sigeril, una espada y una rodela, y vamos.

Sig. Héla aquí, señor.

Fel. ¿Vamos bien por aquí?

Pand. Señor, muy bien; y quiero llamar, que aquí es su casa: ta, ta, ta.

Cel. Hija Elicia, mira quién llama ahí.

Elic. ¿Quién está ahí?

Pand. Señora, dí á la madre que aquí está Pandulfo.

Elic. Madre, aquel gentil hombre es, que hoy te habló.

Çel. Bien venga si trae recaudo; ábrele hija y suba.

Elic. Entra señor Pandulfo, y aguarda y hacelle he saber como estás aquí.

Pand. Madre, señora, Dios te guarde.

Cel. Hijo, mi amor, ¿qué buena venida es esta? ¿no se le debe de cocer el pan á aquel caballero, ó qué es esta priesa?

Pand. Madre, ya sabes, á los dolientes cuán dulce les es la cara del médico, especial en males congojos y que no su-

fren la tardanza como el de mi amo.

Cel. Segun eso, el manto debes de traer.

Pand. Aun esa tardanza no tuvo sufrimiento para aguardar, que aquí viene á hablarte, que á la puerta queda; mira si mandas que suba.

Cel. Más cortos los pasos y larga la bolsa, quisiera yo este galan.

Pand. ¿Dices, madre, que suba?

Cel. Jesus, hijo; no digo sino que no tengo yo tan cortos los pasos, para no abajar á recebir tal persona, que yo iré abajo á ver que manda su merced.

Pand. Más vale que suba él, madre, que es mozo; no tomes tú tanto trabajo.

Cel. No hables en eso mi amor, que no soy tan mal criada. Alumbra ese candil Elicia, que está allí el señor Felides.

Sig. Señor, paréceme, segun lo que veo, que habremos esta noche de andar á perdices, pues no nos falta cándil.

Fel. Calla y entremos. ¡Oh madre señora, abrazarte quiero, que Dios sabe lo que con tu venida yo he holgado!

Cel. Señor Felides, ¿y para qué tomabas tanto trabajo? que yo fuera á tu casa, que era más razon.

Fel. Más es, por cierto, que yo venga á la tuya, siendo tan anciana y honrada persona como eres.

Cel. No digas eso señor, que me corro, que yo fuera y de rodillas. Más por vida desta mochacha, que no quedó sino por falta de manto, que mal pecado, como soy recien venida aún para acordarme de lo sacar, por vida tuya señor, no me han dado lugar con visitaciones; y ya sabes que quien de muchos se quiere aprovechar, que con todos ha de complir, que esta negra honra no se puede sostener sino con trabajos, que en mi vida supe hacer mi voluntad por complir con las ajenas.

Fel. Madre, así es. Que por eso los sabios tienen por mayor fortaleza á propio vencimiento que los ajenos. Y no hace su voluntad el que la sigue, sino el que contino la contradice para estar en las voluntades ajenas, y por eso no me maravillo que una persona tan señalada como tú contradiga siempre su voluntad.

Sig. ¿Y cómo señalada? ¿si bien le mirases el hierro, que como á yegua morisca le dieron por las quijadas? ¿Crees hermano, que le dieron la señal para hacella señalada por el rostro, por no seguir su voluntad por estar en las ajenas?

Cel. Nunca el diablo me ha de sacar de mozos susurradores.

Fel. ¿Qué dices, madre?

Cel. Digo, señor, que nunca Dios me

Pand. Por Dios, te queria decir que lo hiciesemos.

Cel. Señor, agora que estamos sólos, ¿qué mal es el tuyo? que hoy aquel tu criado no me lo supo decir; que por cierto, si es cosa en que yo pueda aprovechar, alma y vida pondré por tu servicio.

Fel. Por cierto, madre, que me lo debes en el amor que te tengo y siempre tuve, que por cierto, así me pesó de tu muerte, como me plugo de tu venida.

Cel. Burlando, señor mio, dices que te lo debo, ¿y tuve yo mayor señor en este mundo y que más favoreciese mis cosas que tu aguelo, que en gloria sea? ¡Oh que caballero aquel! qué presencia, qué gracia, qué disposicion que tenia. En verdad, cuando entraste por aquella puerta, no me parecia sino que lo tenia delante de mis ojos.

Pand. Ya lo comienza á enlabiar.

Sig. Yo te prometo, hermano, que ella lo enlabie presto y aún lo emboce como á huron, porque no le coma la caza.

Cel. ¿Y es verdad, que tu padre Andromedes que iba en zaga á tu aguelo? dígote que en esos dientes de la boca, le pareces, cosa extraña, que los tenia como tú un poco grandes y la risa graciosa como tú. Pues á la señora Sebila, tu madre, ¿no la

conoscí? ¡oh, qué real mujer, qué gracia y que saber! No parescia cuando iba por la calle sino duquesa, que así la henchia toda.

Fel. ¿Qué conosciste á mi señora Sebila? madre.

Sig. Mira si la conosció; voto á la casa de Meca, á Adan y Eva su madre diga que conosció, si se lo preguntan y es menester para que él no la conosca á ella.

Pand. Hora, callemos.

Cel. ¿Y cómo la conoscí mi señor? ¿y con quién comunicaba ella sus dolores y sus placeres, sino con esta vieja? ¡oh, cuántas veces la torné del otro mundo á este! Que la señora Sebila, era muy doliente de la madre; por cierto, no pariera ella sin mí por todo el mundo, que cuando Felides, que está presente nació, así goce yo desta alma pecadora, y tú dese cuerpo gentil, que la vieja Celestina fué la primera que te tomó en las manos. Más nalgadas te dí, señor, en este mundo y besos, que años tengo acuestas. No venia la luna por acullá, ni callentura, ni el mal de ojo, que luégo no venia un paje á llamarme, para que te viese, y te curase y te desaojase, que cada dia te aojaban; que siempre fuiste como hecho de oro, que no parescias sino un ángel, y agora paresces un serafin, con

esa crespa de oro, que desde tan mañito lo tuviste tal. Pues con los trabajos, ¿no venian galardones? por tu vida hijo, que los pajes de su casa á la mia, se encontraban con los presentes, y aún yo te certifico, que si tu madre fuera viva, que no tuviera yo necesidad de manto prestado, cuando hoy me mandaste llamar. ¡Oh, qué franca; oh, que liberal; oh, que hermosura; oh, que piadosa; oh, que complida! No me asomaba la necesidad por una legua, cuando ya la tenia suplida. No parecia sino que tenia corredores en mis necesidades, segun sentia sus celadas. Que en mi ánima y por el siglo quella tiene, que necesidades que sola yo y mi confesor pensaba que las sabiamos las adevinaba: no se quien se las podria decir, sino la voluntad que para me hacer mercedes tenia.

Pand. Ya la puta vieja le comienza á conjurar con sus mentiras confitadas de sus falsas y cautelosas lágrimas, para sacalle el manto que hoy le habiamos hecho ahorrar.

Sig. Pues mira, con qué atencion la está oyendo nuestro amo.

Cel. Yo tenia en ella, madre en amor, señora en favor, compañera en conversacion, letrada en consejo. Pues con las jus-

ticias, ¿no estaba favorecida? Por mi alma, señor, que una vez ó dos que me prendieron, por cosas que nunca faltan, mal pecado, envidiosos en esta vida á las que ven puestas en honra como yo, que pienso que no comió ni durmió, hasta verme fuera de la cárcel. Y cuantos escuderos y pajes tenia en casa y fuera de casa, tenia desatinados y acosados, uno acá, otros por acullá, ve á ver la madre, llévenle de comer, sabe si tiene cama y mira si le falta algo; ve á la justicia que le suplico que le alivie las prisiones; que me la den en fiado; al carcelero y carcelera que la traten bien; ¿que tal está? ¿cuándo saldrá? ¿cómo fué? ¿cómo le levantaron tan falso testimonio á aquella cordera? ¡Oh, señor! de aquí á mañana no acabaria de decirte las virtudes de aquella santa y honrada dueña de mi señora, tu madre, y las mercedes que della rescibí en la vida, y la falta que agora siento en su muerte. Y aún por cierto ¿sillas faltaran en mi casa, para que se asentara Felides, como agora? que las faces se me quieren abrasar de vergüenza de tal persona como tú; y si te quisiera convidar ¿faltaran manteles reales en que te lo pudiera poner, como agora todo me falta?

Pand. Cuanto te sobra á tí de ruindad.

Sig. Escucha, que ya responde nuestro amo.

Fel. Señora madre, no llores: que placiendo á Dios, ya que yo sé lo que me has dicho de tus necesidades, yo supliré la falta de mi señora.

Cel. Señor mio, bésote las manos, que no lo digo tanto por mostrarte mis necesidades, que loado Dios, con mis trabajos, nunca falta un pedazo de pan y dos veces de vino que beber; mas por la necesidad que siento del amor que la señora Sebila me tenia y de la falta de su conversacion; y para que sepas la obligacion que á servirte tengo, y la que tú tienes para me favorecer y hacer mercedes, como á criada vieja de tu casa y para ayudarme á sostener esta sobrina, por que no caya de su honra. Que plega á Dios, no me lleve para sí otra vez hasta que la deje remediada y casada, que en mi alma, para contigo, que en toda la noche no duermo, como alcaide sospechoso de la honra de perder la fortaleza; ya, señor, me entiendes, por guardar digo, ganado nuevo y loco; que en fin, como sea mujer moza y algo hermosa como ella lo es, ¿quién quitará que no tenga necesidad de guardarse? aunque á la verdad, harto buena hija, cuerda y asentada y obediente me es ella, que es

harto buena señal. Mas en fin, señor, es moza; ¿digo mal, por tu vida?

Fel. No, sino como sabia y persona celosa de su honra della y de la tuya.

Cel. Hora señor, yo te tengo como á señor, dada cuenta de mi vida: dime tus duelos, pues has oido los mios, qué diferentes deben de ser, mal pecado, y perdóname por Dios si te he enojado con mis boberias, que bien he sentido que he sido prolija; mas con el amor que tuve á tus padres y te tengo á tí, he tomado el atrevimiento.

Fel. Madre, por cierto, no has sido sino muy corta para lo que yo he holgado de te oir.

Sig. Eso no te pareciera á tí, si hubieras estado al sereno como yo dos horas, oyendo sus mentiras y tus necedades.

Fel. Así que, señora madre, dejados aparte todos preámbulos, porque para contigo no son menester, yo vivo el más apasionado y triste hombre del mundo, y tanto, que el comer y beber y dormir me falta, y no pienso que con faltar no me faltará la muerte si la vida no me socorre, la cual está toda puesta en tus manos.

Cel. ¿En mis manos, señor? pluguiese á Dios, que no la procuraré ménos que la mia propia; y dime tu mal de qué es, y

verás si lo puedo remediar lo que tienes en mí.

Fel. Mi mal es el mayor del mundo, porque es de amores.

Cel. He, he, he.

Fel. ¿Ríeste madre? ¿piensas que burlo? Por tu vida, no burlo.

Cel. No pienso que burlas, señor, mas ríome que para mí no es entender en tales burlas.

Sig. Ya se conmienza á encarecer la puta vieja.

Cel. Jesus, señor mio, ¿y tal cosa me habias á mí decir, sobre ochenta años acuestas, muerta, y castigada, y escarmentada, y recien remitida á hacer penitencia de las culpas pasadas? Consejo dártelo he yo, señor mio, como á mi alma y como á mis ojos, mas remedio Dios y tu buen seso lo han de poner en tu mal.

Fel. Pues madre, ese te vengo yo á pedir.

Cel. Ese te daré yo de muy buena voluntad, que será que te apartes de tales pensamientos, en que tanta ofensa recibe Dios, que te acuerdes que te has de morir, lo que mal pecado, los mozos no hay cosa que más olvidado tengais; y sé que en mi fe, señor, todo es viento lo desta

vida, sino servir á Dios y bien que nos lo dice la Iglesia en el oficio de finados, si lo quisiésemos mirar.

Fel. Madre, ese consejo déjalo tú para los que predican, que no te pido yo sino para remediar mi pena, presupuesto que huye todo consejo.

Cel. Hijo, así lo dice el poeta, que el amor más enciende sus llamas, cuanto le ponen mayor defension.

Fel. ¿Pues para qué me aconsejas eso si se ha de encender más con tu consejo?

Cel. ¿Pues tras cuáles cabras ando yo?

Fel. ¿Qué dices, madre?

Cel. Digo que no es tras eso lo que yo ando. Si fueras una doncella que por un desastre, como cada dia acaesce, hubieras perdido tu virginidad y te quisieras casar, si estuvieras preñada, dar manera á parir en todo secreto. Ya sabes que dice el Evangelio: que bien aventurados son los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. En tales casos, yo, señor, no dejara de entender, mas ya sabes que lo que me demandas hacer es contrario, porque no creo que me mandarás tú que lo haga habiendo tantas en el lugar que lo sabrán hacer muy mejor que yo lo sabré mirar.

Fel. En lo que mucho va, madre, se

conocen los amigos, que en lo que poco, poco va en que se haga.

Cel. ¿Y aconsejarme hias tú, señor, que lo hiciese?

Fel. Si por cierto.

Cel. ¿Y el alma, señor?

Fel. Cómo madre, donde pongo yo la mia, ¿no aventurarias tú la tuya hasta confesarte?

Cel. Hijo, ese es una especie de pecar en el Espíritu Santo; pecar en confianza de la misericordia de Dios. ¿Mas tú bien me absolverias?

Fel. Si por cierto; y no habrá cosa que tú me mandes que yo no hiciese por grave que fuese.

Cel. Pues así es; dame camino para Elicia.

Fel. Eso es lo ménos que por tí haré, si tú haces lo que te pido.

Cel. ¿Prométeslo así?

Fel. Si prometo.

Sig. Dentro lo tiene; maldito sea hombre tan asno y sin sufrimiento. Corre, Pandulfo, y llama un escribano y hacelle há una obligacion.

Cel. Calla señor, que estoy burlando contigo, que ni lo uno ni lo otro no se sufre. Mas mira, llégate acá á este rincon, que te quiero decir un secreto.

Fel. ¿De qué me diste de ojo, madre?

Cel. De que quiero que no nos oyan lo que quiero agora decirte. Y por eso, para desmentir las escuchas, rehusé tu merced, que no lo dejo de aceptar ni de obligarme á mi servicio; mas temo estos mozos tuyos, que los oí denantes murmurar, no me levanten algun caramillo como los de Calixto, mal siglo les dé Dios allá donde están, que sí creo que dará, que aquí si otra cosa fuera, yo lo dijera; que para aquel Dios que está en los cielos, no tuve más culpa que tú. Mas dejando esto, yo, señor, quiero hacer por tí lo que no tenia pensado, mas ha de ser con todos, secreto; y tú dí á tus criados que no has podido acabar cosa conmigo, y dime la dama.

Fel. Señora, yo te lo agradezco, y prometo pagar. La dama es Polandria, hija de Paltrana.

Cel. No prometas más, señor, que basta lo prometido. Y mucho huelgo que te hayas empleado en tal parte; y sepamos si has pasado algo con ella, para que no se yerre la cura.

Fel. Solo de señas le he dado á conoscer mi pena; y una carta mia pienso que le dió una moza suya.

Cel. No te fies de mozos ni mozas,

señor, que en un dia dirán, no sabiendo negociar, lo que no se pueda remediar de mí; y vete y déjame el cargo, porque no sientan tus criados lo que pasa, y no parlen y tomen aviso de mí en casa de Paltrana; y ten sufrimiento de aquí á cuatro ó cinco dias, que yo haré manto, y yo iré luego á entender en ello, que más no se tardará.

Fel. Por eso no quede, madre, que yo te enviaré luego manto, cuanto lo haga hacer luego esta noche.

Cel. Pues sea así, pues no tienes sufrimiento.

Fel. ¿Quiéreslo guarnecido de terciopelo?

Cel. Para mí no es menester tan galan, no digan, mal pecado, á la burra vieja arracadas nuevas; más no será mal, que no me acordaba, para si Elicia quisiere salir alguna vez, que es moza y galana. Y tú vete, señor, y á mí déjame el cargo.

Fel. Pues madre, los ángeles queden contigo.

Cel. Señor, y contigo vayan. Elicia para la mi santiguada, que te tengo aquel asno de suerte que presto nos traerán á cargas el bastimiento.

Elic. ¿Cómo es eso?

Cel. Cenemos, que es tarde, que sabello has cuando sea tiempo.

Sig. ¿Señor, dejas la vieja cual ha de quedar?

Fel. Dóla al diablo; viene tan santa, que no hay quien la pueda hacer hacer cosa.

Pand. Agora la creo ménos.

Fel. El manto le quiero dar, para ver si la podré vencer. Hácelo hacer, Sigeril, y bien guarnecer, y traigáselo Pandulfo de mañana, porque ya sabes que dádivas quebrantan piedras, y vámonos á cenar, que es hora. Y mirá, vosotros, ¿para qué estais susurrando de Celestina, que sabe más ruindad que el diablo y metésme á mí en afrenta?

Pand. ¿Y por eso, señor, nos echaste fuera para hacer lo que te tenia avisado? medio aviso tuvo ella cuando te apartó al rincon porque no le oyesen lo que queria decirte.

Fel. No seas malicioso, que no me queria cosa que á mí ni á ella tocaba.

Sig. Quien compra y miente, en su bolsa lo siente.

Fel. ¿Qué dices tú, Sigeril?

Sig. Señor, no digo sino que aquella vieja con mentir, quiere comprar á lo ménos el sereno que con sus prolijidades nos hizo allí pasar.

Fel. Por cierto, eso no me pareció á mí, que gloria es oylla.

Sig. Ménos nos paresciera á nosotros si nos dejaras sobir á Elicia, y aun pienso que á ella no le pesara de nuestra conversacion.

Fel. Calla en mal punto, que la quiere casar; que no era razon.

Pand. Ha, ha, ha. ¿Agora la quiere casar, despues de haber corrido á ceca y á meca, y á los olivares de Santander? ¡señor y cómo te hacen creer cuanto quieren, y cómo no crees cuanto te cumple creer!

Fel. ¿Por qué dices eso?

Pand. Porque encomiendo al diablo la verdad que en la boca de aquella puta vieja cabe, que agora querria que le casases la criada; un bien tienes, señor, que no hallarás quien la tome, segun está ya tomada.

Fel. Hora, basta lo dicho, y callemos que estamos en casa; y dadme de cenar, y tú, Sigeril, ten cuidado del manto. Y mira, corta un sayo para tí de la misma pieza.

Sig. Bésote las manos, señor, bueno vá esto: á rio vuelto ganancia de pescadores. Agora diga y haga Celestina cuanto quisiere, que cuando el proverbio quiere, que mal de muchos sea gozo, con mas razon lo será bien de muchos con mal de uno.

ARGUMENTO DE LA DÉCIMAOCTAVA CENA.

Polandria habla consigo sola quejándose del amor y llama á Poncia, para que vaya á ver al pastor enamorarado Filinides, y están con él hasta que las llama Quincia, y introdúcense.

POLANDRIA.—PONCIA.—QUINCIA.—FILINIDES. PALTRANA.

Pol. ¡Ay, de mí, que no de balde se dice: lo que ojos no ven, que el corazon no desea! Si yo no viera la carta de Felides habiendo visto su hermosura, no deseara el corazon lo que razon aborrece. ¡Oh amor y cuán contrario de razon te hallo, cuán amigo del deseo te veo, cuán contrario de honestidad te miro, cuán enemigo de honra te entiendo! ¡Ay de mí, cuán mal se casan amor y la obligacion de mi limpieza! ¡no se qué diga que no sea contra mí, ni qué haga para vengarme de mí! Y lo peor de mi mal es, que le falte por mi honestidad, el bien que con comunicarse los males se puede hallar para aliviar la congoja, pues mi honestidad defiende lo que en esto el remedio me pide. Asi, que la muerte ha de quedar por testigo de mi honestidad, ó por testigo de mi natural

forzado, con el contra natural de mi honra castigado. Más para alivio del mal, muchas veces he oido que es gran parte comunicarlo con los heridos del mismo dolor, y por tanto yo quiero rogar á Poncia, que vamos al jardin, donde el pastor Filinides está haciendo las cucharas, y preguntalle de su enamorada la pastora Acays, y con oir sus males podré consolar la congoja de los mios, porque cosa maravillosa es, lo que aquel en su lengua rústica sabe de los secretos del amor.

Pon. ¿Qué hablar es este de Polandria entre sí, y qué descuido en su cuidado, que contino, de poco acá la veo? Mal pecado, no sean las burlas de Felides que hayan salido á veras, que por mi vida, que aunque yo burlo de las señas de su paje que no me pesa cuando le veo pasar, ni lo quiero tan mal, que no me pesase de cualquiera cosa que á él no le estuviese bien. Quiero preguntalle de qué anda como suspensa. ¡Ah, señora mia Polandria! ¿parésceme que andas como embelesada? suplícote que me digas el por qué si lo sabes; porque mil veces me acaesce estar alegre sin saber de qué, y otras estar triste.

Pol. Ay, Poncia; desa suerte, por tu vida, estoy y pienso quel mal de la ijada, que mi señora esta noche ha tenido,

me ha dado lo principal de mi pena; y para algun alivio, te querria rogar que nos fuésemos al jardin á oir al pastor Filinides hablar en los amores de la pastora Acays, que no es sino gloria oille.

Pon. Ya, ya; no me digas más, ¿en amores quieras hablar? En mi seso estaba yo: más mal hay que suena.

Pol. ¿Qué dices, Poncia?

Pon. Señora, digo que es gloria oille cantar y aun contar su mal. Que vamos.

Quin. Señora, habla paso que duerme mi señora.

Pon. Buenas nuevas te dé Dios. Y ven acá Quincia; ¿ha te dicho más aquel loco del otro dia?

Quin. Señora, no le doy yo tanto lugar, que luego en viéndolo boto como un rayo.

Pol. Haces tú muy bien, y así lo haz.

Pon. Buen disimular es ese.

Pol. ¿Qué dices tú?

Pon. Digo, señora, que si el mal pesar del duelo de mi requebrado ¿si le ha dicho algo? ¡Ay, Dios, y cuán lindo es, no me lo aojen!

Quin. Par Dios, harto pues, me mira él cuando me ve.

Pon. ¿Y el otro hurgonero de horno, de tu requebrado, gesto de cucharon de hacer conserva, cómo te va con él?

Quin. Calla en mal hora, señora, que por cierto que no me paresce á mí sino un pino de oro, y tal sea su vida, si yo no le parezco á él mejor.

Pol. Hora déjate desas burlas, y en despertando mi señora llámanos al jardin, y anda acá Poncia. Dios te salve, amigo Filinides.

Fil. Así haga á tí, señora Acays.

Pol. ¿Cómo es eso, hermano, y no me conoces?

Fil. Par Dios, señora, yo cuidaba, que de yuso de las hayas á la fuente sombrosa, estaba haciendo este cucharon, y como ví cosa tan bella, no pude pensar quien fuese sino aquella que no se aparta mi memoria de otealla.

Pon. Segun eso, hermano mio, ¿no estabas pensando en mí?

Fil. Par Dios, señora, no tiene tanta fuerza mi ganado para aballar mis memoriales de lo que digo, de lo cual mi soldada es buen testigo, que toda se ha ido en las prendas que por estar prendado de Acays me han prendado en los panes y vedados donde con tanto cuidado mis ovejas se apacientan, en cuanto yo con semejante descuido me puedo apacentar en los prados y flores de la hermosura de mi Acays.

Pol. Ay amigo, qué gloria es oirte: cuenta más, por tu fe, dí deso mucho.

Fil. Ay mi señora, ¿qué quieres que os cuente? sino que tan desmarrido y cargado de cordojos me siento, cuanto descordojado de mí, y perdidos los memoriales, que ni voz de pastor oyo, ni ladrido de perro me pone cordojo, para que primero que yo pueda oir el llobo, no haya llevado la cordera: tan ocupado y encarnizado está el llobo del amor en mis entrañas. Pues los cencerros de los mansos, tan sordos están en mis oidos cuanto me los tiene recalcados y tapidos la memoria de la voz de mi Acays, sin que otra cosa pueda ni quiera oir. Só los olmos del lugar mil veces á dormir me recuesto, y cuando recuerdo, só las hayas me hallo sin saber quién me lleva, que aunque mis piés me traen, Acays es quien los manda; ya el bailar me tiene vuelto en cordojos, las castañetas en muy terribles sospiros, el cantar en plantos de mis ojos, que ya de hechos rios tengo aburridas las fuentes. Ni las frescas majadas me ponen tempranza al calor que siento, ni las yerbas agostadas y fuerza del sol en las siestas me quitan el frio que tengo, junto con abrasarme; no hay aire temprado para mí, ni cosa de

pracer que no me destempre, pues si alguno toma cordojo en ponérmelo, cuando acabe de departir, si me pide cuenta de lo que me ha dicho treinta veces desatino. Con ninguno me hallo sino con Acays, á ninguno entiendo por entender en pensalla, no me oteo por otealla, ni gozo de cosa por gozar de su imaginacion; los sonidos que retumban por los valles y bosques todos me despiertan con sobresalto de ser mi Acays, la calor de sus amores me tiene agostado mi placer, y su desamor abuchornada mi esperanza, de suerte que de quemadas las froles de toda ella escusado es esperar la fruta de mi libertad. Y ni el beber de bruzas en las fuentes me quita la sed, ni recostarme en los prados me pone descanso, ni las bellotas, castañas, ni piñas me quitan la hambre, ni los llobos me ponen cuidado, ni el ganado me quita el descuido. Ya os he dicho lo que sé de lo que siento, y no es cacho el todo que de amor puedo sentir.

Pol. Oh hermano, que gozo me ha sido oirte. Por mi amor, que nos cantes algunos versos si sobre tu mal has hecho.

Fil. De buenamente, comienzo en cuanto acabo este cucharro.

Oh hayas de gran beldad
Que os alzais tanto del suelo,
Mis dolores otead,
Mi pena y su crueldad,
Y subid con ella al cielo.
Los aves, los animales
Por los bosques y los prados
Canten y lloren mis males,
Pues que siendo en sí mortales,
En mí al revés son tornados.

Pol. Canta, por mi amor más, amigo, para que ayudemos con las aves y animales á sentir tu dolor.

Fil. Fuentes, entrad en mí luego
Con los mares y los rios,
Procurad matar mi fuego,
Y á las llamas todo ruego
Vengan á matar mis frios.
Y toda se ponga en medio
De mis pechos y veremos,
Si en frio calor hay medio
Y en calor frio remedio
En concertar sus extremos.

Pol. Oh, válame Dios, qué cosa tan sentida; vé, por Dios, adelante.

Fil. Si un extremo es yo cuitado
Y Acays es otro extremo,
El remedio será escusado,
Segun me hallo apartado
De su amor conque me quemo;
Con él hace cherriar
Por cigarras mis dolores,

Y como los grillos cantar
En las noches mi penar,
Sobre el sol de sus amores.

Pol. Ay por Dios, amigo mio, no acabes tan aina.

Fil. Mis lágrimas fuentes son
Donde lanzado de pechos,
Todas juntas cuantas son,
Con el aire y la razon
De mis sospiros deshechos,
No bastan la sed matar
Del calor que está en el alma,
Ni á dejar de se ahogar
Con fuelles de sospirar
Mi corazon en tal calma.

Quin. Señora, mi señora há ya despertado y te llama.

Pol. Amigo Filinides, quédate á Dios; y por tu fe, que nos vengas á ver cuando tuvieres lugar, que sino me llamáran, toda mi vida te estuviera oyendo.

Fil. Señora, Dios vaya contigo.

Pol. Señora mia, ¿qué tal te sientes?

Palt. Hija, algo mejor; vé tú, Poncia, y traeme algun paño caliente.

Pol. ¿Todavia te duele el lado, señora?

Palt. Hija si, mas mucho provecho hallo en los paños calientes. ¿Qué has hecho, mi amor?

Pol. Señora, par Dios, en cuanto has

dormido, he estado oyendo al pastor Filinides, el que mandaste hacer los cucharos, que no es sino gloria oille.

Palt. Ay hija, diz que está loco el cuitado de amores de una pastora.

Pol. No lo parece en sus razones.

Pon. Señora, he aquí los paños.

Palt. Dálos acá.

Pon. Mira, señora Polandria, qué te digo al oido.

Pol. ¿Qué dices? ¿ha pasado el mal pecado de tu requebrado por la puerta?

Pon. No, mas enviábame él, mi duelo, una carta con un pobrecito destos que entraban en casa á pedir por Dios.

Pol. ¿Pues tomástela?

Pon. Mal año para él, ¿de tomalla habia? antes le dí de bofetadas, y lo envié con el diablo.

Pol. ¿Luego él era el que lloraba denantes?

Pon. Par Dios, no era otro.

Pol. Pues no te tengo yo á tí por tan necia que no supieres darte maña á tomar la carta, que no fuera poco de ver.

Pon. Par Dios, señora, que te matara de amores, si vieras como en un punto la tomé y le rasgué un papel que traia en el seno, haciéndole entender que era la carta que me habia dado.

Pol. Mucho huelgo deso, que tendremos un buen rato en que pasar tiempo.

Palt. Hija, vé tú y Poncia á que me aderecen la cena.

Pon. Vamos, señora, y primero arriba á ver la carta de aquellos amoritos mios, para ver si trae elegancias como su amo.

Pol. Hora cierra esa puerta, y dalacá y oye: Señora de mis entrañas: Ó templa tu hermosura ó tu crueldad para conmigo.

Pon. Y aun pesa al diablo, señora, porque me la templó Dios tanto, aunque se destemplara más para con su pena.

Pol. Nunca medre yo, si tú piensas eso, no te fagas hora tan santa.

Pon. Par Dios, señora, si pienso; y vé adelante.

Pol. Y no seas, señora mia, cuando te ries conmigo, como gato que retoza con la presa para despues la matar.

Pon. Ay mi duelo, y tambien él hace comparaciones.

Pol. Calla en mal punto, que harto se humilla el cuitado en hacerse raton.

Pon. Pues si se hace raton, con un poco de queso le haré pago; y veamos en qué para, y dí más, señora, que me va contentando.

Pol. No te acontezca como á las har-

pías que se matan cuando se miran en las fuentes y ven que han muerto sus propias figuras, que tal soy yo contigo, tan ocupados mis sentidos y memoria en tu hermosura tienes.

Pon. ¡Oh válame Dios, qué muerto lo vemos á este hombre!

Pol. Calla, que segun me paresce, peligro corres. Noramazas, pues razon tiene, ¿para qué le matas al cuitado si despues te has de matar por él?

Pon. Por cierto, señora, que ambos estamos bien seguros dese peligro; por tanto pasa adelante.

Pol. Y para que sepas, señora de mi alma, la razon que tienes de me haber piedad, suplícote me quieras dar lugar á que te hable; y con esto acabo, besando tus manos, hasta que pueda merecer besar tu hermosa boca.

Pon. Oxte, mi asno xo que te estrego asna coxa. Por mi vida, señora, que quisiera podelle decir que me tomara acuestas, y me besára donde no me pudiere aojar, pues recibe mal de ojo.

Pol. Por cierto, tú le pagas mal sus deseos al cuitado.

Pon. Bonita boca, pues, tiene mi dolor para le besar, que no se contentára con las manos, que la boca queria; y dala

acá, señora, dalle el pago que merecen tales necedades.

Pol. Para que en mal punto la rasgabas que era buena para la amostrar para reir.

Pon. Nunca, señora, pongas en aventura las cosas de veras, por gozar de las burlas.

Pol. ¿Por qué dices eso?

Pon. Dígolo, porque muchas veces de semejantes cosas, se juzgan y condenan las veras secretas y honra de las mujeres por las burlas públicas, porque quien viere la carta burlando della, no dejará de condenar á vueltas de las burlas las veras de habella recebido; porque en esta parte créeme, señora, que las mujeres y los alcaides hemos de ser de una manera: quiero decir, que no demos jamás orejas á oir lo que no debemos de hacer; que como del corazon los hombres sólos son jueces, de sí mismos no se han de descuidar para poner sospecha en su virtud, pues sabes, que los indicios son parte de probanza, á lo menos para poner á quistion de tormento, como es indicio á la mujer y al alcaide rescibir embajadas, ni cartas para sospechar de su fidelidad; y con esto nos vamos á dar la cena á mi señora.

ARGUMENTO DE LA DÉCIMANOVENA CENA.

Pandulfo va á casa de Celestina con el manto, y despues de ido, Celestina dice á Elicia, fingiendo saber que está allá Crito, que no quiere deshonestidades en sú casa ya, y ida qüeda Crito y Elicia, y introdúcense.

PANDULFO.—CELESTINA.—ELICIA.—CRITO.

Pand. Ta, ta, ta.

Cel. Mira, hija Elicia, quién llama á la puerta.

Elic. Tia, señora; Pandulfo, criado de aquel caballero que vino acá anoche.

Cel. Anda, mi amor, ábrele; que á este su amo no se le debe de cocer el pan.

Pand. Tia, señora, Dios te salve.

Cel. Hijo, ¿qué buena venida es esta?

Pand. Señora, Felides mi señor, te envia este manto y que le perdones, que no es cual él quisiera.

Cel. Hijo, él es mejor que yo le puedo merecer. Plega á Dios, hijo, que él viva muchos años y buenos, que yo espero que no me haga falta mi señora su madre, que está en gloria.

Pand. A perro viejo, no cuz cuz, vieja.

Cel. ¿Qué dices, hijo?

Pand. Madre, que esto es lo ménos que mi amo ha de hacer por tí, y que te ruega que no le olvides en tus oraciones, pues no le puedes aprovechar en otra suerte.

Cel. En mi ánima hijo, que eso haga yo de tan buenas entrañas cual las tenga Dios para conmigo, que yo te prometo de dar hoy cuatro vueltas á mi rosario. Y dejando esto aparte ven acá, mi amor. ¿Todo esto es el amor y conocimiento pasado de la mal lograda de mi comadre?

Pand. ¿Por qué dices eso, madre?

Cel. Tú me entiendes mejor que yo lo se decir, no te me hagas bobo.

Pand. Por la Verónica de Jaen, madre, no entiendo.

Cel. Hijo, los buenos amigos no se han de roer los zancajos.

Pand. ¿Por qué dices eso, madre? Declárate, que hablar claro, Dios lo dijo.

Cel. Hijo, por el murmurar que anoche tuviste de mí, tú y esotro tu compañero; que no há aún salido del cascaron, ni sabe donde le roe el zapato y quiere mofar de una vieja como yo, que bien puedes creer que no soñaba él de nascer, cuando tenia yo ya mudados los dientes, á lo ménos la segunda vez digo, y pónese á mofar de mí en presencia de su amo, que ya que no lo dejase por la reverencia de

mis canas, por la autoridad de su amo lo debria de hacer.

Pand. Madre, por nuestra dueña del Pelarin, que no lo debias de entender.

Cel. Hijo, á buen entendedor pocas palabras. Y á la verdad, á tí no te culpo porque no podias en fin, dejar de oir, más dígolo por esotro tu compañero, que me paresce mofador y escarnidor, y par Dios hijo, que si mete la mano en su seno que á cada parte hay tres leguas de mal camino, que por mi vida, si le parezco puta vieja, que más se lo paresciera su aguela y aun su madre no le iba en zaga.

Pand. No le debes de conoscer, señora.

Cel. Veamos, ¿y él no es hijo de Canaruza el ama de Felides?

Pand. No de otra, por tu vida.

Cel. Pues, cállese y callemos que cada sendas tenemos, y no me haga que suelte yo esta maldita, sino, por mi vida, que podemos entendernos á coplas, y agradézcalo, hijo, él á tí, que por mi vida que ganó contigo anoche como con cabeza de lobo, que otro cuidado tengo yo de remediar tus cosas, que tú de sacar las mias á plaza; que por tu vida, no se si lo pudistes ver, que si verías, que mal pecado, acecharias por entre las puertas, que cuando yo aparté en secreto anoche á tu amo, no fué

sino para decille mil males de tí, cuales plega á Dios los digan de mí, haciéndole saber quién eres, y cuánto mereces y te deben por tu persona, y mas por el deseo de su servicio, y con cuánta voluntad me habias hablado en sus cosas. Y por mi vida, que no le quise dejar ir hasta que perdiese el enojo del murmurar en su presencia, que no fué poco acaballo con él, segun estaba enojado de vosotros, y á la verdad tenia mucha razon, y si viene á mano, pensarias tú que lo apartaba yo para mi provecho. Mas en fin, hijo, haga cada uno lo que debe y diga quien quiera lo que quisiere, que al cabo á Dios solo tengo de dar la cuenta. Y toma, hijo Pandulfo, de mí una cosa y con esta acabo: que la mayor virtud y el mayor saber de todos es, no decir á ninguno cosa de que le pese. Porque el que las dice, créeme amigo, que se ha de aparejar á oillas, porque ya sabes hijo, que cuales palabras me dices, tal corazon te tengo, porque por tu vida, que al cabo del año, todos estamos en cuenta. Yo me he tanto contigo alargado, porque á la verdad téngote en el lugar que tu madre, que haya buen siglo, te me dejó encomendado en lugar de hijo, digo, y de aquí adelante mucho más, y seamos buenos amigos, ya que no tenemos tentadas

las espadas. Y agradésceme lo dicho, que por tu vida, que si lo haces que mas te valdrá que el pan que has de comer este mes.

Pand. Madre, señora, téngote en merced lo dicho, aunque cierto tú te engañaste en lo de anoche, que por cierto, yo te tengo en lugar de madre.

Cel. Hijo, yo lo creo, que tampoco no lo digo tanto por mí, como para que no te dañe la conversacion de tu compañero; pues sabes: que no con quien nasces sino con quien pasces. Guárdate, hijo, de las malas conversaciones, y llégate á los buenos y serás uno dellos. Y con esto te vé con Dios y á tu amo dí lo dicho.

Pand. Y tu, señora, con él quedes y la señora Elicia tambien.

Elic. Y tú vayas, señor Pandulfo.

Cel. ¿Paréscete, hija, si te dejo bien rascado aquel asno para hacelle sufrir el albarda?

Elic. Ya lo ví madre, que espantada me tienes de tu saber.

Cel. Pues á tí lo digo mi hijuela entiéndelo tú mi nuera, que no lo dijera yo tanto por escantarle á él los oidos, como para darte á tí consejo. Que en fin, bien sé que has de venir á lo que vengo, que la mocedad no ha de durar para siempre;

y de estas cosas y de otras tales, ya sabes que de los escarmentados salen los arteros; y tambien te quiero decir otra cosa: ce, llégate acá.

Elic. ¿Qué quieres, madre?

Cel. ¿Fuése ya Crito?

Elic. ¿Cuándo diablos se habia de ir? antes está en el sobrado escondido.

Cel. Pues no le hables de aquí adelante sino fingiendo que yo no lo sé. Ni me pasa por pensamiento, y no digo mas á él que á otro, porque ya sabes, que si por camino de santidad no vamos, que somos ya tomadas con el hurto. Y desvíate allá, y haré como que no sé que está acá. ¿Quién era aquel galan, Elicia, que te hablaba denantes en el portal?

Elic. ¿No lo conociste que era Crito?

Cel. ¿Qué Crito, ni qué Crita? No me entre hombre en esta casa, que no vengo acá al siglo para tornar á pagar pecados ajenos.

Elic. ¿Y qué has tú visto, madre, para decir eso?

Cel. Elicia, lo que he visto ó lo que no he visto, esto mando yo y en mi casa se ha de hacer lo que yo mando, y sino ahí está la puerta, hija; que ya no me cumplen á mí nada destas romerías: ya me tienes entendida, porque á buen entendedor pocas palabras.

Elic. Por Dios, madre, yo no sé que has visto tú en mí para que dijeses eso.

Cel. Déjate desas lágrimas, y lo dicho dicho.

Elic. Madre, yo lo haré como lo mandas, y acaba por Dios, no des mas voces.

Cel. Aquí no hay voces ni hocicos, que tú las dás, sino que yo quiero que Crito ni Crita, ni Centurio ni otros tales, sino fueren personas religiosas, no entren en mi casa. Y de aquí adelante, cuentas se han de hallar en mi casa, y no redomillas ni badulacas; que las ruecas y los husos quiero que nos sostengan para sostener mi honra; que al cabo, hija, mis dos maravedís y mi cara sin vergüenza quiero más, que provechos sin honra y con pecado, que el mundo acábase presto y escótase muy á la larga lo que dél se goza, que yo te prometo, hija, que por él se puede bien decir, que es carne de buytrera que el que la come paga bien el escote. Y mira en esa puerta, que quiero estrenar este manto en ir á dar gracias á Dios, que la primera jornada razon es de emplealla en él.

Elic. Al diablo la vieja; mejor fuera que nunca Dios acá la tornára, si ella me ha de querer poner tasa en lo que el rey no la puso. ¿Oiste señor Crito, lo que ha

dicho mi tia, de que te vió hablar conmigo en el portal?

Crito. Ya lo ví, pese á tal con la puta vieja, y cuán santa viene.

Elic. Ay, señor mio, es cosa que no se puede pensar. Por tu vida, que cuando entrares mires mucho que no te vea. Y aun, por Dios, que creo que á vueltas de su santidad, que mi tia está enojada de otra cosa que yo me sé.

Crito. ¿De qué por mi vida, amores?

Elic. De no nada, que estoy burlando.

Crito. ¿Di, por mi vida?

Elic. Que por mi vida, no es nada.

Crito. Plega Dios, que yo muera mala muerte, si tú no me lo dijeres.

Elic. Ay, Jesus, no digas tal cosa, mejor lo haga Dios.

Crito. Hora, pues, dímelo.

Elic. Por Dios, que no lo quieras oir, que he vergüenza.

Crito. Hora, dímelo, por mi vida.

Elic. Por Dios, señor, que la verdad es, que anoche me preguntó si despues de su muerte si me habias dado mucho, y yo dije que no me habias dado nada, y ella díjome cosas del diablo y que no te viese ella mas en esta casa.

Crito. Voto á la casa santa, que de ahí debe de venir la tos á la gallina. Hora,

pues, que eso yo lo remediaré, ¿y ves aquí dos doblas?

Elic. Téngotelo en merced, señor. No me las des, que yo no lo digo por eso, sino porque creo que hace mucho esto á su intencion.

Crito. Por mi vida, que las has de tomar, que bien veo que tiene la señora Celestina razon.

Elic. Por Dios, por eso no te lo queria decir, porque luego ví que habias de pensar que porque me dieses algo lo decia; porque en mi alma, que nunca te miré por nada de esto, y no las tomára sino por amansar á la vieja, que cree señor, que así se huelga con dineros como si viese á Dios.

Crito. Natural cosa de la vejez es codicia; y andacá, vamos á holgar un poquito.

Elic. Ay señor, ¿y para qué es tanto retozar?

Crito. Señora, yo me quiero ir.

Elic. Ya me maravillaba de tu sufrimiento. Créeme, que es mala la mujer que hace placer á hombre, que en haciendo vuestra voluntad, luego no hay quien os tenga. ¿Háte venido algun dolor de estómago como el de la otra noche, que por te ir de mí, fingiste?

Crito. Hora, crée, que eres el diablo. Voto á tal, no hay quien ose hablarte, segun hechas las cosas á la peor parte; no lo haga, en mal hora, sino porque no venga Celestina y no sea el diablo, ¿tú no viste lo que te dijo?

Elic. Hora está un poco, que no vendrá tan aina.

Crito. Pese á tal con ella, de escotar habré el placer. ¡Qué pasatiempo para mí estos amores! Estoy rabiando por me ir, como un perro, y ella mucho besar.

Elic. ¿Qué dices entre dientes? Pues mándote yo rabiar, que estas dos horas no saldrás de aquí.

Crito. No digo, por Dios, sino que no hay mujer que tenga seso. Qué vendrá tu tia, que por lo demas, toda mi vida querria estar contigo.

Elic. ¿Pues por qué vuelves el rostro? mal año para tí, que yo te sufra. Anda, véte con Dios.

Crito. Por Dios, no me fuera sino por lo que digo; y queda, mi alma, con Dios. Voto á tal, que me paresce qne escapo de la carcel, que parecia que jamás habia de salir de allí. Yo te prometo que no me tomes acá tan presto.

ARGUMENTO DE LA VIGÉSIMA CENA.

Paltrana dice á Quincia que mire quién llama, y ella dice que Celestina, y Polandria ruega que suba, y subida, hace grandes ofrecimientos vendiéndose por santa; y despues de la haber recebido, váse con Polandria y Poncia al jardin, donde con gran cautela, descubre á Polandria su venida; y introdúcense.

PALTRANA.—QUINCIA.—CELESTINA.—POLANDRIA.—PONCIA.

Palt. Quincia, mira quién llama á aquella puerta.

Quin. ¿Quién está ahí?

Cel. Hija, dí á la señora que está aquí una criada y servidora suya.

Quin. ¡Válala el diablo la vieja! Señora, mala muerte me tome, si Celestina la que resucitó no está allí.

Palt. Válame Dios, ¿y qué querrá?

Pol. Ay señora, por tu vida, que suba y decirnos há algo del otro mundo, que muero por vella que es maravilla.

Palt. Pues díle que suba.

Quin. Madre, que subais.

Cel. Paz, salud, descanso sea en esta casa.

Palt. Comadre honrada, para bien sea

tu venida, que Dios sabe el gozo que en esta casa de tu resurreccion se ha tenido.

Cel. Señora, yo te beso las manos; y por esa voluntad que yo siempre de tí conoscí, que como dicen, no hay corazon engañado, ha sido esta ia primera visitacion, que por tu vida, y así goces desta hija honrada y la veas casada como deseas y ella meresce (que sí verás) como no he atravesado el umbral de mi casa despues que vine á este siglo, hasta que vine aquí; y tambien, la verdad, porque hablar claro Dios lo dijo, supe de tu enfermedad, y parescióme causa que acrescentaba en la obligacion de visitarte primero que á otra ninguna señora deste lugar, que á Dios gracias tengo hartas, no porque yo lo meresca á Dios, mas por su virtud.

Pon. Qué labia tiene la madre.

Pol. Calla, que estoy espantada, que me parece que veo fantasma, segun lo que de su muerte ha poco que oí.

Palt. Vecina honrada, yo te agradezco tu visitacion; y huelgo, por cierto, con ella.

Cel. Señora, bésote las manos; ¿mas de qué es ese mal que te tiene en la cama tan fatigada?

Palt. No sé, un lado es; unos me dicen que es madre, otros ijada; mil cosas me han hecho, y nada me aprovecha.

Cel. Doncella de oro, haced traer una poca de lumbre, y calentaré las manos y tentaré á su merced, que mal pecado, á mí algo se me deben de entender destos males.

Palt. Quincia, anda, trae aquí un braserico con lumbre. Por cierto que huelgo, vecina, de lo que dices, que en todo debes de ser sabia.

Cel. Señora, mal pecado, la experiencia me ha hecho maestra; porque ya sabes que no hay tal cirujano como el bien acuchillado; que más madres y ijadas he tenido, por mis pecados, que años tengo acuestas.

Pol. Hi, hi, hi.

Cel. ¿Ríeste de lo que digo, señora?

Pol. Ríome, madre, que fueras buena para atun, segun las ijadas que dices que has tenido.

Cel. ¡Ay gesto de ángel! ¡con qué gracia lo dices! tal me vengan los años, cual tú me paresces. Bendígala Dios, señor. ¿Y qué mujer está? Espantada estoy, que me paresce que aun ayer la ví nacer.

Palt. La mala yerba presto crece.

Cel. No se entenderá aquí eso; que

por cierto, ni tiene ella cara ni presencia para lo decir, ni poderse pensar.

Palt. Así quiera Dios, madre.

Cel. Sí querrá, señora, y aun por mi vida, hija señora Polandria, que si me tomaras en otro tiempo, que supiera yo dar cuenta de otras curas para las mozas, como sé para las viejas.

Pon. ¿Esas curas serian de amores, madre?

Cel. Aquí parésceme que pueden decir: que en casa del alboguero todos los son, que tambien esta doncella es graciosa. Hija, ya pasó ese tiempo, que moza fuí y vieja soy. Mal pecado, en mi tiempo tambien á mí me miraban, mas mi amor, las curas de rostro y cabellos manos son: no lo eches tú á la peor parte. Más me precio, hija, de dar consejos, que de tales vencejos; de un rosario digo, hija, y sus misterios, de una oracion del Conde ó de la Emparedada: esto te podré yo amostrar, mi amor, si lo quieres aprender.

Pon. Por cierto, madre, nunca tuve deseo de ser emparedada; por tu vida, que no me lo muestres.

Cel. He, he, he; bien parece que esta doncella quiere gozar del mundo, como quien viene agora á él.[1] Hija, pues demparedar hás tu voluntad para ir al cielo,

que la via de la salvacion estrecha es, y fuerza padece. No podemos, mi amor, en esta vida haciendo nuestra voluntad, hacer la de Dios; porque en todo contradice esta carne pecadora á lo que quiere el espíritu, como lo sentia esto san Pablo cuando decia: que sentia en sí otra ley que repugnaba la ley de su espíritu, por las inclinaciones naturales decia. Así que mi fe, mi amor, en esta vida sembramos con bien, mal pecado, con lágrimas, para coger con gozo sí, á la fe. Y mírame tú, hija, que á esto torné acá, que no á otras liviandades. Bien sé, hija, que holgaras tú más que te dijera que con ceniza de sarmientos y cal, tanto de uno como de otro, con cendra y orochico y alarguez, se hace la buena legia para esponjar, y que con soliman molido y cocido con un limon, se hace buen badulaque para el rostro; y con jabon raspado y nueve dias en vinagre fuerte, se cura y mudan bien las manos; con otras mil tarabusterias que de aquí á mañana no acabaria de decir. Mas hija, lo que es bueno para el bazo es malo para el hígado, para el alma digo, que para esta se han de hacer las verdaderas legias, con ceniza de dolor y con agua de lágrimas de arrepentimiento, con que se te hará en la gloria una

crespina de oro que parezcas un ángel.

Pon. Más la quisiese agora acá, que cuando vieja, madre, haria esa otra legía.

Cel. Esta doncella, señora, á vieja piensa llegar. ¡Ay hija, ay hija! ¿y no sabes, mal pecado, que tan presto se va el cordero como el carnero? ¿y qué seguro tienes de Dios, mi amor, para llegar á vieja? Nunca, hija, en cuanto tengas con que pagar tomes fiado, porque en fin es más caro y por fuerza ha de llegar el tiempo de la paga, y muchas veces al tiempo de la paga no tenemos con qué pagar, y hácennos esecucion por la paga, y pónennos en la carcel hasta pagar la postrera blanca, como lo dice el Evangelio; así que, hija, en cuanto tuvieres con que pagar á Dios las mercedes que te dió con darte sér y hermosura y gracia, y sobre todo hacerte cristiana, no aguardes á las veces, pues mi amor, no sabemos el dia ni la hora de la muerte siendo cada dia más cierta y más natural hora de morir que no de vivir.

Palt. Ay comadre honrada, qué gozo es de oirte hablar en las cosas de Dios; bien me lo habian á mí dicho que venias una santa.

Cel. Señora, Dios es santo, que yo

pecadora á él me siento é indigna de ser suya y llamarme tal.

Palt. Ay tia, por tu fe, que me visites mucho, para dar ejemplo á esta hija.

Cel. Señora, como á mis entrañas, que no vengo á otra cosa.

Quin. Señora, he aquí la lumbre.

Palt. ¡Mas no debieras hoy venir acá! ¡para enviar por la muerte eras buena! Aunque así goce yo, que me estuviera boquiabierta oyéndote, madre, de aquí á mañana, que casi sin dolor he estado con oirte.

Cel. Hora señora, dejemos uno y tomemos otro, que como dice el proverbio: cada cosa en su tiempo, y nabos en adviento. Ponte despaldas y tentarte hé, y bendecirte hé; que yo espero en Dios, que ántes de mañana quedes sin dolor que sabida la causa luego será remediada, que como dicen: quita la causa y quito el pecado.

Palt. Ya estoy como mandas, madre.

Cel. ¿Es aquí, ó aquí?

Palt. Ahí es, ahí, ahí, donde tienes agora la mano.

Cel. Bendígate Dios tal cuerpo, señora; por cierto, la señora Polandria con su niñez, no puede tener mejor barriga y pechos que tienes.

Palt. Ay madre, no digas eso; ¿qué hicieres si me los vieras hoy há veinte años?

Cel. A osadas, señora, que no tienes necesidad de decillo, que por lo presente se parece bien lo pasado; y por cierto, que no sé qué mejor puede ser que es.

Palt. Ay tia, ¿y para qué dices eso? verdad es que para haber parido bien pienso que no habrá otra que me haga ventaja; mas en fin, diferencia hay de cuando era moza.

Pol. Por Dios, madre, pues si vieras á mi señora lavar las piernas este otro dia, que te maravilláras de cuán buenas y blancas las tiene; pues una lisura tienen que no es sino gloria traer las manos por ellas.

Cel. A osadas, hija señora, que no tiene necesidad de me lo decir, que por el hilo saco yo bien el ovillo.

Palt. Ay dolor, madre, del hilo y aun del ovillo; dí lo que te paresce de mi mal y déjate agora de eso, que ni va ya nada en que sea bueno ni lo deje de ser, que ya pasó su tiempo.

Cel. Señora, esto más me parece ijada que no madre; lo que has de hacer es que tú, hija, mi amor, ¿cómo es tu gracia?

Quin. Quincia.

Cel. Pues Quincia, mi amor, tomarás y harás un saquito tan largo como la ijada, y enchillo hás de flor de saugo; y sin calentar, sino lo quisieres calentar, y pónlo en la ijada; y tú, señora, échate sobre el lado, y tú me nombrarás; y si el saugo no se puede haber verde, que no habrá, que no es tiempo, sea la flor del seco, aunque mejor fuera verde; y si esto no aprovechare, yo tornaré, que no faltarán otras cosas, aun questa es muy singular. Ya que te tengo dicho lo que conviene para tu mal, á mi señora Polandria quiero decir ciertas veras en pago de las burlas que ella me ha dicho.

Palt. Deso holgaré yo, por cierto; y tú, hija, toma contigo á la madre y llévala al jardin, que por ventura habrá algunos higos ó granadas y desenhadar se há.

Cel. Esto es lo que yo deseaba.

Palt. ¿Qué dices, tia?

Cel. Señora, que no tengo de cosa más deseo que de eso, especial con tal compañía.

Pol. Tia, señora, andacá.

Palt. Poncia, vé tú con ellas.

Cel. Por cierto fresco y deleitoso lugar es este; no paresce sino paraiso.

Pol. Madre ¿en el otro mundo mejores jardines habrá?

Cel. Hija señora, hay tantas cosas, que no se pueden decir ni contar.

Pon. Madre, por tu fe, ¿viste allá á Melibea?

Cel. Ya hija, me han preguntado esa miseria otra vez. Mi amor, no se pueden decir esos secretos, bástete saber que fué homicida de sí misma.

Pol. Ay Jesus, ¿para qué preguntas esas boberias?

Pon. Por Dios, señora, que te quería á tí ver preguntar, para ver qué preguntarías.

Pol. A lo ménos no preguntaría yo boberías como tú.

Cel. Déjala, señora, que es moza, y los niños todos quieren saber, y aquello ante es buena señal cierto, de querer saber para cuando vieja; porque de bueycillo verás con qué buey aras.

Pon. Tia, señora, quien pregunta no yerra.

Cel. No por cierto hija. Mas dejando las burlas y tornando á las veras, yo se de tí, señora Polandria, cosa que pensarás tú que ninguno no las puede saber; y aun de tí, Poncia hija, tambien.

Pol. Ay tia, ¿dime eso por tu vida?

Pon. ¿Y á mi madre, señora? así Dios te deje acabar en su servicio.

Cel. A tí, hija Poncia, yo te haré rabiar. ¿Por qué mofabas de mí delante tu señora? tú, boba, ¿piensas que con los dias he perdido el seso?

Pon. Ay tia no digas eso, que por Dios, no burlaba y que me corro en que me digas tal cosa, que no soy tan mal criada.

Cel. Hija, mi amor, burlando estoy contigo, que no sé tan poco del mundo que no sé cuáles son burlas y cuáles son veras. Agora quiero hablar á la señora Polandria, otro dia será para tí; y entre tanto, mi amor, encubre esas guedejas que traes de fuera y ponte más honesta para que mis palabras puedan llover sobre mojado, porque ya sabes que cuando la tierra está muy seca, que todas las gotas se tornan sapos, como acaece en las reprensiones cuando no se dispone la parte con humildad á recibillas.

Pon. Madre, pues me predicas tú á mí, queria que quitases primero la viga que me vieses la mota.

Cel. He, he, he; ay hija, por esta guarnicion del manto debes de decir.

Pon. A la fe, no lo digo por otra cosa. Porque á la verdad, ya tu edad no lo demanda, como la mia no deja de pedir lo que tú me reprendes.

Cel. Ay hija, por tí se puede decir: dígole un duelo y díceme ciento. Poco has leido donde yo: nunca juzgues la toca por la lista; no sabes tú, mi amor, cuán reprendida es la hipocresía entre los justos, y que la palabra divina manda que nos untemos y lavemos las cabezas cuando ayunáremos, por no parescer á los hipócritas tristes, que hacen uno y muestran otro, quiere decir. Y así, mi amor, con ruin saya, trayo buen manto; y no todo bueno, porque los extremos siempre son viciosos; y por eso yo, hija, me pongo en el medio, y aun porque dice el sabio: que en el medio consiste la virtud. Mas paréscete si otra tacha me supieras, tambien me la dijeras. Ay hija, hija, bien paresces que aun agora vienes al mundo.

Pon. Madre, aun porque yo vengo á él y tú sales, me parescen bien las guedejas de fuera á mí y á tí mal el manto con lista.

Cel. Ay hija, por tí me paresce que se podrá decir: pregonar en balde; y por tanto, acá lo quiero haber con mi señora Polandria; y tú perdona un poco, que no quiero que oyas lo que digo, pues tampoco te conviertes.

Pon. Madre, yo soy un poco sospechosa; no me parescen bien esos secretos.

Cel. Pues en mi alma, que no oyas nada, porque quedes con esa sospecha; y andacá; señora. ¡Ay señora Polandria, y qué perla de doncella tienes aquí! en mi alma, no es sino gloria departir con ella. ¿Pues es verdad que es fea, ya que la hizo Dios graciosa?

Pon. Qué palabras tiene la puta vieja; agora te creo ménos, hace que habla secreto, de manera que lo oya para enlabiarme.

Pol. Pues madre, más de verdad dirias eso si conoscieses su condicion, que no es sino como un ángel en tratar con ella, que nunca mentira ni decir mal de otro en su boca oí; pues secreto, yo te certifico que puedes bien decir delante della cualquiera cosa y dormir á sueño suelto.

Cel. Mucho huelgo, mi amor, que tengas tal compañía. Y tornando á lo que te quiero decir, el caso es, señora, que segun tu linaje, discrecion, saber y cordura, escusado era tomar yo este trabajo; mas hija, para que sepas lo que yo sé y deseo saber en tu servicio, te quiero avisar de lo que creo que tú estarás avisada; y esto en confesion, que no quiero que sean para mi daño, pues yo lo digo por tu provecho.

Pol. Tia, bien puedes decir lo que

quisieres, que á buen seguro lo dejarás en mi secreto.

Cel. ¡Oh ángel de oro, oh perla preciosa! con qué gracia lo dices; así lo creo yo por cierto, mas mira señora, descuídanse las personas, y suéltase alguna palabra que no podria hacerse carne, que podria costarme la vida digo, y baste habella perdido una vez por Calixto sin culpa, no querria perdella otra vez por Felides, que pienso que no me costaria ménos el consejo que te quiero dar, si él lo supiese, y por eso te dije lo que te dije.

Pol. Por cierto, madre, que con las postreras palabras me hás asosegada de alteracion, que de las primeras con nombrarme ese loco me pusiste. Sobre tal prenda bien puedes decir lo que quisieres.

Cel. Señora, conociendo mi autoridad, y habiendo oido mis palabras, no sé qué alteracion te podia poner ninguna cosa de mi boca, hasta saber el fin; y para que más crédito desto tengas, yo he alcanzado por mis artes, despues que te ví; que este caballero anda loco perdido por tus amores, hecho otro Calixto, y peor; y no es nada la pena que tú puedes saber ni él puede decir con la que pasa, que es tanta, que no me maravillo sino como no

pierde la vida junto con el seso; y no lo puedo yo encarecer, que no compra barato cuanto á él le cuestan caro tus amores.

Pol. A buena fe, tia, que si acabas como has encomenzado, que no deje de pensar que te ha dado dineros aquel loco, por tercera; mas con las palabras que me dijiste, me quiero asosegar hasta acabarte de oir.

Cel. Oh, cómo me huelgo, hija señora, de verte con esas alteraciones y azoramientos, que á buena fe, no me tengas por tan necia que tan secamente te dijera lo dicho, sino fuera para tocar el oro de tus quilates. Porque la virtud, con su contrario se ha de experimentar; y en la tentacion se esmera la bondad de la pólvora: hija, hasta que le toca el fuego, no se conosce su virtud. ¡Quien te vió tan mansa! ¡quien te ve agora tan zahareña y alterada! Pues tal parezca yo ante Dios, como eso me paresce, y tal sea mi vejez, como eso me contenta; y con seguridad que el fin de mi consejo, es muy contrario de lo que hasta aquí ha parecido, quiero pasar adelante y digo: que juzgué lo que tengo dicho de aquel caballero, porque por mis artes hallo que por tu causa ni come, ni duerme, ni vela, se-

gun está adormido en pensarte; ni oye, y por cierto que está tal, que pienso que ya ni ve ni palpa. ¿Para qué si piensas, señora, te tengo dicho todo esto?

Pol. No sé, por cierto, tú lo dirás.

Cel. Pues oye, que sí diré: la razon, señora, es que eres mujer y no de hierro ni de piedra, sino de la natural condicion de las mujeres, piadosa quiero decir, y sabiendo lo que te tengo dicho de aquel caballero, como sé que mucha parte sabes, tengo temor que con mensajes y burlas de enamorados no acaezca lo que Dios no quiera, pues sabes que la estopa no está segura en burlas con los tizones; que te guardes y santigües con la mano derecha, quiero decir, y si hasta aquí le has dado alguna lisonja de favor con la izquierda, que no puede ser ménos en tales burlas, que no lo sepa la tu derecha; pues sabes que la honra de las mujeres no está en más de la comun opinion. Esto es lo que te quiero decir, de lo que te quiero avisar, y lo que te quiero aconsejar, y la merced que quiero desto recibir, es que recibas en servicio mis palabras.

Pol. Por cierto, madre, yo te agradezco lo dicho mucho, y conozco el cargo en que te soy, puesto caso que yo estoy

bien salteada de las liviandades de aquel loco; y pues todo lo sabes, no es razon de encobrirte cosa que á la verdad no ha dejado de hacer algunas muestras de sus liviandades, y aun una carta pienso que suya halló una moza de aquí de casa; que por tu vida, que no la viera sino fuera por importunidad de aquella doncella, para pasar tiempo con sus importunidades.

Cel. Pues más que eso sé yo, mas no te lo quiero decir, pues te haces tan santa.

Pol. Dí, por tu vida, madre.

Cel. ¿Dasme licencia?

Pol. Sí, par Dios.

Cel. Hora, que no te lo quiero decir, que te enojarás.

Pol. Par Dios, que no enojaré.

Cel. Pues si acertare no me has de encobrir la verdad.

Pol. Par Dios, si diré.

Cel. Pues en mi alma, que yo sé no lo quieres mal, y no me maravillo, porque un hombre que en disposicion no tiene par, y en gracia no es nascido otro; despues deso un Alexandre en franqueza, y un Hector en fortaleza, ¡mi padre si se querrá mal! que no es posible; mas aquí se gana, hija, la honra queriéndole bien,

y queriéndote á tí mal; contradiciendo tu voluntad para estar más en tu honra, quiero decir, que queriéndole mal, ni grado ni gracias. ¿He acertado, por mi vida? ¿ríeste, señora? dí la verdad; no hayas vergüenza.

Pol. Par Dios, madre, no le quiero mal, ¿para qué es sino decir la verdad? Mas así lo quiero bien con que no me quiera mal.

Cel. Tal sea mi vida, y tal sea mi vejez, y tal sea mi alma, como eso me contentado há. Pues otra cosa, señora, se me olvidaba de que debes tener aviso mucho.

Pol. ¿Qué, madre?

Cel. Que te guardes del diablo, señora, y por los ojos que en la cara tienes, que no le oyas tañer, ni cantar, que en mi alma, una gracia tiene en hacello, que pienso que no hay piedra iman que á sí traiga el acero, como con su voz los corazones de las mujeres llama; y con este aviso nos vamos, que es ya hora, señora, que comas.

Pol. Tia, así es bien; mas por mi vida, ¿habíate, dicho algo en esto aquel caballero?

Cel. No me parece mala señal esta, pues no quiere dejar la plática.

Pol. ¿Qué dices, madre?

Cel. Jesus, señora, y si me lo dijera ¿habíatelo yo de decir? no, en mal hora, sino que yo lo sé, y como tu servidora te aviso. Y vámonos, y esto baste.

Pol. Tia vamos; mas mira, por tu fe, que no digas nada á aquel caballero desto que ha pasado.

Cel. ¡Ay señora, y cuán mal me tienes conocida! ¿No sabes que cuando tú nasciste tenia yo mudados los dientes y aun caidas las muelas? ¿por qué me avisas? llama á tu doncella, que estará la señora Paltrana sola.

Pol. Poncia, ven acá, que nos queremos ya ir.

Pon. Buen disimular es ese, señora.

Cel. Calla hija, que á tí te verná tu Sant Martin otro dia, y andacá. Señora Paltrana, Dios te agradezca la merced que hoy me has hecho en la compañía que me diste, con el deleitoso lugar donde hemos estado. Dios quede contigo y con la señora tu hija, y si fuere menester para tu dolor, yo volveré.

Pal. Madre, yo te lo agradezco y aunque no sea menester, no nos olvides.

Cel. Eso yo lo llevo á cargo, que no he rescibido mercedes para olvidar esta casa. Señora mia Polandria, mira que te digo dos palabras.

Pol. ¿Qué madre?

Cel. Que despues acá he pensado en lo que te dije, y llevo un escrúpulo, y por descargo de mi conciencia por no ser encargo de su muerte, ni que lo seas desesperándolo del todo, que no será malo mostralle algun favor, cuando pasare por la calle y le vieres; porque hija: bienaventurados son los misericordiosos, por cuanto ellos alcanzarán misericordia; la cual no lo sería si de todo punto lo desfavoreciésemos, si á nuestra causa enloqueciese ó muriese; bien me tienes entendida.

Pol. Muy bien.

Cel. Pues con esto me voy, y Dios quede contigo.

Pol. Y contigo vaya, madre.

ARGUMENTO DE LA VIGÉSIMA PRIMERA CENA.

Celestina va á Sant Martin, y dice á Felides que tiene ganado de Polandria que le muestre favores de aquí adelante; y él le da treinta ducados, y se va; y él queda con Pandulfo y con Sigeril, pasando burlas y encubriéndose de su hecho; y introdúcense.

CELESTINA.—FELIDES.—PANDULFO.—SIGERIL.

Cel. ¡Oh hermosa astucia! ¡Oh linda cautela! ¡Oh maravillosa burla! ¿Quién como yo, supiera rodear tan bien y tan sin sospecha este negocio? Y cómo le hice entender lo que me complia, vendiéndoselo por su provecho, siendo en su daño y mi provecho. Yo me quiero ir por casa de Felides, y por ventura veré alguno de sus criados para que le diga que me conviene hablalle. Bien se me ordenará; irme hé á Sant Martin para le hablar.

Fel. Válame Dios, aquella me paresce á Celestina. Si, es ella; ella es, por nuestro Señor; ¿quién diablos la trujo por acá con tanta priesa? De ojo me hace; algo de bueno debe haber; en Sant Martin se mete; ir quiero allá. Mozos, tenedme guisado de comer, en cuanto llego aquí á Sant Martin á rezar ciertas devociones.

Oh madre y todo mi bien, ¿qué buena venida es esta? que por Dios, cuando ví asomar tan reverenda persona por la calle, sin conocerte, un sobresalto me dió el corazon, y no debe de ser sin causa, que mi alma y tu gesto conforman con mi sospecha.

Cel. Por cierto, señor Felides, con toda tu hacienda no me pagases, si con la obligacion del amor no supliese la paga; no lo que por tí he hecho, mas la cautela y arte que tuve para lo hacer.

Fel. Díme señora y madre mia, lo que es, que no quiero yo que el amor excuse la paga de tu trabajo. Porque así como tú lo debes al amor que me tienes lo que haces, debo yo la paga á la obligacion de quien soy.

Cel. Hijo señor, tú dices como quien eres, que las mercedes más acatamiento han de tener á quien las hace que á quien las rescibe, como pues, lo sintió aquel rey Alexandre, ejemplo de liberales, cuando pidiéndole un pobre miserable limosna, le dió una ciudad. Así que, hijo, parésceme que ya yo puedo aprender de tu saber, por cierto, segun sabes todos los términos de fortaleza, que pienso que sabes de coro todas las obras de Aristóteles, y en más tengo sabellas ejercitar

que hacer; porque hijo, no es sabio el que mucho sabe, mas el que obra como sabio. Así que de hoy más, yo quiero dejar para tí el obrar y para mí el hacer; pues todos de tí podemos aprender. Ya voy, por Dios dalle gracias porque tal saber y juicio te dió en tan poca edad, donde pocas veces sin experiencia y madura edad se halla decir y hacer, pues como dice el proverbio: que es para buenos; y así me paresce por cierto á mí, pues en tí se conoce la experiencia; y pues tan bien tienes sabidos los términos de la liberalidad, yo me puse á decir lo que no sabes de lo que yo sé que traigo hecho en tu servicio.

Fel. Dí madre, que con deseo de oirte no tengo entendidas tus razones.

Cel. Buen disimular es ese, aun pesaria al diablo si hubiese sido vana mi retórica.

Fel. ¿Qué dices, señora?

Cel. Hijo, que alabando tu liberalidad y saber, hacella conforme á quien la haces y no á quien se hace, dijiste; he estado encareciendo y autorizando lo que se debe loar, pues yo, mal pecado, no tengo fuerza para más, y como estás trasportado en tus pensamientos, y con razon en verdad, no me has entendido y si servido eres, yo te tornaré á referir mi oracion.

Fel. Madre, yo te tengo entendida; que burlando te lo dije, para que me dijeses con brevedad lo que deseo; que como tus palabras no sean locas, cree, que no serán mis orejas sordas.

Cel. Así lo creo yo, señor; que como en todo eres fuerte que sojuzgarás tu voluntad y te vencerás, pues esta es la mejor fortaleza de todas, como tú mejor sabes; y dejando esto por concluido, yo fuí en casa de su madre de Polandria.

Fel. ¿Qué fuiste, madre?

Cel. A la fé, que fuí yo y no otra.

Fel. Ven acá, que te quiero abrazar mil veces, que con tal entrada no pueda haber mala salida.

Cel. Señor, pues no me abrazes tanto ni me beses los carrillos, que mal pecado, ya sabes cuán peligroso es el pajar viejo cuando se enciende, especial si el fuego es grande como el de tu hermosura.

Fel. Madre, por me reprender que no te beso las manos por tan gran merced, creo dices eso, y tienes razon, y dámelas acá y besártelas hé.

Cel. Esas aguardo yo para besar á tí por las mercedes que espero, y no me atajes hasta el cabo, que has de saber que hallé á su madre Paltrana, mala en la cama; y como dice el proverbio, con lo

que Sancho adolece, Domingo y Martin sanan; que quiere decir, que con su mal alcanzamos tú y yo el principio de la salud, porque has de saber que me hice física y me aproveché de mi saber, porque como sabes cuando fueres á Roma vive como romano; ya tentéle los pechos y la barriga y allá le hice entender que los tenia mejores que su hija, que no lo puedo más encarecer, teniéndolos mas flojos que dos madejas sin cuenda, y la barriga como un reclamo; mas desnudéme de verdad por vestirla de lisonja para ganalle la boca y ponelle freno con que le hice hacer corvetas. Y sobre esto fué la segunda parte de mi sermon, todo de santa doctrina pregonando vino y vendiendo vinagre, de suerte que por gran privada suya, mandó á su hija y á su doncella que me llevasen al jardin á recrear y comer fruta y sobre tan buena comida, ya tu puedes saber si seria sabrosa la fruta.

Fel. ¡Oh, singular mujer! ¡Oh, astuta y sabia cautela! No me digas mas, que perderé el seso con oirte.

Cel. Bien librada estaba yo, si tú no lo tuvieses ya perdido.

Fel. ¿Qué dices madre? no hables paso que con trompetas queria que se pregonāsen tan gloriosas nuevas.

Cel. No digo, señor, sino que no fué mi tiempo perdido, que supe así rodear mis lisonjas con la doncella suya que á la verdad, es graciosa y hermosa, que la hice pasear y quedéme con Polandria sola.

Fel. ¿Qué me dices? que sola la tuviste, ¿es posible?

Cel. Alacé sola, y díjele tales razones con que por evitar prolejidad, queda de suerte que temo será de hoy más otro rostro y favor que hasta aquí. Mira si es harto para la primera vez.

Fel. ¿Qué paga? yo no tengo con que te pagar tan gran bien y por tu vida, madre, que no me hables en prolejidad en cosa de mi señora, sino que me lo cuentes todo por extenso lo que con ella pasaste.

Cel. El harto del ayuno no tiene cuidado ninguno. Caro me costaría á mí tanta prolejidad.

Fel. ¿Qué dices, señora?

Cel. Señor, que no quieras por agora saber mas, porque hasta llegar á este fin todo fué rigor para contigo. Bástete saber que el fin fué bueno, que es hora de tornar á mi casa, que tengo como te dije, ganado nuevo y malo de guardar; que yo tornaré allá muchas veces como está acordado y otras veces nos veremos y no lo quieras todo junto. Y la verdad ès hora de

comer, y mal pecado, cuando fuere á casa si viene á mano, no habrá que comer ni cuidado de se haber traido.

Fel. Qué ¿Háte de faltar de comer agora ni en toda tu vida? Pues para ese sobresalto envia por racion cada dia á mi casa.

Cel. Señor, bésote las manos por la merced, y mejor seria secretamente que me la hagas en dineros, porque no barrunten en casa de Polandria, ni tus criados menos, no hayamos de reñir sobre partir la ganancia, como con los mozos de Calixto dicen que me acaeció, cuando me costó no menos que la vida.

Fel. Muy bien dices, madre, y así se hará, y quiero ver si tengo aquí algo en esta bolsa que para jugar traigo. Ello es poco, mas como por señal lleva esas treinta doblas; y el casamiento de tu criada no se deje de buscar marido, y tenlo por cierto.

Cel. Señor, por señal y por paga la recibo yo esta merced y bien me parece que oiste el ejemplo de Alexandre.

Fel. Madre, no hables en eso que me corro, que tú verás lo que yo haré adelante, y acaba tu razon.

Cel. Señor, por mi vida, que hasta traerte mejores nuevas se quede; y báste-

te que por las obras quiero que me conozcas que yo soy muy enemiga de palabras, y ellas sean testigos de mis servicios y tus mercedes. Y no gastemos tanto tiempo juntos, que despertemos al que duerme, pues que sabes que quien no asegura no prende. Déjame tú errar ó acertar esta tela que tengo tramada, y engáñate por mí, que á osadas que no te engañes.

Fel. Madre, hágase como tú mandas y abrázame, y Dios vaya contigo, que no te quiero ser mas enojoso.

Cel. Y quede contigo, y pásame por la puerta esta tarde, muy gentil hombre cual yo te pinté y tú lo eres, que no puse nada de mi casa.

Fel. Déjame el cargo, y yo me voy. ¡Oh, bien aventurado Felides! ¡Oh, excelente mujer Celestina! ¡Oh gozo tan grande que temo con él no perder el seso, y olvidar con perderlo lo que gané en habelle perdido! Mozos, mozos.

Sig. Señor.

Fel. ¿Comeremos ya?

Sig. ¡A buena hora, par Dios, señor! Por nuestro señor, que están tan secos los capones, y que pienso que no están para comer segun ha tardado.

Fel. ¿Qué hora es?

Sig. Señor, la una es dada.

Fel. Válame Dios, no sé como me he descuidado, hora pues, sus, comamos: que el mejor comer y la mejor hora, es cuando hombre lo há gana.

Sig. ¿Y cuándo los otros la tienen perdida?

Fel. Qué necedad, ¿tengo yo de comer por tu voluntad ó por la mia? Llámame acá á Pandulfo.

Pand. Señor ¿y no me ves?

Fel. Por nuestro señor, no te vía. ¿Pues, tenemos mas de lo pasado?

Pand. Con los nuevos terceros los viejos se te han olvidado; pues voto á tal, que yo aun parte tengo en el concierto.

Fel. ¡Como que te olvidare por cierto, Pandulfo! Tal no haré yo, ni aun tengo olvidadas las razones que me avisaste para escribir.

Pand. Pues búrlate tú señor, que yo te prometo que no yerres si tomáres mi consejo.

Fel. Yo te prometo que si otra carta escribo, que yo te la encomiende á tí y para en señal de lo que te tengo de dar, toma esa pechuga de capon, y dale tú Sigeril, una vez de vino con mi copa y de mi vino.

Pand. Quieres decir, señor, que sobre

el buen comer el ajo; pues déjame el cargo que por tu vida, que yo te haga que mientes y aun me ayunes la víspera, mejor que la de santa Celestina, liberanos domine, y que tú me digas alguna vez: te rogamos audi nos.

Fel. ¿Pasas por la santidad de aquella buena mujer?

Pand. Buen disimular es ese.

Fel. ¿Qué dices?

Pand. Digo, señor, que á otro perro con ese hueso.

Fel. ¡Cómo eres malicioso!

Pand. Lo que con los ojos veo, con los dedos lo adevino, ¿para qué es eso señor? á perro viejo nunca le digas cuz, cuz.

Fel. ¿Por qué dices eso? mira no digan por tí y mí, que escudero pobre rapaz adevino.

Pand. Yo, señor, me lo querria ser; mas mal pecado, ya tengo edad para saber yo cuántas son cinco. Mas paréceme que no sin causa fuí contigo, cedazuelo nuevo tres dias en estaca, ya me traes sin tocinos y sin estacas, que no te acuerdas si soy nacido, y teniéndome delante preguntas por mí, y así la realez de las cosas es madre de admiracion, salvo si te quieres tornar beato con las predicaciones de Celestina, y si te ha tomado

por testigo de abono para canonizalla por santa. Y á buen entendedor pocas palabras; y no me tengas, señor, por bobo, que yo te entiendo y tú me entiendes; mas ya sabes que no hay peor sordo quel qué no quiere oir. Mas refran viejo es, que de fuera venga quien de casa nos eche.

Fel. Deso estarás tú seguro, que á buen sueño suelto puedes dormir, y yo con descuidarme con el cuidado que del mio has tomado. Y con esto, alza esta mesa, que yo me voy á reposar; y para despues á la tarde, aderézame el caballo overo con un jaez blanco. Y tú, Sigeril, aparéjame el vestido frisado acuchillado sobre tela de oro, que quiero dar una vuelta.

Pand. Alguna buena nueva hay.

Fel. ¿Qué dices, Pandulfo?

Pand. Digo, señor, que no hay vuelta sin revuelta. Que la revuelta que contigo traes, te hace dar estas vueltas; y tantas daremos á la noria, que salgan llenos los arcaduces.

Fel. Así plega á Dios, y quédate con él, que me voy á reposar. Y dame aquella vihuela y diré un villancico que hice esta noche.

Sig. Señor, héla aquí.

Fel. Pues oye.

VILLANCICO.

Llorareis mis ojos tristes
Vuestro mal, no por cruel,
Mas por la tardanza dél.

Sig. Singular es, par Dios, señor.

Fel. Pues oye las coplas.

Llorad del mal que perdistes,
Y no se puede cobrar,
El tiempo que sin penar
Por amores estuvistes:
Y vereis sino lo vistes,
Que en mi mal no hay mal por él,
Sino es la tardanza dél.

Sig. Oh, que apropósito del villancico es la copla.

Fel. Oye.

El tiempo que no gastastes
En servir á quien servistes,
Todo aquel tiempo perdistes,
Cuando en servilla ganastes;
Pues que perdistes aquel
Que no penastes en él.

Sig. Más perdido es, señor, el que dejas de trovar, pues tambien lo sabes hacer.

Fel. Hora oye y calla.

No hallo tiempo ganado,
Sino es el tiempo servido.
Que lo más todo ha pasado,
Sin pasar, pues es perdido,
Sin vivir habeis vivido
Todo el tiempo que con él,
Vivistes sin pena en él.

Y toma allá esta vihuela, que me entristece la música más de lo que yo estoy, y véte.

Sig. Par Dios, señor, de aquí á mañana me estuviera oyéndote. Mas bien es que descanses, y yo me voy.

ARGUMENTO DE LA VIGÉSIMA SEGUNDA CENA.

Celestina vá á su casa y muestra á Elicia las doblas. Y en esto Palana llama á la puerta; y sobre celos de Pandulfo, deshónranse todas tres, y dánle de chapinazos y de palos con una rueca, y los vecinos las desparten, y ellas se van á un monesterio; y introdúcense.

CELESTINA.—ELICIA.—PALANA.—VECINAS.

Cel. Ta, ta.

Elic. ¿Quién está ahí?

Cel. Abre hija Elicia, que yo soy.

Elic. Par Dios, madre, á buena hora vienes; mas nunca debieres, par Dios, venir acá, que en mi alma, transida de hambre estoy.

Cel. Ay hija, poco cuidado tienes de lo que yo iba para quien le cumple. ¿Paréscete hija, que es cara tardanza la que nos ha dado treinta piezas de oro despues que de aquí salí? tú no miras á mañana; sabe hija, que no he andado holgando, ni eres más de hueso y carne que yo lo soy.

Elic. Ay tia, señora, ¿y dónde hubiste tanto bien?

Cel. A la fe, hija, de mi oficio, y no aprendas, y ándate ahí con tu Crito acues-

tas, que al cabo de diez años te da dos doblas.

Elic. Hora tia, comamos, y déjate de eso; que ya sabes que nunca fuí aficionada á ese oficio, sino á ganar dos doblas, y comellas con uno ó con dos amigos, á mi contentamiento.

Cel. Hora hija, pasarse há la mocedad, y cuando viniere el tiempo que des los cañibetes, entónces tú te acordarás de mí; mas dejemos esto y comamos, que transida vengo de sed.

Elic. Madre, como dicen bebe á cortesía, que no has comido bocado y has bebido tres veces.

Cel. Hija, por tu vida, que no me estés contando las veces, pues yo no te arriendo los escamochos, que pocas veces me verás, hija, rifar sobre el pesebre; que por mi vida, que no te sabe á tí peor que á mí.

Elic. Madre, no te enojes, que no lo digo por tanto; que en fin, bien sabré beber agua si fuere menester.

Cel. Ya lo digo, que por mi vida que no lo bebo yo todo; y callémonos no nos oyan reñir sobre el beber. ¿Oyes que á la puerta llaman? mira quién es.

Elic. ¿Quién llama ahí?

Pal. Yo soy, que quiero dos palabras á la señora Celestina.

Elic. Tia, en mi ánima, Palana está allí que te quiere hablar.

Cel. ¿Quién es Palana?

Elic. Oh Jesus, madre, qué mala memoria tienes, ¿tú no oiste el otro dia hablar de una ramera que está por Pandulfo el mozo despuelas de Felides?

Cel. ¿Pues qué quiere ella en mi casa?

Elic. Por Dios, no sé más, en mi alma, que aunque pasa ya de sus treinta y cinco años, unas colores trae, que de dos dedos en alto trae los carrillos almagrados y otro tanto en albayalde.

Cel. Por Dios que estamos buenos; dile, hija, que se vaya con Dios, que no son tales mujeres para entrar en mi casa. ¡Dios, que eso es lo que yo ando á buscar para aprobar mi persona!

Elic. Señora Palana, que está mi tia ocupada, que no puedes al presente estar con ella.

Pal. Buen disimular es ese, hermana: á quien cuece y amasa, nunca le hurtes hogaza, que viejo es Pedro para cabrero, por mi vida.

Elic. Válala Dios, ¿y ella que há, hermana? véte con Dios, que no te entiendo esa algarabía.

Pal. Tú me entiendes, y aun el que tienes allá yo le tengo bien entendido.

Elic. Hay tal cosa en el mundo ; andad, andad hermana con Dios, que no son parà mí esas roncerías, que ni te entiendo ni sé qué dices.

Pal. Gentil cortesía de señora; despues que ha hecho sus mangas, presume agora de muy dueña.

Cel. Hija, deja esa borracha, y déjate destar con ella: acullá fué, mas acullá vino desde la ventana, que no es tu honra ni mia.

Pal. Mujer honrada, no llameis á ninguna borracha, que aquí no hay borracha ninguna, y dejaos deso y echad acá ese galan que teneis allá encerrado.

Elic. ¡Al diablo la deslabada, y mira qué dichos! Por mi vida, doña puerca, sucia, que si de ahí no os is, y'os haga castigar como vos mereceis, ¿y qué gentil hombre habeis visto acá? mirad, por vuestra vida, quien tal oye á la bagasa y creello há.

Pal. Vos sois la bagasa y la puerca, que yo soy mujer tan honrada que no me mereces vos descalzar; ¿y quién me habia á mí de castigar? ¿vuestro rufian Crito, ó Pandulfo el que agora tienes allá metido? pues y'os prometo que tan enhoramala allá lo tienes.

Cel. Jesus, Jesus; tú no has entendido

esta trama que trae esta huena mujer, que piensa que le tienes acá su rufian, porque le deben de haber dicho que ha venido aquí dos ó tres veces. ¡En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, con tal testimonio! Jesus, Jesus, líbreme Dios del diablo y de tal testimonio, ¿habeis oido que maldad? andad, andad, mujer de bien, que en mi casa no se acostumbran esas rufianerias, que mujer soy, que del rey abajo pueden entrar en mi casa sin sospecha desas bellaquerias; que ni conocemos aquí á Crito ni á Crita, ni á Pandulfo más de por criado de Felides, que es un honrado caballero: ¿habés hora mirado, con qué se viene allegar gente la deslabada, sucia, desvergonzada, y qué osadía y qué atrevimiento?

Pal. Ay, Celestina, y quien la oye: como sino conociésemos su labia y sus palabras.

Elic. Borracha, bellaca, establera, ¿con mi tia os habés de igualar? landre mala me mate, si nos hago cortar las narices, doña puerca bagasa.

Pal. ¡Mirad, que condesa Celestina, para no se igualar con ella! Vos sois la puerca y la bagasa, y callad y meted la lengua donde sabes, que vuestra cabeza guardará la mia. Verés vos la duquesa, que ame-

naza con sus caballeros, que cortará narices.

Cel. Mírame acá, dueña, para esta y por los huesos de mi padre, que vos me lo pagueis y que y'os haga cruzar los hocicos, porque pongais vos lengua en tal mujer como yo.

Pal. Mirad, por mi fé que no la habia conoscido, en mi alma, que es la señora Celestina, la de la cuchillada, la que dice que me la hará dar. Señora, perdóneme vuestra merced, que no la habia conoscido.

Elic. Dó al diablo la establera, mala muerte muera, si cabello en la cabeza te dejo, y los cascos á chapinazos no le quiebro.

Cel. Torna acá, Elicia, no te iguales con esa borracha.

Pal. Celestina, con lo que vos bebés, me emborracho yo.

Elic. Aguarda, doña bagasa.

Vecinas. ¿Y eso señora Elicia? ¿y tu seso? ¿y con esa te habias tú de igualar?

Elic. Dejadme, dejadme castigar esa bellaca ramera, sucia establera, ¿y con mi tia se há ella de igualar?

Pal. Vos sois la ramera y la establera, que yo limpiamente y público vivo de mi oficio, y no ganando dineros secretos

como vos: yo soy tan buena como vos y mejor.

Cel. Déjala, hija, que dice la verdad: que Séneca dice, que estonces es la mujer buena cuando claramente es mala.

Pal. Callá vos puta vieja, que estais predicando de la ventana, al cabo de ochenta años de alcahueta.

Elic. Oh, la bellaca; déjame, déjame, señora.

Pal. Seme testigos, que me arrojó el chapin y me ha descalabrado con él.

Vecinas. Anda en mal punto, ¿y con Celestina vieja honrada te has de tomar?

Pal. Como sino supiésemos aquí quién es Celestina, á cabo de ser coronada tres veces por alcahueta.

Cel. ¡Oh, mala mujer averiguada!

Vecinas. Y eso madre, ¿tu seso dónde está?

Cel. Déjamela, déjamela, que por el siglo de mi padre, de hacelle pedazos esta rueca en la cabeza.

Elic. El diablo me lleve, doña puta, si pelo os dejo en la cabeza.

Pal. Justicia, justicia, que me matan y me han descalabrado.

Vecinas. Hora no mas, y métete tú madre en tu casa, y tú Elicia.

Pal. Señores, sedme testigos como me

han mesado y quebrado las ruecas en la cabeza.

Vecinas. Hora, anda amiga con Dios y toma tus lados, que en mi alma que pensé que eran tus cabellos, hasta verte la motila de fuera.

Pal. A aquella justicia me iré bramando como una leona, porque sobre cuernos penitencia.

Cel. Andad, andad, doña borracha, que no os habés de igualar con tal mujer como yo, que no es eso nada, que por los huesos de mi padre, que y'os haga hacer un castigo que sea sonado, y para otras borrachas escarmiento.

Vecinas. Jesus, ¿y qué ha sido, comadre, esto?

Cel. Mi desdicha, que en este mundo ni en el otro me deja. ¡Desventurada de mi, que negro dia fué que yo nascí!

Vecinas. ¿Y eso comadre? Por Dios no te abofetees ni meses, mira la autoridad de tus canas.

Cel. ¿No tengo de sentir, que una bellaca me levante que tengo rufianes en mi casa, viviendo como santa Catalina, y lacerando y pasando hambre y sed, para sostener mi honra, y que hoy venida y crás garrida? ¡Plega á tí señor que estás en los cielos, que en poder de justicia vea yo

aquella bellaca que tal me ha levantado! !Hombres diz que tenemos encerrados! vecinos honrados, entrad en mi casa y buscaldo, para que se sepa si tengo hombres escondidos, que por el siglo de mi padre, mi honra ponga en la vida de aquella borracha deslenguada.

Elic. Calla tia, señora, que en fin yo te prometo, que si marina bailó que tomó lo que halló, que cosa no le dejê en la cabeza sana, ni le dejé con los chapines y la rueca. Y enhoramala porque no tenia cabellos, que como me dejó las guedejitas que traia la borracha, á cabo de su vejez, en las manos me dejara los cabellos, si los tuviera.

Vecinas. En hora negra, que una oreja medio la dejaste arrancada.

Elic. Más quisiera podelle arrancar ambas y aun las narices.

Vecinas. Hora, tia señora, tócate; y tú Elicia, métela en casa; y bien será iros á alguna casa ó monasterio hasta que se asiente esto, que aquella mujer de bien no va en son de parar hasta dar queja.

Cel. No soy mujer que tengo de salir de mi casa por tan poca cosa.

Vecinas. Sí, mas todavia es bien porque la justicia, en fin, no mira tan por el cabo las cosas

Elic. Bien dicen las vecinas, madre; por tu vida, que nos vamos á santa Clara que es monasterio de dueñas, y allí estaremos más á nuestra honra.

Cel. Pues te paresce hija, toma tu manto y cierra esa puerta y vamos. Y señoras, pídoos por merced que mireis por mi casa, que poco durará esta ausencia.

Vecinas. Pierde cuidado tia; Dios vaya contigo.

ARGUMENTO DE LA VIGÉSIMA TERCERA CENA.

Elicia dice á Celestina como viene Areusa á vellas; y tras ella viene Pandulfo, y luego Felides; y Pandulfo y Sigeril burlando dél, de que habla en seso con el senado de Celestina, y toma á cargo de delibrarlas con la justicia; y hácelo así, enviando la respuesta con Canarin su pajecico; y introdúcense.

ELICIA.—CELESTINA.—AREUSA.—CENTURIO. FELIDES.—PANDULFO.—SIGERIL.—CANARIN.

Elic. Madre, bien dicen, échate á enfermar y sabrás quién te quiere bien y quién te quiere mal. Que he aquí donde viene Areusa, y cuán desahilada viene.

Ar. ¿Qué es esto, madre? que toda vengo sin huelgo, cuando me dijeron que te habian visto venir de priesa tú y mi prima y que quedábades en santa Clara.

Cel. A la fe, hija, los malhechores no es cosa nueva andar por iglesias. ¿Parécete que estoy bien librada, al cabo de mi vejez, andar en tales pasos?

Ar. Ay madre ¿qué ha sido esto? que desde la calle del Arcediano vengo los chapines en las manos, por venir más apriesa.

Elic. Y cómo prima, ¿y tú no lo sabes?

Ar. No sé más, de como os vieron venir como quien viene á ganar beneficio.

Elic. Ay prima, si tú hubieras visto en la escarapela que nos hemos visto, más con razon dijeras lo que dices.

Ar. ¿Y qué escarapela?

Cel. Qué demonios de escarapela, que no fué nada, hija, sino que una borracha vino á mi casa y no sé qué deshonestidades me dijo y quebréle una rueca en los cascos y dijéronnos que daba queja; y yo habia de venir aquí á rezar ciertas devociones, y traje conmigo tu prima, que ni hay porqué estar aquí, y todo no fué nada.

Elic. A osadas, madre, que no fué nada! Por tu vida, prima, que sobre echalle los tocados en el suelo con la cabellera, los chapines le deshice á chapinazos, y las orejas le dejé medio arrancadas, y dice mi tia que no fué nada.

Cel. Alacé hija, no fué nada; pues no dejó allí las narices y aun la vida, segun lo que merescia.

Ar. ¿Y quién era la señora?

Elic. Por cierto, vergüenza es de decillo por no ensuciar mi boca en nombralla, como ensucié mis chapines en castigalla. Hi, hi, hi.

Ar. ¿Y de qué te ries?

Elic. De que no puedo dejar de reirme de ver la borracha cómo venia con sus guedejitas á los lados, y sus dos dedos de color mal puesta en las mejillas, que no parescia sino unas santas viejas mal envarnizadas, y cuando no me cato, víla con su motila de fuera y los cabellos rubios, sin tocas, por ese suelo pisados de cuantos allí andaban.

Ar. ¿Y quién era ella?

Elic. Quién diablos podia ser sino aquella rameruela borracha de Palana.

Cel. A osadas, no enoramazas, rameruela. Llámola yo rameraza, y más que rameraza.

Ar. ¿Quién, Palana, la cantonera de cuatro maravedís, que vive á la cal nueva?

Elic. Esa misma y no otra; y aquí viene Centurio que la conocerá mejor.

Ar. En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. ¿Y dónde estaba vuestro seso cuando en tal puerca ensuciábades las manos? á tal borracha mandalla matar á palos á dos acemileros.

Elic. Ay prima, ¿y cómo dices eso? y aun por Dios, paciencia nos puso ella para aguardar eso.

Cen. Oh despecho de la condicion. ¿Y qué ha sido lo que ha pasado? que reniego de la leche que mamé, sino preciára

más llegar á tiempo que cuanto tengo, para cortar el gesto á aquella borracha bellaca, de Palana.

Elic. ¿Y tú, señor, has sabido lo que fué?

Cen. ¿Qué fué? fué, juro á la santa letania, que no he dejado botica en todo el burdel que no he buscado aquella bellaca, y aun voto al santo martilojo, que este guante de malla me calzé para dalle dos pares de bofetones; por no ensuciar las manos en aquella puerca; que las tales no se han de castigar sino de pomo de espada ó tanto del bofeton de guante hasta hacella escopir la malla á vueltas de las muelas y dientes.

Elic. ¿Dónde lo supiste, señor?

Cen. Déjame, pesar de los moros, que estoy para me ahorcar. ¿Y tú madre, habias de poner manos en tal borracha?

Cel. Hijo, por tu vida, que me hizo salir de seso; que bien veo que fué desatino una mujer como yo, ponerme á castigar tal puerca.

Cen. Burlando dices desvario; hora sus, sus, no se hable más en esto, que ello se hará lo que se ha de hacer para castigo de una y escarmiento de muchas tales bellacas, borrachas, puercas, sucias, estableras, como aquellas y otras tales.

Elic. Yo te certifico señor, que ella queda bien castigada de mis manos.

Cen. Hora, que ello se hará lo que se ha de hacer, no se hable mas en ello, que hé aquí donde viene el señor Felides. Acá debe de venir.

Cel. Debe de haber sabido lo que pasa, y mal pecado, como yo fuí muy querida de la señora Sebila, viéneme á vesitar y ver lo que he menester, que para esto son los buenos en el lugar. Mi señor Felides, bien dice el proverbio: échate á enfermar, y sabrás quien te quiere bien ó quien te quiere mal; bien empleado es el servicio en tales personas, donde las mercedes no tienen descuido en todo tiempo.

Fel. ¿Qué há sido esto madre? que en saliendo de mi casa me dijeron no se qué, y derecho he venido á ver lo que mandas.

Cel. Señor, no fué nada, ¿qué habia de ser sino cosas de mujeres? Mas á osadas, hijo Pandulfo, que nos ha costado caro dos veces que en mi casa has entrado, que la fama que hemos sacado, en el dedo la ataremos.

Pand. Señora, disimuláras tú con aquella puerca, y dijérasmelo que yo la castigara como ella merecia.

Cel. A osadas, mi amor, ¿cómo dices tú

disimuláras? ¡Y aun ese lugar nos dió ella para disimular!

Fel. Madre, no se hable por Dios mas en esto, que por Dios paresce poquedad mujer tan honrada como tú, que se diga que tiene diferencias con tal, como Palana.

Cel. ¿Diferencias, señor? ¡Bien librada estaba yo, por tu vida! Más olvidada la tengo ya que la primera camisa que vestí. Yo la perdono señor, porque ya sabes que nuestro Redentor nos manda, que si nos dieren una bofetada que paremos el otro carrillo.

Fel. Pues, si sabias eso madre, ¿por qué no tuviste paciencia, y no ponerte aventurar tu honra á donde ninguna se puede ganar con las tales?

Cen. Porque no tuvo sufrimiento, porque cree, señor, que no hay mujer que tenga seso.

Cel. ¡Andate ahí á decir donaires, amigo! ¿No sabes tú que tras aquella hoja hay otra, donde dice el mismo señor, dar y daros han?

Cen. Segun yo he sabido no aguardaste tú á eso, porque primero diste, y nunca recebiste.

Cel. Ay hijo, entiende bien que dice, pedid y daros han. Y las palabras de aquella sucia pidieron para dalle lo que le

dieron, y mucho mas fuera su merecido.

Fel. Hora basta, que ello está bien dicho y mal entendido, que á la verdad, tú madre, tuviste poca paciencia.

Cel. ¡Oh señor, como hablas de talanquera! Queria yo que los que dicen esto, que les tocasen en la honra, para ver el sufrimiento que tendrian. Bien con razon dice Caton: que de fuera todos sabemos y á otros damos consejo, y para nosotros mismos no lo tenemos. Cree señor, que del dito al fato, que hay gran rato. No hay ninguno que no dé consejo, y pocos veo recibillo en sus cosas propias, ¿no has tú oido, que del loco al airado no hay diferencia?

Fel. Y aun por eso dice David, madre: airaos y no querais pecar, porque los primeros movimientos de la ira no son en manos de los hombres, mas la razon ha luego de señorear la inclinacion natural de la venganza.

Pand. ¡Oh, pese á la vida con tu seso y tu presuncion! ¿pues habia de parar para predicar á Celestina y á Elicia? y en la santidad de Centurio.

Sig. ¿Y el autoridad de la tela de oro en tal senado? Maldito sea hombre que así se quiere deshonrar á sí y á los que venimos con él.

Fel. Y la fortaleza en eso consiste y por esto habian los hombres de procurar habituarse á refrenar las inclinaciones; porque de la costumbre hácese hábito, y viene á convertirse en natural el tal hábito; pues quiere el filósofo, que la costumbre sea otra naturaleza.

Pand. Por cierto, ese hábito á lo menos que tú traes, no te ha hecho con toda riqueza la naturaleza de tu desautoridad, y mejor se podrá por tí decir: que el hábito no hace al monje. ¡Mira con quien habla en el filósofo! Si alegaran algun dicho de mollejon, el padre de las señoras del burdel, yo te certifico hermano, que le entendieran mejor. ¡Hi de puta qué doctor Centurio para esas autoridades!

Sig. ¿Tú no ves que la señora Celestina, sabe mucho de los efetos de natura? No tienes razon.

Pand. Mejor dijeras de los defetos; mas tambien me parece que quiere aquí filosofar como en la carta del otro dia. Pues por nuestra dueña de la Antigua, que hoy á la fuente, dí á la moza otra carta mia en su nombre para Polandria, para ver si aprovechara mas mi germanía que su filosofía.

Sig. Cata, ¿y estás burlando?

Pand. ¿Que burlo? Voto á tal y por vida

de Quincia que no burlo, sino que es así.

Sig. Pues no digas nada á Felides que se enojará; hasta ver como sale tu ardid.

Pand. Así se hará. Yo te prometo que se saque otra fruta de mis razones, que de sus filosofías.

Cel. Señor, yo te beso las manos por lo dicho, y pues lo pasado no tiene remedio, suplícote que pongas remedio en lo presente y en lo porvenir, pues somos tuyas. Y de camino no dejes de hablar al corregidor: ya me entiendes.

Fel. Muy bien, y quede Dios contigo; que yo me voy á la justicia y te enviaré luego aviso de lo que pasa, y sino se delibrare tan presto, lo cual yo no pienso sino que se hará sabido el corregidor la verdad, no es razon que estés aquí, que yo buscaré casa honrada donde podais estar mas á vuestra honrada. Y quedad á Dios, y andad acá mozos.

Cel. Señor, Dios te guie.

Elic. Bendígalo Dios, que no paresce sino un pino do oro.

Ar. ¿Burlando lo dices, hermana? Por cierto no pienso que hay tan gentil hombre como él en el mundo. ¡Y qué crespa tiene! por cierto, dél á sant Miguel ángel no hay diferencia, sino que es frio. En mi alma, perlas parecíen cuantas pala-

bras echaba por aquella boca. ¡Maldita sea la mujer que niega lo que le pide tal hombre! ¡Sino, que el vestido es mocoso y poco galan!

Cen. Ta, ta, ta; señora, que tengo celos desto, ¿y cómo, yo no te parezco mejor?

Cel. Hijo, otras cosas tienen los hombres más que hermosura, de que se contentan las mujeres; que de otra suerte bueno seria si todas anduviesen trás los mas hermosos.

Ar. Mi madre te ha respondido cuanto hay en esto. Cuanto más que bien sabes tú, que quien feo ama, hermoso le parece.

Cen. Oh despecho de la condicion, ¿que yo feo soy?

Elic. Anda señor Centurio, que en fin, virtudes son las que vencen.

Cen. ¿Y por eso fundas tú que me quiere á mí tu prima?

Ar. Alacé, más que no por tu hermosura; que en fin, aunque te quiero mucho, no dejo de conoscer que es más hermoso Felides que no tú; más así te quiero yo como á mi vida.

Cen. Tienes razon, que así habrá diferencia de lo que yo haré por tu servicio, á lo que hará Felides. Sino á las obras, crée, la noche que me mandaste aquello: ya me tienes entendido.

Ar. Ay por Dios, no me digas tantas veces eso; pues que sabes, que don zaherido, que no es agradecido; no digan por tí, que una vez que fuiste al baño, tienes que contar todo año.

Cen. ¿No sabes tú, señora, que decir y hacer que es para bueno? pues si tú me tienes por tal, déjame decir lo que quiero; porque no hay ninguno que sus hazañas las quiera meter debajo de tierra, sino que sean públicas con gloria suya, y ejemplo para los otros.

Ar. Sí, mas deja tú á otras loar tus cosas, y no les quites tú con el loor de tí mismo, la gloria que de otra boca dicha recibirán. Porque bien sabes, que ninguno en sus cosas propias es creido; y pues con las palabras de tu alabanza pones defecto en las obras que te pueden alabar, háslas tú y díganlas otros.

Cen. Señora, no dé ya la envidia de los hombres ese lugar para que yo deje ya de decir, lo que otros sé que han de callar y adelgazar.

Cel. Hijo, bien te dice; que en fin, la verdad quieren los sabios que sea hija del tiempo, y así con él se sabe lo bueno y aun lo malo. Y pues todos conocen tu valor, no hay para qué querello autorizar con palabras. Y calle-

mos, que aquí viene un paje de Felides.

Can. Señora, Felides mi señor, dice que él ha estado con el corregidor, y que ello está como debe, y que tú te puedes ir y Elicia á tu casa sin ningun temor, y que huelgues y tomes placer.

Cel. Hijo, mi amor, decid á su merced que le besamos las manos, y que plega á Dios que nos viva él mil años, que no se espera ménos de tal persona. Y andad, mi amor, con Dios, que nosotras nos vamos luego.

Cen. Hora, ios vosotras, que yo quiero ir á ver si podré topar aquella borracha para le arrancar las narices en pago de la lengua, sino se la pudiere de presto cortar.

Cel. No por mi vida, hijo; baste lo pasado.

Cen. Déjame, madre, que aun lo que me debe á mí no está pagado.

Cel. Hora, sus, díle por Dios, que no cure de tal cosa, no se borré lo bien hecho.

Ar. Ah, Centurio.

Cen. ¿Qué mandas?

Ar. No hagas nada deso, que no quiere mi tia.

Cen. Mas mejor, será sufrir que nos meen en los ojos

Cel. Por mi vida hijo, que no me hables más en esto.

Cen. Hora madre, pues así quieres, vé con Dios; y si te quebraren otro dia la cabeza, échate á tí la culpa.

Cel. Así lo quiero yo, y Dios vaya contigo.

Cen. ¡Bien tenian pensado las borrachas que habia yo de hacer algo! Mejor sueño les dé Dios, que yo por ellas le perdiera esta noche. ¡No me faltaban otros duelos! Mas ellas creido lo llevan, cual sea su salud. ¡Así yo lo hiciera! Yo querria, par Dios, ántes topar á Pandulfo para reir, de la brega de su puta, y irnos mano á maho á un bodegon donde bebiésemos el alboroque y hablásemos algarabia como aquel que bien la sabe, germanía digo; mas pues no puedo ir con él, yo quiero ir sólo á gozar de haberme librado desta trama tan á mi honra. Y sobre mi alegria doblarse há la parada; pues dicen que el vino alegra el corazon del hombre; para no haber envidia á Celestina, que bien creo yo que esta noche la venganza que no quiso que tomase de Palana, que ella la tome del jarro pues no le faltará gana.

ARGUMENTO DE LA VIGÉSIMA CUARTA CENA.

Poncia dice á Polandria que venga á ver pasar á Felides y á sus criados. Y pasando sobre ello donaires, Quincia dice que tiene la carta de Pandulfo en nombre de Felides, y léenla y búrlanse de sus necedades, y Polandria deshonra á Quincia por traer la carta; y introdúcense.

PONCIA.—POLANDRIA.—FELIDES.—SIGERIL. QUINCIA.

Pon. Señora, señora, corre, corre presto, presto, mira cuán galan viene el señor de mi requebrado. ¡Par Dios, bien vestido viene, y como galan!

Sig. Señor, señor, mira, ¿no ves?

Fel. Y con lo mucho que via, no ví como me perdia.

Pol. No ha dicho mal Poncia; ¿oiste lo que dijo aquel galan?

Pon. Señora, oílo yo y sentístelo tú.

Pol. ¡Toma en mal punto, porque digas malicias! Por mi vida, que me paresció tambien que no pude dejar de reirme. Y creo, noramala para tí, que pensó que me reia con él.

Pon. Sea para él, señora, y para mi enamorado; que pienso, par Dios, que de mí no la puede llevar buena. Mas

mira qué hablar tienen; y par Dios, que tornan.

Fel. Tú Sigeril, ¿no viste cómo se me rió mi señora?

Sig. Par Dios, señor, pues la mia no la fué en zaga.

Pon. Dentro vienen, por mi vida; ¿no ves, señora, qué reirse traen? Ay mis almas ¿cuánto, que desta hecha todo queda por vosotros? Mira, señora Polandria, que risa tiene Quincia.

Quin. Par Dios, no me rio yo deso.

Pon. ¿Pues de qué te ries?

Quin. Par Dios, ríome, que de la mesma manera del otro dia me arrojó otra carta, y porque venia mucha gente la tomé.

Pol. Al diablo esta bellaca, por mi vida no estoy sino por te quebrar esos ojos; y os los quebraré si más con cartas me venís burlando, ni de veras.

Quin. ¿Pues querias tú señora que la dejase allí para que la leyesen todos?

Pol. Sí, y no la tomar vos; ¿y qué es della? dalla acá luego.

Quin. Héla aquí.

Pon. Por cierto heciste muy bien, y como no parezcas que las tomas, muchas desas nos vengan; que cuanto más moros más ganancia para reir.

Pol. Dála acá, y rasgalla hé.

Pon. Par Dios, no rasgarás hasta que la veas.

Pol. Déjame, Poncia.

Pon. Par Dios, no te dejaré sino me prometes de no la rasgar hasta la leer.

Pol. Hora, que si prometo; y oye, que dice así: Señora de mis entrañas, y amores de mi alma.

Pon. Oxte mi asno.

Pol. Hora, yo me maravillo de tan gran necedad, oye: ahí te envio mi corazon pintado en esa carta, atravesado como lo verás con esas saetas, que tal me tienes tú á mí el mio, mi alma.

Pol. Quincia, esto bien lo entiendes tú.

Quin. Por Dios, señora, ya me parescen otras razones que las retólicas del otro dia.

Pol. Hora, pues, oyelas que para tí son. Y señora mia, tú eres la que mis entrañas puedes sanallas, y pues tu beldad me hirió, sáneme tu piedad. ¡Ay corazon, que me muero! ¡ay entrañas, que me fino! ¡ay mi alma, que me matas! Como lo dice esa copla:

Eres tan hecha de flores
Y de perlas y azucenas,
Que me ponen mil dolores,
Que me ponen más temores,
Que me han de matar tus penas.

Linda dama en perfeccion,
Sabida entre las discretas,
Ves ahí mi corazon,
Como está tan sin razon
Pasado con tres saetas.

Pol. Mal año para tí, doña puerca, que esta carta sea para mí, que sus razones dan la razon de las razones que tú entiendes en la lengua de Pandulfo, ó de otros tales mozos despuelas como él. Que la razon de mis pensamientos bastaba á ponella en la lengua, aunque faltára en el saber.

Pon. Quieres decir, señora, que tal para tal, y Pedro para Juan.

Pol. Mira qué haré; Felides loco es y majadero en tener tales pensamientos, si los tiene, digo; mas si él la escribió, ni escribiera tales necedades que me maten, porque el instinto de su linaje y casta, supliera lo que la razon para escribir faltára; sinó que aquel Pandulfo ú otro tal, dió á esta bellaca esta carta, y para tener forma de la ver, dijo que era del otro cuitado. ¡Y aun cierto, las razones de la del otro dia y las desta, todas se quieren parecer!

Pon. Señora, ¿segun eso no te parecieron mal?

Pol. ¿Por qué me habian de parescer

mal si ellas eran buenas? Parésceme mal la locura de su dueño, mas las razones no dejan de ser buenas, cuanto estas son nescias. Y tómala allá y rásgala, que aun esa honra no quiero yo que reciban de mis manos tales necedades. Y anda, súbete allá, y no me vengas más con esas embajadas; y cierra esa puerta y véte. ¿Hora pasas, Poncia, por tales badajadas? Crée como crees en Dios, que aquella carta es para aquella rapaza, y ella tuvo buena manera para vella.

Pon. Sin duda no es otra cosa.

Pol. ¿Quiéreslo ver? pues si miras en esto, no tenia más que ver la letra desta con la del otro dia, que yo con el rey.

Pon. Par Dios, señora, que es verdad: questa parescia de rapaz aprendíz, y la otra de galan, y muy sueltamente escrita; mas es el mayor donaire del mundo.

Pol. ¿Hora has visto cómo quiso sacar las castañas del fuego con la mano del gato la señora Quinzuela? ¿si hallaba otro sacristan ó monacillo para leella más á mano que á mí? ¿pasas por tal cosa?

Pon. Paso, porque no se te pasa cosa por alto.

Pol. A lo ménos las razones desta carta no pasarán por alto.

Pon. Par Dios, señora, que traen es-

crito en la frente el mozo despuelas. ¿Más qué placer seria para Felides si supiese que tales razones te habian dado en su nombre?

Pol. Antes era mejor para él, para darme á entender que á mi causa habia perdido todo el saber y seso, segun que con tal testimonio se probaba, habiéndola él escrito. Mas dejemos las burlas y tomemos las veras, y debajo de todo secreto y en confision tomarás lo que te dijere.

Pon. Señora, con tal confianza puedes darme tu corazon y yo recebillo con la condicion con que lo dás; puesto que los sabios niegan esto del secreto, porque dicen: ¿que cómo piensa ninguno que otro le guarde el secreto que él á sí mismo no puede guardar?

Pol. Yo estoy en eso al contrario; porque nunca fio ninguno de otro gran secreto sino de una de dos maneras, ó debajo de ley de amistad ó con pasion, la cual no le dá sufrimiento á podella encobrir. Si por la primera manera el amigo, como tal, descubre su secreto al amigo, créeme, que no ménos está obligada la verdadera amistad á no encobrir secreto al que toma por amigo con verdadera amistad, que á encubrillo el que lo recibe con tal ley de amigo. Porque no es justo que el amigo

encubra cosa á su amigo, ni por la misma razon descubra el amigo lo que se le dijo, no como á persona apartada, mas como á uno, como han de ser los verdaderos amigos, una cosa. Pues lo que se descubre con pasion, como dije, la misma razon la dá para guardar el secreto: porque el que lo rescibe, la pasion que tuvo el que se la dijo para descubrille su secreto, se vuelve al que lo rescibe en razon, para no lo descubrir. Así que, no tuvieron razon á mi ver, los que dijeron, que cómo quiere ninguno que otro le guarde el secreto, que él á sí no supo guardar secreto, por las razones dichas; como yo por ámbas, así de la amistad que me tienes y te tengo, como de la pasion que para descobrírtelo me fuerza á te decir, lo que agora sabrás. Y es, que de la gloria que se gana en forzar con la razon lo que quiere el natural deseo, no quiero que falte testigo de mi victoria, para con acrescentarse con saberlo tú, se esfuerce mas la razon de resistir al deseo. Porque créeme, Poncia, que pocos habria que con esfuerzo aventurasen las vidas, si pensasen que solos ellos habian de ser testigos de la gloria de sus hazañas, mas por la estimacion que acerca de la gloria de osar ganan acerca de los otros, ó de la mala estimacion de no servir con la

vida á la fortaleza de osar, por razon de temerse, disponen el sacrificio de las vidas por las honras. Porque yo te certifico, que si esto asi no fuese, que no aguardára Lucrecia á sellar su castidad con el cuchillo, delante los deudos, pudiendo sacrificarse tanto antes, despues de la fuerza del superbo Tarquino, y por esto quiso lo mortal posponer á lo inmortal, así acerca de los hombres en la fama, como acerca de Dios para gozar de su gloria. Y porque yo no la pierda en ámbas partes, ya que con Dios tengo complido, como quien sabe y conosce los corazones, quiero complir con los hombres diciéndote á tí lo que siento, para que mi muerte quede en testimonio de mi limpieza, y tú publiques este secreto para testimonio de mi fama. Y para esto sabrás, que ni la hermosura y gracias de Felides, tienen perdida su fuerza natural en mí, ni mi conoscimiento ni la obligacion de mi limpieza, tienen perdidas las fuerzas de su obligacion para resistirme á mí de mí. Créeme Poncia, que ni el fuego de la sinrazon de amor deja de abrasar mis entrañas, ni el mayor de sacrificarme á la honra, de encender en el alma con mayores llamas mi corazon. ¡Mira con cuánta fuerza se hace aquella, con que mi limpieza resiste al

deseo de podella ofender! Llora mi pena, gózate con mi gloria, espántete mi dolor, admírete el resistillo, maravillete cómo amo á Felides, y más cómo me desamo por resistir el amor. Mira cómo el cuerpo sacrifico al deseo, mas el alma á la fama de mi honestidad y limpieza. Mi mal has oido, tu consuelo espero, no en lisonjas, pues ni de tu parte se me deben, ni de la mia se sufren. Díme tu parecer en lo que debo, no conforme al mio en lo que desea, mas en lo que aborrezco á mí por desealo, para ménos lo hacer.

Pon. Señora, yo te beso las manos por la confianza que de mí haces, y pésame de lo que dices, no tanto por lo que siento por la razon de lo que debo sentir, lo que tú tanto dices que sientes tu dolor, como por la licencia que para decillo has tomado. Porque cree, señora, que mas quisiera que la vergüenza de decir tu mal, te hiciera á tí sola testigo de la gloria de resistillo, que no que para extender tu fama tomáras licencia de me lo decir: porque alargando la licencia de descubrillo, se va encogiendo la vergüenza de resistillo. Porque no hay cosa que más conserve la vergüenza de las mujeres, que el hábito de no descobrir sus flaquezas, para que con él se haga otra naturaleza en la honestidad;

porque con descobrirse muchas veces las inclinaciones naturales, no pierdan el velo de la vergüenza, que es el principal muro en las mujeres, para resistir la furiosa artillería de los fuegos y secretos del amor. Y por tanto, mi consejo es: que con autos virtuosos ejercitando el tiempo, hagas al tiempo que olviden lo que sin tiempo deseo. Este es mi consejo y mi consuelo es: que junto con el trabajo de resistir tu voluntad, no pierdas de la memoria la gloria que sale de resistilla, y para mejor resistir el amor, toma otro amor.

Pol. ¿Y qué amor?

Pon. El amor de Dios y de tu honra, y podrás meter honra y provecho en un saco.

Pol. Yo te agradezco Poncia tu buen consejo, y bien paresce que la natural virtud te mostró por instinto lo que la edad por razon te niega, y bien paresce á osadas, que lo que la naturaleza dá, ninguno lo puede negar; pues tu virtud natural, te hace decir lo que nunca oiste ni aprendiste en los estudios de Atenas.

Pon. Señora, no hay mejor estudio si los hombres fuesen ó quisiesen ser sabios, que lo que la razon á cada uno dice para guardar su virtud; porque créeme señora, que como la ley natural te muestra natu-

ralmente, que es mal hacer con los otros lo que no queremos que ellos hiciesen con nosotros, la misma razon si queremos mirar nos dice, que no hagamos ni consintamos en nosotros, lo que á otros reprehendemos por vicio ó falta de virtud. Créeme, señora, que de todo nos puso Dios dechado en todo lo que vemos fuera de nosotros mismos, porque de allí sacásemos las labores de virtud, que en nosotros mismos encubre el amor propio y falta de conoscimiento con nuestra pasion propia, que nos eicga, para ver en nosotros mismos lo que no dejamos de ver en los otros. ¿Quieres ver la razon desto que nos niega vernos? pues la experiencia nos lo muestra por experiencia, como si pones una cosa junta á la vista, no la verás, como algo apartada. Y la razon es, por que hay necesidad de medio para verse, y como éste le falta, pierde la vista el principio para ver el fin, porque le falta la proporcion del medio. ¿Pues qué cosa mas cerca de nosotros, que nosotros mismos? Y como falta el medio que nos ha de proporcionar la vista para vernos, que es claridad sin pasion, con su contrario la ceguedad de amor propio y pasion de nuestras cosas, nos falta perficion del fin, que para nos ver es menester. Así que, señora, mira tú lo que te

parece mal en otras tales como tú, sin el medio de la poca pasion que en las cosas agenas tienes para ver sus defectos y conoscer sus virtudes; que aquello, temo que será lo que te estorba que no puedes ver en tí misma, y saca de tales dechados las labores, para no errar el punto real de tu virtud y limpieza.

Pol. Tú me has dicho tanto, que no pensé que tu edad pudiera hallar tanta labor de lo que dices. Y pues te he comenzado á decir este hecho, quiero que sepas un misterio, y es que aquella buena mujer Celestina, me dijo el otro dia todo mi corazon y el secreto del de Felides.

Pon. ¡Oh mala mujer averiguada, reclamo de codorniz, añagaza aforrada de corcho! No de balde sospechaba yo de sus secretos, sin mí.

Pol. No juzgues mal hasta oir, que por eso dicen: que es mal juzgar sin oir las partes; que antes me dió consejo que me guardase dél.

Pon. Oh mala mujer; con ese oro te quiso confitar el acibar de las píldoras que te daba; con ese azúcar, encobrir el rejalgar, y tras esas matas verdes, encobrir la celada. Bien con razon dice David: que nos guarde Dios de los labios inícos

y de la lengua engañosa; créeme, señora, que no de balde dice Séneca: que entonces es la mujer buena, cuando claramente es mala; pues con saber su maldad, no puede empezer lo que aquesta buena mujer de Celestina puede dañar con su hipocresia. Bien con razon dice de los hipócritas nuestro Redentor: que con oraciones deshacen las casas de las viudas, como aquella vieja con sus palabras queria deshonrar la casa de mi señora. Suplícote, señora, que en tales mares nunca navegues sin la sonda en la mano, sin calar las palabras y la hondura dellas, digo. Que no hay piélago más hondo, que el corazon del hombre, ni máscara más disfrazada, que la lengua del lisonjero ó del que quiere engañar; porque los tales con la lombriz encubren el anzuelo, engañando el gusto, hasta que tiran por el sedal y sacan la presa. ¡Oh cuán bueno ha sido, señora, darme parte desto! porque tu sabiduría con la bondad pierde la sospecha que en los tales tiempos se debe tener. Guárdate de su lengua, que yo le conoscí; que mal año para los oradores romanos que más fuerza tengan en orar, que esta vieja tiene.

Pol. ¿Y qué puede ella decir, estando yo avisada, para que me nueva?

Pon. ¿Qué, señora? lo que pudo la lengua de Julio para deshacer la sentencia pronunciada por César y todo el Senado contra el rey de Egipto, cuando se le envió á encomendar. Que no hay piedra iman, señora, que más traiga á sí el acero, que la lengua dulce al corazon que tiene ya blando; por eso no te engañes.

Pol. Pues si supieses lo que me dijo cuando me tornó á hablar delante de mi señora, más razon tendrias.

Pon. ¿Y qué te dijo?

Pol. Que tenia escrúpulo de conciencia por lo que me habia dicho, no fuese causa de su muerte de Felides. Y por tanto, que le diese algun favor, porque no muriese ó enloqueciese, pues que bien aventurados son los misericordiosos.

Pon. Oh mala hembra, y con el gusano, Cristo, y sus palabras, te encubria el anzuelo. ¿Y qué más claramente quieres tú, señora, ver lo que te digo? Por cierto, el homicidio ella lo hacia; pues queria matarte con matar tu honra. Aquí, señora, no haya más, sino que te guardes della como del diablo; y á lo ménos, cosa no te diga que no me la digas, para ser como dicen: á un traidor dos alevosos.

Pol. Hora, yo estoy espantada de tu saber, que nunca tal pensé. Y déjame el cargo de aquí adelante. Y con esto nos vamos para mi señora, que há mucho que estamos acá.

ARGUMENTO DE LA VIGÉSIMA QUINTA CENA.

Celestina se va de casa y dice á Elicia que vaya á ver á su prima Areusa, y ella va. Y despues que han hablado, conciertan de saber si es verdad que Centurio mató á Calixto, para dejalle por el despensero Grajales. Y vienen Sofía y Tristan, criados de Calixto; y sabido el caso, con cautela los despiden; y introdúcense.

CELESTINA.—ELICIA.—AREUSA.—SOFIA. TRISTAN.

Cel. Hija Elicia, yo voy á entender en cierto negocio. Tú te cubre tu manto, y vé á visitar á tú prima Areusa, que es razon.

Elic. Por vida mia, tia señora, que de la boca me lo quitaste y yo voy, y queda con Dios, y deja la llave á las vecinas, porque si por ventura viniere yo primero que tú. Ta, ta, ta.

Ar. ¿Quién está ahí?

Elic. Abre prima, que yo soy.

Ar. Y los buenos años vengan contigo, que de cosas más no pudiere holgar. Ay prima mia, abrazarte quiero. ¡Bendígate Dios, qué fresca y qué hermosa vienes!

Elic. A la nora negra, ¿estás burlando? ¡sino estuvieses tú más hermosa! que en

mi alma, no es sino locura mirar tu gesto, segun la frescura tienes en él.

Ar. ¡Ay prima y qué gorgera, y cómo te está á los pechos! ¡Rabia, y qué manto tan bien guarnecido traes! toda vienes á punto; ¿háte dado Crito, ese manto?

Elic. ¿Está acá alguien?

Ar. No, por tu vida, que aun ahora se fué de aquí el despensero del Arcediano, que te dije este otro dia; que lo que me dá, no lo puedes creer.

Elic. ¿Y Centurio, siente algo?

Ar. Ay prima, no, que por tu vida, tamañita he estado, con miedo que no viniese y no lo hallase acá. Ya teníamos acordado si veniese de decir. que para que hiciese ciertas camisas á su amo, habia venido aquí. Mas tornando á nuestra razon, ¿dónde hubiste el manto?

Elic. Par Dios prima, á mi tia lo dió aquel caballero que llaman Felides.

Ar. ¿Tenemos ya otro Calixto?

Elic. Y aun segun entra bravo, pienso que no sacará mi tia desta cura ménos provecho, y á ménos costa, porque lleva ya otro camino y aviso de no meter criado en el trato para no lo perder junto con el caudal, como nos acaeció en los negros amores de Calixto y Melibea, que bien negros fueron ellos para mí; que así

yo goce, que la amistad que tomé con aquel malogrado de Sempronio, no lo puedes creer; que no tengo vez, conversacion con hombre, que no me caya una tristeza en acordarme de aquel malogrado, que no parece sino que el alma de las carnes se me quieren arrancar.

Ar. Ay prima, no llores, que así goce yo, que me acaece á mí con Parmeno; que era el malogrado para conmigo, como un ángel. Que entrase él en esta casa y si por ventura otro hallase conmigo, todo lo que le decia, así lo creia como el Evangelio; que por Dios, delante los ojos que le hiciera mil mañas y embustes, y le hiciera entender del cielo cebolla. En Dios y en mi ánima, prima, que por olvidalle tomé pendencias nuevas por ver si podré hallar alguno que me quite su deseo. Y por Dios, harto hombre de bien es este despensero del Arcediano, que maldita sea yo de Dios, si cosa le pido que no me lo dá.

Elic. Ay prima, depárame otro tal; que aquel desaventurado de Crito, ni de provecho ni de pasatiempo, no me entra de la boca adentro, que así goce yo, que acabo de un mes que me ve, no ha entrado cuando es salido; ya medio rostro me habla; mas mal año para él que yo tal sufra.

Ar. Toma tú, prima, otro con que pierdas esas ansias.

Elic. Por Dios prima, de puro consejo para contigo, he tomado pendencia con un paje del Infante, que no es sino como un serafin; y en verdad, harto contentamiento tengo yo dél; mas mi fe, no alcanza moneda, que aunque dé tres saltos no se le caerá una blanca.

Ar. Ay prima, ¿y quién es ese paje? y más si es Albacin, un mancebo rubio y alto, desbarbado.

Elic. Por tu vida, no es otro.

Ar. ¡Rabia, prima! y qué mochacho gozas; envidia te tengo.

Elic. Sí prima, mas él tiene poco y yo ménos, y no nos podremos mucho tiempo sostener.

Ar. Pela tú á Crito, para tender penca con esotro.

Elic. ¡Pelaré al diablo! Por Dios, más es sacalle un maravedí, que si saliese por alquitara tan coadolada.

Ar. Ay prima, dejando una razon por otra, por mi vida, que me parece que tienes esos pechos algo hinchados, y aun la barriga no está muy floja; y mal pecado, ¿más si estás preñada dese mancebo?

Elic. Enhora negra, prima, dices eso, que en mi ánima no me ha faltado vez la

camisa, mira cómo puede ser. Mas por mi vida que me lo pareces tú á mí más.

Ar. Pues por tu vida, dejando las burlas, que pienso que dices verdad, porque así goce yo, que ocho dias há que no se me detiene cosa en el estómago, y más ha de cinco que me falta.

Elic. No sea, mal pecado, con los nuevos amores del despensero del Arcediano. Mas el bien es, que cae en buen lugar para criar el hijo y regalar la madre. ¿Y tambien puede ser que tenga, mal pecado, Centurio, parte en el hijo?

Ar. En mi ánima, que mal puedo yo saber de cuál dellos sea.

Elic. Cuando tú no lo sabes, ménos lo podrian ellos averiguar. Mas en fin, del más rico ha de ser el nombre, y el hecho averígüelo Dios.

Ar. Yo prima, más creo que sea del despensero que del otro desuellacaras, gesto del diablo, que solo por lo que hizo por mí lo sufro; que ya lo habria dado al diablo.

Elic. Pues si algo hizo, bien lo sabe zaherir.

Ar. Hora ¿viste que de veces lo trae á la memoria? y mala muerte me tome si pienso que hizo nada, sino que Calixto cayó, que este es un panfarron, y en mi

ánima si puedo ver aquí al babusan de rascamulas de Sosia, que cada dia pasa por aquí echando el ojo al tocino, que le tengo de traer la mano sobre el cerro como la otra vez, para hacelle decir lo suyo y lo ajeno, para que no vivamos engañadas con este panfarron baledron de Centurio.

Elic. Y mas, ¿si es aquel que viene por allí?

Ar. No es otro por mi vida. Y el que viene con él, veamos ¿conósceslo tú?

Elic. Si conosco, que con el malogrado de Sempronio venia muchas veces. Un paje es de Calixto que llaman Tristan, bien avisado para tan niño.

Ar. Pues yo lo llamaré, y tú tenme en palabras al paje, en cuanto lo confieso.

Sos. Oh señora, bésote las manos.

Ar. ¡Oh mi Sosia, sube acá; que ya con estos lutos nos tienes, mal pecado, olvidadas!

Sos. Primero me olvidára á mí el mundo, que yo señora te olvide. Tristan hermano; ¿quiéres que subamos un poco para ver que mandan estas señoras?

Tris. Subamos si tú quieres.

Sos. ¿Parécete hermano, si es señal esta de lo que yo te decia la noche que murió nuestro amo, que haya gloria? Tú

desenvuélvete con la otra su prima, y no digan por tí: que el mozo vergonzoso que el diablo le trajo á palacio. Ya me tienes entendido.

Tris. No se qué pueda entender, entendiendo en lo poco que estas pueden contigo y conmigo medrar, lo cual no pienso que dejan ellas mejor de entender, para no querer entender en lo que tú entiendes.

Sos. Guárdete Dios, hermano, de querer bien una mujer, que no hay interés á que mire.

Tris. Eso por tu gentileza debes de sacallo, que como eres un Narciso no me maravillo. Hora, sus, subamos; que no es tiempo de tanta tardanza, que estas son matreras y sospecharán alguna ruindad.

Ar. ¿No subes, amor?

Sos. Señora, ya subimos.

Ar. ¿Quién es este gentil hombre que viene contigo? de una casa debés de ser, que la conformidad del vestido y vuestra tristeza lo dice.

Sos. Señora, así es como dices, que criado de Calixto mi señor, que haya gloria, es.

Ar. Si habrá, que tal fama dejó él de su virtud en esta vida. ¿Y cómo es su gracia?

Tris. Señora, Tristan, á tu servicio.

Ar. Ay señor Tristan, cuánto huelgo de conoscerte, por las nuevas que de tí tengo de lo que aquel malogrado de Parmeno me decia, de tu virtud y el amistad que con él tenias; que por cierto, así todos los de aquella casa tengo yo puestos en las entrañas, y á tí mas; porque quien quiere bien á Beltran, ya me entiendes. Y viéndote, y acordándome de la amistad que con aquel malogrado tuviste no puedo dejar de llorar, y más acordándome de un ángel morir muerte tan desastrada que aun el desventurado no tuvo lugar de se confesar. ¡Plega á Dios de haber piedad de su alma, que en harto tiempo de peligro, segun su edad, fué el desdichado!

Tris. Señora, no llores lo que no se puede cobrar, que todos perdimos harto, mal pecado, y quedamos huérfanos de señor y de padre, que no ménos perdimos en Calixto.

Ar. ¿Y á dónde quedastes?

Tris. Señora, hasta agora ahí hemos estado, de aquí adelante buscaremos donde servir de nuevo.

Ar. Plega á Dios, señor Tristan, de te lo deparar como tú lo mereces. Y si en tanto desta casa te cumple algo, por cierto, que no ménos que el malogrado de Parmeno, lo hallarás.

Elic. Prima, déjame gozar de Tristan, que aun yo no le debo ménos, por el desdichado de Sempronio; y señor Tristan, suplícote que te vengas para mí, que te quiero conoscer y hablar.

Tris. Señora Areusa, yo te tengo en merced tu ofrescimiento, y quedo obligado á lo servir; y quiero ver qué me quiere esta señora.

Ar. Llégate acá, amigo Sosia, á esta ventana, que tambien yo tengo que hablar contigo.

Sos. ¿Qué es lo que me mandas señora?

Ar. Sosia amigo, ¿cómo te hás tanto olvidado de me visitar? pues por cierto, que aunque léjos de mí, que no lo has estado del corazon.

Sos. Señora, no estás engañada.

Ar. No sé si lo estoy, mas mucho te has olvidado, ¿qué ha sido la causa?

Sos. Señora, con la muerte de Calixto, y procurando sacar mi soldada, no me ha vagado á rascar los oidos; que Dios sabe, que despues que te ví, no te has apartado de mi memoria.

Ar. Harto, por cierto, es suficiente la escusa; mas en verdad, que yo he sentido tu pena, y la muerte de aquel caballero, en el ánima. Mas dí mi amor, Sosia; ¿hállástete tú con él al tiempo de su muerte?

Sos. Señora, halléme; que pluguiera á Dios que no me hubiera hallado, segun la lástima que de tan gran desastre nos vino.

Ar. ¿Cómo, mi amor?

Sos. ¿Qué quieres tú más, señora, sino que con estas manos pecadoras, alzó Sosia los sesos del malogrado de Calixto, de entre unos cantos?

Ar. Hora por tu vida, que me cuentes como pasó, que nunca me lo han sabido decir, y no hay cosa que más desee, que saber la verdad de como pasó.

Sos. Señora, para el mundo que nos sostiene y le sostiene, que yo te diga la verdad.

Ar. Dentro lo tengo ya.

Sos. ¿Qué dices, señora?

Ar. Que ya que estás dentro en mi casa, que par Dios, que de aquí no saldrás hasta que me lo cuentes.

Sos. Señora mia, el caso es: que Tristan, que presente está, y yo con nuestras armas fuimos con Calixto, y estando con Melibea dentro de su huerta, que ya bien se puede decir, que mas público es que me llaman á mí Sosia, ciertos rufianes diéronnos un repiquete de broquel á Tristan y á mí, y huyéronnos. Y oyendo el ruido nuestro amo, como era un Hector,

por salir á priesa pensando que teniamos peligro, cayó el desventurado de cabeza y no dijo más aquí estoy.

Ar. Hora, mira como se levantan ellas, que nos habian dicho que lo habian muerto ciertos hombres que os acometieron.

Sos. ¿Que nos acometieron y lo mataron?

Ar. Si, por tu vida.

Sos. Oh, santo Dios, qué mentirosos. Hora, cree, que no hay verdad en el mundo. Por tu vida señora, que es la cosa que mas quiero, no llegó mas hombre á Calixto, ni á mí y á Tristan que tú llegas agora. Mira, señora, si tú llegas á Calixto agora.

Ar. No por cierto.

Sos. Pues así llegaron á Calixto y á nosotros, y aun por tu vida, que conoscí mejor que á mí, los que dieron el repiquete del broquel, aunque hasta agora á mí nunca por la boca me ha salido ni me saldrá, porque no se gana nada en ello, y podrian les demandar la muerte de Calixto.

Ar. ¿Qué, los conociste por mi vida?

Sos. Y aun por la mia, como conosco agora á Areusa.

Ar. Pues tú no me conosces bien.

Sos. ¿Qué dices, señora? ¿qué no los conocí?

Ar. Digo, que fué maravilla conocellos.

Sos. Segun ellos tomaban las viñas, dices verdad.

Ar. ¿Qué huyeron, dices?

Sos. Como, ¿si huyeron? y como que los ví yo huir.

Ar. Por mi vida, mi amor, que para ver si es verdad, que eran los que á mi me dijeron, que me digas quién eran, y haz cuenta que lo echas en un pozo, que no me saldrá por la boca.

Sos. Dí tú, señora, quién te dijeron que eran, y yo te lo diré á tí, y no para que otro lo sepa, si es verdad ó no.

Ar. Pues mira que te lo digo en secreto, porque noramazas, mira el peligro que en ello puede haber.

Sos. Dí señora, que al cabo estó.

Ar. ¿Pues tú conoces á Centurio?

Sos. ¿Qué Centurio? ¿el rufianazo de los dos reveses por las quijadas?

Ar. Ese mismo.

Sos. Pues qué, ¿dijeron que se halló en ello?

Ar. Pues no lo ha de saber nadie.

Sos. ¡Oh, señora! ¿ya no te dije que perdieses cuidado?

Ar. Pues por tu vida, que me dijeron que él habia muerto á Calixto.

Sos. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, con tal mentira. Yo te juro al cuerpo santo de Sant Vicente de Avila, no se halló mas allí Centurio, que tú hallaste. ¡Y aun persona era Calixto, para morir á manos de Centurio!

Ar. ¿Que no se halló allí?

Sos. Como que no se halló. ¿Tú, señora, quieres saber la verdad?

Ar. No queria otra cosa, para desmentir á quien me lo dijo.

Sos. Pues por vida tuya, señora, para que veas la mentira que eran los del repiquete; Traso el cojo, y Tripa en brazo, y Monton de oro, y que los conoscí todos tres, como te conosco á tí.

Ar. ¿Qué, no eran más desos tres?

Sos. Tres eran y no más, para las tres horas de Dios. ¿Santíguaste, señora? pues yo te digo la verdad, y no se hallará otra cosa. ¿Quiéreslo ver más claro? pues oye señor Tristan, por vida de tu padre y así Dios te dé lo que tú deseas; aquí, entre nosotros, ¿quiénes eran los del repiquete, cuando Calixto cayó por descender?

Tris. ¿Para qué es agora ese cuento, Sosia?

Sos. Por mi vida y desa señora questá contigo, que lo digas.

Tris. Jura es esa que no quebraré yo. Por Dios, señoras, Traso el cojo, y Monton de oro, y Tripa en brazo, y yo he rogado á Sosia que dijese que no los habiamos conoscido, porque ellos no pensaron que hacian lo que sucedió, y pudieran peligrar.

Sos. Mira, por tu vida, ¡diz que Centurio habia muerto á Calixto! Yo, señora, te digo la verdad, y no hallarás otra cosa de aquí á mil años.

Ar. Hora, yo te lo agradezco, mi amor. Y otro dia que vengas solo, ven acá, que quiero hablar contigo; ya me entiendes.

Sos. Señora, bésote las manos, que sí entiendo.

Ar. Y desvíate allá y siéntate, porque si alguien viniere no tome sospecha, no avisemos á quien duerme, en cuanto mi prima acaba de hablar con Tristan.

Sos. Así lo haré, y en todo me pareces sabia.

Tris. Señora Elicia, ya que tengo conoscida tu persona, suplícote que te sirvas de mí; que por cierto, que no voy con tanta libertad cuanta truje cuando aquí vine; y pues me hiciste el bien de te conoscer, no me hagas el mal de no conoscer el deseo que de servirte tengo, que de

mí y de cuanto tengo puedes disponer á tu voluntad.

Elic. Señor Tristan, yo soy la que ha ganado en conoscerte, y allá en mi casa te quiero responder á eso, y ténme por tu servidora, y pues mi prima há ya acabado, quédese lo demas de nuestras hablas para cuando digo.

Tris. Señora, sea así, que yo no me olvidaré de recebir esa merced. Sosia, hermano, hora es de nos ir.

Sos. Cuando, Tristan, mandares.

Tris. Aquí no hay más, sino que yo, señoras, quedo con la obligacion que el conoscimiento que tuve con Sempronio y Parmeno me obliga, y como á uno dellos me pueden mandar.

Ar. Así, señor Tristan, puedes tú disponer desta casa, y Dios vaya contigo.

Tris. Y con vosotras, señoras, quede.

Ar. Hermana, por tu vida, que precio más haber acojido hoy acá aquel pelon que á una saya de grana; para salir de aquel rufianazo, bellaco, panfarron, que tan gran mentira nos dijo, y cada dia nos zaheriza la muerte de Calixto. Vaya para bellaco, que no me entrará más de los dientes adentro, en su casa.

Elic. Oh prima, cuán avisado mochacho es aquel Tristan, y burla burlando,

por mi vida, que me requirió de amores, y aunque yo le ví tan desenvuelto que si solos estuviéramos, que pienso que pudieran decir por él, que decir y hacer es para buenos.

Ar. ¿Y pues en qué paró la plática? que poca carne y mucha pluma me parece que puedes allí hallar: poco dinero y buena parola, digo.

Elic. Ya te tengo entendida, y desa parte no lo tengo en lo que huello con mi chapin, y ántes disimulé con él, echándole todos sus ofrecimientos á la amistad de Sempronio.

Ar. Pues este otro, gesto de cucharon, rascamulas, bien dentro en la gorrionera queda, para que viniese acá estando sola, para dalle con la puerta en los ojos. Y con esto, pues es tarde, véte, y pasaremos hasta otro dia tan bueno como este.

Elic. Así plega á Dios, y él quede contigo.

Ar. Y contigo, prima, vaya.

ARGUMENTO DE LA VIGÉSIMA SEXTA CENA.

Polandria dice á Poncia que se vayan al jardin. Y Poncia allá, le aconseja sobre su honestidad lo que debe de hacer, y cómo se debe mostrar zahareña si Celestina viniere, y procurar casarse con Felides. Y en esto llega Quincia á decir que viene Celestina; y entrada, despues de algunas burlas, habla á Polandria y ella la deshonra; y llega Poncia y ataja la rencilla, y despues de atajada, conciertan que trate el casamiento, y váse y introdúcense.

POLANDRIA.—PONCIA.—QUINCIA.—CELESTINA.

Pol. Poncia, en tanto que señora está en misa, anda acá, vamos al jardin. Y mira tú, Quincia, si alguna persona viniere vénnoslo á decir.

Pon. Señora, despues que me descobriste tu corazon, he mucho pensado en tu remedio; y como yo he oido muchas veces que este mal no sufre consejo, temo tu enfermedad y no querria que la pena de aquel caballero, junto con el amor que le tienes, diesen lugar con el tiempo á publicar alguna cosa, con que tu fama y honra padesciese sin culpa; por donde la gloria de tu fortaleza en lo secreto, no sirviese más de para contigo. Y para esto

he pensado que seria bien si alguna cosa de su parte te dijesen, pedille que se case contigo secretamente, porque público pienso que tu madre no querrá; porque aunque él tan es rico y de muy buen linaje, ya sabes que tu mayorazgo no puedes heredallo casándote fuera de tu linaje. Mas yo por mejor tendria la pérdida de la hacienda, que la de la honra, tanto cuanto va de lo que se cobra en casarte con él, pues su riqueza suplirá la falta de la tuya, á lo que se pierde sin se poder jamás cobrar, que es tu fama, por solo las apariencias públicas condenando la virtud secreta; pues sabes que la Iglesia no juzga de lo secreto, y en todo tiempo se debe temer, que lo perdido en ningun tiempo se puede cobrar.

Pol. Poncia, amiga fiel, tú me aconsejas como sabia, cuanto más que no puedo yo aventurar ningun estado, que no se compre en él barato, el contentamiento que de la persona de Felides tengo; pues sabes que más vale un poco de pan con gozo, que la casa llena de riquezas con descontentamiento. Créeme, que no hay estado mayor que el del contentamiento, pues todos le buscaron para este fin; y si yo con otro me casase, todos los dias de mi vida me faltaria. Yo estoy

en lo que dices, y así lo entiendo hacer y con todo secreto, porque si mis parientes lo supiesen, ponerme hán donde no pudiese tener libertad.

Quin. Señora, allí está la madre Celestina que quiere hablarte y verte.

Pol. Díle que suba. Mucho huelgo, Poncia, de la venida desta vieja para lo que me tienes dicho.

Pon. Pues señora, ten con ella primero toda disimulacion en tu bondad, y háblale como mujer salteada della, para que te tengan en más. Pues sabes que ninguna virtud se conoce, sino experimentada con su contrario.

Pol. Bien dices, y callemos, que ya viene.

Cel. Nunca Dios hizo á ninguno excelente en ninguna cosa, que no le diese fortuna en lo necesario para ponelle en la cumbre de la gracia que le quiso dar, como agora me apareja á mí este tiempo de no hallar la madre desta doncella en casa.

Pol. Madre, ¿qué vienes contigo hablando?

Cel. Dios, señora, te guarde, y á la señora Poncia; que por tu vida, que venia tan embebida en acabar ciertas devociones, que no os habia visto. Y huelgo,

hija, de te hallar en tal lugar por tomar parte de tu pasatiempo.

Pol. Madre, Dios te dé lo que deseas. ¿A qué ha sido tu venida tan de mañana?

Cel. Hija señora, yo venia á ver cómo se habia hallado la señora Paltrana con mi experiencia, para si no habia aprovechado hacerle otra cosa; mas Dios loado, mejor es así que me dicen que no está acá, que es ida á misa. Y parescióme que hallándome acá era descortesía irme sin te hablar, y dije á la doncella que te lo dijese.

Pon. Así vivas tú, vieja malvada, sino te trujera más acá otro mal que el de mi señora.

Cel. ¿Qué dice la doncella graciosa? que en mi alma, que no es sino gloria oirte cuanto dices por esa boca hecha de perlas.

Pon. Ya me quiere enlabiar. Digo madre, que luego se le quitó el mal á mi señora.

Cel. Ay traidora, ojos de arrebata corazon, no decias tú eso, en mi alma.

Pon. Madre, no de balde dicen: que quién há las hechas há las sospechas.

Cel. Mi hija, por tu boca te condenas, que de habellas murmurabas de lo que decia.

Pon. Madre, mi edad salva eso, que es tan poca que no he tenido tiempo para tener hechas ni sospechas.

Cel. Hija, para las hechas no hay mejor edad que la tuya, ni para las sospechas que la mia. Porque, mal pecado, ya aunque yo las quisiese tener las hechas no hay quien las tenga conmigo; aunque por cierto, hijas, que otros duelos me ponen más cuidado, que con la vejez todo carga, y todo como casa vieja se sostiene con riostras, con trabajos quiero decir; que con la mocedad todo se pasa. Así que, hija, dejando una razon y tomando otra, todo esto he dicho por atravesar burlas contigo, por te ver decir gracias; que en mi alma, todas cuantas palabras dices lo son.

Pon. Alacé madre, no me vistas de lisonjas, que si gracia tuviese, alcanzalla hia con alguno, que maldito aquel que me dice ¿qué tienes ahí?

Cel. Ay traidora, porque no las tendrás tú en lo que huellas con el chapin, que por mí santiguada, que sé yo alguno que está muerto por tus amores.

Pon. Ay madre, ¿dime quién, por tu vida? para que si es muerto, pues no pudiendo remedialle el cuerpo, procure salvalle el alma.

Cel. ¿Burlas? pues por vida desa cara de oro, que no burlo yo, sino que es verdad que está uno muerto por tus amores.

Pon. Ay madre, ¿dímelo ya, por tu vida? que me toman ansias por lo saber.

Cel. ¿Quieres que te lo diga?

Pon. Ay Dios, que no quiero otra cosa.

Cel. ¿Dásme licencia?

Pon. Dí ya ahora, madre, que me congojo.

Cel. Hija, pues el enamorado questá muerto por tí, sabe que es Jesucristo, que de amores de redimirte murió por tí. Mira si tienes razon de morir de amores de tal enamorado.

Pon. Toma, toma, ¿y ese es el enamorado? pensé en buena fe que era otro.

Cel. ¿Y quién habia de ser, boba, diciéndotelo yo?

Pon. Hi, hi, hi; por mi vida, que pensé que decias por Sigeril, paje de Felides.

Cel. He, he, he; por tu vida, hija, que no lo conozco.

Pon. Sea por la tuya, madre, que perderás menos, como quien há ya vivido lo más.

Cel. Ay hija, ay hija, ¿qué seguro tienes tomado de Dios para vivir más que yo?

Pon. Y tú, madre, ¿de la razon de tu edad para no morir más presto? No me

metas palabras en medio, que por mi vida, que te paraste colorada cuando te lo nombré.

Cel. Hija, será de celos, que es mi enamorado. Mejor me ayude Dios, señora Polandria, que yo sé por quién dice. Hora, hija Poncia, dejemos las burlas, que yo te conozco que no tienes otro enamorado más del que yo te dije, y tomando las veras, señora Polandria, ciertas cosas se me han revelado más de las que este otro dia te dije, que cumple mucho sabellas.

Pon. Segun eso, yo me quiero apartar.

Cel. No te vayas hija, que no es cosa que no puedes oir.

Pon. Déjame madre, que como sean cosas de veras, no me sufre el corazon á tanto sosiego, que con estas higueras quiero pasar un poco tiempo requebrándome con los higos, que en fin, sino bebo en la taberna, huélgome en ella; quiero decir, que porque tienen el nombre de hombres, me parecen mejor y me huelgo más de conversar con ellos que con las granadas.

Cel. He, he, he; en forma, estoy enamorada desta perla de doncella. Y señora, tornando á nuestra plática, yo sé que aquel caballero anda tan perdido por tí,

que tengo temor y estoy tan atónita, que se ha de descobrir á alguna persona. Y como la fama de las mujeres, hija, mal pecado, más en el dicho que en el hecho consista, no querria que sin culpa tu fama padeciese.

Pol. ¿Pués á qué propósito es eso que me dices?

Cel. ¿A qué propósito, mi amor, dices? á propósito que no seria malo avisalle dello y hablalle.

Pol. Ya Celestina, no me digas más; ya se te ha gastado el cebo, que descubres el sedal con el anzuelo.

Cel. Hija señora, mejor viva yo que entiendo lo que dices.

Pol. Pues yo bien entendida te tengo á tí, que quien malas maña há, tarde ó nunca las perderá. Allá, allá, á otras bajas doncellas de linaje y de saber, buena mujer, vé tú con esas palabras desfrazadas en lisonjas y hipocresía, que no á mí que te las entiendo.

Cel. Malo va esto, como el diablo.

Pol. ¿Qué dices entre dientes?

Cel. Señora, ¿qué tengo de decir? viéndote tan sospechosa de mi inocencia, y diciendo que entiendes mis palabras, siendo tan sencillas, que maldito el entendimiento que tienen fuera de lo que suenan.

Pol. Así me parescen á mí, y así las entiendo; y entiéndolas tan bien, que sino fuese por publicar tu osadía, y el atrevimiento del que te envia, yo te haria que cesases ya de ofender á Dios.

Cel. Señora, no me deshonres mis canas y dañes mi crédito, que á mí no me envia nadie á decir lo que digo, sino mi conciencia y el deseo de tu servicio. ¡Otro pago y honra pensaba yo, cierto, sacar de tus manos! Mas andar, que nunca ví ménos de gran servicio, sino pagarse con desagradecimiento grande. A Dios gracias que tengo compañeros: á Régulo muerto en Cartago y á Cipion en Lucerna, á Demóstenes en Manesia, por desagradecimientos de sus servicios; y por cierto, señora, tú me pagas bien con deshonra, lo que yo por tu honra trabajo.

Pol. A otro perro con ese hueso, Celestina.

Cel. ¿Que hueso, señora? suplícote me digas que huesos, que yo no lo entiendo, por tu vida y mia.

Pol. ¿Tú piensas que no te tengo entendida, que por ver si estaba hondo el vado has entrado tentando con el bordon?

Cel. Declárate señora, que me supendes con tus sospechas.

Pol. Tú lo entiendes mejor que yo lo

sé decir; y digo que ya tienes quitada la paja y se ha descubierto la red. No me vengas más con estos consejos que no los hé menester; sino á mi señora haré testigo de tus romerías. ¿Parécente buenas estaciones éstas en que andas?

Cel. ¿Qué lo dirás á mi señora? deso huelgo yo. Anda acá señora, que á osadas, que ella que es vieja y sabia, que mire mis razones de otra manera. Andacá, andacá señora, delante de su merced, pues me atajas ántes de tiempo. ¡Oh y como huelgo de haber entendido tu sospecha!

Pol. ¿Qué, te tengo de oir hasta el cabo? pues por el hilo se saca el ovillo de lo que quieres tramar.

Cel. No creas tú, señora, ántes de tiempo, que mi urdidura no tiene malos liñuelos; suplícote que oyas hasta el cabo.

Pol. ¿Qué te tengo de oir, pues tú me dices al principio, que será bien de mi parte avisar aquel loco que te envia con tales mensajes?

Cel. No digas, señora, que me envia, que si otra mi igual fuera, ya le hubiera respondido. No me deshonres, sino daré voces como una loca y á todo el mundo haré testigo de mi inocencia; y para los santos de Dios, que mis canas eche de fuera pidiendo á Dios venganza de tus

palabras, rasgando con mis uñas mi rostro. Señora Polandria, no soy mujer de nada desas tramas: límpiamente vivo, honestamente trato, de castidad me precio, no me enviaron del otro mundo á tales liviandades. ¿Que cosa es decir que vengo de parte de ninguno? No me hagas perder el seso, no me enloquezcas, señora, que daré voces como una loca. ¿Que cosa es decirme á mí que vengo de parte de nadie viniendo por solo servicio de Dios y tuyo?

Pol. Paso, paso, Celestina; no hagas esas algaradas.

Cel. Qué paso, paso; que no quiero, sino que lo oya Dios y todo el mundo y sepa mi limpieza, y el galardon que saco de tu servicio.

Pon. ¿Qué es esto, madre? ¿qué alteracion es esta?

Cel. Déjame hija. ¡Desventurada yo! que estoy para perder el seso; que me ha deshonrado la señora Polandria sin oirme, por solo sospechas; que así parezca yo ante Dios, como con la limpieza y inocencia que yo le hablaba.

Pon. Limpia tus lágrimas y habla paso, no des cuenta á todo el mundo de lo que no hay para qué la dar.

Cel. Hora hija, á tí te quiero hacer

juez, para que veas si tengo razon. Yo, mi amor, avisé este otro dia á la señora Polandria de cómo hallaba por mis artes ciertas liviandades de mancebos, de un caballero que llaman Felides, y que le suplicaba que se guardase dél como del diablo. ¿Pasa así, señora?

Pol. Así pasa; vé adelante.

Cel. Así, que hoy tornéle á decir que hallaba que le crecia tanto la pena, que temia que se descobriese á alguno y fuese causa de su disfamia, pues la fama de las mujeres, más en la estimacion de ser buenas que en el hecho consistia. ¿Es así?

Pol. Pasa adelante.

Cel. Y que por tanto, que me parescia que era bien hablalle, y aquí atajóme diciéndome mil denuestos, los cuales por esta alma pecadora, nunca nadie sino ella me dijo.

Pol. ¿Parécete si tuve razon, Poncia?

Cel. Si tuviste, si yo no te dijera que me oyeras hasta el cabo, lo que tú no quisiste hacer.

Pon. En eso no tuviste, señora, razon, porque las palabras muchas veces se comienzan con varios propósitos de los que quieren concluir; y para culpa tuya y justificacion de la madre, es bien que la oyamos hasta el cabo.

Pol. Hora diga, y yo le pido perdon si me enojé ántes de tiempo.

Cel. Señora, el alcon cuando sube á la garza remontada, no va derecho á ella hasta que la tiene señoreada dando vueltas. Así que, yo aun no habia llegado á la garza, y para que veas que la querria matar en el cielo, la buena razon digo y torno á decir, que es bien que sepa aquel caballero que si él se ha de casar contigo, que hable en ello conmigo ó con otra persona, y que de otra suerte, que no ande haciendo liviandades. Si mal dicho es esto, Poncia, en tu ánima, ¿dí la verdad?

Pon. Por cierto no, sino muy bien.

Pol. ¿Pues por qué no le decias como lo dijiste agora?

Cel. Porque no me diste tú lugar ni me quisiste oir. Cata, señora, que no seas tan súpita; deja á la razon sojuzgar los primeros movimientos, porque no son en manos de los hombres; no seas don Perogil, que daba arremetidas contra los suyos. No seas, como dicen del mal ballestero, que á los suyos tira. Ando yo buscando tu provecho, y tras buen servicio, mal galardon.

Pol. Madre, perdóname por Dios, que no fué más en mi mano, que yo conozco mi yerro.

Cel. Señora, en buena parte caye, que no se me han pasado los dias en balde, que bien sé que de los señores todo se ha de sofrir; y créeme, que sino por el deseo que de servirte tengo, por aquella puerta me fuera, y ojos que me vieran entrar nunca me vieran tornar.

Pon. Madre, para eso es el seso, que bien sabes que cuando uno no quiere dos no barajan. Por tanto, pues Dios tanto seso te dió, ordenemos aquí lo más sano, que en mi alma, que me ha parecido de perlas tu consejo; y que queria á mi señora Polandria más vella casada con este caballero que con el emperador.

Cel. Y cómo, hija, tienes razon.

Pon. ¿Pues quién se lo dirá, sin que persona lo entienda? Tú, madre, lo harias bien.

Cel. Yo diré mi parecer, mas no tengo dicha, quiero callar.

Pol. Dí tia, que ya que estoy segura de tu inocencia, todo puedes decir lo que quisieres, que sobre tal cimiento no se asentará ninguna piedra mala.

Cel. Pues señora, lo que á mí me parece para que no haya tantas idas y venidas y esto se concluya es, que pues ambos sois para en uno, le hables por una destas dos rejas deste jardin esta noche,

y díle abiertamente tu voluntad; y si lo quisiere hacer, bien; onde no, díle el sueño y la soltura, que yo fiadora que no se desconcierte; y en pago del buen servicio, y mal galardon de hoy, yo lo concertaré con él, con el secreto que para ello se requiere.

Pol. Ay tia, por tu vida, que no tornes á echarme culpa, pues ya me tienes perdonada. Y eso que dices no me lo mandes, que me moriré de vergüenza dél, que en mi vida le hablé.

Cel. Andate ahí con tus vergüenzas. Hija, mi amor, dejar de hacer los hombres lo que les cumple por vergüenza, no es vergüenza, sino necedád. Cuanto más que yo te diré.....

Pol. ¿Qué, madre?

Cel. Que venga él; y si mucha vergüenza hubieres, háblele Poncia, y en dos palabras dígale el sueño y la soltura, y par Dios, ó dentro ó de fuera.

Pol. Si Poncia quiere hacello, yo lo haré.

Pon. Señora, eso es lo de ménos que yo por tu servicio haré; mas no querria que me dijese de no, y me perdiese la vergüenza por todo el mundo.

Cel. Señora, ¿tú quieres y hás gana casarte con este caballero?

Pol. Si por cierto, siendo en mi honra.

Cel. Andate allá decir donaires. ¿Mas pensé á buena fe, que te habiamos de aconsejar que fuese con tu deshonra?

Pol. Pues desa manera no querria cosa más.

Cel. Pues si lo quieres, da al diablo esas vergüenzas, que barba á barba, vergüenza se acata. ¿Estoy en mi seso, Poncia? ¿héte dado en el alma? ¿héte muerto una ágria? ándate allá con tus donaires, que piensas que todo lo sabes; y tú, señora, haciendo de la muy salteada de la honra, que aun no sabes donde te roe el zapato. ¡Guayas de Celestina! ¡que pienses tú de entender mis razones, á cabo de mis ochenta años acuestas, teniendo aun el cascaron en la cola y la leche en los bezos! ¡Guayas de mí, si acabo de mi vejez habia yo, hijas, de venir á deprender como se ha tratar y servir las tales como tú, mi señora Polandria! Hora, sus, esto queda muy bien acordado y no se hable más en ello; y yo me quiero ir.

Pol. Madre, mira que le tomes muchos juramentos, y que mire de quién se fia, porque si mi señora algo barrunta, todo irá borrado.

Cel. Ay hija, angelito, angelito. En Dios y en mi ánima que no te queda más

en el estómago, ¿y á Celestina avisas tú de secreto? ¡Dolor de mí, que este es el primer secreto que en este mundo yo he sabido encobrir! Calla, señora, que eres boba, noramaza, que así te lo quiero decir, y perdóname. Por cierto, por mayor afrenta tengo decirme esto, que cuantas hoy me has dicho. Bien parece que con la niñez que no sabes cuántas son cinco.

Pol. Paréceme madre, que te has querido vengar: no se si tomas esta afrenta de lo que dije.

Cel. ¿Por qué, señora? ¿porque te llamé boba? Alacé, pues sabe que eres boba y aun bobita; que aun agora naciste, que mal pecado, no debes de saber cómo tras los dias viene el seso, que no te espantáras de llamarte bobita. Mírala, Poncia, cuál está boquiabierta el angelito, que en mi alma, no paresce sino pajarito nuevo que toma el cebo á la madre. Pues sabe, que madre soy que lo sé traer. ¿Que me estás mirando? que mejor lo sabré hacer que lo digo.

Pol. Hora, madre, véte, y déjate de razones, que vendrá mi señora.

Cel. ¡Ay perla preciosa! ¡ay serafin! ¡ay ángel del cielo! ¡ya no se te cuece el pan! Pues asegúrate, asegura, que en manos

está el pandero que lo sabrá bien tañer.

Pol. Ay Dios, madre, como eres maliciosa; si quiera nunca te vayas.

Cel. ¿Crees tú, hija Poncia, que dije aquello con la boca grande ó con la boca chequita?

Pon. Con la chequita.

Cel. En mi alma, que estás en lo cierto; y con esto yo me voy, y si no tornare, el acierto está seguro, y quedad con Dios.

Pol. Y con él vayas, madre. ¿Paréscete, Poncia, que lo supe bien hacer?

Pon. Ello, señora, está mejor que se puede pedir. Esta noche tendremos fiesta, y más si viene con Felides, él, mi mal pesar, tendremos en qué entender y de qué burlar y reir mañana. Y con esto nos vamos ántes que venga mi señora.

Pol. Vamos que es razon de ir á labrar y de hacer algo, y cierra tras tí esa puerta del jardin.

ARGUMENTO DE LA VIGÉSIMA SÉTIMA CENA.

Pandulfo va á la fuente á saber de Quincia lo que pasó sobre su carta, y sobre quedar muy corrido, concierta de hablalle el domingo en la noche, y intrudúcense.

PANDULFO.—QUINCIA.

Pand. Mucho huelgo que á Quincia veo, para hacer con ella algun concierto, y saber cómo le fué con mi carta. Hermana mia, no puedes pensar el deseo que de verte tenia, para dar alguna manera que nos hablemos, y para saber cómo nos fué con la carta de mi amo.

Quin. Ay, señor; por tu vida, que no me mandes mas llevar estas cartas, que ver la burla que de la carta han hecho, no lo puedes creer.

Pand. ¿Cómo es eso?

Quin. Yo te diré cómo; que me dijo Polandria, que Pandulfo ó otro tal que, mozo despuelas, habia escrito aquella carta; que para mí ó para otra tal puerca como yo debia de ser, segun las badajadas que traia.

Pand. Cuerpo, hora de tal, con la loca. Pues voto á la Casa Santa, que mi agüelo Mollejas, que no debia nada á D. Brasco,

su agüelo, sino por la renta, que aunque era hortelano él era muy buen hidalgo. ¿Badajadas le parecian? ¡Pese á tal, con ella la sabia! ¿Pues qué queria ella, filosofía, que no las sienten más que la mula de mi amo, sino por hacerse muy dueña y muy sabia? Yo seguro, que si Poncia la via, que la entendiese de otra manera.

Quin. Ay, ay, eso es lo mejor del mundo; otra que bien baila. Por mi vida, que en comenzando á leer la carta, dijo: oxte mi asno.

Pand. Oh cuerpo, hora de tal, con la duquesa; ¿quiere tambien filosofías como su señora, la dama?

Quin. Ay, pues si supieses cuán mofadora es, espantarte hias.

Pand. Escarnidora parece; mas por mi vida, hermana, que no falte quien tambien mofe della, y dereniego del puto de su linaje. ¿Y qué hallaba ella para hacer escarnio? ¿queria que le hablasen en el mar y en las arenas? Al diablo las locas; hora, por tu vida y mia, que pienso que estas y estos caballerotes que tienen otra lengua sobre sí, que no deben entender la nuestra, pues que mofan della.

Quin. Ay, ¡y cómo mofan! Pues en cargo de mi conciencia, que yo ví la carta del otro dia y la de ayer, que no era sino

gloria oir la postrera, cuanto en hado la primera.

Pand. No, que estás engañada; que mejor es decir, que el sol es pasado por vidriera y el fénis que se quema. Que esotras no son razones para sus altezas de la señora Polandria y Poncia.

Quin. Hi, hi, hi. Ay, par Dios, que deso es toda la carta de Felides, la primera; ¿y qué diablos quieren decir esas retólicas que agora digiste?

Pand. ¿Qué han de querer decir? la señora Poncia te lo dirá, pregúntaselo.

Quin. Ay, y como lo dirá para escarnir; que ayer en todo el dia nunca otra cosa hizo, tanto, que mil veces le preguntaron Claudia y Galarza, dueñas de mi señora, que de qué se reia ya tanto y decia: mi señora Polandria lo sabe.

Pand. Pues voto á la Casa Santa, que no entiende ella más que yo esas elegancias, y que si yo me viese con ella solos, que nos entendiésemos á coplas.

Quin. Bueno es eso señor; ¿querias una en papo y otra en saco?

Pand. No lo digo, hermana, sino porque entendiera mi lengua, que en lo demas, más quiero á tu zapato que á ella y á todo su linaje.

Quin. Dalas ya á Dios, y no hablemos

más en ellas, y dejémoslas con Celestina allá en el jardin de casa.

Pand. ¿Qué dices? ¿allá queda Celestina con ellas?

Quin. Si por cierto; y aun dos veces ha ido esta semana allá. ¡Y aunque no huelgan ellas poco con ella!

Pand. Su, su, su.

Quin. ¿De qué silbas, señor?

Pand. Silbo, de que por tu vida, que en una escuela aprendimos Celestina y yo la lengua: no sé como la entienden mejor que á mí; y no me digas más, que por nuestra dueña, que es descubierta la celada y no vivo yo engañado.

Quin. ¿Por qué dices eso, señor?

Pand. Dios y yo nos entendemos. ¿Pues ha predicado su reverencia á estas tan sabidas doncellas?

Quin. Ay, y cómo ha predicado, y qué de cosas de Dios les dice á ellas y á mí, que las tiene, así goce yo, desbabadas oyéndola.

Pand. Eso querria yo que entendiese la señora Polandria, que voto á santa Catalina, que lo entiendo yo mejor que ellas las cartas.

Quin. ¿Qué entiendes, por tu vida, señor?

Pand. Entiendo, en lo que entiende Celestina.

Quin. Ay señor, no digas eso, que es una santa.

Pand. Pues si es santa, díles que le ayunen la víspera, que el tiempo dirá lo que sacarán en tenella por abogada. Y dejemos esto y veamos cuándo me podrás hablar.

Quin. Por Dios señor, de aquí á tres dias no es posible, que no estoy para ello.

Pand. Hora, pues, quédese para el domingo, y quédate con Dios, y yo me voy.

Quin. Contigo, señor, vaya.

ARGUMENTO DE LA VIGÉSIMA OCTAVA CENA.

Celestina va á Felides diciéndole del concierto para esa noche, y dále de albricias cien ducados, y váse; y él queda con sus criados, y pasa donaires con ellos; y introdúcense.

CELESTINA.—FELIDES.—PANDULFO.—SIGERIL.

Cel. Oh válame Dios, y en cuán poco estuvo de perderse hoy mi caudal junto con el autoridad que con mi nueva venida he cobrado, si con la razon no previniera á la necesidad del tiempo, y puesto que perdí grandes intereses desta cura, que por alargar se pudieran ganar, harto fué rodeallo, para que estando yo oleando el enfermo, le tornase la vida. Y para suplir lo que con dilatarse pudiera ganar, yo le venderé al enfermo por el concierto desta noche, y ántes que se den ellos las manos, si yo puedo, sacaré las mias llenas con las albricias del buen concierto. Y quiero ir á Sant Martin, y como allí viere alguno de sus criados, él lo hará saber á su amo, para que no aparezca que yo lo busco. Bien se me hace, que Pandulfo está oyendo misa, y ya se acaba; y héle donde va á dar la nueva. Yo lo tengo bien

amasado; quiero dar gracias á la Magdalena, de haberme sacado hoy de tan gran peligro, que aunque en hartos me he visto, nunca tal como el de hoy, porque llovia ya sobre mojado. Y háceseme agora bien, que ya no hay misa que decir y queda el campo solo; y en tres palabras entiendo despachar este galan. Hélo aquí dó viene, y pláceme que los criados deja fuera.

Fel. Oh madre y señora mia, cómo me dá el alma en tu gesto que traes á la mia algun consuelo.

Cel. Oh mi ángel y mi serafin de oro, como es llegada la hora que tus mercedes darán testimonio de mis servicios. Agora quiero yo ver en el precio que tienes á Polandria, con las albricias que me das.

Fel. Señora, deso huelga mi alma; y sepamos tan gran bien y toma todo lo que con quedar con mi señora sola, te puedo dar.

Cel. Hijo, no pido yo tanto, porque ya sabes que las donaciones no valen nada cuando pasan del diezmo de la hacienda del que las hace, y con el quinto me contentaré yo.

Fel. Hora madre, dí, que yo me ofrezco á contentarte á tu voluntad.

Cel. ¿Cuándo?

Fel. Luego, si tal fuere la nueva.

Cel. Pues la nueva es tal, cual la vieja te la dirá; y porque para decir las afrentas y el hilado que se ha gastado en desenvolver la tela, no bastaria todo el dia, ello queda concertado que tú le hables esta noche por una de las rejas de su jardin, despues de todos sosegados.

Fel. Calla, madre, ¿quiéresme probar? ¿estás burlando? ¿es posible eso? mira no se te antoje ó no lo hayas soñado, que eso más paresce sueño que verdad; y no sea la soltura que soñé yo con tu sueño, que me espulgaba el gato.

Cel. Señor, én la sobra del deseo te falta la razon de tal tercera como yo. Yo te digo la verdad, y tú lo verás esta noche si burlo ó digo verdad.

Fel. Oh mi madre, oh mi señora, oh mi vieja honrada. ¿Con qué te puedo alabar? ¿con qué te puedo encarecer? ¿con qué te podrá pagar Felides? pues no ménos dé á Felides muerto, me das vida.

Cel. No me quiebres las costillas, y no me mates con tanto abrazo. Creo que por no me pagar quiéresme matar, sabiendo que no tengo heredero.

Fel. Oh madre, dame esas manos, que tal hazaña han hecho. Dame esos piés, besártelos hé, porque anduvieron tan glo-

riosos pasos; y sino quieres, dame esa boca que ordenó tan gran, bien que la mia no sabe encarecello.

Cel. Señor, tu estado y mi bajeza niegan las manos; tu edad y mi vejez niegan la boca; que mejor será emplealla en aquellos labios de rosicler, y en aquellos dientes hechos de azúcar, donde pienso que emplearás tú esta noche la tuya; que tal piedra preciosa como tu boca, no es razon de engastalla en tan mal engaste y tan viejo, como mi boca. Sino qué dejando estas palabras, y refiriéndonos á las obras, en las de mi parte sea: que tú vayas esta noche allá á la una, y por una escala puedes entrar á la parte que la mar bate en el jardin, y él está tan apartado, que sin que se pueda oir, puedes cabe las rejas de dentro hacer las señas tañendo y cantando para hacer parar las aguas y venir las piedras con las aves, junto con el corazon de Polandria, á te oir. Y con esto yo he hecho mi oficio; tú haz agora el tuyo, y yo me voy, pues quedo satisfecha que no dirás que tenga buena parola y mal fato.

Fel. Madre, tú te puedes ir, y haré yo que no puedas tampoco decir por mí esas palabras, que yo te doy mi fe, que ántes que goce de la merced que me has hecho, sea en tu casa el galardon.

Cel. Señor, yo te beso las manos, y á esos que hobieres de llevar contigo, con gran secreto díles que á concierto vas de casamiento, porque de otra suerte no pudiste acabar conmigo, que entendiese en este negocio. Y bésote las manos, que por esta puerta me quiero ir.

Fel. Madre, Dios vaya contigo como quede conmigo, y pierde el cuidado. Andad acá, mozos, vamos á comer.

Pand. Dentro está el pelon. Por nuestro señor, que debemos de tener alguna buena nueva, ó buena mentira en su lugar.

Sig. Calla, que ello dirá, que no tendrá sufrimiento para callar. Mas dí ¿has sabido más de la carta que me dijiste?

Pand. Sé, que tampoco la entendieron como la otra.

Sig. Cómo ¿pusístete tú á hacer filosofías, ó cómo no la entendieron?

Pand. Voto á tal, más clara iba que el agua.

Sig. Paréceme que podemos decir aquí, que ni oxte tan corto como las razones de Felides, ni arre tan luengo como las tuyas; y con esto callemos que nos mira.

Fel. Hijos, aderezarme las armas para esta noche, que me cumple ir algun cabo, donde podria ser que fuesen menester.

Pand. Eso es, por Dios pues, lo que hé menester.

Fel. ¿Qué dices Pandulfo? Bien sé que estas son tus misas.

Pand. Señor, eso decia; que eso es lo que yo he menester para que me conoscas.

Fel. Dias há que te tengo conoscido; y vámonos á comer, que despues sabrás lo demás cuando fuéremos.

Pand. Señor, sube á comer, que aparejado está.

Fel. Subamos.

ARGUMENTO DE LA VIGÉSIMA NOVENA CENA.

Celestína va á su casa muy alegre, y allá halla Areusa y á Grajales que la están aguardando á comer, y en la comida cuenta Celestina un cuento que la acaesció con un menistro, Echa-cuervo de la Trinidad y una moza y un rufian llamado Fragoso; y introdúcense.

CELESTINA.—ELICIA.—AREUSA.—GRAJALES.

Cel. Ta, ta, ta.

Elic. ¿Quién está ahí?

Cel. Abre hija, que yo soy. Oh hija, Areusa, ¿acá estas?

Elic. Por Dios, una hora há questá aquí aguardándote, que trujo dos pares de perdices para que comiésemos juntas.

Ar. Por Dios, madre, no puedo comer cosa buena sin tí. Y envióme estas perdices el despensero del Arcediano, y véngolas comer contigo.

Cel. ¿Quién hija?

Ar. El despensero del Arcediano.

Cel. ¿Quién es el despensero del Arcecediano?

Elic. ¡Ay Jesus, madre, qué desmemoriada eres! ¿No te acuerdas del gentil hombre que te dije que tenia mi prima, que le da cuanto há menester?

Cel. Ya, ya, hija, al cabo estoy; mas mala landre nunca me tome, si me acordaba.

Elic. Pues habla paso, que está arriba y viene por conocerte y á comer con nosotras.

Cel. Él y los buenos años, que por cierto huelgo mucho dello. Y hija Areusa, ¿parécete si estuvieres con el capitan aguardándole hasta agora, y no tomaras mi consejo, que estuvieras bien librada guardando mucha lealtad á ese otro panfarron, gesto de diablo de Centurio? Mi fe hija, uno en papo y otro en saco, uno al fuego y otro tras la cama, uno sospirando por la calle y otro en los brazos, porque seas nueva; que ya sabes hija, que mudando muchos y no dejándolos envejecer, que contíno serás cedazuelo nuevo puesto en estaca. Que así como te enhada á tí una saya vestida de tres veces arriba, enhadarás tú al hombre como te hable tres veces; que como te dije la noche de Parmeno, miéntras más moros más ganancia.

Ar. Habla madre, paso, en mal punto, no te oiga Grajales.

Cel. ¿Cómo es su gracia?

Ar. Grajales.

Cel. ¿Grajales, hija? Oh cómo huelgo que tomases amistad con tal persona, por

las nuevas que dél he oido; que tú mejor estabas, mal pecado, sin ninguno, como hasta aquí has vivido; mas ya que la necesidad te forzó á tomar quien te la remediase, no podiste tomar mejor persona, que me dicen que es muy liberal y franco.

Ar. Eso que hablas agora recio, me contenta.

Cel. Calla boba, que yo sé lo que ha de ser público en la misa y lo que ha de ser que no lo oyan más del que la dice. Mal pecado, hija, aficion demasiada que tendrias á ese hombre honrado, te haria mudar la casta intencion que hasta aquí has tenido.

Ar. Par Dios, madre, no otra cosa sino demasiado amor, que harto tenia yo, mal pecado, quitado del corazon de ofender á Dios, con él ni con otro.

Cel. Así es hija, mas consuélate, que los yerros por amores dignos son de perdonar. Y llámale que le quiero conocer, y comamos.

Ar. Ah señor, baja acá, que ya es venida mi tia.

Graj. Señora, buenos dias hayas.

Cel. Hijo Grajales, tú seas bien venido y conoscido por hijo, que por buena fe, que con las entrañas que siempre tuve á Elicia y á su prima Areusa, te recibiré yo y recibo

en mi casa. Y á la verdad, hijo, hablando contigo como con tal persona, yo más quisiera que mi sobrina, aunque mal pecado, sufria harta laceria y necesidad, que por su castidad se estuviera sola con su rueca y su huso, por esta negra honra, hijo, como sabes; que mal pecado, carga es que sin trabajo no se lleva, contradiciendo siempre la voluntad del que la quiere tener; porque no en el honrado está, como mejor sabes, sino en los que nos han de honrar; y como esta negra fama sea tan delicada, como digo, quisiera á mi sobrina sola. Mas ya que habia de hacer algo para suplir sus necesidades, yo huelgo mucho que sea ántes contigo que con otro, porque sé que eres persona honrada y tendrás secreto y suplirás sus necesidades; porque estas hacen hacer á las mujeres, mal pecado hijo, muchas veces lo que no querian, como agora mi sobrina hace. Mas ya sabes que es proverbio antiguo: que con mal está el uso cuando la barba no anda desuso. Y por esto me place que haya tomado, ya que lo habia de tomar, como dije, hombre de barba, que tal me pareces tú á mi en verdad.

Graj. Señora, yo te tengo en merced lo dicho, y creo que ella tendrá en mí un buen amigo, y tú un hijo y servidor.

Cel. Así lo creo yo, hijo. Y pues para entre nosotros no hay necesidad de ofrecimientos, vámonos á comer, que es hora. Y sus, sentaos, hijas, y tú señor Grajales, entre mí y Areusa; y dame acá, Elicia la taza y el jarro, tendrélo cabe mí, para que no tengais necesidad de os levantar. Y hijo Grajales, ya sabes que es el oficio de los viejos servir de pajes de copa, y aun que os haga la salva, pues sirvo de copa, n' os marávillares.

Graj. Madre, sea de suerte la salva que se salve el vino, para que quede para los que sirves la copa.

Cel. Hijo, no bebo tanto como me motejas; que por tu vida, que como el jarro es grande, que está el vino muy hondo, y por no lo ver, bebia despacio y con tiento, que así goce, á los labios no me ha llegado.

Graj. Si á los labios no te ha llegado madre, si te llégara á la boca, pienso que no llégara á los nuestros.

Cel. Ay, putillo y gracioso y decidor eres; contigo me entierren, porque creedme, hijas, que cuando moza, que agora no hay, mal pecado, para qué, que si me hubiera de enamorar, que más aina tomara un hombre con razonable gesto gracioso y decidor y desenvuelto, como

Grajales, que no otro tan lindo como Felides, si fuera frio.

Ar. ¿Burlando lo dices, madre? no hay cosa que más enamore, en mi ánima, que la gracia de los hombres y de las mujeres.

Graj. Señora, comamos y bebamos, que no sabe hombre quién le quiere bien ó quién le quiere mal. Porque ya sabes: que oveja que mucho bala, poco mama; y pues ya tienes hecha la salva, dame acá ese jarro, que quiero yo beberte los escamochos.

Ar. No te los arrendaria yo.

Cel. ¿Y tambien vos decís donaires? bien parece que no con quien naces, sino con quien paces; que la conversacion de Grajales te hace decir ya gracias.

Graj. Tia señora, por buen estilo me has querido llamar bestia.

Cel. No sé, hijo, si paces para ser bestia, mas sé que no tienes mal abrevadero, segun sabes empinar el esquilon. Que por mi vida, hijo, que pienso que no ganará contigo la dehesa Sancha la bermeja, á beber digo, que no á pacer, porque no digas que te motejo.

Elic. Madre, muy regocijada te veo hoy y donosa; no sé qué es esto.

Cel. Ay boba, ¿y quién tiene convidados, que no los regocija?

Graj. A buena fe, señora tia, que la señora Elicia, que no perdiera nada en el abrevadero de la dehesa.

Elic. ¿Cómo?

Graj. Porque me paresce, que ha sacado mi madre muy buena discípula en escanciar.

Cel. Por tu vida, hijo, que se lo era ella, y aun maestra, ántes que á mi poder se viniese.

Ar. Ay Jesus, madre, hablemos en otra cosa ¿todo ha de ser hablar en el vino y en beber?

Elic. Por Dios, bien será; y madre, por tu vida, que sobre mesa, ya que hemos comido, cuentes al señor Grajales y á mi prima el cuento de lo que te acaesció que me decias la otra noche, que es la mayor gracia que nunca ví.

Cel. ¿Qué cuento, hija?

Elic. El cuento del ministro.

Cel. ¿Qué ministro, mi amor?

Elic. Oh Jesus, no se te acuerda del ministro Echa-cuervo de las burlas de la tinaja.

Cel. Ya, ya; mira, por vuestra vida, ¿Cómo se me habia de acordar diciendo del ministro? Por tu vida, hijo, más cuentos de ministros he visto que canas tengo, mas aquel es muy donoso.

Graj. Dínoslo ahora, madre, en cuanto se asan las castañas para beber.

Cel. Habeis de saber, hijo, que Dios enhorabuena, que tuve yo aquí una moza muy fresca y graciosa que se llamaba Tejeira, y era portuguesa y muy donosa, y teníala, que le daba cuanto habia menester, en mi casa, un valentísimo hombre y muy marcado rufianazo, que se llamaba Fragoso. Y vino aquí á predicar entónces bulas un Echa-cuervo, ministro de la órden de la Trinidad, y mal pecado, enamoróse de la negra Tejeira; y tanto le dió, y tanto le prometió, que concertó de venir á mi casa, estando el Fragoso fuera de aquí, á comer una soleñe comida. ¡Y de vinos èra mocosa! ¡cuales los tuviéramos agora! Y que despues de comer se habian de celebrar las bodas. Mi fe, hijos mios, aderezamos la Tejeira y yo nuestra comida, pusimos nuestros manteles muy lavados en la mesa, hicímosle un brasero muy hermoso, que hacia frio, y todo aparejado, heos aquí donde entra el negro fraile, blanco, tan gordo, tan ancho y tan reverendo, como el que estaba, á osadas, bien cebado.

Graj. No estaria á pan y agua, ni sardinas trechadas.

Cel. No por cierto, sino á buenos ca-

pones y perdices, cuales los teníamos en la mesa aparejados. Y como él entró, yo tenia avisada á la moza que le trajese la mano por el cerro, para pelalle mejor que habiamos pelado sus capones; y no lo dije á sorda, y viérades la moza tan diligente diciéndole: ¡oh miña vida, miña alma, miño corazon! sentayvos aquí, mas sentayvos acá; y viérades el bueno de vuestro fraile sentado cabe su moza á comer, y yo de la otra parte, el más regocijado que os queríades, pensando gozar la dama alzados los manteles, y muy cerrada la puerta del escalera, porque no subiesen perros donde estaba la cama hecha, que no debiera, como diré. Ya á la media comida, al mejor regocijo, heos aquí donde llama á la puerta el negro Fragoso; que como dijimos ¿quién está ahí? y dijo que Fragoso, viérades vuestro fraile más blanco que su hábito; porque el diablo de Fragoso tenia celos dél, y teníale amenazado que le habia de matar. Y si turbado estaba el fraile, más lo estaba la Tejeira, torciendo las manos, diciendo: ay desventurada, oh mezquiña, que no es más, miña vida de en cuanto entre Fragoso. Yo que con ménos turbacion estaba, quise abrir la puerta de la escalera para esconder el negro fraile, y

áun empecinado, que tal lo fué él aquel dia; ni sé si con la turbacion ó con qué diablos, turbóse la cerradura, que no podimos jamás abrir la puerta. Y en toda la casa no habia sobrado en lo de arriba, sino la cámara donde estábamos, y el Fragoso, como era diablo y sospechoso, viendo nuestra tardanza daba voces como un perdido, que abriésemos, sino que quebraria las puertas. Mi fe, no sabiendo que nos hacer, ni donde asconder á nuestro fraile, estaba una gran tinaja de agua á una esquina de palacio, y la buena de la Tejeira dijo al fraile: ay señor, por la pasion de Deus, vose paternidad se chante en aquella tinaja, que me matará aquel homen sino le desfecho anisa á aquella porta. Y el diablo del ministro, con la turbacion, y nosotras tambien, no fuimos para vacialla, y con todo el frio que hacia, lánzase vuestro fraile en la tinaja, y como él entró, vácianse dos ó tres cántaros de agua por el palacio, y pónese el bueno del fraile en la tinaja rebosando el agua, puesta la cabeza de manera que solas las narices y la boca, por no se ahogar, tenia de fuera.

Graj. ¿De suerte que perdiera bien el riso su reverencia?

Cel. Yo te lo prometo y como la perdió.

Elic. Escucha, que es la mejor cosa que nunca viste.

Cel. Así que, hijos mios, aun el fraile no estaba bien metido dentro en la tinaja, cuando la buena de la Tejeira quita el aldaba, y entra el diablo del Fragoso haciendo mil fieros; que pesase á tal y á cual con la puta, que qué tardanza habia sido aquella, si tenia allá algun gayon ascondido. Y viérades hacer mil juramentos, más espesos que piedras, atablando á vuestra Tejeira. Y yo aunque hablaba no me oia; y con todo esto, echa mano al espada, y dále de espalderazos, y como él desayunó con el agua y el fuego, el bueno del ministro comenzó á tronar en la nube ó tinaja, que en mi ánima, que con toda el afrenta que teníamos fué nuestra risa tal, que salvó toda la sospecha, preguntando el bueno del Fragoso de qué nos reíamos, y dijimos que de que habia pensado que habia alguno dentro y que no habia sido sino por miedo que viese que comíamos tan bien, estando él fuera; y con esto asosegóse, y dijo que ántes holgaba él dello, y sentóse á la mesa, y dijo que comiésemos; y sentámonos, y comimos de buen reposo la comida del desventurado del fraile, el cual sola su nariz tenia con medio rostro de fuera,

que no parescia sino raposa que quiere quitar las pulgas en el rio, que tiene solo el hocico defuera. Y estando ya muy sosegados comiendo, vínonos otro sobresalto, que fué que el diablo del Fragoso vió la nariz del bueno del fraile estar sobre el agua de la tinaja, y dijo: ¿qué diablo es aquello que asoma por allí? y aquí pienso que no nos quedó gota de sangre en el cuerpo, ni pienso que al bueno del fraile de lo que habia comido.

Graj. Haria el milagro de architriclinio, segun lo que habia bebido.

Cel. Mas tornó el agua en la ira de Dios, que segun hedía, pienso que no pudo ser ménos sino con el miedo y el frio, que le tomaron cámaras.

Graj. Pues veamos; cuando el rufian preguntó qué era aquello, ¿en qué paró?

Cel. Pues calla, que lo mejor está por venir. Yo le respondí, que la Tejeira ni oia ni entendia, que me habian dado un galápago y que lo habia puesto en aquella tinaja, y á él tomóle gran risa y dijo: dóle al diablo ¿y la cabeza tiene defuera? Y aquí pensó el fraile que por la suya decia, y súmese todo, y torna luego por no se ahogar á sacar su nariz; y el bueno del Fragoso, muerto de risa del galápago de que sacaba la cabeza, que pensaba que

era la nariz del negro ministro, arrojóle un majadero, y dió un golpe en la tinaja que pensamos que la quebrara. Y aquí fué otra afrenta, que le queria tirar otra vez con el mortero que habia quedado, sino que yo se lo quité de las manos diciendo: anda amigo, que no te costó dineros como á mí, no quiebres mi tinaja; y en esto, plugo á Dios, que entraron las vecinas y asosegóse el alteracion. Yo tuve manera de echar de casa al diablo del rufianazo, que no habia diablos que le hiciesen salir de casa; y ya que le tuve echado, que queria despedir las vecinas, el diablo del fraile, no sé cómo fué, si desperecido de frio ó por revolverse, da consigo una flairada y con la tinaja, y queda vuestro fraile en mitad de la sala, que parecia que habia salido por algun albañal. Y como se vertió el agua, no olia la casa á menjuí; fué tanta la risa de ver caer la tinaja y quebrarse, y quedar el diablo del fraile hecho un palomino, esperecido de frio en el suelo, que ni él se podia levantar, ni de risa ninguna le podia ayudar. Y ya que hartas de reir calentámoslo lo mejor que pudimos, y con juramentar las vecinas, echámoslo con todos los diablos. Y este fué fraile ó fué diablo, que nunca jamás pareció.

Graj. De suerte que él no fué novio.

Cel. Seria novio el diablo; y á un tal iba él, que pienso que no podia tornar en sí en esos ocho dias.

Graj. Por nuestro señor, el mejor cuento es que oí.

Cel. Pues oye, que con el desatino dejóme una bolsa con media docena de ducados, para la vista del proceso.

Graj. Así que, tia, de la burla tú llevaste lo mejor.

Cel. ¡Y como lo mejor! Mas yo te certifico, que de aquí á un mes no acabase cuentos graciosos que por mí han pasado. Mas paréceme que á la puerta llaman; cesen los cuentos, y sabe hija quién es.

Elic. Tia, Sigeril, paje del señor Felides, está allí.

Cel. Subíos vosotros arriba, y ábrele hija.

Sig. Tia, señora, Dios te salve.

Cel. Hijo, y tu vengas con su gracia.

Sig. Señora, dos palabras te quiero decir sola.

Cel. Pues hija Elicia, súbete arriba. ¿Qué es lo que mandas hijo?

Sig. Señora, Felides mi señor, te envia estos cien ducados por el corretaje del casamiento; y que el de tu sobrina quede aparte, para cuando tú hubieres buscado

el que se ha de casar con ella. Y que le perdones si es poco.

Cel. Hijo, mi amor, que le beso las manos, que no se espera menos de tal persona, y que es tanto, que no merezco á Dios tan gran merced. Y toma tú, hijo, un par de piezas para calzas.

Sig. Madre, no es menester, y queda con Dios.

Cel. Por mi vida, si tomarás.

Sig. Hora madre, yo te lo tengo en merced, y queda con Dios.

Cel. Hijo, y él vaya contigo, y ruégote que te aproveches desta casa como de la de tu amo.

Sig. Señora, téngotelo en merced.

Cel. Hora, yo quiero dormir, pues tengo ya cobrada buena fama, que aquellos mancebos no se apartarán tan presto; y esconder este dinero, porque no me lo hurte Elicia, como me queria cantusar la cadena y las cien monedas.

ARGUMENTO DE LA TRIGÉSIMA CENA.

Pandulfo dice á Sigeril que á qué fué á casa de Celestina, y él dice que á dalle cien doblas, y sobre esto pasan grandes cosas; y despues Pandulfo se quiere excusar por santo de no ofender á Dios, por temor de ir esta noche con su amo al concierto, y pasa con Sigeril, muchas cosas sobre ello, y introdúcense.

PANDULFO.—SIGERIL.

Pand. Hermano Sigeril, ¿á qué fuiste hoy á casa de Celestina?

Sig. No digas nada.

Pand. A mí no hay necesidad desos avisos.

Sig. Pues sabe, que le llevé cien doblas que le envió nuesto amo.

Pand. Ahí pasó la liberalidad del pié á la mano.

Sig. Así me paresce á mí, porque tan mal paresce dar mucho donde no se debe, como dejar los servicios sin galardon: que no es liberalidad, la que pierde el nombre con la falta de la razon para dar, y cobra nombre de prodigalidad.

Pand. Por cierto que te quiero decir, que es tan mala la escaseza, que tengo yo por mejor tocar en pródigos los hombres, que no en àvaros.

Sig. Todos los extremos son viciosos, y en el medio hallaron los sabios que consistia la virtud. Y la mayor virtud es rehusar las riquezas; como se tuvo en Atenas por mayor liberalidad rehusar Focion los doscientos talentos que el rey Alexandre le daba, que la liberalidad que el rey hacia en dar tan gran dádiva.

Pand. Seria esa merced con mayor razon de dar por la virtud del servicio, que la de Celestina, y para ganar Alexandre mayor fama de tal liberalidad, que Felides con dar lo suyo á alcahuetas, para ganar fama inmortal de vicios. Mas pues no quiere tomar nuestro consejo, déjale pélelo, que el loco por la pena es cuerdo.

Sig. Y la obligacion que como criados tenemos de decille la verdad, ¿cómo se pagará?

Pand. ¿Ya no se lo tenemos dicho? y pues le aborrece la verdad, vistámoslo de isonjas, y si Celestina robare, robemos, que á rio vuelto, ya me tienes entendido.

Sig. Pandulfo, sí entiendo, mas tambien entiendo que el mayor galardon que de servir se saca es, que quedamos más pagados de nuestras obligaciones y virtud, que sin ellas ricos de dinero y pobres de la deuda que nos debemos, á decir verdad á nuestro amo, y más por lo que le de-

bemos; porque me parece que la mayor paga que podemos sacar de nuestro servicio, es de haber servido bien. Y pues el que sirve no medra, ¿el que mal sirve qué espera? Y por esto no pienso jamás, porque se enoje Felides, dejar de decille verdad; que más quiero que me desame por se la decir, que no que me ame por decille la falta della: más quiero quedar aborrecido por bueno, que loado por no tal. Y en fin, quiero que cuando me falte el galardon de servir, que me sobre á lo menos el que pude sacar de haber servido bien.

Pand. ¿Qué, tú no sabes que con eso que dices, que de necios leales se hinchen los infiernos? Y por tanto, yo quiero vivir conforme al tiempo, y usar lisonjas como se usan, pues sabes que lo que se usa que no se excusa.

Sig. Pues yo me quiero excusar de uso, que ni en los otros ni en mí me puede parescer bien, excusarme dél.

Pand. Más querria que buscases manera para excusar de ir con nuestro amo esta noche, como hoy viste que nos dijo.

Sig. Hermano Pandulfo, nunca pienso en excusarme donde no me excusa y me tiene obligado lo que debo á mi amo, y por debérselo, á mi me debe á pagallo.

Pand. Muy filósofo estás agora.

Sig. Y tú muy temeroso. ¿Tú no decias que no naciste sino para cosa de afrentas? ¿Pues cómo agora te querrias excusar dellas?

Pand. Porque tan feo me parece tomallas sin causa, como dejallas con causa y razon de tomallas.

Sig. Bien dices, si el tomallas y dejallas fuese en nuestra mano, no para dejallas por injustas, ó tomallas por lo contrario; mas la razon que para tomar peligro en tales liviandades á nuestro amo falta, nos sobra de la razon á nosotros por mandárnoslo él.

Pand. Sí, mas yo he oido á teólogos, que lo que es contra ley de Dios que no es obligado el hombre á hacello, aunque lo mande su señor. Que por esta causa me queria yo apartar deste peligro, donde no temiéndolo en el cuerpo lo debo temer en el alma. Y cuanto va de la excelencia del alma á la del cuerpo, se debe mas estimar lo que toca al alma que lo que toca al cuerpo: pues la una es inmortal y el otro ha de acabar tan presto.

Sig. Amigo Pandulfo, muy mozos somos para tanta conciencia. Basta para mi edad escrúpulos de honra: pues sabes que honra y provecho no caben en un saco. Provecho del ánima y honra corporal

del mundo digo; mas no sé dónde te vienen estas santidades, que tan católico y tan temeroso del ánima te veo.

Pand. Sigeril hermano, hago bien; que sabe que por eso me desposé, por apartarme de ofender á Dios con Palana, y por tanto no lo quiero ofender por Polandria. Que en fin de los hombres es pecar mas diabólico el perseverar, que en todo tiempo se ha de tomar lo que priva la vida por todo tiempo, por el morir mal en tiempo digo, para vivir muriendo para siempre.

Sig. Hora, pues tan santo te haces, yo te aconsejo que no vayas allá, y lo aconsejo á mî amo que no te lleve, y que mande llamar á sus escuderos Filestres y Fornaces, que yo te prometo, que aunque son viejos que no se excusen por conciencia.

Pand. Hermano, ya sabes que primero hemos de buscar el reino de Dios y su justicia, y si desta manera mi amo se quiere servir de mí, yo pondré por él la vida, mas el alma no lo quiero aventurar. Si quiere ser homicida de sí á manos de los criados de Paltrana, no lo quiero yo ser, porque estoy determinado de por ninguna cosa ofender á Dios. Porque él dice: ¿qué le aprovecha al hombre ganar á todo el mundo si su alma rescibe detri-

mento? y que temamos no á los que solo nos pueden matar los cuerpos, mas al que no solo puede matar el cuerpo, mas poner el alma en los fuegos eternos. Y si dijeres que lo dejo de temor, como digo, más quiero vergüenza en cara, que mancilla en corazon.

Sig. No es menester más, tú te puedes quedar. Y por esto veo que son grandes los juicios de Dios, y no sabidos sus caminos.

Pand. ¿Por qué dices eso?

Sig. Porque de prescito en el burdel, tan presto te veo predestinado; y por una parte quieres ser lisonjero para no diciendo verdad, perder el alma por ganar el cuerpo; y por otra apartarte de peligros por ganar el alma y salvar el cuerpo.

Pand. Y qué, ¿decir lisonjas es pecado?

Sig. Y como lo es querer ganar con fraude, no decir verdad. Y pues Dios es verdad, y lo que no es por él, contra él es, como él dice, mira si con lisonjas sirves á Dios.

Pand. Pues déjame el cargo, que ni en eso ni en esotro le entiendo de deservir.

Sig. En eso de las lisonjas no le desirvas, que en esotro, yo te aseguro el servicio.

Pand. Dí lo que quisieres, que yo tengo

tan probada mi persona, que no hay quien pueda juzgar á temeridad lo que hago.

Sig. Hi, hi, hi.

Pand. ¿De qué te ries?

Sig. De que te salvas deso por términos de fortaleza, que de la temeridad yo te aseguro la reprehension, porque en mi alma, jamás la conocí en tí.

Pand. Pues deso me contento yo, y quedo abonado, pues no me tuviste por temeroso ó por temerario, por mejor decir.

Sig. No por cierto. Y con esto nos vamos, que se hace hora del concierto; y yo diré á Felides tu buena conciencia, y llevará otro en tu lugar; y quedarte hás orando, pues tan santo eres, porque nos guie Dios.

Pand. Dí lo que quisieres, pues todo te lo tengo de sofrir, pues sé: que bien aventurados son los pacíficos, pues hijos de Dios serán llamados.

Sig. Hora véte acostar, que yo voy á entender en mis armas.

Pand. ¡Oh qué cosa es un hombre sabio como yo! Cómo he sabido rodear mi provecho para guardarme del daño que esta noche se apareja. Y aunque lo dijo á otro fin Sigeril, bien puedo yo decir que he

metido honra y provecho en un saco: pues con honra de servicio de Dios, encobrí la falta della en mi temor, y saqué el peligro de la vida para metella con el provecho de sabella guardar en el saco de la honra que dije. ¡Bien librado estuviera yo, habiéndome apartado de tantos peligros hasta aquí, ir agora por su liviandad de mi amo, á buscar la muerte, que tal pienso que se le apareja esta noche á él y á los que con él quisieren ir! Y para más seguridad, yo me quiero ir á dormir á los tajones de la carnicería, no se le antoje á Felides de me sacar de la cama, y diré mañana que todo lo que dije á Sigeril fué por no mentir á Quincia, que tenia hecho concierto para esta noche con ella. Oh cuerpo de tal, que no es esto bueno, porque más noches habrá que longanizas para ir; mejor es, voto á la casa santa, lo que tengo dicho. Y de mañana en adelante compraré unos agallones, y haré mucho del ermitaño con mis cuentas, para disimular en cuanto dura este cebo de buitrera, destos negros amores, que tales pienso yo que han de ser. Y quiérome ir, y diré que á salvo está el que repica, cuando ayudare al doblar por los que van.

ARGUMENTO DE LA TRIGÉSIMA PRIMERA CENA.

Felides dice á Sigeril si es hora de ir al concierto, y le dice que sí; y cómo Pandulfo no quiso ir allá, y en su lugar va Corniel, y llevan la vihuela, y entran en el jardin y cantan y tañe Felides; y óyenlo Polandria y Poncia, y despues sale Poncia y concierta el çamino con Felides. Y desposados déjalos á la reja y apártase con Sigeril, y desengáñale que si no se casa con ella que es excusado. Y con esto tornan á sus señores, y despídense, porque era ya mucho tarde; y introdúcense.

FELIDES.—SIGERIL.—CORNIEL.—POLANDRIA. PONCIA.

Fel. Sigeril, ¿es hora ya que vamos?

Sig. Señor, hora es; mas mira quién ha de ir contigo, que Pandulfo es tan santo, que no quiere ofender á Dios.

Fel. ¿Cómo es eso, me dí?

Sig. Señor, es, que del dicho al fato hay gran rato. Y en fin, que él no irá, segun dice, donde se ofenda á Dios.

Fel. Pues vaya para bellaco cobarde, y sino fuera porque no me descubriera, no lo tuviera más un dia. Dí á Corniel que se aderece, y él y tú ireis conmigo.

Sig. Señor, ¿no seria bueno llamar á tus criados de tierra?

Fel. Qué, no es menester, sino, sus, toma una escala y vamos, y llama á Corniel.

Sig. He aquí á Corniel.

Fel. Pues hijo Corniel, tomarás esa escala debajo tu capa, y tú, Sigeril, lleva mi vihuela.

Sig. Señor, todo está aparejado.

Fel. Hora, pues, vamos; por aquí vamos mejor, que hace luna. Hora, sus, y callando. Llega, Corniel, y pon aquí el escala cabe la mar; y como hubiéremos entrado, ponte apartado y mira no duermas para cuando yo salga. Y tú, Sigeril, entra conmigo.

Cor. Señor, la escala está como ha de estar; hora sube.

Fel. Sube Sigeril, que ya estoy acá. Dame acá la vihuela en cuanto subes.

Sig. Oh cuerpo de mi vida, que malo es subir por estas cuerdas.

Fel. Dáca la mano; ayudarte he.

Sig. Señor, no es menester.

Fel. Dáca la mano, bobo, que nunca subirás. Oh válame Dios, y qué suelto queres; Corniel, hora apártate. Anda acá, Sigeril, aquí estamos bien cabe esta reja; por cierto que me es gloria andar en este jardin, que con saber que mi señora se pasea por él de noche y de dia, tendria yo por gloria estar aquí. Y dame acá esa

vihuela en tanto que viene aquel ángel á visitarme.

Sig. Mira, señor, no te oyan.

Fel. No puede ser, que el jardin está apartado donde no nos puedan oir, que ya yo lo tengo sabido, y oye.

Sig. Oh señor, como está buena esa vihuela, y qué mano traes. Hora nunca tan excellente cosa oí, paréceme que jamás así te oí tañer.

Fel. Calla y escucha, que así es menester.

Pon. Señora Polandria, llégate, que está aquí aquel caballero, y oiremos un rato. Oh válame Dios, y qué maravillas hace en aquella vihuela.

Pol. Todo se paresce á la guitarra de Pandulfo; llama acá á la señora Quincia para que lo entienda.

Pon. Más, para que lo parle.

Pol. Hora oigamos, que comienza ya á cantar Felides.

Fel. La luna resplandecia
El cielo estaba estrellado,
Los árboles se bullian
Con el aire delicado,
Con golpes de las riberas
Del sordo mar concertado.

Pol. Oh válame Dios, qué suavidad de voz, y qué garganta; y con el son del

ruido de las ondas del mar, y el regocijo delicado de los aires en los cipreses, como él dice, no parece sino cosa divina, con aquel traer el aire á hondas la voz, haciendo cerca y lejos della, como en pintura de gran artífice.

Pon. Señora, y aquellos sospiros con que despide la voz de rato á rato ¿qué te parecen?

Pol. Paréceme que son para despedir las almas de las que lo oyan. Y callemos no perdamos de oir tan excelente cosa, que trae por cierto devocion y consideracion de la gloria celestial.

Fel. Los clines de los cometas
Corren con fuego inflamado,
Las aves, los animales,
El descanso habian tomado,
Salvo las aves nocturnas,
Que á cantar han comenzado,
Con gritos tan dolorosos,
Como contino han cantado:
Cuando el triste corazon
Con Felides ha quedado,
Con vida apartada el alma
Por habella allí enviado
Donde por más la tener
Es della el cuerpo apartado;
Como lo muestra á Polandria
Que á sus males ha llamado,
Que por si la llama á ella
Como en ella transformado

Para pedirle piedad,
No del mal questá llagado,
Mas del mal que le haria
En acabar tal cuidado:
Por perder más bien con él
Que en la vida que ha dejado

Pol. Por cierto, no pensé que en mi vida viera cosa tal.

Pon. Señora, paréceme que no hay cosa que deje de venir á tal reclamo; y pues que dice que te llama, razon es de venir á ver lo que quiere, para ver si se concierta con lo que queremos.

Pol. Hora, oyamos que habla, y veamos qué dice.

Fel. Ay Sigeril.

Pon. Señora, por Dios que no tenemos mala noche, que allí tenemos mi requebrado.

Pol. Hora escucha.

Fel. Por cierto, la consideracion de mis palabras, y aquellos cometas que con más resplandescientes llamas corren por mi corazon, en la esfera del alma donde se encienden, con lo que más se desespera del bien de mi señora, así tiene hecha ceniza mi esperanza que si su favor con su vista presto no me socorre, para sacarme de mi ceniza como á Fenix, yo pienso que con el favor primero de mandarme venir

aquí, acabara la vida dejando en testimonio el cuerpo para mostrar adonde pudo aposentar al alma.

Pol. ¡Por cierto, estas razones y las de la carta del otro dia, todas son unas!

Pon. Calla, señora, veamos qué responde el otro, mal pesar de mi amigo.

Sig. Señor, por cierto, con el son de tus palabras y la memoria de lo que tengo en la fantasía, tan trasportado estaba, que la gloria de mi contemplacion cuasi sin vida y sin pena me tenia suspendido.

Pon. Ay mi dolor, ¿y tambien hace comparaciones? Señora, paréceme que el mancebo, que no quiere deber nada á su amo.

Pol. Por mi vida, que se le han apegado de la conversacion las buenas razones; y oyámoslos un rato, que es gran gloria.

Fel. Sigeril, de la razon de mi pena participa ya la tuya las razones que has dicho. Bien parece que es grande mi fuego, pues estando tú tan léjos te puedes á él calentar. Bien aventurado yo, que áun el mal de mi mal pueda dar gloria, aún al que sólo del bien de se calentar al fuego que dél se enciende gozar puede.

Sig. Señor, no te lo quiero consentir, que no pienso yo que el fuego de mi señora Poncia tiene ménos virtud en que-

mar, que el tuyo me puede con su calor poner.

Pon. Oxte mi necio, pues aguarda á quemarte á ese fuego, que bien te podrás ántes secar á él.

Pol. Calla, por tu vida y oye, qué responde Felides.

Fel. Deja ya, Sigeril, la vanidad de dioses vanos, y adora aquel sólo que yo por Dios adoro y conozco.

Sig. Bien paresce, señor, la virtud de mi señora, pues sin herejía no te consintió responder.

Pon. Por mi vida, señora, que el paje que no es nada necio.

Pol. Hora, oye la respuesta.

Fel. Bien parece que se pierde de tu razon en mi fe, pues por faltarte á tí tal lumbre, juzgas tan mal. Y quiero echar el baston con la deshecha del romance y sello al de tu razon, con la razon que para decilla tengo, y oye.

El que no siente mi mal,
No puede sentir de vos
Como os adoro, por Dios.

Pon. Por mi vida, que de improviso lo ha hecho, y dado son al villancico.

Pol. ¿Hora, viste tal cosa y tan á propósito?

Pon. Al diablo doy tal grande hombre, y oyamos la vuelta, que ya la comienza.

Fel. No puede sentir que siento
Los milagros que haceis,
Como quitais y poneis
Vida y muerte en un momento;
Y así sin tal pensamiento,
No puede sentir de vos
Como os adoro, por Dios.

Sig. Par Dios, señor, que si la señora Polandria como oye ese villancico hubiera oido la carta que en tu nombre le escribió el elegante Pandulfo, que pienso que tu pena fuera ya acabada.

Fel. Díme eso otra vez, ¿y eso es posible?

Sig. Es tan posible, cuanto se salvó en su crédito para condenarte á tí en el que tenia de tus razones.

Fel. ¿Quieres decir que porque mi señora no entendia mis filosofías, quiso él enmendallas con sus necedades?

Sig. Eso digo.

Fel. Por cierto, yo quedára tan mal librado, si en mi nombre se hubiera leido tal carta, cuanto tú lo has querido encarecer.

Sig. Pues sabes cuán bien librado quedaste, que en leyendo la carta conosció

tu señora las razones della con su razon.

Fel. Razon has dicho, con que por esa sola merece ser servida y adorada, y aunque otra merced no me hiciera jamás, con esa sola quedo no solo pagado, mas adeudado para toda mi vida. ¿Pasas por tal necedad y atrevimiento de majadero? Bien librado quedára yo, si en la sabiduría de mi señora no se salvára mi inocencia, en sus necedades del asno.

Sig. Señor, perdónale, que no pensó él que erraba.

Fel. Mejor fuera que pensára que no podia acertar. No de balde se celebró con letras de oro aquel notable dicho de Chillon lacedemon, que dice: conócete á tí mismo. Porque desta ignorancia que los hombres naturalmente tienen de sí, se venden por ignorantes ante los otros; y este mal que todos tenemos, es bastante para que yo le perdone ese yerro, pues la intencion que á él le salvó, me condenó á mí con su inocencia.

Pol. Tú Poncia. ¿Has entendido aquello que ha pasado, y como la traidora de Quincia traia tales tramas industriada por aquel majadero, cuya era la carta? Mas cómo la conocí luego.

Pon. Y aun par Dios, mala estaba ella

de conocer. Y crée, señora, que estas rapazas hacen padecer la honra de las mujeres sin causa, yendo y viniendo cargadas de mentiras. Mas como nos hacia entender que le arrojaba Felides la carta, dándosela él otro hurgonero de horno, gesto de cucharon.

Pol. Hora dejemos esto, que se hace tarde; y llégate y habla á Felides, y sepamos que tenemos.

Pon. ¿Todavía quieres, señora, que te quite la vergüenza?

Pol. Sí, por tu vida.

Pon. Ponte tú, señora, detrás de mí; que en el nombre de Dios, yo llego.

Fel. ¿Es algun mensajero del cielo el que abre la ventana, ó el mismo Dios que torna á la tierra á redimir á Felides de tanta pena?

Pon. Mensajero es y del suelo, y por tanto yo vengo á decirte, señor, de parte de mi señora, lo que sabido será en tu mano venir ella aquí, ó no venir agora ni jamás.

Fel. Oh ángel, que yo no puedo desconocer por parte de donde veniste. ¿Cómo dices tú que está en mis manos lo que está en aquellas en quien están las mias con toda mi libertad? El mandamiento de mi Dios y mi señora me notifica, quel

cumplimiento de mi parte obedecerá lo que como vasallo debo al tributo de fe, valor y hermosura.

Pon. Señor Felides, no pensé yo que tan fuera de sí estuviera un hombre tan sabio y tan gentil hombre como tú, que viendo una mujer moza y no de mal parecer como yo, y sola, dejarás de decirme la pena de que pienso yo que ninguno queda libre de vista, debajo de buen conocimiento, y hasta ver si me satisfaces á esto no diré el mensaje que traigo, donde no poco saber es menester para responder á él.

Fel. Mi señora Poncia, dejada la gracia con que dices, lo dicho aparte, y el donaire que con ella has dicho junto con la razon que en lo dicho tienes, por ser así como lo dices, digo: que la mayor razon para pensar que no me faltará para responder, es no la guardar yo como digiste, acerca de la ley de tu hermosura y mi saber, con poca edad, pues que faltándome en tal tiempo para gozar de tal libertad, bien parece que mi señora Polandria me dejó sin ninguna para que yo della gozase. Mira si teniendo la libertad prendada en tal lugar, si hay razon para demandalla fuera de donde la perdí.

Pon. Así que, señor, que segun eso

quieres ser como dice el proverbio: que donde perdiste la capa ahí la cata.

Fel. Eso quiero decir.

Pon. Pues señor, lo que tu señora dice: que ella no te hablará palabra, hasta que con la primera puedas asegurar el comedimiento que á su honra se debe. Y esto respondido y satisfecho, estará en tu mano hablalle ó jamás le hablar.

Fel. Señora, eso yo lo aseguro y prometo.

Pon. Pues cumple que des la mano para ello, para la seguridad que es menester y yo quiero poner sobre tí.

Fel. Señora mia, héla aquí, que por eso no quedará.

Pon. ¿Pues otorgas todo lo que yo dijere?

Fel. Si por cierto.

Pon. Pues sabe que otorgas de ser esposo y marido de Polandria, que presente está; y sal tú, señora, que sin tí no se puede hacer la boda.

Fel. Déjame, señora, adorar á mi Dios ántes que lo reciba: y por una parte le adoro y alabo por tan gran bien, y por otra, si soy digno, otorgo lo que has dicho.

Pon. ¿Y tú, señora, otórgaste por mujer y por esposa de Felides?

Pol. Si otorgo.

Pon. Pues los que Dios y yo hemos ayuntado, no los apartará Sigeril, que conmigo será testigo. Y agora que, señor, has dicho la palabra de seguridad que te demandé, dí la segunda desta y primera de desposado.

Fel. Digo: que la primera ha sido tal, que seria lo mejor responder con enmudecer, pues falta la segunda que pueda tras la primera de mi señora, ser primera ni segunda.

Pol. Señor Felides, ya que tengo seguridad del precio principal de mi bondad, pór el cual podiste tú merecer el del valor de tus pensamientos quedando ellos con el valor que tenian, que no quedaran si yo de otra suerte con darte favor los abajara, cuanto por la razon de mi estimacion los habias ensalzado; yo te confieso, que como por lo que digo, pusiste en su estado la estimacion en que me tenias, he puesto yo en libertad aquella fuerza de mi limpieza, que por la fuerza de tu valor, gracias, con hermosura he sido hasta aquí combatida, para con mayor gloria ganar la victoria de mi honestidad, en la cruel guerra de la sinrazon de amor, resistida con la defensa de la mayor razon del ámor de mi virtud, con aquella vergüenza que

más á mí que á los extraños debia: porque dellos puedo huir ó esconderme lo que de mí no puedo, pues contino donde fuera, fuera conmigo la vergüenza de haber faltado á mí á la obligacion de aquella honra y fama que mis pasados con tantos trabajos me dejaron con el autoridad de su linaje sostenida en los trabajos, premios de la honra, que con descanso á ninguno es otorgada. Así que debajo de tal seguro, tú tienes razon para decir ya lo que querrás, y yo para responder, y no tratándome como á Dios: pues más estimo yo, como tu esposa, ser tratada como compañera habiendo defendido mi limpieza, que por la via de señora ser adorada como á Dios: pues ni á Dios se le ha de hacer tal injuria, ni á mí se debia con nombre de señora tal sujecion.

Fel. Mi señora Polandria, bienaventurado soy yo, pues con perder contigo la esperanza, con el comedimiento que á mis pensamientos debia, pude merecer cobralla con gloria tuya y mia, que es la tuya. Créeme, señora mia, que nunca contra tu valor pecó mi voluntad; y por tanto, como esposo, acepto las mercedes que como compañera me puedes participar para mi remedio y tu limpieza, y en

todo lo demas no quiero quitarte el señorío, que para te servir contino reconocí para gloria tuya y de mis pensamientos: pues el matrimonio entre tales personas como tú y yo, no se sufre la sujecion que los bajos casados de sus mujeres quieren, donde faltando en ellos la razon de la honra que á las mujeres como á sí mismos deben, pues por razon del sacramento son ya uno y no dos, quedan con el instinto para rifar con ellas como animales sobre el pesebre, que es el servicio de su casa, tratándolas como á siervas. Y créeme, que los tales, el mayor testimonio que pueda haber para saber que Dios no los ayuntó, es podellos apartar el diablo, que no podria si ellos en Dios fuesen ayuntados. Así que los tales ofenden á Dios y á su honra: á Dios en no ser uno en una carne, haciéndolas cada dia carne; á sí ofenden, que con tratallas mal se tratan peor á sí mismos, haciendo esclavas á ellas y á sí, bajos y de poco valor y ménos virtud. Así que mi señora, fuera de lo que como compañero puedo gozar del remedio de mis dolores, en lo demas contino quiero conocer tu señorío parà no caer en la servidumbre de la poquedad, que como dije, los bajos y de poco valor caen.

Y para ponerme en ambas posesiones, dame esas hermosas manos, y con besallas gozaré de la gloria de mis pensamientos en compañía d'esposa, y tú da la gloria que por tu valor todos y yo por señora, te deben.

Pon. No sea todo hablar en seso, que yo tambien quiero ver hablar á Sigeril.

Sig. Señora, y yo callar habiendo recibido tan gran merced como esa: pues no bastan ningunas obras ni servicios á lo poder pagar; pues cuanto ménos las palabras suplirán lo que debo á tus favores en acatamiento de mi señor Felides, adonde como criado le debo el silencio en su presencia.

Pol. Paréceme, Poncia, que con responderte Sigeril encareciendo la merced que le heciste, te reprende la obligacion que no me pagas, como él publica, de verla y querer pagalla á Felides, como á señor.

Pon. Pues señora, si yo tengo de callar en tu presencia, dame licencia para irme á la otra reja pues que ya no hay necesidad de testigos.

Pol. Y te la doy y tú la tienes.

Sig. Y yo la pido para desde abajo tenerte compañía.

Pon. Yo te la doy para que pienses

que no te la doy en la parte que tú la pides, y allá me voy.

Fel. Oh mi señora Polandria, suplícote que con la discrecion y saber que tienes juzgues por tu valor y hermosura en tu conoscimiento, que en esto no puede faltar, la razon de mis dolores y el amor que contino de tu parte abrasa mis entrañas, porque yo no osaré ponerme á decir cosa tan alta, con tan bajas palabras como en comparacion de lo que yo siento es todo lo que se puede decir.

Pol. Señor, no hay necesidad de decir lo que yo contino con igual sentimiento te tengo pagado, sino que te tengo una ventaja, que es la falta de la libertad que tenia para descobrir mi dolor con mi limpieza: que á tí, con gloria de publicallo para buscar el remedio, disminuia la pena.

Fel. Oh mi señora, bésote las manos por tal merced: pues disminuyendo mi dolor en padescer, en valor lo has acrescentado con acrescentar el que tú por encobrillo publicas, y de disminuillo me ha puesto tanto para merecer gloria, que con el atrevimiento de tanta grandeza, te suplico de tu hermosa boca, como á esposo, por esta reja me hagas merced; pues como cosa fresca y corriendo sangre,

que es la color de sus labios, tras la red desta reja ó por mejor decir de mis prisiones, yo la tengo ya comprada con el precio que con tu pena pusiste á mi dolor.

Pol. Señor, ni mi honestidad lo sufre ni tu autoridad lo debe pedir. Súfrete por esta noche y no quieras ser el mozo del gallego que andando todo el año descalzo en una hora mataba al zapatero por el calzado; que mañana en la noche yo buscaré manera para me salir para tí á ese jardin, y entónces si con forzar mi honestidad quisieres gozar desa merced, no será en mi mano resistir: pues la fuerza de tus manos con la mayor de ser tu esposa, pedirán la posesion en lo que agora me pides, que la propiedad de mi honestidad y tu autoridad en tal parte te niegan: pues más justo es que reciba yo fuerza de tus manos para recibilla yo en darte este favor, que no que la haga yo á mí por mí, para hacer lo que mandas, y la reja al presente nos estorba de tu voluntad en lo que con ella la mia defiende con mi honestidad.

Fel. Señora, yo te beso las manos por la merced que mañana me quieres hacer, y quiero sufrir mi deseo en la paciencia de tu honestidad; y al presente, en estas

manos que en las mias tengo quiero ocupar mi boca; y si gozándolas causaren mi muerte, con el agua de mis lágrimas quedarán lavadas como las de Pilatos, para tu inocencia en la muerte del justo Felides.

Sig. Señora mia, pues me heciste merced de me querer oir, suplícote que con tu licencia tenga libertad con la poca que á tu causa tengo, para te decir mi pena.

Pon. Paréceme, amigo, que ántes que recibas la licencia la has tomado.

Sig. Señora, no lo creas que lo diré yo sino mi mal, que es tanto que cuanto más se quiere encobrir más se descubre, pues sabes que amores y diablos y dineros no se pueden encobrir.

Pon. Pues segun eso, no te quiero dar licencia para que goces de mí en tu pensamiento, porque querria yo que el que fuese mi enamorado, fuese muy secreto.

Sig. Así lo seré yo.

Pon. ¿Cómo es posible? ¿tú no dices que amores y diablos y dineros que no se pueden encobrir?

Sig. Sí digo.

Pon. Pues mira como te has condenado.

Sig. ¿Cómo?

Pon. Porque teniendo en mí el pensamiento, asegúrame tú los dineros, que

los diablos y los amores yo te los aseguro.

Sig. ¿Cómo es eso, señora?

Pon. ¿Y cómo tú no ves que soy el diablo?

Sig. Hi, hi, hi; tal diablo, señora, querria yo que me llevase, como dijo el hijo del rey.

Pon. Cuéntame hora esa.

Sig. ¿Y cómo tú, señora, si eres el diablo no los sabes? que el diablo todo lo pasado sabe.

Pon. Hora cuéntamelo, por tu fe, que yo te responderé despues á eso.

Sig. Pues has de saber que un rey mandó á un sabio que enseñase á un hijo suyo dende que nasció, adonde no viese más que al sabio, y despues que ya hombre llevólo adonde pasaban muchas cosas, y pasando unos y otros y el hijo del rey preguntando cada cosa qué era y el sabio diciéndoselo, pasaron unas mujeres muy hermosas, y preguntó el hijo del rey: qué cosa era aquello, y el sábio dijo que diablos, pues tales hacian á los hombres; y respondió el hijo del rey: si estos son diablos, yo quiero que me lleven á mí. Y así, señora, me lleva tú á mí si eres diablo, que yo por ángel te tengo.

Pon. Pues yo te certifico que en las

obras me conozcas si soy ángel ó si soy diablo. ¿Mas para qué quieres que te lleve? porque aunque tengas amores y diablos, sino tienes dineros, maldita la necesidad que de tí tengo.

Sig. ¿Y qué sabes tú, señora, si los tengo?

Pon. ¿Tú no dices que no se pueden encobrir? pues yo te prometo que si los tienes que el proverbio mienta; porque los tienes tan secretos, que podemos decir por tí que aun el mesmo moro no lo sabe. Y pues tú me dices cuentos, yo te quiero responder otro cuento y es, que eches mano á la bolsa y te dejes de zurru, zurru.

Sig. Hora, díme ese cuento.

Pon. El cuento es, que andaba uno muy enamorado de una mujer moza y muy gentil y no dormia cada noche, dándole música y tañéndole á su puerta con una vihuela y cantando; y una noche paróse ella á la ventana y díjole: mira, amigo, si tú algo quieres de mí, echa mano á la bolsa y déjate zurru, zurru.

Sig. Señora mia, no pienso yo que en precio pusieras lo que yo juzgaba sin ninguno.

Pon. ¿Pues agora sabes tú que sin él no se hán las mujeres? Pues sabe, si no lo

sabes, que con mi limpieza y dineros me has de alcanzar, que no por diablos y amores.

Sig. ¿Pues cómo se ha de alcanzar con dineros lo que se ha de conservar con limpieza?

Pon. ¿Y tú no me has entendido? Pues entiende: que con tener dineros para te poder casar conmigo, quedaré con mi limpieza y tú con tu remedio, que de otra suerte no podrás.

Sig. Y veamos, señora, ¿Mi persona y amor con virtudes, no suplirán la falta de los dineros?

Pon. ¿Tú no sabes que lo que se usa no se excusa? Pues si no lo sabes, sabe que ya no vale casamiento de linaje ni de valor, si falta dinero; y si sobra de dinero, sesenta tachas de persona se suplen con él y se encubren, como encubre la blancura. Que ya no se buscan hombres sin dineros, sino dineros sin hombres, y por esto los ménos que se casan son bien casados. Y la razon es, que como falta el interese porque se vendió el amistad del casamiento, luego falta el amistad, quiero decir, que faltando el dinero porque se casan, luego falta el amor que se deben como casados, lo que no faltára si por virtudes se juntáran, por-

que no faltando el interese que se estima de la virtud, no podian faltar de ser bien casados por virtud.

Sig. Señora, pues hagamos yo y tú lo que apruebas para ser bien casados; y pues nos falta el dinero, suplamos con la virtud la falta del dinero.

Pon. ¿Y deso comeremos? Mira, no quiero yo decir que sin tener nada, que con sola virtud se casen los hombres para pedillo por Dios lo que han de comer; mas quiero decir, que no fuese el fin á solo dinero, sino á dinero con virtud, y que lo más del dinero sin virtud no corrompiese la mayor virtud por el vestido y por el comer. ¿Hasme entendido? Y si no me has entendido entiéndeme: que ni tú ni yo, no teniendo nada no hay para que nos casar; mas los que se han de casar, quiero decir, que han de tener consideracion á más que sólo dinero, puesto que sin él no se han de necesitar á casarse, que sería necedad: que mejor es servir á Dios con virginidad, que no casarse para ponerse en necesidad más de la que con guardar virginidad tuvieron, que es mejor estado á mi ver. Y por eso, para necesidad en este estado y en el del matrimonio, mejor es estar en el primero; y cuando se hubieren de casar, que no sea

todo por suplir la falta del dinero si no viene acompañado de virtudes, de la suerte que tengo dicho.

Sig. Señora, si pensára que para predicar me llamabas, no viniera á tu sermon, porque eres muy niña para tanta doctrina.

Pon. Pues sabe, amigo, que no hay arte que mejor enseñe, que la intencion de hacer los hombres lo que deben, y la falta de mi edad suple el deseo de mi limpieza; y por esto te he querido predicar para reprenderte tu liviandad y notificarte mi limpieza, para que no gastes tiempo para alcanzar con él lo que yo en todo tiempo tengo de conservar, que es mi virtud, para con ella hacer en la vida que ha de acabar con tiempo, inmortal fama en todo tiempo. Y para pagarte el amor que me tienes, te pago amostrándote el amor que me debes tener y no el que ni me debes ni te debo, y por él te debo ménos, cuanto te deberia más con amarme de limpio y verdadero amor virtuoso, y no para conformidad de vicios. Y no llames ni pongas nombre de amor al amor que con tanto desamor procura deshacer lo que más se precia, y poner desprecio en lo que ama, que es la castidad y limpieza de las mujeres; y no te

espantes que siendo niña y no habiendo estudiado, te sepa decir lo que con ley natural se alcanza y se sabe en todo hombre; porque fué tan sabio el artífice de naturaleza, que en las cosas sin sentido y en las que por instinto se gobiernan, como son los animales, aves y peces, les puso tal natural, que ninguna yerra de lo necesario para conservar el fin de su naturaleza; por donde se saca que ménos dejó de tal virtud desamparada la razon del hombre, pues lo principal que hace al hombre ser hombre es vivir con razon de hombre, y esta razon con su naturaleza la recibió, y por esto no te maravilles tú que yo haga mi oficio de razon, usando de ella para la necesidad de conservar mi natural limpieza, pues para conservar el ser de tal virtud, las cosas todas no faltan. Y con esto te vé con Dios, que quiero ir á recordar á mi señora del sueño de la conversacion de los que mucho se aman, que es más pesado que el natural; y conténtate de me amar con limpio amor como te amo, y deja el amor que buscas para menor contentamiento, cuanto para mejor lo deseas; y desengáñete dese engaño el desengaño que en todas las cosas desta vida hay, y más en aquellas que con vicio prometen el con-

tentamiento, como son los amores, que alcanzando el fin dejan el desengaño por castigo del tiempo pasado y mal gastado, y el pesar del engaño, con el desengaño presente de su poco contentamiento; y no hagas jamás cosa que sepas que forzado en algun tiempo te ha de pesar de habella hecho; y procura siempre hacer aquello, que de hacello en todo tiempo pone gloria de contentamiento. Y con esto te queda á Dios, con quien quedarás haciendo lo que digo, teniéndome y teniéndote los verdaderos amores que tengo dichos.

Sig. Señora, espantado me dejas, y bien decia yo que en nombre del diablo me llevaras á Dios, segun tus razones, y con él vayas.

Pon. Señora, hora es de te retraer y quédese esto por otra noche.

Pol. Señor, hagamos lo que dice Poncia, pues los que miran batalla más ven que los que están en ella, y no perdamos por tan poco lo que nos asegura gozar tan presto de mas tiempo.

Fel. Señora, yo no puedo mas que obedecer en todo á Poncia, pues tuvo señorío para ponerme en el mayor del mundo. Y con esto, tornando á besar tus manos me voy.

Pol. Yo te prometo señor, que me las dejas bien lavadas esta noche, que aun que tuvieran mudas las hubieras bien mudado para las poder besar sin asco.

Fel. Mudas y que mudas tienen y han tenido, pues me mudaron de cautivo á libre, de pena á gloria, de esclavo á señor, de infierno á paraiso, de no ser á ser, y de muerte á tener vida, y vida segura de toda muerte.

Pon. Hora deja, señor, de tanto filosofar y dejá á las aves el parlar, que ya con la mañana asi lo comienzan á hacer.

Fel. Señora, hombres de armas no pensaba yo que desta gloria me pudieran apartar cuanto más los pájaros, y pues donde fuerza hay derecho se pierde, señora mia, Dios quede contigo y tú vayas conmigo, hasta mañana, y contigo señora Poncia.

Pol. Señor mio, y contigo vaya que conmigo quedas.

Pon. Señora, daca la mano no tropieces y acuéstate y durmamos, que bien lo hemos menester.

Pol. ¡Oh, Poncia! ¿Con qué te pagaré yo lo que por mí has hecho?

Pon. Señora, con dejarme ir á dormir que lo he menester.

Pol. Hora, pues, Dios vaya contigo.

ARGUMENTO DE LA TRIGÉSIMA SEGUNDA CENA.

Felides llama á Sigeril, y él se queja del poco cuidado que con su gloria ha tenido en su pena, y Felides le promete de dar casamiento y casallo con Poncia; y mándale llamar á Pandulfo y burlan con él sobre su santidad; y van despues por la puerta de Polandria, y Polandria y Poncia los ven, y introdúcense.

FELIDES.—SIGERIL.—PANDULFO.—CORNIEL.
PONCIA.—POLANDRIA.

Fel. Bien parece que la falta del cuidado con el no pensado remedio, ha dado lugar al sueño, que tarde es; quiero llamar á Sigeril y ponerme muy galan hoy, pues tengo razon para ello. Sigeril, ah Sigeril.

Sig. Señor, qué mandas.

Fel. ¿Qué hora es?

Sig. Señor, las diez son dadas.

Fel. Hora es de levantar, dame hoy de vestir de brocado forrado en armiños.

Sig. Bien parece, señor, que tienes mas gloria que yo.

Fel. ¿Pues cómo te fué con Poncia? que con mi gloria no me he acordado de tu pena.

Sig. No te has querido parecer á Julio

César en la victoria contra Pompeyo, ni al rey Agesilao en la victoria contra los Tebanos y Argivos, que la clemencia de los muertos y vencidos les templaba la gloria del vencimiento; y por una parte, con las mercedes mostraban la gloria de su victoria pagando los servicios y con las lágrimas la clemencia de los vencidos y muertos de los suyos y de los ajenos.

Fel. Por cierto, cosa digna de notables Príncipes has dicho y deuda principal de verdaderos hombres, que es que en ningun tiempo el interese propio niegue el de la obligacion de la virtud que los hombres más á complir con otros que consigo tienen; mas la victoria de mi gloria, pensando que la tuya se hàbia reportado, pareciéndome que mi ventura sobraria donde por razon faltase en mis criados, me hizo descuidar; mas sepamos ¿cómo te fué?

Sig. Fuéme, que por nuestra dueña, que mal año para cuantos predicadores hay en el mundo que tal sermon me hiciera, como aquella doncella anoche me hizo, para apartarme de mis pensamientos, fuera de casarme con ella. Y con esto puso mas estorbo por parte de faltar dinero, en entrambas partes.

Fel. Pues bien está, que en eso quiero

yo que veas tú que en mi victoria no olvido las mercedes de los grandes servicios; que yo quiero esta noche ser tu casamentero y suplir con mis sobras vuestras faltas.

Sig. Bésote las manos, señor, porque las mercedes sobran á todo mi merecer y llegan á todo lo que tú debes al tuyo; no tanto por suplir con el dinero la falta dél como con lapersona de Poncia, la falta del contentamiento que sin ella toda mi vida tuviera; que bien paresce, que quieres pagar lo que te debo, más que no lo que me debes: pues conforme á la deuda de tu obligacion me has querido pagar, y nó á la poca que á mis servicios tienes.

Fel. Tú dices lo que debes y yo no pago lo que debo: porque créeme, Sigeril, que en esto de las mercedes, que han de sobrar tanto por razon del que dá, que los príncipes sabidos, realmente sabidos los servicios, no habian de tomar parecer para las mercedes, de hombre que ménos que príncipe fuese. ¿Sabes por qué? porque el que con obligacion de rey nasció no nasce ni ha de nascer ménos que con corazon y ánimo de rey para pagar los servicios; y los que no son reyes, contino aconsejan á la medida de sus ánimos, y como quedan tan bajos del ánimo que el

rey debe tener, por mucho que se alarguen quedan cortos, y así salen escasas las mercedes de los príncipes, porque no se hicieron con ánimo y corazon de reyes sino por corazon y ánimo de súbditos. ¿Sabes el por qué? porque ninguno da mas de lo que tiene, y adonde pensó el súbdito que se alargó, queda corto el príncipe. Y dejando esto, dame de vestir y pasaremos tiempo un poco con Pandulfo, sobre su santidad.

Sig. Pues si lo vieses, señor, cual anda con unos agallones, que no parece sino ermitaño rezando toda esta mañana.

Fel. Válalo el diablo el rufianazo cobardazo. ¿Y qué le ha tomado agora de ser tan santo?

Sig. Maldita otra cosa sino de miedo de ir contigo anoche.

Fel. Hora, dame acá de vestir, y ponme bien esa ropa. Y tú, Canarin, dí que me ensillen una mula con una guarnicion de brocado y aderezada llámame y dí á Pandulfo que venga acá. Y Sigeril, dame acá la gorra de la medalla del Fénix que se quema, pues puedo sacar de mi ceniza otro yo, honrémosla hoy.

Pand. Señor, ¿qué es lo que demandas?

Fel. ¿Qué santidad es esta tan súpita, Pandulfo?

Pand. Señor, el espíritu donde quiere espira. ¿Quien convirtió á sant Pablo y á sant Agustin y á María Magdalena, es mucho que dé gracia á un hombre pecador como yo he sido?

Fel. Por cierto que la gracia no sé si te la dió; mas es gracia la que veo en verte con esas cuentas.

Pand. Señor, las cuentas como á sólo Dios se han de dar, no me pena que te parezcan gracia; porque á solo Dios se ha de satisfacer, que los hombres de nada se satisfacen; y ándeme yo caliente en su servicio y ríase la gente cuanto quisiere, pues sabes: que bienaventurados sereis, cuando los hombres dijeren mal de vosotros mintiendo por mí.

Fel. Por cierto que estás tan reformado que será bien que prediques de aquí adelante.

Pand. Señor, la verdadera predicacion es con el buen ejemplo en las obras, porque mal se recibe la reprension de las palabras del que no la tiene en las obras.

Fel. En fin. ¿Qué, ya no son tus misas cosas de armas ni de afrentas como hasta aquí?

Pand. Señor, no soy tan necio que no entiendo algaravia, como aquel que bien la sabe; mas sabe que en cosas justas que

ninguno me echará el pié adelante, ni en cosas injustas quedará más atras que yo.

Fel. Bendito sea Dios que tan presto te mudó. ¿Mas qué llamas cosas justas, para que sepamos lo que te hemos de encomendar?

Pand. Guerra contra infieles; tomar armas en defension de tu persona.

Fel. ¿Pues cómo anoche no las quisiste tomar para ir en defension de mi persona?

Pand. Porque ibas en ofensa de tu persona y ánima, y no tenemos los servidores de Dios tanta licencia; que si á tí te viniesen á matar, estónces yo tomaria las armas.

Fel. Mas estónces no las llevarias para estar más suelto; que el peso de las armas empide mucho.

Pand. Yo, señor, entiendo bien eso; mas ya te dije que bienaventurado sereis cuando los hombres dijeren mal de vos mintiendo por mí.

Fel. ¿Luego yo miento? ¿pues no está más liviano un hombre desarmado que armado? Yo te hago á tí juez.

Sig. Eso, señor, será para huir.

Fel. Pues paro algo es ello.

Pand. Oh santo Dios, qué valiente hombre hemos topado, Sigeril. Pues no

pienso que me has echado tú el pié delante en lo que nos habemos hallado.

Sig. No por cierto, que no pienso yo que ninguno en cosa de afrenta te lo eche delante; y que me puedes tú á mí decir con más razon lo que el hombre anciano dijo al rey Alexandre, tratándolo mal.

Pand. ¿Y qué le dijo?

Sig. Díjole: no sé yo, oh Alexandre, por qué me tratas mal, pues sabes cuantas veces con mis pechos defendí yo tus espaldas; como tú lo heciste la noche de la música que con los pechos fuiste á defender mis espaldas porque pensaste que nos tomaban la calle.

Pand. No estoy ya en tiempo de responderte, que bien entiendo esas malicias. Perdónete Dios, que más pasó él por mí.

Fel. Hora déjale, que la mayor prueba de fortaleza es ir por el camino estrecho de la salvacion donde los fuertes sólos son los que la ganan, y fuerza padece. Y déjale que es un santo y dame acá la mula; y tú, Sigeril, toma un vestido de terciopelo de los mios por pago del trabajo de anoche, porque así se han de galardonar los que osan como reprender los que temen, como por experiencia desto he loado á Pandulfo y galardonado á tí.

Pand. Ya tengo respondido y no de balde dicen: á palabras locas, orejas sordas.

Fel. Así lo hacia yo cuando tú reprendias mis filosofías; y cállate y callemos que cada sendas nos tenemos. Y vamos por casa de Paltrana.

Cor. Par Dios, señor, que vas de perlas y para parecer donde quiera.

Pon. Señora Polandria, corre, corre.

Pol. ¿Qué es?

Pon. Es tu esposo; que en mi ánima, dél á un serafin no hay diferencia. Bendiga Dios tan lindo hombre. Ponte los cabellos tras las orejas, señora, que así destocada estás tú para ver.

Pol. Ay cuitada, y creo que me vió; mas no se me da nada que ya lo tengo engañado.

Pon. Maldito el engaño que de ninguna parte veo, que tú para mujer y él para hombre no hay más que pedir. ¿Mas no viste qué mustio iba el cuitado de mi requebrado?

Pol. Por cierto, harta lástima hube yo dél.

Pon. Y no me quiso mirar el dolor, haciendo del enojado.

Pol. Par Dios que es muy bonito mancebo, y que tengo de trabajar con Feli-

des que os casemos y os demos con que honradamente podais pasar.

Pon. Bésote las manos señora, que con eso, por cierto, á él le sobra para casarnos lo que sólo sin eso nos falta, que yo estoy bien contenta de su persona, casta y disposicion.

Quin. ¿No sabes como, señora, el pastor Filinides es venido al jardin á acabar sus cucharos?

Pol. Oh como huelgo; vamos un rato, Poncia, á holgar con él.

Pon. Par Dios, vamos señora, y tendremos buen dia como tendremos buena la noche.

Pol. Vamos, que cree que no hay cosa que más huelgue que de oirle hablar en amores, puesto que le tengo gran lástima. Y tú, Quincia, si llamáre mi señora llámanos.

ARGUMENTO DE LA TRIGÉSIMA TERCERA CENA.

Polandria habla al pastor Filinides en el jardin, y él huelga con ellas y canta sus versos; y despues de habelles contado todo lo que pasó con la pastora Acays, vánse para Paltrana, y introdúcense.

POLANDRIA.—FILINIDES.—PONCIA.

Pol. Oh amigo Filinides, tú seas bien venido.

Fil. Mi señora, no puedo yo ser bien venido á pobrado dejando por el desierto aquella Acays que me tiene á mí desierto de todo placer; mas el consuelo que en su soledad me trae es para verte á tí, que con verte y otearte se regocija mi corazon como si viese á la mí Acays.

Pol. Ay Filinides, mucho me huelgo yo que con mi vista recibes algun consuelo á tu mal, y ruégote que me digas cómo te ha ido despues que de acá fuiste.

Fil. Mi señora, yo huelgo decirte lo que ha pasado porque de contallo recibo pracer junto con el que me dices que de contallo sientes, para que en la soledad donde apartado de la mí Acays me hallo, con las hayas y mis ovejas hablo para que diciendo mi mal tome algun

descanso; que sino lo dijese, con mis congojas se aprieta tanto mi pecho, que todos los campos halla estrecho, segun se siente apretado. Y el mayor consuelo que tengo es visitar los prados y fuentes, donde alguna vez veo la mí Acays hablando con sus flores, diciendo que dónde dejaron ir aquella flor de mayor hermosura; y viéndolas pacer á mi ganado, así como él está rumiando las flores, rumío en la flor de más hermosura y frescura de la mí Acays.

Pol. Y veamos, ¿haste hallado alguna vez con ella solo?

Fil. Sí hallé; mas tan sólo la ví, que áun conmigo no me hallé viéndome solo con ella.

Pon. Dínos hora eso, Filinides.

Fil. Habés de saber, mi señora, que andando yo con mi ganado al prado de las fuentes de las hayas, que es una fresca pradera, ya que el sol queria ponerse teniendo el cielo todo lleno de manera de ovejas de gran hermosura, gozando yo de lo ver junto con el son que la caida de una hermosa fuente hacía sobre unas pizarras mezclada la melodía del son del agua de los cantares de los grillos, que ya barruntaban la noche con la caida del sol, y frescor de cierto aire que el olor de

los poleos juntamente con él corria. Estando, pues, yo á tal tiempo labrando una cuchara con mi cañivete, probando en el cabo della á contra hacer á la mí Acays de la suerte que la tenia en la memoria, diciendo que quién la tuviera allí para podelle decir toda mi grima y cordojos; héteosla aquí, donde asoma para beber del agua de la fuente, con un capillejo en su cabeza con mil crespinas, y dos zarcillos colgando de sus orejas con dos gruesas cuentas de plata saliendo por somo sus cernejas rubias como unas candelas, vestida una saya bermeja con su cinta de tachones de plata, que no era sino gloria vella. Pues á otear sus ojos monteros, tamaños como de una becerra, no eran sino dos saetas con la gracia y fuerza con que ojeaba: por cierto, que el ganado, desbabado por otealla, dejaba el pasto. Y así agostó con su hermosa vista la hermosura de los campos, como los lirios y rosas agostan con hermosura las magarzas. Y junto venia cantando; que mal año para cuanta calandrias ni ruiseñores hay en el mundo que así retumbasen sus cantilenas; pues el gritillo de la voz ni grillos ni chicharras que así lo empinen. Y como yo la oteé y con aquella boca, que no parescia sino que se desha-

cia sal de la blancura de sus dientes, manando por la bermejura de sus labios; y que me habló diciendo: ¿Que haces ahí Filinides? Yo así asmé en oilla y otealla tan cerca, que no parescia sino bordon de gaita cuando al mejor cherriar le dan puñada que la hacen estancar, que quedé que por gran priesa á un cacho de hora no pude hablar. Mas ella llega y bebe en la fuente, al chorro que sobre las lanchas caia, que con el esperriadero del agua cuando se alzó de beber, unos goterones traia por las mejillas, que con la color y blancura de su rostro no semejaba, sino que via las flores de mayo por las mañanas cargadas del relumbrante y claro rocío. ¡Oh, válasme Dios! y qué cosa era ver su gestadura, y habra agora este canto, así habraba yo y díjome: si pensara Filinides, que con otearme habias de pasar tal grima no te viniera á ver para con vesitarte pagarte el amorío que me tienes que fuera de habrarte y otearte no te puedo pagar. Ya yo entónces mas recobrado sobre mí, haciendo manar mas agua de mis ojos que las fuentes de sí daban, le respondí: ¡Ay, la mí Acays, cómo quiere que habre, quien tú has quitado todos los memoriales! Que ya tan desmarrido estoy, que el bien que para mi remedio pensaba que era otearte,

aquel me han mas empecido, yo cierto te digo; que pisé cogido el dia que te ví cuando cobré tal roña, que la miera que yo pensaba que podia sanarme, que es tu vista, acrecienta mas mi roña. ¡Oh, mi Acays, yo te juro que no hay carnero en todas las majadas tan modorro como yo! Tanto que mi ganado tiene la color demudada de ver la mia tan desmarrida. No sé ya que te diga, pues no sé lo que habro; no sé que te pida, pues me daña lo que pienso que me aprovecha; no sé qué te oteé, pues con otearte me muero, y con otearme me matas; no sé donde vaya, pues los campos hallo estrechos; no sé dónde me abrigue, pues las majadas no me amparan; no sé dónde me escaliente, pues al sol y en la siesta hé frio. Ni las hayas me hacen sombra, ni el sol me quitó el frio, ni el agua me quita la sed, y el comer me pone hambre, y todo me hace hastío. Sólo querria lo que no quieres, que es que pues has agostado mi esperiencia que la acabes con acabar la vida abrasándola, pues está ya seca en el agosto de mi remedio para que pueda producirse della mi esperanza, donde se apaciente mi deseo, secando la yerba de tal esperanza para morir con la lluvia de mis lágrimas. Y mia fé, como esto dije trasportéme fuera

de mis memoriales y cuando en mi torné hallé mi rostro mojado, y sus mejillas con el manantial de sus lágrimas. Y con esta piedad en su crueldad, se fué sin hablarme ni hablar mas con ella; y despues de ida, gocé más de la gloria de haberla oteado que cuando presente mis ojos la oteaban, y quedé donde al propósito hice ciertos versos.

Pol. Ay por tu vida, amigo, que los digas que hé tanto gozo en oirte que no lo puedes pensar ni saber.

Fil. Hora pues, oye.

Acays de gran beldad,
Aquella agua sin amor,
Con ojos de piedad
De tu propia crueldad
Que vertiste en mi dolor:
Me acrecentaron el mal,
Y puedeslo ver así,
Que de verme tan mortal
La lástima en verme tal
Te la hizo haber de tí.
Tu crueldad que lloraste
Más cierto que mi fatiga,
En ella claro mostraste
Cuán gran mal en mi dejaste,
Pues lo siente su enemiga.
Oh grave dolor sin cuento,
Caso de gran maravilla,
Que la causa del tormento
De sentir lo que en él siento
Queriéndolo haya mancilla.

Si Filinides es mudo,
Acays es causa dello,
Dando á su garganta nudo
Muy más que hablando pudo,
Sentillo, Acays, con vello.
Yo sentí lo que sentia
En mí por sentillo ella,
Más que por lo que debia
En mi mal, que en mí no via,
Hasta que lo ví por ella.
Las aves, los animales,
Mares, peces á deshora,
Con alaridos mortales
Vengan á sentir mis males,
Lloren, pues Acays llora.
Los vientos quebrando ramas,
Muestren tan gran sentimiento
Que espanten ciervos y gamas,
Y en fuerza de vivas llamas
Todos sientan lo que siento.

Pol. Por cierto, amigo, tú das tan bien á sentir tu mal que de tu sentimiento lo has puesto á los que te oimos; y estoy muy espantada que una pastora tenga razon para sufrir en su bondad la fuerza de la piedad de tu dolor, sabiendo ser á tu causa.

Pon. Mi señora, por ahí verás tú lo que yo digo, que la mejor sciencia para bien vivir es la ley natural que Dios puso en todas las cosas, pues una pastora sabe tambien resistir su voluntad para satisfacer su honra.

Fil. Mi señora, y áun en la paciencia de su bondad sufro yo mi fatiga. Mas gozaos que hay algunos buenos hombres del lugar que andan entendiendo en casarnos y está ya concertado, y á esto vine á hacéroslo saber, y para las bodas serés mis convidadas porque os gocés con mi gozo.

Pol. Eso haré yo de muy buena voluntad, si mi señora me diere licencia.

Fil. Si dará, que yo se le tengo de rogar. Y yo te prometo, mi señora, de la primera vez que acá venga, de traerte una docena de cuchares y en la una dellas la figura de Acays y en otra la mia para que te acuerdes de mí; porque por cierto, allá en somo las hayas, no me olvido yo de vosotras en todos mis trabajos, por el gozo que en hablar con vosotras en mis amores rescibo; porque por allá, mal pecado, nunca me depara Dios sino unos zagales que burlan de mi mal y se me ponen á dar consejo, que no es para mí sino á par de muerte, porque la vida sola con acabar, tiene poder de acabar en mí el mal y amor que á la mí Acays tengo; y aun pienso que no ha de acabar la vida, porque este mal más lo siento ya en el alma que en el cuerpo; y pues ella no es de acabar, no pienso que acabará lo que está contino en ella, porque á mí ni me

duele pié ni cabeza, brazo ni piernas, sino solo siento el dolor en el alma, donde contino tengo á la mí Acays. Y no temeria la muerte por temor de ir á los fuegos del infierno, porque ménos pena que paso, en ellos pasaria; sino fuese por quitar á la mí Acays dellos, que no quitaria si mi alma allá fuese.

Pol. Por cierto, el amor te hace decir lo que tu estado niega. Y con esto te queda á Dios y visítanos muchas veces.

Fil. Señora, y Dios vaya contigo, que sí haré.

Pol. Tú, Poncia, ¿no te maravillas de lo que hemos oido á este rústico? Agora no me maravillo de los dichos de Felides.

Pon. Señora, no te maravilles que como espíritu habla en él el amor, que él es el que dice las sentencias y la lengua pronuncia conforme á su natural las palabras groseramente. Y con esto, tomemos nuestras labores, y vamos hasta que sea hora de la venida de tu esposo.

Pol. Hora, vamos, que razon es que se haga así.

ARGUMENTO DE LA TRIGÉSIMA CUARTA CENA.

En que Areusa llama á la puerta de Celestina y ábrele Elicia, y dice que viene á comer con ella á costa de Grajales y Barrada, despensero del Maestrescuela, el cual trae para Elicia y entra Buzarco, mozo de Grajales, con las aves y con el vino; y despues viene Grajales y Barrada, y introdúcense.

AREUSA.—CELESTINA.—ELICIA.—BUZARCO.—GRAJALES.—BARRADA.

Ar. Ta, ta, ta.

Cel. Mira hija, quién llama allí.

Elic. Ay prima mia y mis entrañas, que bien venida seas, aguarda irte abrir. Tia señora, mi prima Areusa es.

Cel. Ella y los buenos años vengan.

Ar. Tia señora, Dios te salve. Que acá me vengo á comer contigo y con mi prima.

Cel. Ello sea enhorabuena, hija, y á osadas que algo de bueno debes tú de traer que nunca tú vienes las manos vacías.

Ar. Par Dios, madre, Grajales me rogó que viniésemos acá á comer y que él enviaria su racion.

Cel. A osadas, hija, que no sea mala,

que yo lo tengo por tan cumplido y por tan hombre de bien, que no consentirá él escote de nuestra parte.

Ar. Asi lo cree tú, madre, y venimos á gozar de la despedida de Centurio, que ya ayer le envié á decir que se fuese á la mala ventura, y tambien, á la verdad, á honrar las bodas de mi prima, que concertado ha un amigo de Grajales, que á osadas madre, que no le baja en zaga en henchile las manos.

Cel. ¿Y cómo es su gracia?

Ar. Madre, Barrada, y muy valiente hombre y un Alexandre, y él y Grajales vendrán juntos á comer.

Cel. Aguarda, hija, por cierto que pienso que conozco yo ese hombre de bien; veamos, ¿Él no es criado del Maestrescuela?

Ar. Si, madre, y despensero suyo y que manda toda su casa.

Cel. Aguárdate hija, que en el pico de la lengua tengo á su madre. ¡Válame Dios y como tengo caduca la memoria! Aguarda, aguarda. ¿Como se llamaba, Celestina? Por tu vida, que es hijo de Garapía la hija de la Carbena; su padre no me acuerdo el nombre, pienso que tenia oficio de sacamuelas y singular oficial. Por cierto, hija, que huelgo dello como de

la vida por dar á tu prima tal amigo, y sacalla del poder del desventurado de Crito y del baral del Paje Rojo, que no hay diablos que le echen desta casa, como si hubiésemos de comer de cabellos rubios y nos lo diese él, así le pesa si ve entrar alguno en esta casa al pelado.

Ar. Vaya, prima, á la maldicion que no eres tú para romper sin alzar.

Elic. Ay, prima, no quisiera yo que viniera acá ese hombre de bien hasta que yo despidiera al paje del infante.

Cel. Qué despedir y qué nada. Si él fuese hombre de bien él se ternia por despedido. ¿Por cual carga de agua hija le has tú de dar esa obediencia? ¿Por el comer ó el vestir que te ha dado? Cuando estés en tu casa, mi amor, usa tú esos cumplimientos, que en la mia déjamelos tú para mí, hija, que yo le rogué á tu prima que buscase tal persona como Barrada, te sacase, hija, de vergüenza con darte hombre de barba y no pelado como esotro hurgonero de Albazin ó servidor; que á osadas, tan pelado es de las barbas como de la moneda, que en mi ánima y por el siglo de mi padre, un gesto mas deslavado tiene y sin vergüenza, que en mi vida ví; y pues no tiene barba ya sabes, hija, que con mal está el huso cuando la barba no

anda de suso. Engáñate por mí y busca agora que eres moza, quien te dé y no quien te huelle y envejezca, que no han de ser todos los amores flores y gentileza sino de lo uno con lo otro.

Ar. Prima, mi tia dice cuanto hay en ello.

Cel. Pregunta, hija, á tu prima Areusa cómo le fué y le ha ido con el consejo que le dí la noche que la hallé con el dolor de la madre, guardando mucha lealtad al otro negro capitan. Como si le hubiera hecho pleito homenaje de guardalle la fortaleza así aguardaba la boba á dejarse tomar por hambre, y hasta agora se estuviera, sino tomára mi consejo, á dientes como haca gallega. Sabe, hija, como tu prima salir de uno y entrar en otro y nunca, mi amor, dejes envejecer la bestia en tu poder, pues sabes que desque ha cerrado no podrás salir della, sino que como tu prima si fuere menester del capitan á Parmeno, y de Parmeno á Centurio, y de Centurio á Grajales; con otros que bien me sé, yendo de bien en mejor, como dicen: de aguja á dedal, de dedal á gallo, de gallo á caballo. Que todos los cantares y refranes, hija, tienen sentencias para condenar por necios á los que oyéndolos no se avisan como tengo yo á

tu prima por tan avisada, que yo te certifico que si fuere menester, que tan sin pena deje á Grajales como salió del otro gesto del diablo de Centurio.

Elic. Diferencia hay, por cierto, del gesto de Albacin y su gracia y disposicion á la de Centurio, para hacer comparacion.

Ar. Ay, prima, y el capitan, ¿qué debia á Albacin? Por cierto que nunca le viste caer la baba ni pienso que le limpiaste los mocos; que, por Dios, dél á un serafin no habia diferencia, y no fué más menester que mandarme mi tia que lo dejase para hacello; cuanto más que si tuerto y cojo me lo diese, por de dos ojos lo tomaria y por sano de los piés.

Cel. Así lo es, hija, el que lo fuere de la bolsa, que no hay ya mi amor gentilezas sin dineros; y mira, mira qué lágrimas le corren á tu prima por dejar al negro paje, como si Barrada se mamase los dedos.

Elic. ¿Pues no tengo de recibir pena de dejar un ángel que me adora y me deja de querer?

Cel. ¿En qué se te paresce hija el adoracion? ¿en los sacrificios que te ha hecho de aves y cabritos con el humo del incienso de la pringue cuando se asaban, ó con las ofrendas de pan y vino que te

ha dado, segun la órden Melchisedech?

Elic. Mas quiero contentamiento que cuanto me pueden dar, porque todas las riquezas se buscan para este fin.

Cel. Hora, sus, sus; dejemos de lagrimitas, y cuando estés en tu casa harás tu voluntad que en la mia, la mia se ha de hacer.

Ar. ¿Para qué es eso madre? que no hay necesidad, que mi prima hará todo lo que tú quisieres; porque en fin, noramazas, débele de querer bien y él á ella.

Cel. Obras son amores, hija, que no buenas razones; harto tendriamos aquí que hacer en entender de servir al paje rojo.

Elic. Jesus madre. ¿Cuántos servicios le has tú hecho, ó cuántas malas noches has pasado por él? y aun por mi vida, que cuando reñimos con Palana, que si yo quisiera, que le cruzara él la cara, que no le soy en tan poco cargo.

Cel. Deso comeremos hija, como de los fieros y mentiras de Centurio. Aprende, aprende, hija, que poco sabes, mal pecado, del mundo. Nunca te cebes, mi amor, de fieros de rufianes que si lo hubiesen de hacer cree, hija, que no lo dirian cuanto más que no hace al caso buena parola y mal fato. Baste que mi

voluntad es, y ya lo has oido, que no me entre aquel paje y la misma es que tomes á Barrada, que yo que te le doy por tu provecho no te lo dejaré envejecer si fuere para tu daño.

Elic. Hi, hi, hi; bueno es eso madre.

Cel. ¿Ríeste boba de que te dije que no te lo dejara envejecer? ¿pues qué pensabas que te queria casar con él para siempre? Mejor salud nos dé Dios, que yo te lo deje más de cuanto viéremos que no cria polilla en sus trojes ni hace tesoro donde lo come el orin y lo hurtan los ladrones, como dice el Evangelio, que aquí más lo queremos por su bolsa que por su disposicion, aunque á la verdad no la tiene mala. Y que la tuviera, no hacia á nuestro caso; mas bueno es lo uno y lo otro junto, pues es meter honra y provecho en un saco, que pocas veces se hace así; que hija, quien te dá este y te quita esotro, gesto de palmatoria, te sabrá quitar éste y dar otro y otros, si con más provecho se ofrecieren, porque dereniega, hija, de tratos sin ganancia.

Elic. Hora, madre, no se gasten más palabras que yo no tengo de salir, en fin de tu voluntad y consejo, pues sé que esa es mi honra y que con cuanto más fuerza de la voluntad se gana es de mayor loor.

Cel. Anda á decir donaires; mas pensé ¿qué te habia yo, hija, de aconsejar cosa que no fuese tu honra? Cree, hija, que ya sé cuantas son cinco y en qué está la honra y la deshonra, la fortaleza y la temeridad, la liberalidad y la prodigalidad; y sino lo sabes, sabe no salir de mi consejo.

Elic. Así lo haré, madre.

Ar. Así lo haz, prima, que á osadas, que no yerres sobre mi corona, y limpia esos ojos, porque si vienen Grajales y Barrada no conozcan en tí, descontentamiento; que esto está bien acordado, y parésceme que á la puerta llaman.

Cel. Mira, Elicia, quién es.

Elic. Madre, un mozo en pierna es, que viene cobijado con una capa y trae gran bulto, que en mi ánima, parece que viene preñado.

Cel. Ábrele, hija, y alúmbrele Dios con bien si viene preñado y sepamos presto si tenemos hijo ó hija.

Ar. Abre, abre prima, que mozo es de Grajales, llamado Buzarco.

Buz. Señoras, Grajales mi señor y el señor Barrada, envian estos capones y estas perdices con este cangilon de vino de Monviedro, y que estando guisado son luego acá.

Cel. Hijo, mi amor, decid que ellos vengan mucho enhorabuena, que luego se pondrá asar y anda con Dios, mi hijo.

Buz. Con Dios quedeis, señoras.

Ar. Buzarco, mis ojos, dí á tu señor que mire cómo viene, porque he sido avisada que Centurio y Traso el cojo, me han rondado esta noche toda, la puerta y que se vengan presto.

Buz. Señora, déjame el cargo.

Cel. ¿Parécete hija, Elicia, que tendremos hoy mejor de comer que de la parola del paje, y de los cuentos viejos de Crito? Sus, sus, asad esas aves, y déjate de voces, y muestra probaré ese vino. Por Dios, singular es; ay bobas, bobas, ¿y qué quereis vosotras más que las despensas del Arcediano y Maestrescuela?

Elic. Ay por Dios tia, no se hable más en eso, pues se hace todo como tú lo quieres.

Cel. Pues mira, que no te conozca descontento Barrada, y cuando viniere súbete tú allá que lo quiero hablar en tu absencia.

Elic. Así lo haré tia, como acabe de asar estas aves. Y tú, prima, lava esas copas no estés mano sobre mano.

Ar. Hora, que sí haré, aunque yo jubilada habia de ser; mas porque has de

ser tú hoy la novia lo quiero hacer.

Elic. Calla ya en hora negra, prima, no digas esas malicias, que ya viejo es Pedro para cabrero; aunque por mi vida, que agora me quiere dar casamiento el señor Felides y seré novia de verdad, con hacer entender al novio del cielo cebolla.

Ar. Ahí está mi tia, con quien podrás pasar ese puerto como azor con gavilan, sin que se pague el portazgo.

Cel. Por mi vida, hija, que si ella quiere y quisiese que tambien puede pasar consigo como conmigo, que tambien sabe acuñar la moneda como yo para que corra por buena, sino que de muy dueña quiere despreciarse del oficio. Pues para mi santiguada, que tiempo venga que tu te arrepientas, que moza eres y vieja serás y lo que en la mocedad, hija, no se aprende, mal se sabe en la vejez; mas andar, que el tiempo te doy por testigo, que con él la necesidad te hará saber lo que la falta de la discrecion agora te encubre. ¡No sé qué diablos es la presuncion de las mozas deste tiempo! Por el siglo de mi padre, que moza fuí y no más fea que otra, y nunca me desprecié de saber y aprender, y trabajar como una perra, porque en fin, hijas, la honra

no viene ni el provecho dormiendo y holgando.

Elic. ¿Qué negros trabajos para ganar honra dirá agora mi tia?

Cel. ¿Qué negros, hija? Perdónela Dios á mi comadre su madre de Parmeno, aunque él supo mal conocer el amistad que con ella tuve, que ella te dijera los trabajos que para el siglo que la tiene y nos espera; que tan moza como tú y con tanta presuncion de hermosa, más noches escuras que boca de cuervo, fuimos á la horca del teso, más veces que canas tengo en la cabeza. ¿Pues conjuros de encrucijadas, pocos me hallé á su lado? Que en mi ánima, quien la viera llena de candelillas sacudirle y menear las quijadas, aunque fuera Hector, le temblára la contera y se respeluzara el copete; y estaba yo con ella que ella se maravillaba, mas bien se me ha parescido á osadas, hija; que por Dios, que pienso que no hay maestra de mi oficio ni áun sacamuelas en el suyo que así sepa sacar los dientes á un ahorcado, ni cabestrero que tambien sepa cuántos hilos de esparto tiene una soga: tantas veces las he quitado y deshecho. ¿Pues conjuros con que hacia temblar á todos los espíritus, pocos he hecho? Por cierto más, hija Areusa, que tengo

años. ¿Pues es verdad que tengo con los dias caduca la memoria? Por cierto, no hay zumo de yerba, ni virtud de piedra para mi oficio que se me haya olvidado, ni cómo se han de hacer los vasos de la yedra y cogerse en ellos el agua de Mayo, ni las agujas ponerse en la cera para traspasar los corazones, ni hilo de alambre, ni telas de los potros recien nacidos, con otras mil tarabusterias que de aquí á mañana no acabára de decir. Mas quédese esto, que á la puerta llaman; mira tú, hija Elicia, quién es.

Ar. Sus, sus, señora, Grajales y Barrada; quiérolos ir á abrir.

Cel. Mas toma tú allí, y súbase Elicia arriba que yo les abriré, porque quiero dar una licion á Barrada como la dí á Grajales.

Elic. Pues toma, prima, que en mi ánima que me muero de vergüenza de Barrada, que me paresce ya hombre mayor y pone mucho empacho igualdad de conversacion adonde más edad para consejo se habia de tomar que retozos de mancebos; porque tal para tal y Pedro para Juan; que en mi alma, esto me hacia querer al paje del infante.

Ar. Daca en mal punto y súbete arriba, que más mozo es un viejo si se aliviana,

que cuantos mancebos hay en el mundo.

Elic. Eso es en el seso; mas no será en el peso.

Ar. Ahora déjate deso, y anda que tú te podrás aprovechar de ambos y pelar del uno para emplumar la cabeza al otro y hacerle guirnalda de penachos, en pago de lo que á estotro dejares de cuernos sobre siete sueldos que le harás pagar.

Cel. Bien venga el señor Grajales y la compañía.

Graj Y tú estés en ella, madre; y conosce al señor Barrada por hijo y por servidor como á mí me tienes.

Cel. Por cierto, presencia tiene él para que yo gane en tal conocimiento; y subid hijos, que acá te quiero hablar señor Barrada.

Bar. Donde quiera, señora, soy yo tuyo y como á hijo y criado desta casa me puedes mandar.

Graj. Por los misterios de la misa que me sueño gran señor, pues tal cocinero tengo.

Ar. Mas tú bien pensabas comer de lo que yo aso.

Graj. Y áun por fruta de sobre mesa gozar de la cocinera.

Ar. Agora para padrino eres llamado, que no para novio.

Graj. Hora que todo es bueno y pan para cosa, que mi madre dispensará tambien con los padrinos como con los ahijados. Mas dejando una razon por otra, ¿dónde está la señora Elicia?

Cel. Hijo, haciendo está una cama arriba.

Graj. Quien la hace la deshace; y mira, madre, cuán colorado se ha parado Barrada con lo que dije.

Cel. Hace bien, que no es desvergonzado como tú que estás diciendo malicias.

Graj. Madre, el mozo vergonzoso el diablo le trajo á palacio.

Cel. Tú lo desenvolverás presto, á osadas, hijo.

Graj. Déjate ahora de burlas, madre, entendamos en las veras, para que como dicen, pueda ser despues de la comida sobre el buen comer el ajo.

Cel. Ay putillo deslavadillo; parésceme que más querrias estar ya al sabor que al olor de la fruta de sobremesa, digo.

Graj. A buen entendedor, madre, pocas palabras; que por Dios, ya no me tomaria la fruta en ayunas, que para nuestra dueña, dos pares de sant Martin tengo ya en el buche.

Cel. Ay putillo, y quién te tomase el buche como á garza. Mas déjate, hora

deso que con el señor Barrada que no es loco como tú, lo quiero haber y hablar con él en seso. Y hijo Barrada, mi sobrina Areusa, me ha dado nuevas de tus condiciones, porque en lo demas de tu casta dias há que conoscí como á mí á tu madre Garapía, y aún alcancé algun conocimiento con Carbena tu abuela; así, que hijo, yo te digo que no hay obligacion para ménos que para tenerte por tal. He sabido que tienes aficion á tener amistad con Elicia, y por cierto, lo que dije á su prima sobre Grajales, lo tengo dicho á ella y lo digo agora á tí, que yo mas quisiera que se pasára hijo con su necesidad, para suplir la de la honra y trabajára, mas es tanta, hijo, nuestra necesidad, que donde fuerza hay derecho se pierde, y ya que se ha de hacer, huelgo que sea por cierto, más contigo que con el rey, porque me paresces cuerdo y persona de secreto: que este, hijo, es el que hace á las mujeres querer por él mas á unos hombres que á otros, porque hijo mio, ninguna sería mala sino fuese publicada, que el hecho pues, ninguno lo vé, del dicho nos guarde Dios. Así que, aquí todo cabe bien pues se encierran en tí ambos mandamientos, en que consiste la ley y los profetas. El primero, amor de suplir la necesidad digo,

que esto es sobre todas las cosas lo que se ha de amar; y al prójimo (que eres tú) el segundo, amalle como á sí mismo por hombre de secreto, como persona con quien se mete honra y provecho en un saco. Verdad es, hijo, que yo no te lo quisiera decir, mas ya que he comenzado como á mi alma y como á mi vida y como á mis entrañas, todavia hijo, te lo habré de decir, y es: que Elicia está muy escandalizada de que el otro dia le dijo aquí una señora amiga suya, que por promesas le habia burlado un señor y la habia dejado sin nada, y ella juró que ya que se determinase de hacer por alguno, de no lo hacer sin ver primero porqué, y porque ella está desnuda, mal pecado, que á la verdad, hijos, para con vosotros, esta es la negra cama que está haciendo, vergüenza, digo, de parecer así, y como es tan niña, querria pues se determina de conoscer otro que no sea su esposo, pues ya él es muerto, que pudiese suplir lo que le falta para osar parescer.

Graj. Ya le quiere untar la cabeza despues de habelle quebrado el casco.

Cel. ¿Que dices tu, hijo Grajales?

Graj. Digo, madre, que para con mi hermano no hay necesidad de nada deso, que yo salgo por fiador.

Cel. Andate ahí á decir donaires, hijo, como sino fuese el señor Barrada persona para fiar dél tambien como de tí; eso y más que eso, hijo, se fiará dél. ¿Tú no entiendes enoramazas, que no es sino por el juramento que hizo Elicia?

Graj. Ah, por el juramento no miraba.

Cel. ¿Pues qué pensabas bobo? por lo demas ¿qué necesidad habia de fianza donde está Barrada? Mas el ánima, hijo, es sobre todo, y esto hace que por un ladron pierden los otros el meson, como por aquel que hizo lo que no debia, pierda Barrada lo que se fiara dél sino se hubiera jurado.

Bar. Señora, que así está bien, que al buen pagador no le duelen prendas. Ves aquí cuatro ducados para una saya para pago y señal.

Graj. Al diablo el asno; ya lo tiene dentro en la gorrionera.

Cel. Hijo, por mi vida, que no los tomára sino por lo que tengo dicho, que harta vergüenza se me hace, mas para señal los tomo; y esto verás que por no quebrar el juramento lo hago mas que por no fiar de tal persona como tú, que tan poca cosa sino por señal no se habia de tomar; mas yo fio lo más y recibo en señal lo ménos que puedo recibir.

Graj. Ya fia la puta vieja sobre buena prenda; y cuál está el bobazo que piensa que hurta bolsas.

Cel. ¿Qué dices, el decidor? alguna gracia, á osadas, estás tú agora comidiendo.

Graj. No digo, madre, sino que mandes abajar á Elicia y abrazarse han, y beberemos el alboroque.

Cel. ¿No lo digo yo que algo es ello? No te mates que hacerse há la saya, que más dias hay que longanizas; que no es razon la vea Barrada desnuda, la primera vez.

Graj. Señora, mejor es así; que la polla pelada se ha de comer y tendrá ménos mi hermano que desplumar, pues él está desplumado.

Cel. ¿Qué es eso que á la postre digiste entre dientes? ¿no sabes que no para mi que te las entiendo?

Graj. Déjate deso, señora, y venga la señora Elicia.

Cel. Que no está por salir.

Ar. Madre, venga, que gesto tiene mi prima que no le han de mirar á la lista; y pues gesto pone mesa, venga á comer que del brazo y de la pierna, yo fiadora que no se desagrade Barrada.

Bar. Si señora, suplícotelo que venga.

Cel. Hora, por Barrada quiero hacer lo que no tenia determinado. Baja acá Elicia.

Elic. Ay Jesus, madre, no me lo mandes por Dios que estoy desnuda, que me muero de vergüenza dese señor.

Cel. Baja acá, hija, que así te quiere él.

Elic. Por Dios, madre, que no lo mandes.

Graj. Anda tú, hermano, y sube por ella.

Bar. Por Dios, que yo lo quiero hacer. y subo.

Cel. ¿Para qué le haces subir? Ya le quieres hacer como tú, desvergonzado.

Graj. En mi vida ví bestia tan empachada.

Ar. Hace bien, ¿Para qué han de ser los hombres deslavados como tú? Acaba ya, habe vergüenza de las canas que te están mirando, déjate de retozar que tiempo habrá, y oye lo que pasan mi prima y Barrada y acechemos.

Cel. Mira no os vean.

Bar. Dios te salve, señora hermosa.

Elic. Así haga á tí, gentil hombre.

Bar. Señora, ¿Por qué no abajas?

Elic. ¡Ay Jesus!

Bar. Señora mia, ¿Qué es lo que dices?

Elic. Digo, señor, que te abajes que yo iré luego.

Bar. Pues hasme de dar la fe de abajar, y dáme acá la mano.

Elic. Desvíate allá, señor, que no soy de las que piensas.

Bar. Pues abrázame y yo me abajaré.

Graj. ¡Oh hi de puta, y qué gran bestia!

Ar. Mira, mira mi prima, cuán veci-compuesta está, como novia de aldea.

Graj. No veo yo en son el asno para sello de aquí á mañana; mas bien es que tenemos ya cuatro ducados y la comida de hoy para la vista del proceso.

Ar. Mirad y qué mucho; hora oye.

Bar. Señora, ¿No me has de querer hablar?

Elic. Hora bájate, señor, que sí hablaré.

Bar. Hora, pues, abrázame y yo me abajo.

Elic. Ay gentil hombre, desvíate por Dios allá y abájate, que yo me iré luego.

Bar. Pues señora, bésote las manos; y yo quiero hacer lo que me mandas.

Elic. Dios vaya contigo. ¡Ay Jesus, qué hombre tan desgraciado! Por Dios, buena cosa pues, me ha traido mi prima, y ya que le falta gracia es bien desenvuelto el asno.

Ar. Anda acá, vamos, que ya vienen.

Graj. ¿Pues cómo no la traes, hermano?

Bar. Está muy zahareña.

Cel. Ella, hijo, se amansará y se hará de tu mano, que como no se ha visto en otra tal, há vergüenza; mas yo la quiero llamar.

Bar. Si, madre, por tu vida.

Cel. Hora: sus, Elicia; hora baja acá, pues lo has de hacer, déjate de vergüenzas.

Elic. Ay Jesus, madre, ¿Para qué me mandas abajar desnuda?

Cel. Hora, sus, abraza al señor Barrada, que nunca Dios te depare peor marido.

Bar. Heme aquí, señora; ¿Quiéresme abrazar?

Graj. He, he, he.

Ar. Calla, en mal hora tú, no te rias no se corra Barrada.

Graj. Ay hermano, por los misterios de la misa, que pareces azor zahareño que se espanta de la polla y no osa entrar en ella.

Bar. No te hagas hora tú, pues, tan gracioso, que si fuera menester yo me sabré tan bien como tú atraivar.

Ar. Anda, enhoranegra, que está el triste afrontado.

Cel. Quita, pues, tú Elicia, la manga de la boca que no te huele el huelgo, y abraza ese ángel, que tal me paresce él en su condicion.

Elic. Hora, sus, ves aquí te abrazo.

Bar. Ah, pese á tal, señora. ¿Vuélvesme la cabeza? ¿Muy desenamorada eres?

Ar. Hi, hi, hi; bozal es el galan, por mi vida, aunque no en el bozo de las barbas.

Graj. Estaste tú riendo y despues dices á mí.

Cel. Ea, sus, á sentar; sus, á sentar, y comamos. Siéntate tú señor Barrada aquí cabe mí, y Elicia se sentará cabe tí; y esotros, ellos se sabrán asentar si quisieren.

Graj. Así madre, celos hé yo de eso; así que de fuera vendrá quien de casa nos eche: hoy venido, crás garrido.

Cel. Hago bien; sábete que lo quiero más que á tí, que es mi hijo. Y tú, Grajales sirve de trinchante, que ya sabes que mi oficio es servir de copa.

Ar. Hi, hi, hi.

Cel. ¿De qué te ries tú, loca?

Ar. Par Dios, ríome que parescen desposados de aldea el señor Barrada y mi prima, segun están mesurados.

Cel. Tal sea mi vida y tal sea mi alma y tal sea mi vejez como aquello me parece; cuanto más que gato maullador nunca buen murador; que yo te certifico, que aunque Barrada calla, que

piedras apaña; que bien sabeis, fijos, que hasta que hay tinieblas no se tañen los mazuelos; cuanto más que yo le miro con ojos, que alzados los manteles y acabados los oficios y muertas las candelas, que la falta de la desenvoltura de Elicia por tan nueva en el oficio, que á osadas para mí santiguada, que él lo supla. Y reios vosotros cuanto quisiéredes.

Elic. Ay por Dios tia, no digas tales deshonestidades. Por cierto, ¿Y áun ese pensamiento tengo yo agora? Ay prima, ¿Para qué ries? Come, por tu vida, y déjate desos escarnios.

Ar. ¿Y cómo, prima, no quieres que me ria? Par Dios, bueno seria si me hubieses de atapar la boca.

Cel. Hora, pues, porque no me la atapeis vosotras, yo echaré el baston con este cangilon y haré de un tiro dos cuchilladas, que serán atapar la boca, pues tanto daña el hablar, y daros hé ejemplo para que hagais como yo hago.

Bar. Pues madre, ¿Por qué no bebes con la copa?

Cel. Ay putillo. ¿Y ya vos os desenvolveis? Por mi vida, que pienso que presto tengamos más necesidad de ponerte freno que espuelas; mas hijo, pues preguntas, razon es de responder: bebo por

aquí, mi amor, porque mudar, hijo, costumbre, es á par de muerte; y como yo, mi amor, pocas veces tengo copa sino un jarrillo viejo y mal empegado, ya con la costumbre no me hallo á beber por otra parte: como quieren los sabios que la costumbre sea otra naturaleza, y porque á la verdad, bébese ménos bebiendo por jarro. Pero dejando una razon por otra, por cierto el vino es singular, y aunque ha dias que no lo bebí, yo juráre que es de Monviedro.

Graj. ¿Qué no lo sabias, Madre?

Cel. Por tu vida, hijo, no; sino que en bebiendo cualquier vino, luego dije dónde es.

Graj. Para podenca de muestra, madre, fueras buena pues tambien rastras.

Cel. Hijo, por tu vida, que no dirás tú peor del viento que yo, ni cayeras con la perdiz ménos bien en la herida.

Graj. ¿Mas, por mi vida, sabíaslo?

Cel. No, por tu vida, hijo, ántes aquel tu mozo, Buzarco, dijo que era de Luque, pero á mí no me echará nadie dado falso.

Elic. Por cierto, madre, no dijo sino de Monviedro.

Cel. Por tu vida, hija, tal no oí; mas no me dejarás tú á mí mentir.

Bar. Señora, dí á la señora Elicia que

coma, que me parece que no quiere comer.

Cel. Para eso, hija, tienes tú mucha vergüenza, mas no para sacar la mia á plaza desmintiéndome. Pues yo te prometo que estás en manos de quien te la hará presto dejar, que yo miro con ojos al señor Barrada, que sabrá bien romper el potro y hacerte que no seas espantadiza.

Graj. Y áun, á osadas, que no digo lo que dice el proverbio.

Cel. ¿Qué dice?

Graj. Que el potro, primero de otro.

Cel. No, á osadas, hijo, que bien se le paresce á la mochacha, que tan bozal está que despantadiza amuesga las orejas.

Bar. Dalle de las espuelas, madre, y hácelle pasar claro.

Cel. He, he, he; ay putillo, ¿Y eso me tenias guardado? ¿Tan buen ginete eres?

Elic. Habló el buey, y dijo mú. Qué graciecitas para mí.

Cel. Atiéntale el freno, hijo, pues le hace abrir la boca.

Bar. Más quiero tentalle el diente.

Elic. Sí, que no soy bestia, que me has de mirar el diente.

Graj. He, he, he; bien puedes pensar que no ha cerrado, pues aún no está domada.

Cel. Por el siglo de mi madre, que lo puedes bien decir; que tan niña la conosció su esposo, que en gloria sea; y como luego murió, que tan por domar quedó como ántes.

Graj. De suerte que si le echan la talega de la arena, ¿Qué, dará pernadas?

Bar. Aquí está quien le hará perder esos siniestros.

Elic. Ay bendígamelo Dios el gracioso, no me lo aojen.

Cel. Hora yo quiero ver, hijos, si tira pernadas este cangilon para varealle y hacer que pase la carrera claro.

Graj. Hi de puta, el diablo, qué rostro, que brazo lleva mi madre en la carrera, y al parar, por nuestra dueña, que pone el colodrillo en el suelo.

Bar. Pues no tiene á mi parescer muy buen freno.

Cel. ¿Y vos tambien motejais?

Graj. Madre, no lo dice sino porque se te fué el caballo un poco de boca; mas á lo ménos no dirá que se torció, que así goce yo, tan claro en mi vida vi á nadie pasar la carrera.

Cel. ¿Y vos tambien tomais ya de Barrada á decir donaires? Hora, pues, yo quiero ver cómo correis vosotros.

Graj. Madre, échame aquí en este es-

quilon, que yo oficio de campanero aprendí más que de ginete.

Cel. A osadas, hijo, que segun sabes bien empinar, que se te parece bien aprendiste el oficio, que tan buen maestro has salido. Hora, tú, hijo Barrada, ayúdale con esotro esquilon á doblar por el jarro.

Graj. Madre, segun lo dejaste muerto bien pueden doblar por él.

Cel. Por mi vida, hijo, que cuando yo caí con él, que ya venia el señor Turco herido de más de dos pares de lanzadas.

Graj. Bien puede ser, mas despues que entró en tus manos bien podemos decir: perdónele Dios, pues no le quedó sangre en el cuerpo.

Cel. Por mi vida, pues, que no eres tú tan mal zurujano, que no llegaste tú por presto que yo le herí, y más presto á tomar la sangre.

Ar. Ay Jesus, ¿Todo el palacio ha de ser de vino?

Graj. Pues como la señora, mi madre, viene agora del otro mundo, es más devina que humana.

Cel. Por mi vida, hijo, que lo eres tú, aunque no has ido allá ni has visto las revelaciones de sant Pablo.

Bar. Hora por mi vida, que hemos de

ver la señora Elicia cómo pasa la carrera.

Graj. En eso, pues, yo te prometo que no dé corcobos, porque ya tiene usada la carrera y no se espantará en ella.

Elic. Dejástela tú tan llana y paseada, que no hay para qué poder espantarse nadie en ella; y por no te hacer ese placer no la pasaré.

Cel. Hija, nunca por quebrar los ojos á otro, te lo quiebres á tí; bebe y no cures de motes.

Bar. Par Dios, de dalle una sofrenada en los dientes, pues no quiere entrar en la carrera.

Elic. Desvíate allá, ten empacho.

Ar. Por mi vida, que te besó burla burlando, prima.

Elic. Par Dios, no besó sino en el carrillo, que mal año para él, que no le diese lugar.

Cel. Y te prometo, hijo, que con tales sofrenadas que nunca le quiebres los dientes.

Graj. Los dientes no, más vendrále á sacar las muelas.

Ar. Ay, desvíate allá desgraciado, no digas esas desvergüenzas.

Graj. Ah, pese á tal señora, ¿Y quién te amostró ese latin?

Ar. Háblaslo tú tan claro, que no hay

que haberlo aprendido, para entenderte.

Cel. Hora, sus, de tornar habré á echar el baston.

Graj. Madre, cata; que el vino del cangilon que no tiene agua; no te haga mal.

Cel. Hijo ántes dicen los médicos, que es dañoso el vino muy aguado.

Graj. Muy aguado sí, madre, más no sin agua ninguna.

Cel. Ay bobo, bobo; ¿Y no sabes tú que cada cosa llegada á su principio tiene mas perficion? Y así hijo, el vino por sí se ha de beber, y el agua por sí. ¿Quiéreslo ver? Pues ves aquí Areusa que no bebe vino, pídote por merced que le eches en el agua algun vino, y mira como lo beberia.

Ar. Ay, guárdeme Dios de tan mala cosa.

Cel. Pues pídote por merced, hijo, que me digas qué ventaja tiene el agua al vino para gozar del previlegio que el vino no goza, que así como el agua no consiente mezcla de poco vino, ménos consiente el vino mezcla de poca agua, que de mucha excusado es. Mi fé, hijo, cada cosa es para su oficio: el agua para lavar, y el vino para beber; y cuanto más que yo desde que nascí lo bebo así, por cierta enfermedad que me lo mandaron beber

los físicos. Ya sabes, hijo, que como dice el proverbio: que mudar costumbre, es á par de muerte. Mezcla por tu vida una poca de hiel con mucha miel, y verás cual se para; porque cada cosa, hijo, quiere guardar el privilegio de su natural, como el fuego no se sufre con el agua, y así de los otros elementos; y por esta razon, no se sufre el agua con el vino, pues sabes que el vino es caliente y el agua fria: concértame esas medidas por me hacer merced. Tú, hijo, poco sabes de filosofía natural; cuanto mas, que aunque en la teórica no lo sabes, en la práctica, por mi vida, que no la tienes olvidada, porque así goce, que tan poco agua como yo te he visto echar en el vino.

Graj. Por cierto, madre, grandes autoridades has dicho para fundar tu intencion.

Cel. Por tu vida, hijo, que es tuya tan bien como mia.

Ar. Hora, déjese ya, por Dios, este vino y hablemos en otra cosa, pues hemos ya comido.

Cel. Pues así quereis, hija Elicia, sube tú mi amor allí por unas pajas, con que se limpien los dientes el señor Grajales y Barrada. Y tú hijo Barrada, subete allá ántes que abaje Elicia, y á buen entende-

dor pocas palabras; porque si lo siente, no habrá diablo que allá la haga tornar. Y el mozo vergonzoso, el diablo le trajo á palacio. Ya me tienes entendida.

Bar. Déjame el cargo, madre, que yo voy.

Cel. Andad acá vosotros hijos, irnos hemos á reposar.

Graj. Mejor me ayude Dios, que yo no vaya acechar primero á mi compañero para ver como se desenvuelve.

Ar. Pues yo no quedaré que te quiero tener compañía.

Cel. Pues mirad, en mal hora, que no os sientan, que yo me voy á reposar, y vosotros quedais á Dios.

ARGUMENTO DE LA TRIGÉSIMA QUINTA CENA

En que Elicia y Barrada pasan en el sobrado muchas razones, acechándolos Grajales y Areusa; y al ruido acude Celestina, y estando con ellos llegan Centurio y Albacin, y quieren entrar y despídelos Celestina por buena maña, y introdúcense.

ELICIA.—BARRADA.—AREUSA.—GRAJALES.—CELESTINA.—CENTURIO.—ALBACIN.

Elic. Jesus, señor, ¿Para qué subias acá? En mi vida ví hombre tan importuno; pensaba yo que estaba por tí el capon.

Bar. Señora, suplícote que conozcas la voluntad que te tengo y el deseo de servirte, de lo cual ya tengo dado á la señora Celestina la señal.

Elic. ¿Qué señal y que nada? ¿Qué cuidado tengo yo deso? Desvíate allá, que no soy de las que piensas. Buena estaba por Dios. ¿Pensabas ya gentil hombre que no habia más que llegar y pegar?

Bar. Por nuestra dueña, que no sé por qué no has lástima de mí. Que por vida tuya, señora, ques la cosa que más quiero, que te amo más que á mis entrañas.

Elic. Por vida tuya, señor, que te abajes y déjame.

Bar. ¿Por qué, señora, eres tan desamorada?

Elic. Y aún par Dios, ¿Razon harta hay para ser amorosa con el mucho conoscimiento y los muchos servicios que me has hecho? Anda bájate allá, señor, y desvíate allá, par Dios.

Bar. Pues bésame, señora, primero.

Elic. He, he, he; ¿Bueno seria par Dios? Dios, que eso estaba agora yo pensando.

Ar. Ay Grajales, ¿Para qué traias acá este asno? En mi vida ví tan donoso hombre como éste. Mejor hicieras en echalle un albarda y haceille llevar harina al molino.

Graj. ¿Más para qué es hora, Elicia hacerse tan santa?

Ar. Mas pensé hora en buena fé, que le habia ella de rogar. Está tú quedo tambien; ¿Quieres ahora suplir las faltas de tu compañero? Harás mejor en llevalle de aquí; que en mi ánima no puedo sufrir hombre tan gran bestia. Hora está quedo ya, y escucha.

Bar. Señora, si pensára que tan mal me habias de querer, por nuestra dueña, acá no subiera.

Elic. Poco es el trabajo, gentil hombre de tornar á bajar.

Bar. Pues señora, ¿Cuándo me harás mercedes de quererme remediar?

Elic. ¿Qué llamas remedio?

Bar. Quitarme de tanta pasion como por tí contino paso.

Elic. ¿Y con qué te la tengo de quitar?

Bar. Señora, con remediarme. ¡Oh, señora, no te vayas, sino, por mi vida, de te tener!

Elic. Déjame, señor, no seas mal criado. ¿Para qué quieres de nadie cosa contra su voluntad?

Bar. Señora, ¿Para qué me hacíades venir acá?

Elic. ¿Y quién te hizo venir? Por cierto bueno, pues, es eso.

Bar. Por nuestro señor, de me ir á quejar á la señora Celestina.

Elic. Ya fueses ido.

Bar. ¿Qué dices, señora, entre dientes?

Elic. Digo, señor, que par Dios, que te abajes allá y que me dejes.

Bar. Hora yo me quiero abajar, pues tan mal conmigo lo haces.

Graj. ¡Oh, maldito sea el hombre tan asno! Por nuestra dueña que no estoy sino por ir y mostralle como se ha de desenvolver.

Ar. Ay deslavado. ¿Una querias tener en papo y otra en saco? Por mi vida que

no mirases tu mucho al deudo que yo y Elicia nos tenemos.

Graj. Señora, sino fuese por enojarte, para todos esos casos tengo yo dispensacion.

Ar. ¿Y qué dispensacion tienes?

Graj. ¿Qué dispensacion? Mejor desenvoltura que mi compañero, que por tu vida, que si tal pensára, acá no lo trajera que me corro de venir con hombre tan bestial.

Ar. Par Dios, tal me paresce él. Mas escucha, escucha por mi vida, que mi prima le quiere desenvolver.

Elic. Ven acá, señor. Antes que te bajes dí, por tu vida. ¿Quién te dijo á tí que te habia yo mandado venir acá?

Bar. ¡Oh bendito sea Dios, señora, que me dijiste que no me abajase!

Elic. Bueno es eso; no lo digo sino para saber quién pudo levantarme tal testimonio; que en mi ánima, que juraré que nunca te ví si hoy no.

Bar. Pues por cierto, la señora Areusa me hizo venir acá, diciendo que tú querias tener mi amistad y que me querias mucho.

Elic. ¿Hay tal donaire en el mundo? Por cierto nunca yo tal le dije quererte bien; si quiero, por cierto, más de buena parte como á señor y hermano.

Bar. Pues, señora, yo como á enamorado quiero que me quieras.

Elic. Oh señor, que con el tiempo y los servicios que hicieres podrá ser que se haga lo que agora estorba el poco conoscimiento.

Bar. Por mi vida, señora, que te tengo de besar.

Elic. ¡Ay Jesus, y qué hombre tan atrevido! ¿Paréscete bien? Por mi vida, si esto supiera, que no te dijera que me dijeras lo que te pregunté. Por cierto, buen atrevimiento ha sido ese. Hora, sus, acaba ya y vete, y bástete, que en mi ánima, no pensé en mi vida hacer otro tanto por tí. Quítate allá.

Bar. ¿Empújasme señora? No sé por qué me tratas tan mal y das esas voces.

Cel. Elicia, ¿Qué voces son esas? Par Dios, hija, que seria hora bien que juntases aquí toda la vecindad. Por Dios que me das la vida.

Elic. Mas par Dios, bueno será, madre, que callase. Díle que se abaje de aquí, sino en mi ánima, de juntar toda la vecindad. Piensa que no hay más sino entrar en lo vedado.

Cel. Ce, llégate acá, señor Barrada.

Bar. ¿Qué me quieres, madre?

Cel. No te maravilles, hijo, que como

es mochacha y nunca se vió en otra tal, está zahareña y arisca; mas ella se amansará, que en un dia no se ganó Troya. Elicia, por mi amor, que no me tornes á despertar y que te estés con ese señor, y déjate hora, hija, de voces.

Elic. Pues esté él quedo y hable de apartado y callaré yo.

Bar. Mejor será, señora, que me vaya que yo veo que es excusado.

Ar. ¿Para qué son, prima, esos misterios? Bien puedes, si quieres, no hacer por él sin dar voces como si nunca hobieses visto hombre, que así te espantas.

Elic. Por tu vida, prima, que te vayas á dormir la siesta y no des consejo á quien no te lo pide.

Ar. Por mi vida, pues, que no te haria á tí mal, prima, tomallo para no hacer esas algaradas.

Cel. Calla enhoranegra, que es niña y nunca se ha visto en otra tal; y tú, señor, súfrete, súfrete, que más dias hay que longanizas; que otro dia amanecerá y hará buen tiempo, que yo salgo por fiadora que ántes de ocho dias ella te ruegue que no te vayas.

Elic. Con esa esperanza se puede bien echar á dormir, y soñará que le espulga el gato.

Cel. Hora, hora, yo fiadora que tú te amanses, aunque estás muy zahareña, y vengas á comer en la mano; mas mira que á la puerta llaman; sabe quién es; más yo voy y calla tú. ¿Quién está ahí?

Cen. Señora, el señor Albacin y yo estamos aquí, que te queremos decir dos palabras.

Ar. ¡Ay desventurada de mí! Plega á Dios que no acontesca alguna cosa, que aquel rufianazo con algun fiero debe él de venir, porque ayer le envié á despedir; y pues él trae consigo al otro, debe de haber sabido como estais acá vosotros.

Graj. Si él viniere con esa demanda no le faltará la respuesta; y calla, veamos lo que quiere.

Cel. Hijo, mi amor, ¿Qué es lo que mandas? Dílo desde ahí, que estoy acá embarazada en cierta hacienda, que en mi ánima, no puedo abajar y Elicia no está en casa para que abra, que mal pecado, si viene á mano, debe destar con su prima Areusa, y yo estoyla esperando para comer.

Cen. Señora, ¿Solíasme tú abrir? No sé por qué agora no quieres. Bien parece que el lobo y vulpeya ambos son de una conseja. Pues voto á la reverborada, que no me mamo los dedos.

Cel. Hijo, ¿Qué quieres decir por eso? Que por el siglo de mi padre, que no te entiendo.

Cen. Pues yo si á tí. Y pues tienes allá á las señoras y los galanes, no te hagas ahora de nuevas y ábrenos, sino quieres que seamos mal criados.

Graj. Déjame, señora, salir allá á castigar aquel fanfarron.

Ar. Bueno seria eso, par Dios; por mi vida, de aquí no saldrás.

Bar. Déjanos, señora, que no son cosas para sufrir.

Ar. Prima, ten á Barrada ahí por amor de Dios, no se haga tal cosa que es destruirnos á nosotras, que mi madre lo remediará todo.

Cel. Hijo Centurio, algunos celos debes tú de tener pues que eso dices, y en mi ánima, que me parece como de perlas, que nunca hay celos sino donde hay amor. No tengas, no tengas esas sospechas, mi amor, que á osadas, así nos quisiese Dios como Areusa te quiere á tí.

Cen. Si eso fuera no me enviára á decir que no entrase más en su casa. Pues voto al martilojo de pe á pa, que el que entráre en ella sino fuere yo, que ha de salir por las ventanas.

Graj. Déjame, señora, salir, que no son cosas para sufrir estas.

Ar. Por mi vida, no saldrás. Buena cosa, par Dios, para destruirnos á nosotras. Sabe, noranegra desimular, que por más está la prenda.

Cel. Bien digo yo, hijo Centurio, que algo es ello, que el lobo hace entre semana por donde no va el domingo á misa. Tú irias algun cabo por donde Areusa te enviaria á decir eso; más á buen entendedor pocas palabras, pues sabes, hijo, que la ira de los amadores es para más confirmacion de amor. Tú puedes, mi amor, dormir á sueño suelto, que yo te quitaré desa congoja, que á la tarde yo iré á su casa y le reñiré esos celitos y esas naditas. Y tambien, noranegra, cuando entrares en alguna casa, mira cómo entras y no digan por tí el refran que dice: que el hombre ande con tiento y que la mujer no la toque el viento. No pidas, hijo, lo que negaste ni niegues lo que pediste, como dice Séneca. Y íos con Dios, que quisiera yo estar en desposicion de poderos abrir, mas la casa está tan revuelta, que por el siglo de mi padre, yo hé empacho de tales personas.

Cen. Señora, á quien cuece y amasa

nunca le hurtan hogaza, que nosotros venimos desembarazar la casa.

Cel. ¿Y qué embarazo, hijo, podeis vosotros desembarazar? Mal pecado, pienso hijos, que nunca barristes ni fregastes, para quitarme esos embarazos.

Cen. A lo ménos, madre, yo te prometo que el cangilon que trujo Buzarco, que creo yo que no aguardastes los que allá estais á que lo desembarazásemos nosotros.

Cel. He, he, he; ándate ahí, hijo, á decir donaires. ¿Y qué cangilon y qué Buzarco ó Buzarca, hijo, tú viste entrar en esta casa? Mas mala landre me deje, que no me acordaba que esta mañana vino aquí sobarcado con dos ó tres piezas de lienzo á saber si le querria Elicia hacer ciertas camisas, y debriades vosotros, en mal punto, de comedir alguna malicia. No hijo, no, no; no se acostumbran en mi casa cosas de que se pueda tomar sospecha: limpiamente vivimos, no se tratan aquí, hijo, esas tramas.

Cen. Señora, mándanos abrir; que lo que con los ojos veo, con el dedo lo adevino.

Cel. Pues por mi vida, que por dejarte con esa ansia que no entres tú acá agora; y andad con Dios, hijos, que quiero reposar.

Alb. Por vida del infante, que de aquí no hemos de ir sin entrar allá.

Cel. Hijo, por vida del rey que es más que el infante que acá no entreis ¿Y por cuál carga de agua, mi amor, quereis vos tener esa jurisdicion en mi casa? ¿Por los tributos que nos habeis dado?

Alb. Yo soy persona, que por mi persona me han de honrar á do quiera que fuere y tener en lo que soy.

Cel. Déjate desos donaires, hijo, que aquí no te conoscemos, ni sabemos quién eres mas de para honrarte por paje del señor infante; y por esta causa por cierto te digo, si mi casa estuviera buena para ello, yo holgára de rescebirte en ella como á mis entrañas; mas yo me quiero, hijos, declarar con vosotros, que por vuestra vida, que estoy aguardando á mi primo Barbanteso, que ha de venir agora á hablar aquí conmigo, sobre cierto casamiento de Elicia. A la noche, hijos, os podeis venir, así ambos como estais solitos, y yo os hablaré cuanto mandáredes; y por mi amor que os vais de ahí, no venga Barbanteso y os halle, que es el mas malicioso del mundo y no sospeche alguna malicia. Y perdonar, hijos, que no puedo más estar aquí.

Cen. ¿Qué haremos, Albacin?

Alb. Que derroquemos las puertas.

Cen. No me parece buen consejo, por que ellos están dos dentro y con poca afrenta suya, la podriamos recebir; más vámonos al burdel á buscar á Traso el cojo y Tripaenbrazo y Montondoro, y daremos aquí á la noche un rebate con que espantemos los garzones y los oxemos de suerte que nos dejen la posada; que mas vale, voto á martilojo, hacer éstas cosas con seso que no ponellas á riesgo.

Alb. Bien me parece. Vamos que estos no saldrán de aquí hasta la noche.

Cel. Allá ireis rufianazos, ¿No veis con qué se venian ahora, guayas de mi vejez? ¿Si me habian ellos á mi de echar el dado falso? Y ándate tú ahí, Grajales, haciendo del esforzado que querias mucho salir. ¡Ay bobo, bobo! ¿No sabes que á palabras, palabra? Hora sus, hijos, esto está muy bien hecho; íos no se le antoje aquel rufianazo de tornar y no se borre todo. Y tú Barrada, huelga y descansa, que yo salgo por fiadora que cuando tornes, que Elicia no esté tan brava.

Bar. Así te lo suplico yo, señora.

Cel. Tú puedes, hijo, dormir á sueño suelto.

Elic. Con ese cuidado te puedes bien descuidar.

Ar. Hora ya pues, tú prima, no seas ya

tú tampoco tan desabrida. Y abrázale ahí y váyase con Dios y hayamos la fiesta en paz.

Graj. Por nuestra dueña, que sino fuera por haceros placer de aquí no saliera.

Cel. Hora, hijo, que conoscido está tu esfuerzo y nunca te pongas con los tales á aventurar la honra. Y andad con Dios hasta otro dia.

Graj. Y con Dios quedés, señora y señoras.

ARGUMENTO DE LA TRIGÉSIMA SEXTA CENA.

En que Centurio y Albacin van hablando y topan á Traso el cojo y á Tripaenbrazo, y acuerdan de dar un repiquete de broquel en casa de Celestina, para se quejar, y ellos se van. Y queda ella y Elicia hablando; y vienen Barrada y Grajales, y introdúcense.

CENTURIO. — GRAJALES. — BARRADA. — ALBACIN. — TRASO EL COJO. — TRIPAENBRAZO. — CELESTINA. — ELICIA.

Cen. Por la santa letanía, que estoy para renegar la leche que mamé, de ver que me tenga en tan poco Grajales que me tome esta mujer y que ella me ose enviar á decir que no entre en su casa. Yo renegaré destas, sino hago un hecho que sea sonado y castigo para ellos.

Alb. ¿Y yo no tengo razon, que me deje á mí Elicia, siendo quien soy, por Barrada, despensero del Maestrescuela? ¡Pues voto á tal, que no se me vaya alabando, que no me ha de quedar por corta ni por mal echada la satisfacion!

Cen. Tú, señor Albacin, no tienes tanta razon.

Alb. Oh, pese á la vida que vivo, ¿Y eso has de decir? ¿Y por qué no tengo tanta

razon, dejándome por un majadero, una mujer que la adoro y me deja de querer?

Cen. Yo te lo diré: y la razon es, porque tú á Elicia no le das nada y no es camaleon, que se ha de mantener del aire. Y basta, que no te ha enviado á despedir como á mí la otra puerca de su prima; que voto al santo sepulcro de sant Vicente de Avila, que estoy para tomar el cielo con las manos.

Alb. ¡Oh, pese hora á tal con hombre que tal dice! ¿Y tú qué das á Areusa más que yo á Elicia?

Cen. ¿Qué? Qué voto á tal, no me pague el peligro que por ella me puse, con todo cuanto tiene Grajales ni la puta vieja de su tia Celestina.

Alb. ¿Dices por lo que hiciste cuando mataste á Calixto?

Cen. ¿Pues parécete que fué caso ese, para olvidar adonde entonces aventuré la vida y cada dia la traigo en aventura? Que para la santa letanía, cada mañana cuando despierto, me atiento los gargueros pensando que estoy en la horca, ó que tengo la soga ya echada para ahorcarme.

Alb. Pues veamos, ¿Porque tú pusiste la vida por ella, es ella obligada á poner la suya, dejándose morir por tí de ham-

bre? Si tú no se lo das tampoco ¿Cómo yo dices que no lo doy á Elicia?

Cen. ¡Oh pese al diablo con tal dicha! Eso es, si le quitase yo, que no hiciese lo que quisiese. Si, que bien sé que no soy salido cuando es entrado Grajales y Vicente y otros veinte, que no sé tampoco del mundo ni he aprendido tan poco en veinticinco años que sé que es tener mujeres á ganar la vida, que no sepa que una mujer que ha de tener un hombre por valiente hombre y por amor, y pelar de otros bozales para sostenerse á sí y á él. Desto no me quejo, que no sé tan poco de las tramas destas tales, que no sepa ya enchilar las canillas y áun tramar los liñuelos sin quebrar los hilos y hacerme bobo, y pasar en el alarde el gayon por primo, y haciendo que creo del cielo cebolla y que no hay otro sino yo. Que viejas son para mí todas roncerías, que bien sé aguardar los tiempos de la iza y cuáles son, como sé los de la guadra y del rodancho. Que no me acodicio tanto á tirar el tajo mortal para que la puta me adore, que no me sepa reparar del revés peligroso que me puede matar de hambre, porque tanto la quiero por la mesa como para la cama; que bien se me entiende, que la bondad que no guarda

ni ha de guardar por su honra, que no la defenderá por mi placer, cuanto más que no es otro el mio sino que gane de otros para honrarme á mí, conforme á las leyes de la santa gualteria, las cuales se guardan en las disfrazadas rameras como estas, como en las públicas y luminarias de las boticas del burdel. Así que, hermano Albacin, áun agora bisoño y bozal eres en este colegio, y poco experimentado en esta guerra; y pues no la sabes, aprende de tal doctor como yo los misterios de la santa germanía, y de tal capitan general, cómo se han de hacer los ardides de la guerra tirando tiros mortales sin sacar sangre ni vertella, blasonando, bien digo, del arnés; ya me tienes entendido. Porque, voto á la santa letanía, que por el camino que llevas una espada más larga has menester que de aquí á Roma, y una vida más luenga que Matusalen con un seguro firmado de Dios, por vida de Mahoma, si has de defender la posesion de la señora Elicia en cuanto ella tuviere derecho á la propiedad que tiene y nunca perderá, si con la vida no la pierde: porque se pierden los dientes y no las mientes. Aprende, aprende hermano, si quieres salir buen hijo en este oficio y si quieres leal-

tad, vacía la bolsa y quedarás pelado del dinero y vestido de cuernos disfrazados. Que por vida tuya y mia, que porque mantengas la dama, que no ahorres los cuernos; y pues han de ser forzados, más vale disimulallos tú á costa suya que no que á la tuya los disimule ella, y los encubra de tí; que por las reliquias de Mahoma, que delante los ojos te hagan mil trampantojos metiendo y sacando dado: metiendo, digo, como prima el primo y el pariente, y saliendo por gayon ó marido, sin desaminar contigo la dispensacion si es buena ó mala.

Alb. Voto á tal, que no pensé que tanto sabias; mas vés aquí á Traso el cojo y á Tripaenbrazo, que no los tengo yo por necios en este oficio.

Cen. Nunca Dios me depare peores dotores ni compañeros para un repiquete de broquel y beber el alboroque despues, sabiéndolo hacer á salvo, como al que repica se pone del ruido, que esto es lo principal que el buen maestro de nuestro oficio ha de tener: que sea el ruido más que las nueces, buena parola y mal fato, quiero decir, y la espada no sacalla; porque con salir de la vaina no añuble y llueva sobre su dueño, como pudiera ser si quebráremos las puertas de Celestina,

como tú querias. Porque mejor es oxeallos á costa de su miedo, que á la nuestra con peligro de las vidas, y ponernos en hazañas donde se gana poco provecho y ménos honra, aventurando la vida por putas: porque si la vida se debe á la honra, no es razon de pagar con ella en cosa que ménos sea, como seria perdella por las tales; y pues se toman para placer no se han de sostener para enojo, á lo menos que llegue á sangre, sino por camino de Santiago, donde anda tanto Traso el cojo como el sano.

Traso. ¿Qué dices de Traso?

Cen. Digo yo, hermano, que camino de Santiago, que tanto andas tú como hace el señor Tripaenbrazo.

Traso. Con la parola, excusado el fato, quieres decir.

Cen. Eso digo yo, porque el señor Albacin y yo queriamos bien oxear un par de garzones de casa de Celestina, para que no me coman la fruta tan descubierto que no tengan en nada á los hortelanos.

Traso. Al cabo estó; pues, sus, vamos en anocheciendo y anden los pomos de las espadas en las copas de los rodanchos como quien repica á fuego, para no se quemar en él adefuera, digo, porque no

caya algun madero que nos descalabre.

Cen. Pues no; que dice el señor Albacin, que mejor es derrocar la puerta y entrar á matar el fuego en casa de Celestina.

Traso. No es este fuego de alquitran que se ha de matar con vinagre y tan acedo, sino fuego de amores que se ha de matar con vino, adefuera y bebiendo el alboroque.

Cen. En mi corazon estás: en un libro habemos leido.

Trip. ¿Pues qué diferencia hay en eso? Está esa licion tan sabida de coro, que no se lee otra cosa en el arte del burdel.

Cen. Que no: que mejor es entrar por lana y venir tresquilados.

Trip. Voto á la reborborada, que cuando yo era bozal, que aquello era con la mocedad como el señor Albacin lo que me parescia, hasta que la experiencia de bien acuchillado me hizo cirujano, para saber curar las llagas ántes que se hagan.

Traso. Con un tajo que me dieron en esta pierna me atajaron esos pasos y me los acortaron, viendo las veneras que se suelen traer de tales romerías; porque éste es un potaje que se ha de traer á una mano, y adefuera del fuego, porque no se corte como manjar blanco.

29

Trip. Tal blanco es, voto á tal, quien lo quiere guisar de otra manera.

Traso. Hora que aquí no hay que estudiar sino que ya me parece que es hora, que noche es ya. Y en llegando desenvainar, y vosotros haced que quereis quebrar las puertas para oxear los garzones, y Tripaenbrazo y yo que lo queremos estorbar, y buen ojo y buen broquel y adefuera y cantos: no tiren de la ventana alguna lágrima de Moysen; y si salieren los garzones á nosotros, decir que no pensábamos que eran ellos sino otros.

Alb. Pues eso paresceria cobardía, si saliendo no hiciésemos lo que somos obligados.

Trip. ¿Ante qué escribano está esa obligacion? Por Dios buena paga seria esa, á lo ménos, no sin costas. Muy mozo eres, hermano: no debes aún de saber á qué sabe la trementina. Nunca busques cinco pies al carnero, pues está averiguado que no tiene más de cuatro, y sino te quieres cortar, dejallo desollar á quien sabes que te sacará sano el pellejo; que en manos está el pandero de quien lo sabrá tañer; y en cuanto pudieres sacar las castañas del fuego con la mano del gato, no las saques con la tuya sino te quieres quemar: déjate de voces, y engáñate por nosotros

que sabemos ya dónde roe ó puede roer el zapato, y nunca las cosas de burlas las hagas veras pudiéndolas excusar. Y sus, vamos y dejémonos de voces, que esto está mejor pensado que merecemos á Dios; que la celada va tan bien encubierta con rama que sino nos descubrimos nosotros, nadie nos ha de sentir.

Cen. Hora, que no hay más que pedir, que por aquí vamos mejor. Ya llegamos. Hora, sus, desenvaina tú Albacin y tú Centurio.

Traso. Hora, por amor de Dios, señores, no se haga tal cosa.

Cen. Déjanos, déjanos derrocar la puerta y veamos qué garzones son estos que están dentro.

Trip. Que no, por amor de Dios. Hora teneos allá, no se haga tal desvarío.

Elic. Ay desventuradas, tia, que es Albacin y Centurio que dicen que quieren quebrar la puerta.

Cel. ¿Qué quebrar ó que nada? Sé que rey tenemos, déjame parar á aquella ventana. ¿Qué cosas son estas? Andad, andad con Dios de mi puerta. ¿Qué deshonestidad es esta? ¿Qué atrevimiento de hombres de bien?

Alb. Voto á tal, que hemos de saber quién está allá.

Cel. Voto yo á ese que vos jurais que la justicia sepa lo que pasa. Oxte, pues como yo me pago de fieros de rufianes, sé que Dios hay en el cielo y rey en la tierra.

Cen. Dejaos de palabras, mujer honrada, sino quereis que quebremos la puerta y echad los garzones fuera.

Cel. ¿Qué garzones y qué nada, y qué fieros? Yo certifico, que si vosotros pensárades que hay dentro hombres que no hiciérades lo que haceis: para con las ruecas teneis manos. Andad, andad con Dios, hermanos, que en esta casa no se usan esas cosas ni esas deshonestidades que honestamente vivimos: con nuestros husos y ruecas nos sostenemos y no de tales bellaquerias.

Alb. ¿Vos no quereis abrir?

Cel. ¿Qué abrir? Aguarda que sí abriré. Elicia, dame acá aquel manto, que por vida del rey, á aquella justicia me vaya bramando como una leona; veamos donde se sufren tales rufianerías como estas.

Alb. Dejaos hora, vieja honrada, desas pláticas, y echa fuera los galanes si no quereis que salgan por la ventana.

Cel. Daca, daca mi manto; veamos qué fieros y qué burleria es esta desta noche.

Elic. Madre, no vayais así sola, aguarda que yo iré contigo.

Cel. ¿Qué cosas son estas? Seme testigos y mira tú, en esa casa son, Elicia.

Traso. Voto á la casa de Meca, que no debe de haber en casa nadie. Ténla, ténla tú, Tripaenbrazo, que yo no la puedo alcanzar con esa mi pierna coja.

Trip. Torna, torna señora, no hayas enojo, que nosotros haremos que se vayan luego; no haya más, por Dios.

Cel. ¿Qué torna, torna? Que no quiero sino que se castigue tan gran afrenta y que sepa Dios y todo el mundo mi limpieza y cómo vivimos.

Elic. ¿Parécete buenos hechos estos, señor Albacin?

Alb. ¿Mas paréscete bien á tí, señora Elicia?

Elic. Déjate deso, señor, que ni á Dios ni al mundo parescen bien tales cosas.

Traso. Señora, por amor de mí, que por esta noche no salgas de tu casa, que agora estás con pasion.

Cel. ¿Y cómo con pasion, no te paresce que tengo razon?

Trip. Si por cierto, y grande. Mas por amor de mí, que á lo ménos por esta noche, que tú te entres en tu casa y no haya más.

Cel. Por amor de tí así lo haré, mas con condicion que mañana no me lo estorbes y que entres en mi casa tú y el señor Traso para ver qué galanes son estos que tenemos dentro.

Trip. Yo señora, te lo tengo en merced, y no es menester que así se crée de tal persona como tú.

Cel. ¡Dios, que á eso me enviaron acá del otro mundo! ¿Pareceos á vos y qué dichos de señores?

Cen. Déjate, madre, desas hipocresías, que no son para mí; no quieras por hacerte á tí sabia hacerme á mí necio.

Cel. Mas déjate tú desas rufianerías, que te las entiendo yo á tí mejor.

Traso. Entrate en casa, señora, no estés aquí dando cuenta á los que pasan.

Cel. Deso huelgo yo, de dalle á Dios y todo el mundo. ¿Qué es esto? Claramente hijo Centurio vivo, y limpia; que ni hay aquí hipocresías ni santidades fingidas, que sólo Dios es el santo, que yo por pecadora á él me tengo, y á solo Dios tengo de dar esas cuentas, que no las has tú hijo de venir á pedir á mi casa. ¿Y por cuál carga de agua? ¿Por las muchas mercedes que de tí hemos recibido? Anda, anda mi amor con Dios, y no pidas cuenta donde

no hay recibo, pues sabes que no puede haber alcance.

Cen. Pues por el santo martilojo, que sin alcance alcanzo yo á entender cuántas son cinco.

Cel. Pues si lo sabes, sabe en tu casa, hijo, que en la mia yo sé lo que me cumple; pues ya sabes que más sabe el necio en su casa que el sabio en la ajena.

Cen. Señora, dejémonos de andar á motes; y pídote por merced que me perdones, y si está acá Areusa que me le dejes decir dos razones.

Cel. Despues de me quebrar la cabeza me unta el casco. Perdónete Dios, hijo, que más pasó él por mí; y Areusa, mi amor, búscala en su casa, que no suele ella venir á la mia á tales horas.

Cen. ¿Pues cómo hace ella cosa sin tu consejo?

Cel. Harto, hijo, tengo que entender en mis duelos sin curar de los ajenos; que á cada parte hay tres leguas de mal camino.

Cen. Pues cómo, ¿Ella no estaba casi noche acá en tu casa?

Cel. Pues que estuviese. ¿No puede ser ida? ¿Soy yo obligada á ser su fiadora, y traella de trailla? Vete hijo con Dios, que no pensaba yo rescebir tal pago de tí, de

las buenas obras que en esta casa has recebido; mas bien dicen, que maldito sea el hombre que confia en el hombre; que á osadas, que un gran beneficio no se paga sino con gran desagradecimiento, como de tí lo tengo recebido.

Cen. Tú, madre, tienes la culpa.

Cel. Si tengo la culpa hijo, ya tengo recebida la pena; que quien en ruin lugar hace leña, ya me tienes entendida.

Cen. Madre, sé bien criada, no me hagas ser descortés.

Cel. Ya no puedes hijo, á lo menos, dejar de serlo conmigo como lo has sido. ¡Háme deshonrado, y dice que sea bien criada! Sabe hijo, que cuales palabras me dices, tal corazon te tengo.

Elic. Ce, señor Albacin, íos con Dios; que cuando yo tenga lugar te diré maravillas.

Cel. Elicia, súbete arriba y déjate de secretos, hija.

Elic. Ay tia, ¿Qué secretos me ves tú á mí hablar ni decir?

Cel. Lo que con los ojos veo, ya hija creo que me entiendes. Lo que yo mando, es que te subas arriba que yo quiero cerrar mi puerta.

Traso. Hora que ello está bien, y perdónanos señora, y queda á Dios.

Cel. A Dios vayas hijo, y vosotros tambien.

Cen. Voto á tal, muy bien se ha hecho; que la cosa queda de manera, que pienso que saltarán los garzones por los tejados, de miedo.

Traso. Ello está mejor que pensábamos; vamos á beber el alboroque.

Cen. Vamos, pues tan bueno nos ha salido el ardid.

Cel. Hora, has mirado ¿Con qué se venian los rufianazos á dar repiquetes de broquel á mi puerta? ¡Guayas de mi, como sino conosciese yo rufianes! ¡Y tú Elicia, póneste al oidito desotro majadero delante de mí! ¡Pues delante ni detrás; no lo vea yo en esta casa! Y cuando Barrada viniera, no sea lo que hasta aquí.

Elic. Hora ya, por cierto tia, que eres muy sospechosa; que en mi ánima no le decia sino reñille su descortesía.

Cel. Por mi vida, hija, que á quien cuece y amasa, ya me entiendes y creo que me tienes ya entendida; que éste paje no quiero que me entre aquí: pues honra ni otro provecho dél se saca, sino la afrenta desta noche y otras tales.

Elic. Por cierto, tia, pues no es poco provecho tener una persona de casta como Albacin, para que defienda mi honra; que

unos se han de tener para honrarse la persona dellos, y otros para provecho. Que tal como Albacin: es para cumplir la honra, y como Barrada para la necesidad.

Cel. Mas quiero hija asno que me lleve, que caballo que me derrueque. Cuanto más, que Barrada yo lo miro con tales ojos que servirá de ambas sillas, así de la honra como de la del provecho.

Elic. ¡Y aún disposicion tiene él para honra!

Cel. Déjate, mi amor, de las disposiciones que no hemos de comer dellas; que mas has de tomar el hombre para provecho que para pasatiempo; más por interese, que por hermosura; más por su bolsa que por su disposicion. Que mal pecado, hija, pues por necesidad lo tomas, más has de servir de jornalera, que no de dama, más del amor del interese, que de sólo pasatiempo; los cuales pasatiempos, muy mal, hija, se pasan con hambre, pues no hay peor ahito que della.

Elic. ¿Pues no vale más, tia, tener mediadamente con honra, que sin honra gozar de mayor interese?

Cel. ¿Que quieres decir por eso?

Elic. Quiero decir, que mejor es tener al paje del infante para mi honra, con el

mediano interese de Crito, que no todo el interese de Barrada con la falta de su linaje.

Cel. ¡Qué negro linaje, y qué negra nada de honra! Como sino supieses, hija, que todos somos hijos de Adan y de Eva. Y por aquí verás, mi amor, que sola la riqueza hace el linaje; porque créeme, hija, que como ya todo lo que se compra y se vende anda puesto á peso y medida así anda la honra y el linaje á peso y medida, de ser mas y valer más, no el que más vale de persona, mas el que más vale su hacienda; no el que más tiene de virtud y linaje, mas el que más tiene de falta de todo esto, con sobra de lo contrario para saber adquirir más dinero. Mira, mira, hija, los estados como se estiman y estimarás aquello porque se estiman los estados, de donde nasce la honra. ¿Porque si piensas, es más el rey que el duque, y el duque que el marqués, y el marqués que el caballero, y el caballero que el escudero, y el escudero que el oficial, y el oficial que el labrador? No por otra cosa sino por el peso y medida del más ó ménos dinero. ¿Quiéreslo ver mas claro? Pues mira quel ditado no da autoridad al dinero y estado, mas el dinero y estado, al ditado; porque si así no fuese, siempre los ditados mayo-

res serian más tenidos y honrados con ménos de dinero, que los menores con más de riqueza; lo cual es al contrario, porque á un conde se hace con más hacienda la honra, que á un duque no se hace con ménos de tal interés. Y si lo quieres ver mas claro, mira la diferencia de la honra que se hace á un obispo de anillo á la de otro obispo de mayor renta con igual dignidad y ditado. Así que, hija, mi fé ya no se estima hombre sin dinero sino dinero sin hombre: así que, mi amor, no hay tacha que el dinero no encubra, ni virtud que supla la falta del dinero, ni veo que el pobre la falta de las lisonjas que oye le pongan estado, ni al rico la sobra de las lisonjas con la falta de la verdad que le dicen, le quite el estado; ni veo que el simple rico deje ser oido, ni que al sabio y pobre alguno le quiera oir; ni veo dejar de acompañar al rico y avaro, ni veo acompañado al pobre liberal y virtuoso. ¿Sabes por qué? Porque no miran á ninguno lo que da, sino lo que puede dar. Así que el acatamiento al mayor interese, hace no tener acatamiento ni respeto al menor interese con sobra de virtud; y de aquí vino á decir: mas vale pájaro en mano, que buitre volando. Así que, hija, lo que se usa no se excusa; y

concluyo con un cantar italiano que dice: *Compaño, mi compaño volle que te dica, quien no tiene dinare tene mala vita.*

Elic. Por cierto, tia; pues yo he oido decir que dicen los sabios: que más vale saber que haber, y virtud que riqueza.

Cel. Eso, hija, seria en otro tiempo, mas no en este; que ya sabes que dice el proverbio: que cada cosa en su tiempo. ¿No has visto usar un vestido, y de aquí á tres dias otro, teniendo ya por grosero el primero? ¿Pues qué piensas que lo muda y lo hace? No otra cosa sino el tiempo, que muda todas las cosas: la mocedad en vejez; la hermosura en fealdad; la vida en muerte; y áun fasta las plantas y campos anda vistiéndolos de hermosura y libreas de colores de hojas y flores en el verano, y desnudándolas en invierno de tal hermosura. Todo, hija, lo hace y deshace el tiempo; y por esto dijeron los sabios que era la verdad hija del tiempo. Y pues la verdad es hija del tiempo, créeme mi amor, que el padre no hay cosa que más quiera que á los hijos, y por aquí verás que el tiempo quiere lo que se usa en el engendrado por él, ques el dinero. Y pues sabiduría es vivir conforme al tiempo procura hacer, hija, lo que se usa hacer en él; pues lo

que se usa no se excusa, como dije, que es el dinero; que con este te casarás mejor sin castidad, que con más castidad que Lucrecia si eres pobre: que no hay, hija, cosa ya que más se aborresca que la pobreza. Y con esto acabo, porque paresce que llaman á la puerta: mira quién es.

Elic. ¿Quién está ahí?

Graj. Señora, dí á la madre que el señor Barrada y yo estamos aquí.

Elic. Tia, Grajales y Barrada son.

Cel. Espera, que de aquí les quiero hablar. Hijos mios, ¿Qué mandais?

Graj. ¿Qué ruido ha sido el que acá dicen que ha acaescido? Que por nuestra dueña, que como supimos que era á tu puerta, por la posta hemos venido á ver si habias menester algo.

Cel. Ay hijos, íos de ahí no tornen aquellos rufianazos, no sea peor la recaida quel primer adolescer; que aquí nos han querido Centurio y el negro paje del infante, quebrar las puertas; porque há mil años que anda perdido de amores por esta mochacha, y de que no le ha aprovechado, de celos de vosotros decia que os echásemos fuera, sino que quebrarian las puertas. Y así lo hicieran, sino por Traso el cojo y Tripaenbrazo que lo estorbaban.

Graj. Así, pues, anda acá, hermano, que esto no se puede ya sufrir. Vamos allá, y castiguemos estos panfarrones.

Bar. Vamos.

Cel. Hijos, por mi amor tal cosa no se haga. ¡Oh desventurada, qué corriendo van! Plega á Dios no acontesca algo, que estos son dos valentísimos hombres.

Elic. Allá se avengan si aconteciere algo. Dejemos, tia, los duelos ajenos y entendamos en cenar.

Cel. Pues mira qué vino quedó en el cangilon, para que si no tenemos vino enviemos por ello, si halláremos algun rapaz que nos lo traiga.

Elic. Ay tia, por mi vida, que no hay mucho; mas ven y siéntate.

Cel. De mala gana lo hago en saber que hay poco vino, mas por tí lo quiero hacer; porque por cierto, hija, así se me ansía el corazon sino tengo vino á lo menos á comer y á cenar, que no paresce sino que me toma gota coral. Y como yo soy algo vieja, con dos traguitos me paresce que me torna el alma al cuerpo y que me refresca y me calienta la sangre; porque crée, hija, que no hay epitima que así esfuerce el corazon, ni caldo esforzado que así torne el alma al cuerpo, como el vino; que así como es gloria beber el

bueno, se me ansía el corazon con el malo; mas mal por mal, todavia es mejor que agua.

Elic. Oh madre y cómo huelgo deso, porque así como te contenta á tí más un vino que otro, aunque es más á tu costa, así me huelgo yo más, aunque sea á la mia, con el paje que con Barrada.

Cel. Dígote que uno es el juego por hacer comparacion, para poner un mochacho con buen vino añejo.

Elic. Madre, en el vino es mejor el añejo y en los amores el nuevo.

Cel. Déjate de voces y lo que yo dijere tenlo por fe sino lo alcanzas por razon; y cenemos, pues todos los duelos, ya me entiendes.

ARGUMENTO DE LA TRIGÉSIMA SÉTIMA CÈNA.

En que Centurio y Albacin y Tripaenbrazo van á casa de Montondoro á beber y comer; y estando hablando en lo que habian hecho, llegan á la puerta Grajales y Barrada y quieren entrar y desquicialla; y Centurio no halla por dónde huir y Tripaenbrazo, y tornan porque oyen quel pueblo pone paces, y introdúcense.

CENTURIO.—TRASO EL COJO.—TRIPAENBRAZO.— ALBACIN.—MONTONDORO.—GRAJALES. BARRADA.—EL PUEBLO.

Cen. Parésceme que será bien que nos vamos por las ermitas del burdel á dar las gracias de nuestra victoria, pues tambien nos ha sucedido; y de camino, si topáremos á Montondoro llevalle hemos á su bodegon, y cenaremos y beberemos el alboroque.

Traso. Mejor será del primer voleo ir al bodegon, porque ahí pienso que hallaremos á Montondoro, y despues de cenar hará esotra romería el que más devocion le tuviere.

Trip. A este voto me allego por parte destar más cerca de la bota, que á la devota gualtería ó romería.

Alb. Mejor dijeras ramería. Y por tanto,

yo me junto al voto de los más y vamos al bodegon, pues á ninguno le falta devocion.

Cen. Hora, pues, vamos; que voto á mares, que la mesa está puesta; entremos. Buenos dias compañero.

Mont. Bien vengas, Centurio amigo, y vosotros bien vengais.

Traso. Pues compañero, ¿Tenemos bien que moflir?

Mont. Echa acá esos cinco.

Traso. ¿Para?

Mont. Pues para aquestos diez mandamientos que hay que rezar, y que no falta vino con que canten los ángeles.

Cen. Echame aquí, que quiero echar una traviesa para tentar el pulso á este piezgo deste cuero, que me paresce que tiene pujamiento de sangre. ¡Voto á la casa de Meca, singular es!

Alb. Mas me paresce pular, pues todos te ternemos compañía.

Traso. Hora, yo he oido que los heridos de yerba no hay tal cosa como chupalles la herida, y por tanto quiero chupar la llaga deste piezgo.

Mont. Mejor salud me dé Dios que yo consienta tal experiencia, porque soy muy enemigo de sangria en mis amigos sin saber las onzas que se sacan.

Cen. Hora pues, sácale cuatro azumbres en ese cangilon, y sentémonos. Agora que estamos sentados, bueno fuera tener aqui á Celestina para que nos bendijese la mesa; que voto á la revorborada que para aplacalle la saña desta noche, que no hallo yo mejor ofrenda que la deste vino.

Mont. ¿Y qué saña ha tenido su reverencia?

Cen. ¿Qué saña? Pregúntalo al señor Traso.

Traso. No fué nada, sino un repiquete de broquel á manera de llevada con que oxeamos ciertos garzones que venian á entrar á comer en la gorrionera, que por más de dos docenas de goteras en los tejados de sus vecinos yo lo hago.

Trip. Voto á tal, que yo oia el crujir de las tejas que llevaban.

Mont. ¿Y quién eran los garzones?

Cen. Los señores Grajales y Barrada.

Mont. Y veamos, ¿En ese vencimiento no cogistes el despojo de las despensas de sus amos, que no faltaria?

Cen. ¡Oh derreniego de los moros si tuve memoria! Que tanta gana tenia de castigar y seguir el alcance de los enemigos, que se me olvidó del despojo del carruaje.

Mont. Pues no te tengo yo á ti y á los señores Traso y Tripaenbrazo por tan descuidados y bozales, que en el alcance no echárades ántes mano del carruaje del bastimiento que del despojo de las damas que os dejarian, pues tan mal os defendieron la fortaleza.

Cen. Pues voto á tal, que pienso que en la defensa no faltó tiros de artillería; que aunque los enemigos desampararon la fortaleza, yo olí la pólvora al entrar de la muralla.

Mont. Pues la señora Celestina, ¿Cómo se dejó llegarse á combatir? ¿Qué, no usó primero de sus tratos y por mejor decir, baratos?

Cen. No la dejamos entrar en el juego, y ya sabes que cuando el fato toma primero la mano, que se ataja la parola.

Mont. Así que en tal afrenta os habeis visto.

Traso. ¿Sabes que tal? Que la primera cosa que hicimos, fué prometernos á este tu bodegon para que Dios nos diese victoria, á oxear los garzones y á beber los cangilones. Que por vida de Celestina, que prometí de beber diez veces descalzo de agua en esta santa romería de tu casa. El señor Albacin no sé lo que prometió, porque estaba tan embebido por querer

matar, que creo que no se le acordaba el peligro que tenia de morir de sed; que yo, voto á la gruta de Hércoles, que si salieran á mí, que estaba determinado de dejalles las damas, como gato de algalia las bolsas, para salvar la vida: que pienso que no faltaria algalia en ellas, segun estaban demudadas cuando entramos.

Alb. Pues yo no tenia ojo sino á las ventanas, no viniese algun canto desmandado, que de su salida no holgára de cosa más.

Mont. Mejor me parece el consejo de Traso que la determinacion del señor Albacin; mas ello se hizo mejor.

Cen. Déjate de palabras; échame aquí en este esquilon una pasada: ofrecella hé por el alma de Celestina.

Mont. Mas los señores Barrada y Grajales lindamente tomaron las viñas.

Cen. Por tu vida que las tomaron; y de suerte que pienso quel año que viene ha de haber carestia de vino, segun las dejaron vendimiadas de tomallas.

Mont. ¿Y la señora Celestina ha caido en el daño? Porque esa será más negra para ella que la afrenta desta noche que dices. A la puerta llaman. ¿Quién está ahí?

Graj. Grajales y Barrada, para saber si son ellos los que tomaron las viñas que

dicen esos panfarrones, ó si se han de hacer los hechos bebiendo las viñas encerradas en las tabernas y bodegones.

Alb. Aquí no es tiempo de más desimulacion. Abre, señor Montondoro, y déjame salir.

Mont. Buena cuenta daria yo de mí, si en mi casa dejase hacerse tal escándalo.

Cen. ¿Ce, señor Montondoro?

Mont. ¿Qué dices?

Cen. ¿La puerta está á recaudo?

Mont. Si está, que con llave le dejé.

Cen. ¿De suerte que á salvo está el que repica?

Mont. Deso á buen sueño suelto puedes dormir.

Cen. ¿Qué burleria y qué fieros son estos? Abre, abre, y veamos si decir y hacer si es para buenos. Quita, quita señor Albacin, ese cerrojo ó déjame salir.

Trip. Que no por amor de Dios. Tenle, tenle, Traso el cojo.

Alb. ¡Ah pese á tal, que está cerrado con llave! Abre, abre, pesar de la vida, señor Montondoro, no se vayan alabando estos panfarrones, despues de haber huido cuantos tejados hay en la cibdad.

Graj. ¡Oh, el bellaco rapaz panfarron! Salí, salí y verés quién huyó, que si allá estuviéramos, vos supiérades cómo se es-

pantan los hombres de bien, con repiquetes de broquel de tales panfarrones y rufianes como vos y los que están con vos, y os prometo que si no abris, que la puerta echemos en el suelo.

Alb. Abre Montondoro, sino por vida del rey de echarte esta espada por el cuerpo. ¿Qué es esto? Abre, abre esas puertas.

Mont. Señor Albacin, no daria yo buena cuenta de mí y de mi casa si eso hiciese.

Graj. ¡Buen disimular de panfarrones es ese!

Alb. Callá vos, don jarro, que voto á tal, que yo y vos nos veamos mañana, pues no nos dejan esta noche.

Cen. Voto á la santa letanía, si salir me dejasen, más espaldarazos os diese, doños panfarrones, que pudiésedes llevar acuestas, por no apocar mi espada en sacar vino por sangre, que pues vosotros os osais igualar conmigo, no puede ser sino que venis hechos dos cueros.

Bar. Dias ha que conoscimos, don rufianazo, vuestros fieros. Salí acá y dejaos de parolas desde talanquera.

Cen. Abre ahí, Montondoro, déjamelos castigar sino quieres que corte aquí cerrojos y cerraduras.

Graj. Barrada, toma de ahí dese palo que está aquí y desquiciemos la puerta, no

se vayan en humo los fieros destos panfarrones. Alza, alza, que ya sale de quicio.

Cen. ¡Ah, pese á tal! Aguarda que yo buscaré por do salir. Ce, señor Tripaenbrazo, vamonos y saldremos por el corral, que yo te prometo que abren las puertas. Anda allá, anda; hora, sus, sube. ¡Oh, pese á la vida en que vivo, que no me dejan subir las bardas!

Trip. Aguarda probaré yo, y darte hé la mano de arriba no lleva medio. ¡Oh desventura grande!

Cen. Tornemos, y digamos que burlabamos con ellos. Oye, oye, que mejor me paresce que se hace, que la calle paresce que está llena de gente, y que no los dejan llegar á efecto. Tornemos allá y disimulemos.

Pueblo. Hora, ya no haya mas, que no se ha de consentir.

Mont. Seme testigos, señores, que me han desquiciado las puertas; que voto á la vida, que la justicia averigüe lo de esta noche.

Cen. ¡Oh pese á tal, que no hallé por do salir!

Alb. Mas, ó pese á tal, con quien viene con panfarrones cobardes á hacer sus cosas, que no ganaran ellos conmigo la honra que esta noche han ganado.

Cen. Señor Albacin, no llames á ninguno cobarde; que voto á tal, sino fuera á tí, del rey abajo no lo sufriera. ¡Dios, que esa fama tuvo Centurio, mi abuelo; y Centurio, mi padre; y Centurio, su fijo que soy yo, y que por eso nos pusieran el nombre! Que si yo hallára por do salir, yo te quitára dese cuidado.

Alb. Hora, que ello que está bien; que yo te prometo que yo pierda el cuidado de venir contigo á cosa de afrenta, y llámate cuanto quisiéredes Centurio.

Cen. Eres mi amigo y téngote de sufrir: por tanto dí lo que quisieres, que yo tengo tan aprobada mi persona, por cuantos burdeles hay en el reino, que tengo poca necesidad de testigos de abono, que yo te certifico, que es tanto el rastro de malla y aros y copas de broqueles, con brazos y piernas que he dejado por donde he andando, que por el hilo de mi espada pueden sacar bien el ovillo de quién es Centurio. ¡Digoos, que eso es lo que rezan por mi alma, las viudas y huérfanos que tengo hechos en este mundo! ¡Por Dios, que me tienes bien conoscido!

Alb. Hora, sus, que ello está bien.

Cen. No está sino muy mal; pues no puedes salir á que te desengañase mi espada.

Alb. Yo te prometo, que me tienes bien desengañado.

Graj. Hora, que yo y vos nos veremos; dejaos de palabras.

Alb. Más querria agora, que despues.

Pueblo. Hora, teneos allá, que no os hemos de dejar. Huid, huid, que hé aquí do viene la justicia.

Alb. ¡Mirad que correr llevan mis compañeros! Y'os prometo que los conosco yo mejor por este rastro que por el de las mallas y aros de broqueles, con piernas y brazos, que Centurio ha dejado por los bordeles.

Pueblo. Vete, señor Albacin, ántes que llegue la justicia.

Alb. Juro por mi vida, más me voy porque no me hallen en tal compañía, que por lo que me pueden achacar, que esto yo lo averiguaré por otro camino. Y quedad, señores, á Dios, pues no me dejastes hacer lo que queria.

Pueblo. Con él vayas, señor, que mejor es así. ¡Hi de puta el rapaz! Aunque no tiene barba, y'os prometo que es hombre de barba y que no le tomen la capa. Y con eso, compadres, nos vamos á nuestras casas, pues todo queda en paz y sosegado.

ARGUMENTO DE LA TRIGÉSIMA OCTAVA CENA.

En que Barbanteso va á casa de Celestina á reñir, y pasan grandes cosas; y introdúcense.

ELICIA.—CELESTINA.—BARBANTESO.

Elic. Mala landre me mate, tia, si tu primo Barbanteso no está aquí á la puerta.

Cel. Aguarda hija, aguarda. Ya, señor, ¿Eres tú?

Barb. Mándame abrir, señora prima, que quiero entrar allá.

Cel. Toma Elicia ese candil, y alúmbrale, no caya el viejo pecador.

Elic. Entra, señor, y daca la mano no cayas.

Cel. ¿Qué buena venida es esta señor, á tal hora?

Barb. Las buenas andadas ó malas, por decir mejor, hacen las buenas venidas.

Cel. ¿Qué quieres decir por eso? Y siéntate en este escaño.

Barb. Quiero decir: que hoy venida, y crás garrida. Ayer viniste del otro mundo, y hoy estás más verde en éste que cuando sobre ochenta años acuestas ca-

minaste para el otro. Dices que venias á hacer penitencia de lo pasado, y parésceme que haces nuevo libro de lo olvidado para hacer hábito con lo presente en lo que está por venir. Ni las canas en la vida te avisaron de la muerte, ni la vejez del cercano tiempo della para enmendarte, ni en la mocedad dejaste las hechas, ni la mayor edad con la experiencia te las quitó, ni la muerte te puso castigo, ni la resurreccion escarmiento. Que si buenas mañas en la vida pasada tuviste, ni con la muerte se acabaron, ni con el castigo las olvidaste, ni con la resurreccion las tienes dejadas.

Cel. ¿Qué diablo, pues, há agora el viejo clueco? Una vez en el año que viene á mi casa, y esa con daño. ¡Por Dios que eres gracioso! ¿Y qué has tú visto en mi casa para decir tales dichos? Cuando tú con el deudo que conmigo tienes, dices tales cosas, ¿Qué harán los que mal me quieren? Señor Barbanteso, aquí limpiamente vivimos, y de honestidad nos preciamos: con pobreza nos contentamos. Más queremos el poco interés de nuestros husos y ruecas con honra, que la abundancia de la riqueza con lo contrario. Entiende en tus duelos y en los de tus hijas y nietas, y deja los de mi casa, y

no harás poco, sino quieres pagar los sueldos; y sino lo sabes, sabe que en Roma está una higa para quien da consejo á quien no lo pide. Cada uno mire como vive en su casa, y deja las vidas ajenas, pues sabe más el necio en su casa que el cuerdo en la ajena. ¡Dios, que eso es lo que acá estamos rezando! Lacerando y sufriendo hambre y sed, cansancio y lacéria, pobreza, malos dias y peores noches, trabajando como perras, y velando como gruas salteadas del sueño, para sostener la honra; y que tras buen servicio mal galardon. ¡Por Dios que me das la vida!

Barb. Más me das tú á mí la muerte con tales cosas, como las escarapelas desta noche, que toda la cibdad está dellas llena, y quieres ser tresquillada en concejo y que no lo sepan en tu casa. No para mí, prima, no, que ya no tengo edad para guardar cabras.

Cel. Ten cuidado de tus nietas, y pues no lo tienes, no vengas adonde no hay necesidad para dar consejo, que acá no nos descuidamos en cuidado ajeno. ¡Bien labradas estariamos, por Dios, si pudiésemos poner freno y quitar las espuelas á cuantos bellacos y rufianes haya en la cibdad, para quitalles que hagan lo que

tienen por oficio! ¿Y qué culpa tenemos aquí nosotras de lo que á dos locos se les antoja hacer, que nos la vienes agora con mucha furia á poner, haciendo del muy honrado? Mete, mete primo, la mano en tu seno, y por mi vida, que no la saques sin lepra; y límpiate della y no harás poco, y deja los duelos ajenos. Limpia, limpia tu barba, y deja de mirar si hay paja en las ajenas. Mira tus hijas las mangas que hicieron, y no vendrás á cercenar nuestras faldas, pues no hay que cercenar; que por mi vida, que al pasar del vado, que no hé menester que nadie me venga á regacear, quel escarmiento me tiene bien avisada.

Barb. Mis hijas y mis nietas han dado de sí y dan tal cuenta, que ántes alcanzan que son alcanzadas; y mira la viga en tu ojo, y no quitarás la mota del de mis hijas.

Cel. ¿Mota? Por mi vida, si bien miras que no es mota, sino deshecha, para no deshacerse la hecha. Y aunque la nube es tan grande, que no solo tiene cubierta la niña del ojo de Francilla tu nieta, más al tuyo alcanza, pues no la vees; y tan cubierta la niña, que siendo niña, no vió como de niña se hizo dueña, y áun no con el rey.

Barb. Eso fué y es un gran testimonio y mentira.

Cel. Pues si fué testimonio, tambien lo es el que tú nos levantas: porque quien tiene tetas en seno, ya me tienes entendida. Y cállate y callemos; pues donde quiera que hay cebo, no dejan de venir los buitres. Y guarde cada uno su buitrera, que así haré yo la mia.

Barb. Por cierto, prima, tú me pagas bien el consejo.

Cel. Primo, yo te prometo que no eres muy primo en dallo á quien no te lo pide; que cada uno conoce de sí el consejo que há menester, si lo quiere tomar. Mas ya, amigo, no vendas consejo que no se compra, sino lisonjas, pues tan barato se venden y se compran: y usa de lo que se usa, pues no se excusa.

Barb. No estoy en tiempo que me paresce buen consejo ese. Lo que me parece es que seria bueno que hubiese más honestidad en tu casa, y que no se viniesen á registrar en ella las despensas de los clérigos y caballeros, y que sobre ello hubiese ruidos, deshonrando tus deudos.

Cel. Las despensas, mira tú si se registran en tu casa y en tus hijas, que en la mia no tenemos ni se hallará tal registro.

Elic. ¡Mirá vos qué dichos y qué lindezas aquellas!

Barb. Aunque tuvieses para moza más vergüenza, no perderias nada.

Elic. Yo tengo la vergüenza que hé menester, sin que la vaya á pedir prestada á Francilla tu nieta: que no me han tomado á mí con ningun fraile echacuervo, ni ménos con ningun sacristan.

Barb. Mi nieta es tal que no la mereceis vos descalzar, y calla y mete la lengua donde sabes, sino hacerte hé yo que calles.

Elic. Mal año para vos.

Cel. Calla tú, Elicia.

Elic. ¿Y por qué tengo de callar?

Cel. Porque lo mando yo que calles. Y tú, primo, anda, anda con Dios á tu casa, y deja por tu vida, de entender en vidas ajenas.

Barb. Yo lo haré así, pues harta señal de muerte es cuando el enfermo aborrece la salud y no quiere obedecer al médico.

Cel. Ya te tengo dicho que cada uno se cure á sí y no hará poco.

Barb. Hora basta, que yo de Focion ateniense aprendí á no ser juntamente amigo y lisonjero, pues no se sufre en verdadera amistad encobrir la verdad al amigo con lisonja, y pues tan poco aprovecha mi

predicacion, yo te prometo que esta sea la primera y la postrera reprension.

Cel. Con el tiempo se muda el tiempo y todo lo que anda en él, y con él se han mudado las leyes de Atenas en otras leyes; y la sabiduría es vivir conforme al tiempo.

Barb. La sabiduría es de todos aborrecida, pues los hombres no viven conforme á ser hombres, mas á dejar de ser hombres, por contentar á los hombres. Y con esto me voy, y la merced que me habeis de hacer, es que no pongais lengua en mi nieta si quereis que hayamos la fiesta en buena concordia y paz.

Elic. No la pongas tú en mí y no la pondré yo en ella.

Barb. Esto digo yo, y no es menester aquí más.

Elic. Y esto respondo yo, y no será aquí menester ménos.

Cel. Quien no quiere oir, primo, no diga; y si dijere, haga las orejas sordas á sus palabras locas. Y todos vivamos bien, que en fin, la verdad no puede durar mucho tiempo en opinion, y ella saca las cosas á luz de las tinieblas de las malas lenguas.

Barb. Eso es lo que digo yo, que cada uno en su casa sea buen juez, castigue sus vicios, sino quiere que otros los casti-

guen por justicia ó por infamia. Y con esto me voy, y quedad á Dios.

Cel. Y con él vayas. ¿Vistes agora con qué se venia acá el viejo clueco? No es para castigar las tramas de sus hijas y sus nietas, y viene acá á dar consejo á quien no se le pide. Y dejemos hora de cuentos viejos, y daca vámonos á cenar, que en cuanto viviéremos hemos de tomar el mundo con estas condiciones; y pues todos los duelos con pan son buenos, demos en los relieves del pan y vino que quedaron de las rastras del registro de las despensas, que decia el viejo bobo de mi primo, y darte hé una licion que te valga más, cierto, que la del viejo loco.

Elic. Siéntate, tia.

Cel. Pues el caso es que entre col y col lechuga, quiero decir: que ni seas con Barrada tan brava, ni seas tan mansa que dañes la conversacion y te tenga en poco, sino que entre dos duras una madura. Hasta que le hayas dado parte de tí entera, no le dés esperanza del todo, para sostenelle y alargalle la esperanza, para ponelle más deseo y acrecentalle más amor; y el rato que estés con él, móstralle tanto amor que piense que solo es él en el mundo amado, y contino en sus ofrecimientos traelle á la memoria que obras

son amores, que no buenas razones. Y mira, que no sienta que es fingido lo que le dices, porque no sea contigo como dicen: á un traidor dos alevosos, más que seamos yo y tigo con él al contrario, pues no me paresce nada traidor, y pues no lo es, sábele traer la mano por el cerro, y echalle el albarda y cínchalle de manera que traiga á cargas el bastimiento para el real; y no dejes de contino avisarme de lo que pasa, porque á nuevas necesidades nuevos consejos; y bueno será que lo tomemos para nos ir á reposar, que es hora.

Elic. Tia, déjame el cargo, que como tus palabras no son locas, no serán mis orejas sordas.

ARGUMENTO DE LA TRIGÉSIMA NOVENA CENA.

Pandulfo corrido de las palabras de Felides, acuerda de se ir y pedir prestados diez ducados á Celestina, y ella por buen estilo le negó que habia recibido los ducados, y le hizo entender lo contrario; y él ido dice á Elicia, que no le entre allá el paje del infante, pues dél no se puede sacar provecho. Y váse de casa, y Elicia queda murmurando della, y introdúcense.

PANDULFO.—CELESTINA.—ELICIA.

Pand. Oh, gran mal es el que no tiene remedio; que yo por encobrir mi cobardía heme puesto en trabajo que no tengo de poder llevar adelante, pues para mí no son estas santidades, porque no hay peor mal de encobrir que el de la hipocresía, porque no puede forzarse tanto el natural de ser malo, que más no procure descobrillo la verdadera naturaleza de ser tal. Así, que yo he condenado mi fama de valiente hombre, y si más aquí estoy, condenaré la de buen cristiano por do me pensaba salvar de mi cobardía, que ni basta ya reir y burlar mi amo della, mas Sigeril tiene ya en tan poco mi persona que burla de mí. No sé por qué pueda tener tanta fuerza el temor de la muerte,

que no debia ántes ser forzado con la fuerza del temor de la honra: pues si el temor primero amenaza con una muerte, que forzado ha de pagarse en algun tiempo, el de la fama amenaza con cient mil muertes en la vida. Por cierto, grande es el trabajo que pide la honra para sostenerse, mas muy mayor es el de vivir sin ella. ¡Oh, traidor de mí! ¿No valiera más aventurar anoche la vida con ventura de salir con ella, aunque algo acaeciera, y ya que la perdiera pagára la deuda natural con gloria de fama inmortal, que quitando la de tal ventura ponerme á seguridad de infamia para morir viviendo en la vida, y morir cuando muriere muriendo en la fama? Y si pudiera yo ser tal cual es publicado, todo se remediaba, porque el temor salvábase con que no debemos temer los que matan los cuerpos, mas al que condena las almas al fuego eterno; y tal fama es, con que en la memoria eterna ha de ser la del justo y no temer á oir cosas malas, como yo por no temer honra ni justificacion para con Dios las temo oir cada dia. Y agora veo que tiene razon el evangelio de decir, que los fuertes ganan la vida eterna, pues por pura flaqueza no me esfuerzo yo para poder servir á Dios. Así

que, me conviene para no sufrir tanta vergüenza, pues primero no miré que más es sufrir vergüenza contina que temor de una hora, que me vaya ya de aquí, y para esto llevaré conmigo á mi esposa Quincia. Y quiérome ir primero por casa de Celestina y pedille diez doblas prestadas, en virtud del amistad que á mi madre tuvo, para ayuda al camino. Esto me paresce bien, quiérolo poner por obra, que no estaré aquí más por todo el mundo, á pasar tanta vergüenza como hoy he pasado. Allá me voy, que no puede ser mejor consejo; ta, ta, ta.

Cel. ¿Quién está ahí?

Pand. Abre madre, que yo soy.

Cel. Válale el diablo, y qué querrá agora este rufianazo; aún si por ventura, quiere pedir parte de mi ganancia como Sempronio, quiérole decir que lo diga de defuera que estoy de priesa.

Pand. Madre, ¿Señora, no me abres?

Cel. Hijo, mi amor, yo tengo cierta priesa: dí de ahí lo que mandas, que desta ventana te oiré.

Pand. Madre, ábreme; que en dos palabras despacharé.

Cel. Hora, sus; yo quiero abrille, y si algo fuere, yo preveniré al tiempo con la necesidad. Hora, entra hijo, y dí qué es lo

que mandas, que en mi ánima, no te osaba abrir porque dos negras veces que aquí entraste ya ves lo que sucedió. Dí en dos palabras lo que quieres, no me torne á levantar aquella puerca otro testimonio en que nos veamos en otra peor.

Pand. Madre, por cierto, á quien más dello pesó fuí yo; mas como dicen, la verdad es hija de Dios, y ella limpia estas cosas con el tiempo que luego gasta lo que con verdad no se sostiene; y por tanto, dejando esto aparte, madre ya sabes que el amistad no niega lo que por razon della está obligado: que es la vida á ponerse por los amigos, y trás la vida los bienes quedan por accesorias, porque en verdadera amistad, los bienes han de ser comunes en las necesidades; y como yo tengo de mi presupuesto poner la vida por tí, y la hacienda si fuere menester, y porque dicen, que no hay corazon engañado, como por el mio juzgo yo para conmigo el tuyo, vengo á socorrerme de tí en una gran necesesidad que tengo.

Cel. Algo es lo que yo digo, más bien es que no trae armas, y á palabras, palabras.

Pand. ¿Qué dices madre?

Cel. Hijo, que acabes tu razon, que despues yo te responderé; y por cierto, que

todo lo que por tí pudiere hacer, yo lo haré sin necesidad de nuevos proferimientos.

Pand. Madre, téngotelo en merced, que eso me hace á mí atreverme á tí, y para esto sabrás, que anoche mi amo me mandó ir con mis armas adonde tú sabes.

Cel. ¿Adónde, hijo, sé yo?

Pand. Para conmigo, madre, no hay para qué encobrirte que todo se me entiende.

Cel. Por tu vida, hijo, pues que yo no te entiendo, ni sé por qué lo dices.

Pand. Hora, madre, que no hace esto mucho al caso, pasemos adelante. Así que, señora, tomóme el diablo que otro no fué, á engañarme, ¡y púseme antenoche á jugar y ganáronme ocho varas de contray que para sayo y capa mi amo me habia dado; y el espada y el broquel y una jaca de malla, y con toda mi desventura, fuí á noche por complir con mi honra las tripas al aire y hemos de ir esta noche; y como á noche no acaeció nada, no querria que acaeciese ésta y ya ves que tal iria yo sin armas. Véngote á suplicar, que me hagas merced de prestarme diez doblas solas que para rescatar mis armas son menester, que yo te prometo, como hidalgo, de te las pagar ántes de tres dias.

Cel. Hijo, por cierto que á mí me pesa en el alma de tu desdicha; mas no es de maravillar, hijo, que anoche perdiste y otro dia ganarás, que todo lo deste mundo carretillas son que corren: todo, hijo, es juego que no permanece en un estado. En lo demas quisiera yo, hijo, con la vida y con el alma tener, no para prestarte tan poca cosa, mas para darte no diez mas veinte doblas, como lo solia ya yo hacer y lo hacia con la malograda de tu madre. Mas mi fe, hijo, mal pecado, en mi casa no hay un maravedí, que por tu vida, que la priesa que te dije, que no era sino para ir á buscar prestado para comer, y Elicia anda por otra parte, que mal pecado, con mi ausencia hallé tal mi casa, que Dios sabe cuántas noches nos acostamos ayunas esta mochacha Elicia y yo, y no osamos sino chiz porque no lo sepa la tierra por esta honra negra, hijo, porque más quiero que me tengan por rica y mezquina que por pobre y liberal; que ya mi fé, mi amor, el mundo es tan malo que no tienen ni estiman sino al que saben que tiene. Mas á tí, hijo, como á mis entrañas digo yo mis necesidades, porque sé que las mias son tuyas y las tuyas son mias, como quisiera, y sabe Dios como lo quisiera tener con qué po-

der suplir esa falta, que por cierto que si tú la sientes en el cuerpo que la siento yo en el alma; mas ya sabes que hace hombre lo que puede y no lo que quiere. Así que, lo que puedo es pesarme de tu mal, y lo que quiero y no puedo, es no poder suplir tu necesidad.

Pand. Oh mala vieja avarienta, y qué palabras tiene.

Cel. Qué dices, mi amor, ¿Pones duda en lo que digo? Pues como Dios es verdad y nacimos para morir, que no lo puedes pensar que es así como lo digo. ¿Y quién ganará en eso, mi amor, más que yo? Qué tiempos son estos, que cuando no los tenia los andaba á buscar, porque son tiempos donde sin recibir afrenta pueden los amigos tomar de sus amigos, lo que sin tales necesidades no se sufre por la honra de tomar de sus iguales. Ya me tienes entendido que sabio y discreto eres, y todo se te entiende, mal pecado.

Pand. Madre, ¿Y en qué gastaste tan presto las cien doblas que te trajo ayer Sigeril?

Cel. ¿Qué cien doblas, hijo?

Pand. ¿Para qué te haces agora de nuevas? ¿Sigeril no te trajo cien doblas que te dió Felides ayer?

Cel. Peor está que estaba; áun eso seria el diablo si es así que me las enviase y no me las haber dado. Por cierto, no me has dejado gota de sangre en el cuerpo, y si viene á mano, seria para el casamiento de mi sobrina Elicia que me lo habia mandado, y darme há la vida si fuese así; y mal pecado, si viene á mano, las ha jugado como tú las armas y lo demas.

Pand. Ya, madre. ¿No te dije que para conmigo no son menester dobleces? Dame prestadas solas diez doblas, que cierto no es mucho que vendas tan barato el precio de tus ofrecimientos.

Cel. ¡Ay cuitada! hijo, que no sé responderte que me tienes toda turbada, que nunca tales doblas me dió; y pienso, como Dios es verdad, que las envió tu amo. Aguarda tomaré mi manto y vamos allá; y si dijere en mis barbas que me las dió, entónces tú tendrás razon.

Pand. Madre, bueno es eso para que dijese Sigeril ó Felides que ando en parlerías. No cures desos cumplimientos para conmigo si lo quieres hacer, sino dí que no quieres.

Cel. ¡A osadas, y qué cumplimientos! Anda allá, hijo, que más me va que juramento. Déjame tomar mi manto, que

por los santos de diez, á Felides me voy derecha; veamos qué trama es esta y qué trampantoja, que cierto, tú debes decir verdad y el paje se ha callado con los dineros ó los ha jugado. Anda, anda á allá; vamos á Felides.

Pand. Por el cuerpo del mundo, que debe ser verdad lo que esta dice, que llora muy de veras, y Sigeril debia de mentir ó callarse con las doblas. Madre, no cures por agora, suplícotelo, de ir allá, no diga Felides que ando yo en estas cosas y sepa mi necesidad.

Cel. Antes es mejor, hijo, que él lo remediará con sabella. ¡Desventurada de mí! y cuando ménos cient doblas. Andállá, andallá, que no es cosa de disimular. ¡Por Dios, que seria buen disimular! Apártate, amor, y déjame cerrar mi puerta y ir á entender en tan gran burla.

Pand. Hora, madre, sosiégate, que por burlar contigo lo dije.

Cel. ¡Donosas burlas! Déjame, hijo, que no es tiempo de matar abades.

Pand. Por el cuerpo de mi vida que te digo de verdad que burlo; que por sosacar si mi amo te habia dado algo, lo dije; que ni tengo necesidad ni hay para qué pedir nada, que quise ver lo que tenia en tí.

Cel. Hijo, mi amor, nunca cures con tus amigos de tales expiriencias: nunca burlando pongas veras en amistad. Porque ves aquí, si no fuera verdad lo que dijiste todo el mundo no te hiciera creer lo que yo te decia, que con el ánima que te decia lo que te dije y con la que yo tengo, tal la tenga Dios para conmigo. Ay traidor, loquillo, ¿Desos eres? A osadas, que de hoy más, que yo esté avisada para contigo, y aunque para conmigo no se entiende lo que te quiero decir, nunca, hijo, por palabras de ofrecimientos como las que te dije la primera vez que te ví, llegues al cabo el amistad: pues sabes que muchos son los llamados y pocos los escogidos, amigos digo; y no tomes de cada uno más de lo que te da, ni le des más de lo que te ofrece. A palabras, palabras, digo, pues que ya sabes que palabras y plumas que las lleva el viento, y llevadas, no hallarás limpia tal parba más de la paja que el viento lleva; porque cuando, hijo, se ha de pedir obras, han de estar recibidas y entónces no te podrán decir: ni pidas lo que negaste, ni niegues lo que pediste, como Séneca dice. Esto no lo digo por mí, mas para que con otros no juzgues toda la pieza del paño por la muestra, porque los corazones están

muy léjos, hijo, de las palabras, y cuando sin mucha causa no se pide, hácense dos afrentas: la una recibe el que pide de lo que le niegan, y la otra al que piden, de lo que no da. Porque sin buena seguridad más quiere el tal vergüenza en cara, que mancilla en corazon; cuanto más, hijo, que nunca vi buen ejemplo deste prestar, sin buena prenda; porque quien presta no cobra, y si cobra no tal, y si tal enemigo mortal. Así que por esto, puesto caso que yo tuviera que te prestar, sabe hijo, mi amor, que no lo hiciera sino para dártelo como dije, como lo hiciera. Prestado, créeme, que sin buena prenda no te lo prestára. ¿Sabes por qué? Porque más quiero de mi amigo enojalle que no perdelle. Y la razon es, que con prenda enójase de pedilla, más paga; y sin ella piérdese por no pagar muchas veces; y pues te tengo cobrado, no te tengo de perder. Dígolo para cuando sepas que tenga que prestar que no lo pidas sin buena prenda, que si te lo quisiere dar yo ¡lo daré. Y cuando tomares prestado tórnalo presto, porque ya sabes que el buen pagador, señor es de haber lo ajeno. Y con esto, hijo, te vé, que yo quiero ir á buscar lo que te dije por no quedar hoy sin comer.

Pand. Madre, yo te tengo en merced lo que has dicho y te beso las manos; y queda con Dios.

Cel. Y con él vayas, hijo. ¡Allá irás rufianazo! ¡Buena manera traia el pelon para pedir prestado, sobre la fé de la hidalguía que su agüelo Mollejas ganó en el blason de las armas, de los terrones que quebró con grandísimas hazañas en la batalla campal, con el arado por lanza y el azada por espada y la hachuela por puñal! ¡Cómo pensaba el asno necio de meter pieza y sacar pieza! Xo que te estrego asna coja. Más habias de haber madrugado, á nacer digo. ¡Guayas de Celestina, si á cabo de su vejez la habia de engañar Pandulfo! Baja acá Elicia, y sabrás lo que no sabes.

Elic. Tia, desde acá lo he oido.

Cel. Pues si lo oiste, no se diga á sordas, pues que ejemplo te doy que hagas como yo he hecho, pues que sabes que no es mayor el discípulo que el maestro. ¡Pensaba que no habia más sino llegar y pegar con sus manos lavadas y cara sin vergüenza, como si nos mamásemos acá el dedo! Hora, sus, yo me voy á misa, y mira que aquel paje del infante no me entre en casa, porque yo no como carne que no se pele, sino guárdame la pluma

para enfundar los cabezales. Ya me tienes entendida, que no hemos de comer de gentilezas ni de cabellos peinados, ni de quien nos diga: llámate mia y busca quien te dé á comer.

Elic. Ay Jesus, madre, acaba ya, que ni quiero que entre, ni nunca Dios lo deje entrar.

Cel. Enójate tú, hija, que si muy enojada estuvieres, desnuda la saya y dale de coces, que lo que yo mando háse de hacer en mi casa, que no he menester tratos sin provecho. ¿Habemos de ser aquí el sastre de Piedras Albas, que tengo de poner el hilo y el aguja de mi casa? Y si no me has entendido, entiéndeme.

Elic. Ay tia. ¡Como si te encubriese yo cosa! Veamos, de las doblas que Crito me dió, ¿Hete demandado blanca?

Cel. ¿Mas pidiésesmela? Pardios, hija, que no eres camaleon, para pedir lo que no das, que te sostienes de solo aire, digo, como te conviene si has de gozar del paje rojo; y á cabo de mil años que te doy vestidos y calzado y de comer, me zahieres dos negras doblas empecinadas. ¡Guayas de las doblas y de la nada, que para vino son menester cada mes diez! Busca, busca hija, quien te dé ropa y quien te calce, y déjate de gentilezas, que no

hemos en fin de comer dellas. Y lo dicho dicho, y queda á Dios y cierra tu puerta.

Elic. ¡Al diablo la vieja, que no se contenta con cuanto ha ganado conmigo, sino que si tengo amor á uno, no le tengo de osar mirar! Toma para tus ojos, que yo le hablaré aunque te pese; que no tengo yo de estar á diente como haca gallega con solo Barrada, que no es bueno segun su edad, sino para tomar consejo. Que par Dios, que aunque tú sepas más ruindad, que yo te haga mil trampantojos, y aunque viniese agora Tristan no me pesase, como quedó concertado el otro dia, que de cuanta ganancia yo te doy algun placer tengo yo de haber. ¡Al diablo la vieja clueca, que desque han gozado el mundo estas abucastas quieren las mozas muy castas, que todo su hecho ha de ser beber y comer! Pues allá irás y mándote yo doña vieja refonfonear, que con esta almoaza te tengo de almoazar.

ARGUMENTO DE LA CUADRAGÉSIMA CENA.

Polandria dice á Poncia que es hora de ir al concierto, y van. Y venido Felides, conciértase el casamiento de Poncia con Sigeril, y apartados, goza Felides de los amores de Polandria. Y Poncia no consiente en los de Sigeril hasta que se velen. Y ellos idos, queda Poncia reprendiendo á Polandria haber dado parte de sí á Felides hasta casarse. Y conclúyese la comedia, y introdúcense.

POLANDRIA.—PONCIA.—FELIDES.—SIGERIL.

Pol. Poncia, hora es ya que vamos al jardin.

Pon. Señora, vamos paso, que á buen sueño suelto duermen todos.

Pol. Hermosa noche hace, y gloria es estar debajo de las sombras destos cipreses, á los frescos aires que vienen regocijando las aguas marinas por encima de los poderosos mares.

Pon. Señora, ¿Cuál te paresce mejor, esta música que dices destos airezicos en las hojas de los árboles, ó la de la voz y cantar de Felides?

Pol. Ay Poncia, la de Felides: tanto cuanto va y no ménos de la mezcla de la razon, que con las consonancias viene mezclada, al regocijo que estos aires natu-

ralmente hacen, sin ornamento de más razon de aquella que ellos guardan en su naturaleza; porque esta música pone descanso al cuerpo, y la otra al ánima, porque goza el entendimiento de lo que se entiende en las palabras que en los oidos suenan.

Pon. Señora, dejando aparte esta música, ¿Qué tacha tiene la de Celestina? Mezcladas las palabras diferentes entendimientos. ¿Hay instrumento en el mundo ni manos de artífice puestas en él, qne tal melodia y diferencia haga como la lengua de aquella vieja?

Pol. ¡Hora las pasas por tan mala vieja! Por cierto, que pienso que no tuvo Orfeo otra arpa más que la lengua y saber desta vieja, y que por forma poética fingen los poetas arpa por la lengua, porque, ¿Qué fuerza para ablandar las piedras más duras, que son los corazones, que la lengua? Que con palabras blandas tiene la fuerza en una hora, que el agua blanda en mucho tiempo tiene para horadar las duras piedras. Pues las aves, que son los pensamientos puestos en el cielo, esta los puede traer y abajar á su son. Pues abrir las puertas del infierno, de suyo está, que mudando los buenos pensamientos que las tienen cerradas, las

abren dando lugar á vicios. ¡Oh quien tomara aquella vieja sin bastimientos y reparos para defender la fortaleza de su bondad, que no la derrocára con el artillería de su lengua! ¡Qué celadas pone! ¡De qué ardides usa! ¡Qué reparos hace! ¡De qué pertrechos trata! ¡Qué escuchas tiene! ¡Qué treguas pone! ¡Qué guerra hace! ¡De qué ahumadas usa! Por cierto, el humo de mis narices no habia hecho la menor almenara, cuando ya tenia el aviso para el socorro. ¡Cuitada de Melibea! que agora no le pongo tanta culpa, pues tal guerra tuvo.

Pon. Señora, tú dices la verdad; mas no de ménos guerra fueron los mártires guerreados, y en los escudos de la fé sufrieron mayores golpes, por donde rescibieron la corona de mártires, y las vírgenes de continentes: como somos todas obligadas en la fé de nuestra limpieza á resistir, no sólo el artillería de la lengua de Celestina, más martirio de la vida, para que el cuerpo pague con lo que debe, que es la muerte, lo que más debe á la fama y limpieza de la virtud del alma. Mas oye, señora, que ya debe de venir Felides.

Fel. Pon Corniel, esa escala y aguarda como la otra noche. Sigeril, ¿No subes?

Sig. Señor: por nuestra dueña, que no sé de qué arte está esa escala que no me deja subir.

Fel. Daca la mano, que la escala no tiene culpa si tu ligereza no la tuviese. Por cierto, más suelto que un sapo eres. ¡Oh, hi de puta el diablo, y qué suelto que estás, si así estás con Poncia!

Sig. Par Dios, señor, el espada me estorbaba.

Fel. Hora, calla, que hablar oyo en el jardin: mi señora debe de ser.

Pon. Señora, ¿Tú no oyes, qué armonía pasa en subir mi requebrado?

Pol. Ya lo oyo; y en todo hizo Dios acabado á Felides, que áun hasta con sus criados tiene gracia. Y callemos, que hélo aquí donde llega.

Fel. Mi señora Polandria, para tomar la posesion de mi remedio. ¿Dasme licencia, pues me niegas las manos como esposa ya que como tal las diste, que engaste en estos brazos ese relicario precioso de tu hermoso cuerpo donde está encerrado todo mi bien?

Pol. Señor, yo recibo y quiero pagar la deuda del amor que te tengo, en la misma moneda que de tí la rescibió.

Fel. Oh, mi señora, con la gloria del bien que en los brazos tengo estoy tan

enajenado, para más en tí estar convertido, que no me siento para sentir el bien que tengo, tanto que milagrosamente tengo vida, teniendo más razon para tenella que hasta aquí por estar ya con mi alma de quien contíno he sido desamparado. Y en la hermosura que agora veo en ella conòzco que estoy en gloria, sino me desengañase deste engaño la falta que para gozar de entera gloria rescibo con acordarme, que tengo destar tan presto apartado del alma y en mi posada con solo el cuerpo.

Pol. Señor Felides, no sé qué te responder, porque me paresce que estoy hecha Sofía criada de Anfitreon cuando Mercurio le hizo entender que era otro él; así yo soy otro tú, y pues tú hablas como tal tú, yo no tengo que responder.

Fel. Oh, mi señora, tus palabras atajan toda respuesta.

Pon. Agora digo yo que pudiera decir Quincia, que no entendia esas retóricas.

Fel. Hora, ¿Pasas, señora, por el donaire de Pandulfo, y mas por el de agora, que de miedo se ha hecho santo por no venir conmigo y pienso que es ido, que desde esta mañana no paresce?

Pon. Si eso es así, que me maten si

Quincia no es ida con él, que desde esta mañana no paresce.

Fel. Sin duda es así, que él me dijo que se habian desposado; y porque no quede Sigeril quejoso, yo quiero, señora Poncia, ser vuestro casamentero á suplir con mis bienes la falta de los suyos y la sobra de sus males.

Pon. Buena Celestina, señor, te has tornado, bien dicen, que cuales romerías haces tales veneras traes.

Fel. No digas mal, señora, de quien me pudo hacer tanto bien.

Pon. No digo yo mal que no sea bien, segun lo poco que en lo mucho que ella tiene puede decir.

Fel. Bien paresce, señora, que hablas como libre de amor; que por su mal, si lo tuvieras, supieras el bien de Celestina. No de balde se dice, que mal ajeno de pelo cuelga, y pues así tienes tú colgado el de Sigeril, pòr la lástima que de mí pude haber para procurar mi remedio sacando lo que le debo, quiero, si mi señora Polandria es servida y contenta, que con suplir yo vuestra necesidad en lo que puedo, le saques tú de la suya.

Pon. Como yo no tenga sobre mí más señorío del que la servidumbre que debo á mi señora Polandria me debe poner,

que es para gozar de la gloria de ser suya, y por tal razon debelle mi voluntad para en todo hacer la suya, á ella doy la mano en todo.

Pol. Pues tú me dás la mano, yo la doy á Sigeril junto con la mia para complir contigo la obligacion que por tu amor y servicio te debo; para ayuda á lo que mi señor Felides hace con él.

Fel. Señora mia, yo rescibo la merced en nombre de Sigeril, y te beso por ella las manos, y á él entrego la de Poncia por esposa. ¿Y tú otórgaslo así?

Pon. Sí otorgo, por el poder de mi señora recebido, y en confirmacion de las mercedes tuyas y suyas recebidas; que de tales personas no ménos fuerza por palabra pueden tener, que con la seguridad con las obras se recibe.

Sig. Pues yo besando las manos de Felides mi señor, y de Polandria mi señora, recibo la tuya como de esposa, y como de esposo te doy la mia con la primera palabra, que es: que más precio de haber recebido el precio de tu virtud para tu fama y mi gloria, que el precio que con el de tu beldad recibo para mi remedio y contentamiento.

Fel. Hora, pues, para que yo goce del mio y tú del tuyo, tú te puedes ir donde

de la posesion de esposa puedas gozar, con guardar la propiedad que á su virtud y tu comedimiento se debe.

Pon. Señor, por mayor merced tengo la que con tu mandamiento en mi honestidad rescibo, que la que para sostener la vida me quisiste hacer; porque de mayor grandeza es el manjar que sostiene lo inmortal, pues es de tal condicion, que lo que sostiene la mortal con la misma condicion: como lo primero sea la fama, que nunca acaba, y lo segundo la vida que ha de acabar forzado. Y con esto te dejo con la libertad que me envias.

Fel. Oh mi señora, cuánto bien es el que tengo entre mis brazos y cuánta gloria recibo de gozar desta boca, que áun el pensamiento solia tener el comedimiento que se te debia, que de tu valor me hizo digno que gozase.

Pol. Señor Felides, suplícote yo que la licencia que el pensamiento te ha dado como á mi esposo, en lo que ántes como dices no osabas gozar, no te ponga más licencia de la que has tomado; no reprendas en tí y en mí con obras, lo que con las palabras á nuestros criados encareciste por virtud.

Fel. Mi señora, aquellas son cosas para decirse y no para hacerse. No pienses que

está en mi mano dejar de poner mi deseo en la posesion de su gloria.

Pol. Oh señor, por Dios que estés quedo; mira lo que haces, no me pongas en vergüenza.

Fel. Señora mia, no hay nadie que nos vea.

Pol. Ah Jesus, señor, ¿Y quién más que yo lo puede ver, y á quién debe nadie más vergüenza que á sí mismo? Cuanto más que lo ves tú.

Fel. Señora, no hagas diferencia de mí á tí pues somos una cosa.

Pol. No pensé yo que quedando contigo tomáras tanta licencia y me hicieras tal afrenta; mas yo tengo la culpa por do meresco la pena, pues que en ningun peligro se ha de poner ninguno en condicion, pudiéndolo asegurar. Yo dí lugar con dar la ocasion á tu atrevimiento, y pues tengo la culpa, bien es que sea con la pena castigada.

Fel. Señora mia, no te vea yo enojada, sino con esta espada te daré la venganza de mí.

Pol. Señor, la venganza de mí la tengo rescebida. Yo hice como loca doncella en ponerme en tal lugar contigo, confiándome de lo que no debiera; y tú has hecho lo que no debias á mi honestidad,

aunque lo debieras á tu atrevimiento, para tan presto tomar la posesion de toda mi limpieza.

Fel. Oh mi señora, suplícote que me perdones.

Pol. Hora, señor, que no hay necesidad de pedir perdon en lo que con él no se puede remediar, y esto es causa bastante para lo alcanzar.

Sig. Mi señora Poncia, bien paresce te puso Dios razon en todas las cosas, pues no quiso dejar sin ella al amor que yo te tenia para remediar la muerte, que sin duda de otra suerte, no se podia excusar á tu causa.

Pon. Señor Sigeril, yo huelgo mucho de haber sido tan á honra mia esa deuda que dices haberte yo debido, y ruégote que te contentes con la licencia que tu amo nos dió y no te pongas en eso, que yo te prometo que es por agora excusado; porque no sólo quiero la desculpa de ser tu esposa para darte tanto favor; mas lo que debo á mi honestidad para con el tiempo y con el amor de larga conversacion, poner alguna razon y desculpa á mi vergüenza, lo que en tan poco tiempo ni en razon de verdadero amor se sufre, ni en vergüenza de honestidad se dá licencia. No porfies, que no te ha de aprove-

char sin mi voluntad querer satisfacer la tuya; déjame, par Dios, que me traes muerta, que maldita la cosa que te aprovecha; que yo te doy mi fe, que hasta que conmigo te veles que es excusado.

Sig. Horaseñora, pues así quieres hagase tu voluntad, pues en todo ha de ser la mia, la tuya.

Pon. Esta es mi voluntad y doyte mi fé, si no la guardares, que no me ponga más donde puedas ofenderme hasta el tiempo que te tengo dicho. Por tanto, siéntate y está quedo.

Fel. ¡Oh mi señora, cuán gran gloria de gozar de tanto bien rescibo! Sino que con semejante ventura, sin haber en el mundo su igual, estoy con el sobresalto del rey Felipo, rey de Macedonia, cuando en un dia le trajeron juntos tres correos tres grandes y alegres nuevas. La una, que Olimpia su mujer habia parido un hijo, el cual fué Alexandre; la segunda fué, que Parmineon, su capitan general, habia vencido una insigne batalla; la tercera, que un hijo suyo habia llevado la gloria en las disputas en Rodas, que como tan grandes nuevas juntas oyese, alzando las manos dijo: ¡Oh fortuna! suplícote que me pagues con pequeña adversidad; teniendo por cierto, segun las naturales

mudanzas desta vida, la adversidad tras tan gran prosperidad, lo cual las serenas no ignoran con el instinto, pues lloran con la calma y cantan con las grandes tormentas, con cada cosa conformándose con el tiempo, con la más cierta naturaleza de su mudanza, que es de no permanecer cosa desta vida en un ser. Así yo, gozando de la presente gloria, ruego á Dios que me pague con pequeña adversidad la cierta mudanza de la prosperidad tan grande que me veo; y pienso que como á los que notifican la gloria del pontificado, para templar la gloria de la nueva por el peligro que la vida recibe con la alteracion, como por ejemplo del Pontífice tenemos que murió con la gloria de tal nueva, les queman las estopas delante, diciéndoles que así se pasa la gloria deste mundo, que no se ensoberbezcan para morir con cosa que tan presto han de dejar; así la tal memoria me quema las estopas de la brevedad de todo tiempo por largo que sea, para gozar de tal gloria, para que la vida se sostenga y no acabe con el gozo demásiado, á todo lo que con fuerzas humanas se puede sentir.

Pol. Señor Felides, bien es que para que yo templase la gloria con el peligro

de la vida, como dices, se templase con quemarme las estopas de haberme desposado sin licencia de mis parientes, y haber tomado tú de mí la prenda que hasta ser velados, no se permite en verdadera honestidad de doncella; porque bien fuera que ya que el amor disculpára el primer yerro, la honestidad quedára sin culpa reservada del segundo, para que pareciera que la virtud del matrimonio por sólo nuestro contentamiento enderezado al servicio de Dios nos habia juntado, y no para sólo conformidad de ningun vicio.

Fel. Mi señora, no tienes en eso mejor disculpa para conmigo que la fuerza que yo conozco que de mí en esa parte has rescebido: pues sabes que donde fuerza hay derecho se pierde; que para lo demas, el secreto quedará por disculpa con no se saber.

Pol. Señor, bien dices, si esa fuerza no diera yo lugar á ella por ponerme en lugar donde la pudiese rescebir; porque no hay fuerza en este caso que disculpe las mujeres, cuando la ocasion de su parte da lugar á recibilla; porque si yo no diera ocasion á salir en tu poder, no recibiera ninguna fuerza de tus manos. Mas de lo malo escoger lo mejor, y es que mañana

envies á pedirme á mi madre en casamiento; y hay un gran bien para ello y es: que yo supe hoy della que la manda que mi padre hizo, que casase con hombre que fuese de mi linaje, no pudo perjudicar mi mayorazgo, por cuanto mis aguelos lo dejaron libre de la tal restitucion, y mi padre no pudo agravarme en lo que no fué ni podia ser más parte que gozar del uso y fruto por su vida. Así que salvo está, como lo está tu persona y riqueza: demanda mi voluntad y la de mis parientes, y esto para que nuestro gozo sea complido y sin sobresalto que se pueda saber.

Fel. Mi señora, mucho he holgado con lo que dices, para que se pueda hacer lo que mandas para tu contentamiento, pues en él consiste el mio; y con esta seguridad de gloria, tendré más acrecentamiento en la que en el presente gozo.

Pol. Hora pues, señor, con este acuerdo dejo yo reposar mi honestidad, y quédense las locuras y burlas para otro dia, que hora es ya y tiempo que te vayas, que ya el sol comienza á dar, con el muy gran resplandor y claridad, testimonio de su cercana venida para nuestra ida; y llama tu criado y despertemos el juego, que la pena que yo en apartarme de tí

siento, me dice la que sentirás en apartarte de mí.

Fel. Parésceme, señora, que Poncia nos ha quitado desos cuidados, que héla aquí donde viene con muy gran priesa.

Pon. Señor, hora es que te vayas.

Fel. Señora Poncia, sepamos quién tiene la culpa deste mal que nos haces á mi señora y á mí, ¿La mucha desemboltura tuya ó la falta de la de tu esposo?

Pon. Mi honestidad á lo segundo, pone la razon del cuidado en lo primero; y déjate de burlas, pues que en ellas en esa parte no te debe nada tu criado, de lo que mi señora debe á su criada.

Pol. En mal hora y en mal punto Poncia, tú digas eso. ¿Y qué has tú visto en mí desa deuda?

Pon. El mal de hablar tanto al señor Felides, con el bien del callar de Sigeril; porque agora veo, que tuvo razon un filósofo que dijo: que nunca de callar se habia arrepentido y del hablar sí muchas veces; como agora parece, que el hablar de tu esposo ha puesto la sospecha que las obras han negado á la vista; y por esto, dice bien el proverbio: que al buen callar llaman Sancho.

Pol. ¿Para qué señor dices nada destos donaires, que por te hacer á tí desen-

vuelto, has querido hacer á mí deshonesta?

Fel. Mi señora, yo estoy burlando por atravesar con la gracia de Poncia, y por dar ocasion á dilatar una Ave Maria, como quien quiere quitarme las escaleras y dejarme ahorcado, pues no ménos es apartarme de tí; y pues Poncia es el verdugo, razon es de pagalle sus derechos que son los vestidos de el muerto, que soy yo; por lo cual le mando seis piezas de seda de colores, para el dia que se desposáre público, que si yo puedo será ántes de ocho dias; y la vieja Celestina, quiero que concierte lo acordado de nuestro casamiento, para aprobacion de su mala estimacion.

Pon. Señor, desa manera cada dia entiendo de quitarte las escalas, pues tan buenos derechos tengo de tal oficio.

Fel. No, que ya muerto el hombre no puede tornar á morir.

Pon. Pues Celestina, segun eso; ¿No tornará á morir?

Fel. Sea secreto, y deciros hé una cosa que es espanto de la oir.

Pol. Dí señor, que sí será.

Fel. Pues sabe, que una persona honrada y quien á Celestina es en gran cargo, la tuvo escondida todo el tiempo que se dijo que era muerta; y ella con sus hechi-

zos hizo parescer todo lo pasado para se vengar de los criados de Calixto, porque le querian tomar lo que su amo le habia dado; y hizo con sus encantamientos parescer que era muerta, y agora fingió haber resucitado. Y esta es la verdad, que lo de Júpiter y Venus, todo es burla como ellos son dioses de burlas. Y sea en gran secreto, porque el Arcediano viejo me lo dijo; que con esto le quiso pagar muchas deudas de cuando era mozo que desta buena mujer habia rescebido, así de su persona de cuando era moza, que tuvo amores con él, como de tercera; y despues que ya ella estaba más para pagar los cañibetes que para los poder rescibir, sino es por corredera de lonja, como haya salido tan buena maestra. Y sea muy secreto porque correría gran peligro la buena dueña con la justicia, si se supiese.

Pol. Jesus, Jesus, agora me libre Dios del diablo de tal cosa, y de tal ruindad de vieja. ¿Qué es posible?

Fel. Es así sin duda ninguna, y lo dicho en confision.

Pol. Pierde cuidado, señor.

Pon. Válala el diablo, y aún con eso, ¡No quiere ella decir nada del otro mundo, ni de lo que vió en él!

Pol. ¿Cómo diablos dirá lo que no vió?

Hora, crée que es el diablo y no otro. Ay por Dios, señor, no la metas en que sea nuestra casamentera para que, pues Dios nos ha ajuntado, no nos pueda el diablo apartar.

Fel. Señora, y no sabes un proverbio que dice, ¿Que lo que de Dios está, el diablo lo acarrea? Déjala, que si de Dios está, esta lo acarreará más ayna que otra persona del mundo.

Pon. Hora sus, señor, tú te vé y nosotras nos iremos, y acaba ya de tanto besar.

Fel. Señora mia, Dios quede contigo, y contigo Poncia.

Pol. Y vaya contigo señor. ¡Ay Poncia! ¿Para qué me dejabas sola? que por mi vida, que he salido por mis fuerzas del peligro en que me dejaste.

Pon. Buen disimular es ese, señora.

Pol. ¿Qué, piensas que burlo? Por tu vida, que te digo verdad.

Pon. Jura por la tuya, señora, que por la mia, que no me tomes acá más hasta que se concierten los casamientos.

Pol. ¿Cómo es eso?

Pon. Como ó como no; que no quiero ponerme yo á ser el ángel con Jacob toda la noche.

Pol. ¿Quiéres decir, qué has luchado con tu esposo toda la noche?

Pon. Eso digo, que no quiero ponerme en más afrentas.

Pol. Veamos; ¿Y él no es tu esposo?

Pon. Eso me parece mal, señora, pues ya buscas excusas para desculparte. ¡Oh y cómo me paresce que quieres complir el proverbio que dice, que mal de muchos, gozo es!

Pol. A buena fe, que eres muy maliciosa.

Pon. Lo que con los ojos veo, con el dedo lo adevino.

Pol. Y dí, ¿Viste algo, por tu vida?

Pon. Ví lo que no verás de mí tú, ni áun mi esposo tan presto.

Pol. Ay desventurada y qué vergüenza hé; no tengo de osar en mi vida mirar á Sigeril. ¿Y tal cosa vió?

Pon. En mal punto, señora, y qué mala eres para haber hecho alguna travesura, que tan presto confiesas. Pocos tormentos sufririas de los que esta noche yo he su frido, pues sin ellos dices la verdad.

Pol. Anda en mal hora, que no viste nada.

Pon. No, por tu vida, sino que adrede por sosacarte lo dije.

Pol. Nunca medres tú, que tal vergüenza me hiçiste pasar con decir que habias visto lo que hice.

Pon. Y tú, señora, ¿Para qué haces cosa que no quieres que se sepa, pues sabes que no hay cosa encubierta que no se descubra? No fies de tu vergüenza lo que de otro no fiáras, porque desvergonzarse los hombres á sí mismos vienen á perder la vergüenza con otros. Nunca hagas ejercicio en cosa que no quieras hacer hábito, porque la costumbre hace hacer lo que hecho con ella no se puede deshacer. ¿De quién temes más la ofensa que de tí misma? Pues si tú te haces ofensa, con la misma razon te obligas á recibilla de otros. La honra, señora, aunque quieren los sabios que esté en los que honran, más que no en el honrado, créeme, que no la harian si la causa de hacella no saliese de los efectos de virtud que en el honrado ven. Los hombres siempre se traten á sí mismos como querrian que los tratasen, porque ¿Quién más debe á sí que el hombre se debe á sí mismo? Pues no es razon que espere yo de otros ser pagado de deuda que yo mismo debiéndola no la pago. Con la virtud se hacen los hombres sin deuda y á todos hacen deudores de su virtud; con la virtud se hacen los hombres exentos de las leyes, y por falta de virtud se sujetan á las leyes y punicion, por la fealdad del

delito de traspasar la virtud. Por la virtud está todo hombre obligado á sacrificar la vida para conservar la fama, pues si así es, ¿Cuánto feo parecerá al vicio sacrificar la honestidad y virtud con la fama? Dígolo, porque no hay ninguna excusa en lo que se debe excusar, que aunque Felides es tu esposo, dexcusar se debiera la honestidad hasta el lugar que lo permiten Dios y los hombres, porque de hacello tú así, te estimarás á tí en más y tu esposo no te estimará en ménos; y con estas dos estimas, tú quedarás en la obligacion de la estimacion que te debias, para que todos te la pagasen. El remedio desto principal es que Dios no se ofendió, y tu ofensa callaremos, y pues tiene disculpa, la culpa se desminuye aunque no sin culpa, pues recibe disculpa. Mas con el gozo del desposorio que esperamos, y con la seguridad del que presente tenemos, y con el contentamiento de hallar maridos á nuestra voluntad, y con el gozo que de haber salido á nuestra honra nos debe quedar, y con la gloria de tambien haber vencido al amor, y con la clemencia que guardando nuestra honra hemos usado sobre el vencimiento, y con la gloria de haber conservado el previlegio de nuestra limpieza para la fama, y con las

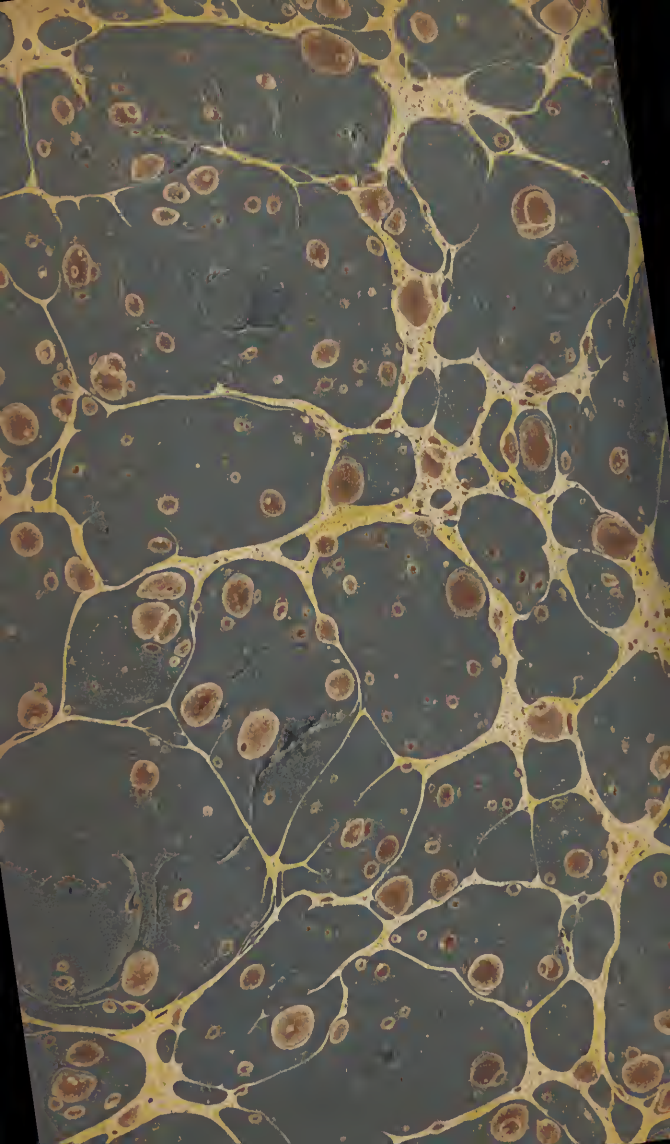
gracias á Dios que por todo le debemos, y por lo que está por venir nos tiene obligadas, pues cosa sin él que cosa sea no se hace, como sin él nada podemos hacer; nos vamos acostar para dar reposo á la vida, que así nos ha sustenido en honra para por medio de su virtud conseguir el fin que esperamos para salir de tal fin al principio de la vida que no lo tenemos.

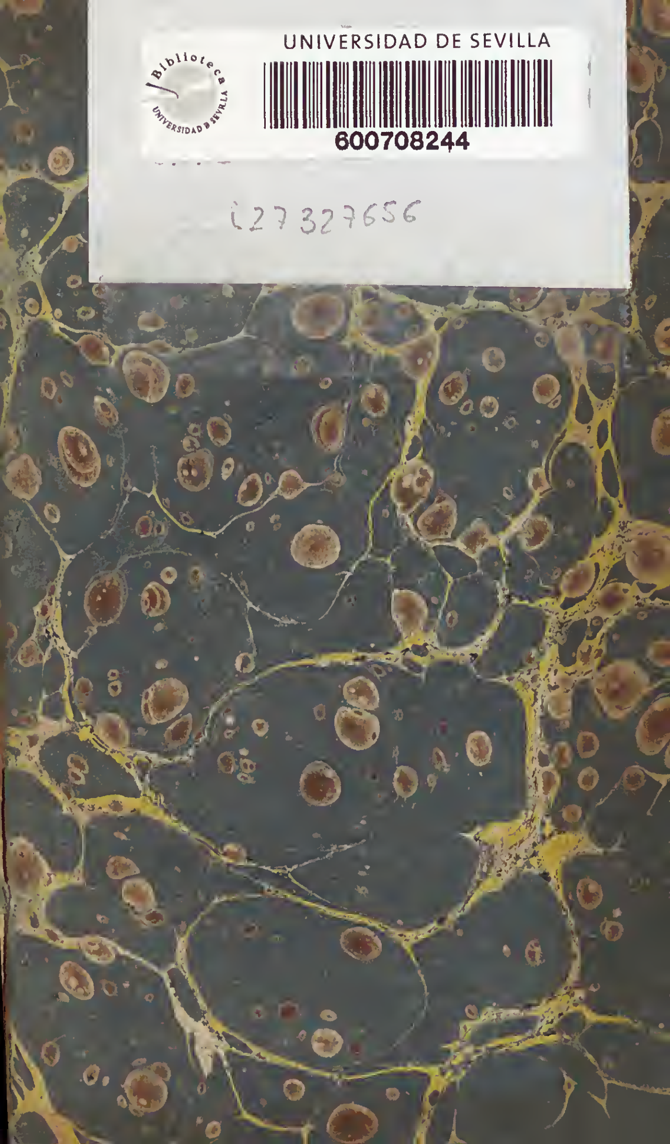
FINIS.

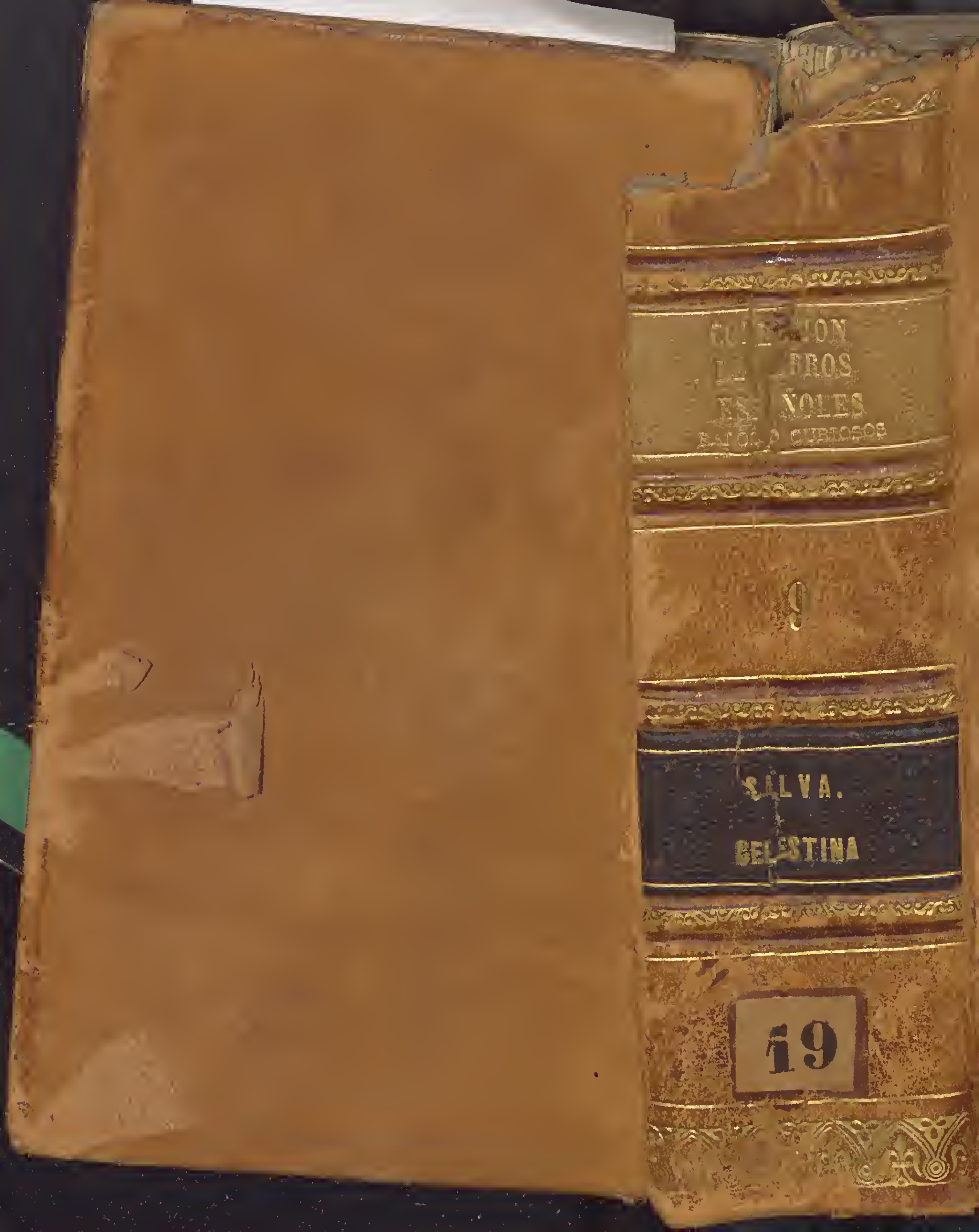
El libro presente, agradable á todas las extrañas naciones, fué en esta ínclita ciudad de Venecia reimpreso por maestro Estefano da Sabio, impresor de libros griegos, latinos y españoles, muy corregidos con otras diversas obras y libros.
Lo acabó este año del Señor del 1536, á dias diez de Junio, reinando el ínclito y Serenísimo Príncipe Miscer Andrea Griti, Duque clarísimo.










CURIOSOS
9
SALVA.
CELESTINA
19